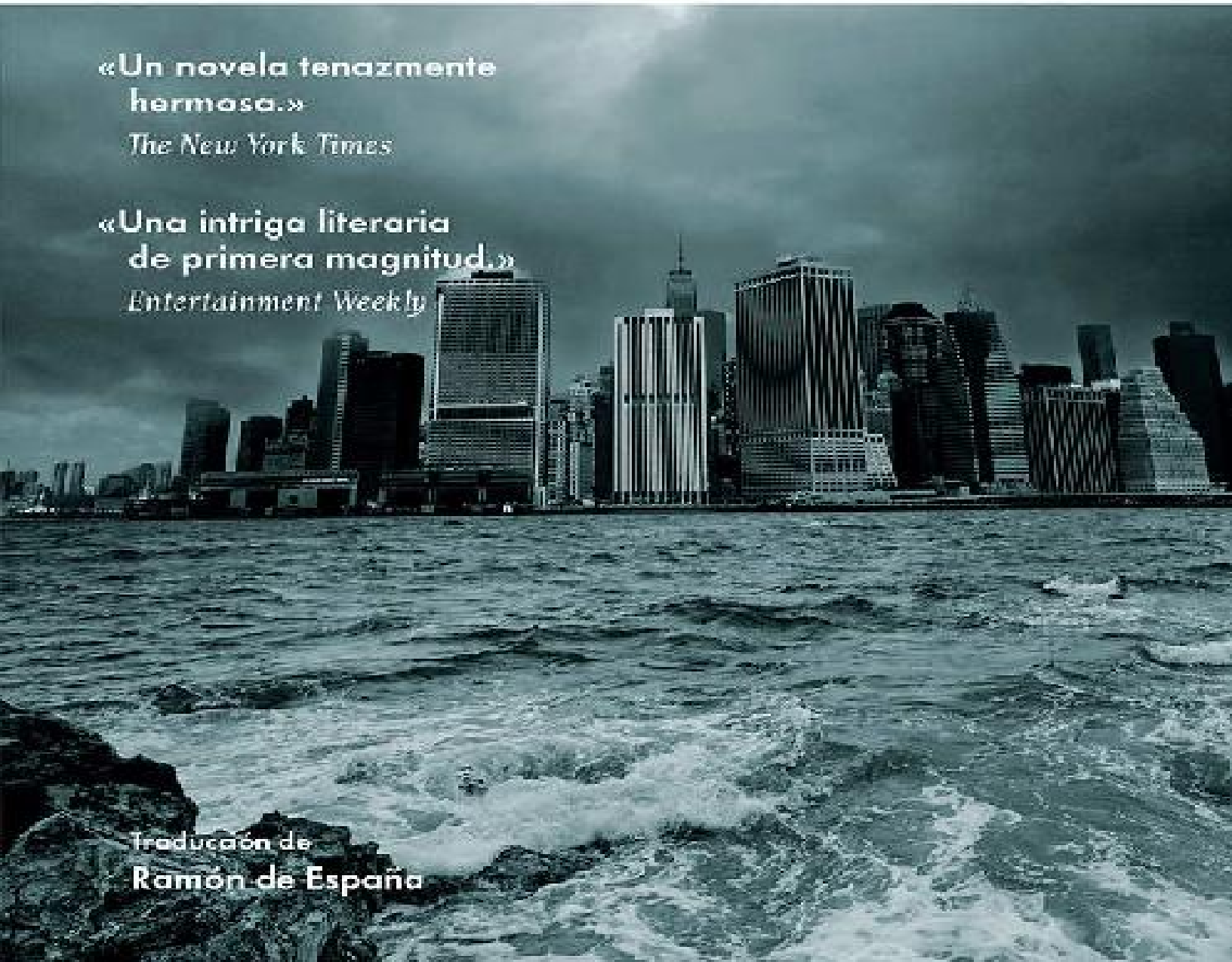
Visitation Street

Ivy Pochoda



IVY POCHODA

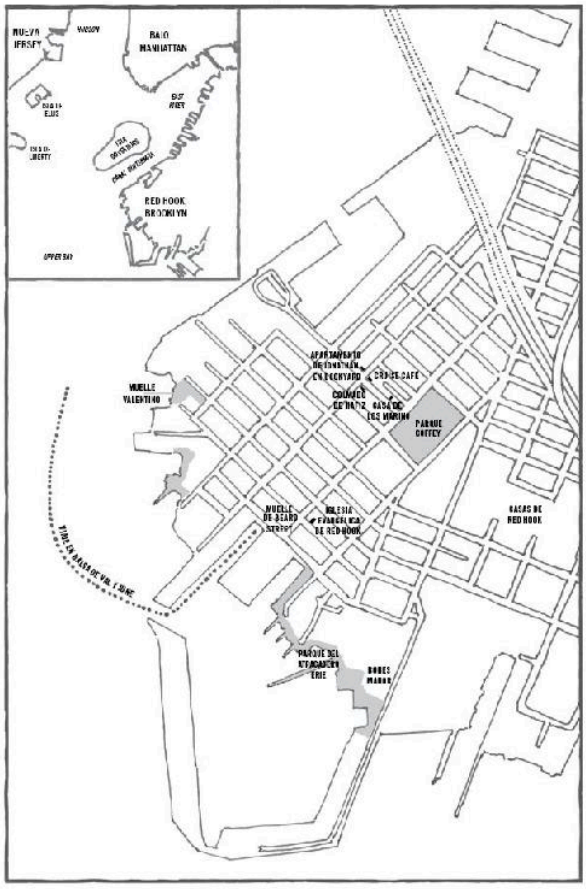
VISITATION STREET

TRADUCCIÓN DE RAMÓN DE ESPAÑA

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Para Justin Ames Nowell


NUEVA JERSEY
BAJO MANHATTAN
RED HOOK BROOKLYN
UPPER BAY
APARTAMENTOS RESIDENCIALES CALEDONIA
CRUCE CAFE
COMPLEJO GOWANUS
CASAS DE LOS MARINOS
PARQUE CARTOY
MUELLE VALENTINO
MUELLE DE ATLANTIC BASIN
IGLESIA FRANCISCANA DE RED HOOK
CASAS DE RED HOOK
PARQUE DEL ATLANTICO ERIE
PUENTE DE BROOKLYN

1

El verano es una fiesta para el resto. Pertenece a los modernillos recién llegados, con sus bambas hechas polvo y sus vaqueros manchados de pintura, entrando y saliendo del bar de la esquina. Pertenece a esas familias puertorriqueñas con bandejas de comida envuelta en aluminio que envían señales de humo al aire y también a esos ancianos que hay delante del edificio de Veteranos de Guerras Extranjeras sentados al fresco para ver pasar al vecindario.

Las dos chicas yacen en la cama de Val, cuya habitación está en la segunda planta de la casa de sus padres en Visitation. June y Val están a la espera de que la noche cobre forma, contemplando la hilera de casas de ladrillo impecables de tres pisos que tienen delante.

Aunque June tiene en el móvil los números de veinte chicos —diez a los que besaría apasionadamente y, según ella, diez que se mueren de ganas de besarla—, las chicas están solas. Recorriendo la pantalla con la uña, June ha estado revisando la agenda en busca de alguien que se le haya pasado por alto. Si sigue así, la batería se habrá agotado hacia la medianoche, eso es lo que espera Val.

Las chicas han pasado otro día trabajando en el centro de día de la Iglesia de la Visitación de la Santísima Virgen María sintiendo cómo el verano se les escapaba mientras se dedicaban a atender a un montón de bebés. Se han perdido la piscina comunitaria y las tomas de agua abiertas. Se han perdido lo de sentarse en las escaleras de entrada en bikini. Se han perdido esos momentos en que la tarde va convirtiéndose en noche, ese cambio gradual entre dar una vuelta y salir por ahí. Sin embargo, han ganado algo de dinero para cuando sean lo suficientemente mayores como para gastárselo en algo interesante, pero, a los quince años, todo lo interesante parece estar fuera de su alcance.

Esta es una de las calles bonitas de Red Hook, residencial y arbolada, situada en esa zona del barrio que está junto al agua y que es predominantemente blanca. Separada por la autovía de las calles de mansiones alineadas de Carroll Gardens, Red Hook es una extensión de un par de kilómetros perdida en el extremo sur de Brooklyn, donde el East River se abre a la bahía. En mitad del barrio, se encuentra el parque Coffey, que divide la parte frontal, con su deteriorado y abandonado puerto, de la fortaleza de bloques de apartamentos y supermercados baratos de la parte trasera.

Las chicas ven que a su alrededor la noche se va animando. Las escaleras frontales de las casas empiezan a llenarse de gente; algunas de recién llegados vestidos con ropa de segunda mano; y otras de tíos duros que aspiran el aire a través de los dientes como si eso pudiera calmar la tensión. Una noche cálida más en una época de semanas calurosas. Un día más, la piscina comunitaria ha estado a rebosar y el cemento que la rodea ha vuelto a parecer un mosaico de toallas brillantes. Los bomberos municipales, tanto los Red Hook Raiders como los Happy Hookers, han tenido que hacer horas extra, patrullando el vecindario para cerrar las tomas de agua abiertas de manera ilegal y para decir a los chavales que se fuesen a refrescar a otra parte. La gente ha hecho lo que ha podido para mantener la calma. A estas alturas del verano, todo el mundo ha encontrado algún modo de combatir el calor: un pañuelo mojado en la cabeza, un pequeño ventilador situado a escasos centímetros de la nariz, una cerveza helada antes de comer…

En el patio trasero, la hermana de Val, Rita, y su pandilla se han hecho con la piscina hinchable y siguen celebrando que terminaron el instituto hace dos meses. El patio de adoquines está lleno de latas de Coors Light y botellas de ginebra con limón que van rodando por ahí. Val y June se quedaron un rato cerca del jolgorio, pero la conversación derivó hacia temas que no debían ser de su

incumbencia y Rita acabó enviándolas adentro.

—¿Sabes ese chico de la tumbona? —comentó June mientras subían la escalera—. Me ha tocado el culo. Vaya que si me lo ha tocado—. Se hace la ofendida pero en realidad se nota que está encantada.

—Le pusiste el culo en la mano, que no es lo mismo —repuso Val.

Últimamente, las curvas de June están por todas partes, sobre todo donde no deberían, tensando los botones del uniforme escolar o asomando por unos pantalones cortos, demasiado cortos. Las chicas, que antes eran idénticas, ahora parecen hechas de diferentes materiales. Val, cuya piel pálida repele el sol, está hecha de juncos y ramitas, como esos arbolitos que crecen pero nunca llegan a florecer. June, bendecida con una piel bronceada hasta en invierno, está hecha de algo suave y maleable, quizá de barro, quizá de masa para galletas.

En alguna parte, intuye Val, tiene que haber chicos que admiren sus piernas de bambú, pero en Red Hook todo el mundo prefiere las generosas formas de June, sus mullidos pechos y ese trasero que ella parece sacar a relucir cada noche en vistas a ofrecer al vecindario algo nuevo que admirar. Hasta su pelo castaño ondulado parece tener segundas intenciones por el modo en que se riza. A Val, su cabello de un anodino color pajizo se le antoja falto de entusiasmo.

Val sabe que les queda muy poco para esas cosas de críos. Cuando empiecen las clases, se supone que deberán acudir a fiestas y estar perfectas, bien maquilladas y arregladas, pero a veces Val no puede contener las ganas de hacer el tonto. Tras pasarse el día en la guardería, tiene ganas de pasarse un poco. No de esa manera tan descarada como pillar una botella de licor dulce o fumar un pitillo a escondidas. Lo que ella busca es algún secreto pícaro que las chicas puedan compartir algún día cuando estén con un tío en el sofá, algo

bebidas o incluso colocadas.

La ventana está abierta de par en par. June se ha situado cerca de ella y se pone de pie cada vez que oye pasos. Estira los brazos y agarra los extremos del marco.

—Esta noche me voy a divertir muchísimo —dice lo suficientemente alto como para que la oiga cualquiera que pase—. Voy a liarla. —Y mueve las caderas y saca pecho. Los pantalones cortos se tensan en las costuras. Val teme que si June arquea la espalda un centímetro más la tela estalle.— Les voy a enseñar a divertirse —dice.

Hay algo en la postura de June que a Val le recuerda a una bolsa de palomitas de microondas. Se deja caer en la cama mientras su risa se desborda por la ventana hacia la calle.

—Como una niña pequeña —le dice June—. Te ríes como una niña pequeña. —Y se aparta de la ventana para tumbarse en la cama, pero manteniendo cierta distancia con Val. Se mira las uñas y saca el móvil.— Hagamos algo.

—Podríamos acampar en la azotea —propone Val.

June no levanta la vista.

—O ver una peli…

—Tú quieres que nos tomen por unas crías toda la vida.

—Las pelis molan.

June se pone de pie:

—Voy a pillar unas copas.

Al cabo de cinco minutos, June regresa con una botella medio vacía de ginebra con limón con alcohol.

—¿Se la has quitado a alguien? —comenta Val.

—Me he bebido la mitad por el camino.

—Podríamos sacar la balsa —dice Val—. No es gran cosa, pero…

June da el último trago:

—Vaya ideas más tontas tienes.

—Tu única idea consiste en robarle a mi hermana una botella medio

vacía.

—Pues saca la maldita balsa —dice June. Tuerce la cabeza hacia arriba, se arregla el pelo y expulsa el humo de un cigarrillo invisible.

—No te pongas borde —le dice Val.

Unos tíos mayores que ellas que estuvieron chinchándolas y coqueteando con ellas el último fin de semana antes de acabar ofreciéndoles un numerito en la piscina les habían regalado aquella balsa de goma. Para qué querían Val y June una balsa de goma de color rosa chillón no estaba nada claro, pero se quedaron con el premio. Esa noche de calor desquiciante Val ya sabe para qué es la balsa. Para darse una vuelta por la bahía, refrescarse y ver cómo se ven las cosas desde el agua.

Las chicas salen a la calle a trompicones con la balsa rebotando contra sus piernas al andar.

—La balsa es tuya y la llevas tú —dice June, dejando caer el extremo que sujeta.

Flotan en el aire los aromas típicos del final del verano: alcantarillas malolientes, cenas al aire libre y ese olor a agua estancada que se resiste a marcharse de Red Hook siquiera con los cambios de estación. La noche emite ecos de ruidos ajenos, se oyen risas que salen por las ventanas y música de radiocasetes que compiten entre ellos por el volumen más alto. Las chicas se acercan al parque Coffey, justo al lado de los bloques de apartamentos de Red Hook. June camina unos pasos por delante, guardando una distancia de medio metro con Val y la balsa. Val se lo permite, pero lo hace a regañadientes al ver a June mover las caderas y agitar la melena haciendo el paripé. En un extremo del parque se alza la antigua fábrica de maletas, ahora convertida en lofts; en el otro, el primer proyecto de bloques de pisos y, en medio, el campo de batalla de aficionados al baloncesto y amantes de las barbacoas.

Los bancos del parque están llenos, algunos se han convertido en estudios de grabación para aspirantes a raperos cuyas rimas se ven ahogadas de vez en cuando por el ruido de los coches. Chicas embutidas en ropas fosforescentes que parecían regalos de navidad se congregan alrededor de los bancos, dando saltitos y siguiendo el ritmo. June y Val tienen envidia de esos pendientes enormes, esas voces despreocupadas, de sus tops ceñidos que enseñan el ombligo y sus shorts arrapados, de andar por ahí tan tarde y hablar alzando la voz.

A veces, los domingos, cuando termina el servicio en la Iglesia de la Visitación de la Santísima Virgen María, June y Val dan esquinazo a sus padres. Como a la luz del día no tienen miedo, cruzan el parque Coffey y recorren el centro de la zona de los bloques hasta llegar a la Iglesia Evangélica Red Hook, una pequeña iglesia situada en un callejón donde dudan de ser bien recibidas. En primavera y verano, las puertas están abiertas y pueden observar la pequeña sala iluminada con tubos fluorescentes, con sus baldosas de linóleo y sus sillas plegables. Las chicas conocen a algunas de las cantantes de su primer colegio, donde cursaron infantil y primaria antes de que las enviaran al otro lado de la autovía, a un colegio católico.

Ahora es de noche y las chicas no se atreven a internarse en el parque Coffey. Lo rodean. Val observa a June enrollándose la cinturilla de los pantaloncitos cortos para subírselos un poco más.

—Puedes llevar cualquier cosa. Estarías sexi hasta con una bolsa de papel —le había dicho June a Val el otro día—, pero yo tengo todo esto de qué preocuparme —había añadido, sosteniéndose los pechos —. Son una carga, créeme.

El cuerpo de June no parece representarle ninguna carga en estos momentos. Se detiene ante cada banco para desenredarse el pelo de sus aros de plata, poniéndose bien el sujetador del bikini que lleva por debajo de la camiseta. Val acecha unos pasos por detrás,

medio dentro y medio fuera del resplandor amarillo de una farola, su sombra flacucha extendiéndose ante ella.

Hay una chica en uno de los grupos a la que June conoce de antes de ir al colegio público. Está sentada en el respaldo de un banco cercano a la entrada al parque. Por aquel entonces, Monique pasaba muchas horas con ellas en el sótano de los Marino, ayudando a convertir muebles rotos en castillos, barcos y naves espaciales. Las tres se vestían con ropa de Rita y, calzadas con tacones, recorrían con dificultad el sótano con las caras embadurnadas de maquillaje. De vez en cuando iban a casa de June, por los polos de naranja caseros que hacía su abuela o para escupir huesos de cereza desde la ventana de la segunda planta. Nunca fueron al apartamento de Monique en los bloques.

—Eh, Monique —la llama June—. Monique.

—Te buscan, Mo —dice uno de los tíos. Acuna en las manos una botella sudada. Se las seca en los holgados pantalones cortos de baloncesto. Monique mira a June y Val—. ¿Les dices a tus amigas que vengan? —dice el tipo, pasándole la botella.

—No —responde ella, apartando la mirada.

June se queda en su sitio, pero Val se mueve y le da sin querer con la balsa.

—Cuidado —le dice June.

El tío exhibe la botella:

—¿Sedientas?

June duda y cambia su peso de un pie a otro. Val sabe que está intentando pillar la mirada de Monique para saber que no hay peligro, pero Monique sigue mirando hacia otro lado, riéndose con un grupillo de chicas mayores.

—¿Tenéis sed? —repite el tío antes de darle un trago a la botella y volver a mostrársela. Se relame los labios y les enseña los dientes, dos de ellos lucen fundas de oro con diamantitos. Las gemas atrapan

la luz y le confieren una sonrisa algo siniestra. Niega con la cabeza —. Ya me imaginaba que no. —Deja caer el envase vacío en la hierba.

—¿No me has dejado nada? —le dice Monique mientras le palmea la pierna.

—No sabía que querías. —Monique y él se quedan mirando fijamente a Val y June.

—Vámonos —dice Val.

—¿Qué prisa tienes? —le suelta June.

Val coge de la muñeca a June. Sabe que Monique y su pandilla están a punto de morirse de risa. Tira de June para salir del parque.

—¿Has visto cómo nos miraba? —comenta June.

Val coge del brazo a June:

—Por supuesto.

Mientras avanzan, tratan de reproducir los ritmos callejeros de Monique y su pandilla. Sueltan palabras que no se atreverían a utilizar ni en casa ni en el cole. Se llaman «guarra» entre ellas. Cada palabrota viene envuelta en nervios. Y no producen el efecto que ellas esperaban. Porque ahora están solas en las calles. Pasan por al lado de los bloques de pisos y se acercan al agua por calles empedradas con la única compañía de las farolas apagadas y los almacenes abandonados.

La luna llena está muy alta. Ya han dejado atrás las últimas luces de los bloques. Los ruidos estivales y la cháchara del parque han ido desvaneciéndose y ahora hablan más alto, alzando la voz contra el silencio. Menean los brazos, hacen aspavientos, combaten las sombras que salen de portales abandonados y ventanas rotas. Conocen los rumores, pero intentan ignorarlos: los perros perdidos, rabiosos y salvajes que viven en la refinería de azúcar abandonada, los yonquis fuera de sí, los vagabundos, los locos.

A un par de manzanas del agua hay un terreno atestado de basura

y con hierbajos que les llegan hasta las rodillas. En mitad de ese terreno hay una barca de pesca hecha polvo que se ha quedado varada en los escombros. Los hierbajos crujen al paso de las chicas. Se apresuran. Oyen un silbido junto a la barca. Se dan la vuelta y ven a Cree James, un chaval de los bloques que solía salir con Rita antes de que los padres de Val pusieran fin a su amistad. Es atractivo: cara redonda, ojos grandes, pómulos altos. Durante los meses de calor se afeita la cabeza.

Cree está sentado en la proa de la barca, con las piernas colgando sobre el suelo sucio.

—¿Adónde vais, chicas?

—Por ahí —dice June.

—¿Y qué haces tú tan solo? —le pregunta Val.

—Tengo cosas que hacer.

—Pues no lo parece —dicen las chicas al unísono.

—¿Qué sabréis vosotras?

—Sabemos cosas —dice Val.

—¿Qué cosas?

—Más de las que tú te imaginas —dice June.

—¿Ah, sí? —Cree tamborilea en el casco con los pies.

—Pues sí —dice June, pasando los dedos por la verja con candado que separa aquel terreno de la calle—. ¿Por qué no vienes a comprobarlo?

Val le clava un dedo en el costado.

—Largas mucho para tener catorce años —dice Cree.

—Quince.

—Sigues largando mucho.

—¿Así que no te vienes con nosotras? —le reta June.

Cree niega con la cabeza:

—Tengo que irme.

—Lástima, porque sabemos dónde es la fiesta —dice Val. Se habría

puesto nerviosa coqueteando, aunque fuese de broma, con un chico de dieciocho años, pero allí, en territorio neutral, se siente fuerte.

—Seguro que sí —dice Cree.

—Nos vamos a divertir —añade June.

Las chicas empiezan a alejarse. La voz de June ha perdido el tono atrevido. Val se siente más relajada, ya se ha hecho a la idea de que han emprendido una aventura.

—Sabemos dónde es —dice.

—Sabemos cómo se hace.

—Y sabemos cómo hacerlo.

Cree ve desaparecer a las chicas por la calle oscura cargadas con esa balsa de color rosa. Solían jugar con su prima Monique cuando eran pequeñas, cuando él salía con Rita, antes de que los padres de la chica le dijeran que los chicos de los bloques tenían el acceso vedado a las chicas que vivían cerca de la orilla. Nunca habría esperado ver aparecer a Val y June por esa zona de Red Hook y mucho menos tan tarde. De noche, suele tener esa esquina para él solo. Hasta los vecinos de los bloques se mantienen alejados de esas calles al anochecer. Y nadie se fija mucho en una barca varada entre hierbajos, no es más que otra muestra de las viejas leyendas de Red Hook, ese mundo perdido de trabajadores portuarios y estibadores.

Pero esta barca de pesca hecha polvo nunca perteneció a nadie de los que se congregan en el centro de Veteranos de Guerras Extranjeras o en el último bar del muelle. Aquella barca había pertenecido al padre de Cree, Marcus, que la compró en una chatarrería en Jersey. La barca se quedó en la playa después de que Marcus, funcionario de prisiones, recibiese un balazo que no iba dirigido a nadie en concreto: daños colaterales de las ahora latentes guerras de la droga. Cree considera que ahora la barca es suya.

La madre de Cree, Gloria, cree que el espíritu de Marcus

permanece en el lugar del patio en que cayó muerto. Gloria suele acercarse por allí con un termo de té helado. Cree no se lo cree. Ningún fantasma, y menos el fantasma de su padre, se molestaría en aparecerse en un banco, pero un capitán siempre regresa a su navío. Algún día, Cree confía en devolver la barca al canal y llevarse a Marcus mar adentro, más lejos de lo que nunca llegara en vida.

Algunas noches, Cree consigue ver la sombra de su padre atravesando la espesura y subiendo a bordo. Se lo imagina deslizándose en la diminuta cabina y poniéndose al timón. A continuación, Cree hace como que Marcus y él cruzan la Upper Bay hacia Nueva Jersey, donde en cierta ocasión visitaron otro inhóspito puerto adoquinado. El mismo olor a agua y sedimentos, también el mismo ruido del viento azotando edificios vacíos, pero no había bloques cerca del muelle de Jersey y nadie allí observó a Cree y Marcus diciéndose que allí no pintaban nada.

En el viaje de regreso a Red Hook, Cree se sorprendió al mirar fijamente a través de la Upper Bay, tratando de distinguir su bloque entre la distante masa gris de Brooklyn. Es curioso cómo un breve trayecto convirtió su lugar de nacimiento en algo irreconocible. Algo que no tenía nada que ver con él.

Cree no puede concentrarse lo suficiente como para convocar a Marcus. Quizá las chicas lo hayan espantado. Cree salta de la proa y aterriza sobre el polvo y las hierbas. Coge un cubo y un carrete de pesca que hay junto a la barca y se planta en la calle: sus pasos reemplazan los ecos que Val y June han dejado atrás.

Camina lento. Se le hunden los hombros como si la gravedad lo atrajese con más fuerza. Llega hasta el final de la calle Columbia y advierte el olor del agua, una mezcla de petróleo y pescado. Sale al muelle que traza un ángulo obtuso con el Atracadero Erie. Bordea los coches retenidos en las plazas destinadas al aparcamiento de los coches de la policía y camina hasta que el muelle empieza a

doblarse sobre sí mismo. Se sienta y deja las piernas colgando sobre el agua, mirando más allá de los remolcadores amarrados en el astillero abandonado y de los restos de la refinería de azúcar que se quemó antes de que él naciera.

Este es el lugar que le proporciona a Cree esa sensación de fin del mundo que tanto le gusta, la sensación de que no puede ir más allá, pero que allí tampoco lo encontrarán. El fuerte sonido metálico de las boyas, la agitación del agua, la ausencia de voces y farolas y ese cacho de luna que impregna todo son lo más cercano al campo que Cree pueda imaginar. Desde allí, puede volver la vista hacia su barrio y no verlo.

Cuando era más joven y su padre salía con él a la bahía, Cree solía soñar con los lugares a los que el agua podía llevarlo, pero últimamente le resulta difícil imaginar un mundo más allá de las emes gemelas del Verrazano y la joroba del Bayonne, los dos puentes que limitan su horizonte.

Lanza el sedal al agua. Allí es donde ha presenciado la cara secreta de Red Hook. Ha visto un coche en llamas siendo arrojado al agua, así como lo que él juraría que era un brazo cortado flotando, arrugado y azul cual criatura marina. Ha visto a gente pescando y asando los peces en un oxidado cubo de basura. Ha visto a mujeres prostituyéndose en la parte trasera de un remolcador, a dos asiáticos con trajes de submarinista y arpones en las manos. Ha visto toda clase de artesanos fabricando cosas con maderas flotantes y desperdicios.

Cree recorre el agua con el sedal, apartándolo de las algas y la basura que flotan junto al muelle. Él siempre devuelve lo que pesca, pero los peces se han tomado la noche libre y el agua se ve sucia y pringosa. Una espuma asquerosa cubre las rocas situadas a los pies de Cree. Hasta los remolcadores parecen infelices: sus motores se ahogan en el agua y nunca llegan a pararse.

Pero donde solo deberían haber estado el sonido del agua y el ruido de los motores de los remolcadores, Cree también oye voces. Enrolla el sedal, pensando que por allí cerca andarán Val y June vacilándole. Se pone de pie y tira de él, como si quisiera dar un golpe con efecto. Y entonces las voces se desvanecen, dejándolo jadeante en la oscuridad, preguntándose si de verdad había oído algo.

Las chicas eligen las aguas que hay entre el muelle de la calle Beard y la fábrica putrefacta en las que un velero de dos palos se toma su tiempo para hundirse en aquel viscoso amarradero. Les da igual que el agua esté sucia y que ninguna de las dos sea muy buena nadadora. Y tampoco les importa abrirse paso por esas aguas turbias con las manos. Piensan flotar en torno a ese muelle y los dos siguientes, para luego salir a la playita que hay junto al muelle Valentino. No les debería costar más de media hora.

El agua está negra. Sus pasos resuenan con fuerza y hacen eco entre los almacenes. Están a diez minutos a pie de casa, pero nunca se habían acercado al agua de noche. Hasta ese momento, creían que las advertencias de sus padres eran tonterías, pero ahora sienten que hay algo oculto en cada sombra, algo que dispersa la basura y los desechos. No les parece posible disponer de ese sitio para ellas solas. Tiene que haber alguien acechando tras el parabrisas rajado de una camioneta oxidada, alguien observándolas desde las ruinas de la refinería de azúcar.

El muelle cruje y vuelve a su sitio: el gruñido quejoso de la madera vieja es un gemido espectral, el golpeteo rítmico de una barca contra el amarre suena a pasos que se acercan a ellas.

Algo hace ruido en la tolva destrozada de la azucarera y va a parar al agua. Las chicas se cogen de la mano y se ponen a cantar, a berrear, a hacer mucho ruido, intentando imponerse a lo que fuera

que cayera de esa tolva, tratando de imponerse a la oscuridad, pero el almacén de ladrillo y la charca les devuelven la canción, distorsionando sus voces de tal manera que no les resultan siquiera familiares.

June señala la refinería de azúcar:

—Dicen que está encantada. Debe de haber alguien mirándonos desde allí.

Val contempla la estructura de la refinería.

—Más les vale a esos fantasmas no meterse con nosotras —dice June.

—¿Quieres que volvamos? —le pregunta Val. Hay movimiento en la refinería. Sí, está segura. Algo, alguien, hace ruido en esa enorme cúpula de metal.

—No —dice June, dándole la espalda al edificio, pero Val no puede apartar los ojos de allí. Observa la tolva para comprobar si se mueve.

Las chicas suben el volumen y se ponen a canturrear más alto.

Se acercan de puntillas a las rocas verdosas y echan la balsa al agua. June se queda atrás:

—Tú primera.

Val niega con la cabeza.

—La balsa es tuya. Y la idea también.

Val se agacha y, tratando de no tocar las rocas, se sube a la balsa, que se dobla bajo su peso y hace que el agua aceitosa la salpique.

—¡Qué asco!

June cierra los ojos, frunce el gesto y se sienta detrás de Val. La balsa se sumerge, empapando a las chicas hasta el pecho.

—Maldito frío. —June se agita, como si de ese modo pudiese secarse, y así casi consigue que las dos acaben en el agua. A continuación, la balsa se adapta al peso y se equilibra. Y ellas flotan.

El agua está helada y pegajosa. Las chicas avanzan dificultosa y

erráticamente con las manos, apartando la porquería que no para de acercarse a la balsa y tratando de no mirar hacia la siniestra zona que hay bajo la refinería de azúcar en ruinas. La balsa se desliza hacia el velero a medio hundir y las chicas patalean con frenesí, pues no quieren provocar a lo que fuera que se hundiera con él. El agua huele que apesta.

Hay algo que tira hacia abajo y que amenaza el equilibrio de la balsa.

—¿Qué es eso? —pregunta Val. Nota cómo la balsa se dobla por el medio. Deja de remar y permite que la goma rosa se aplane bajo las dos.

—Es como un tobogán de agua —deja escapar June a través de los dientes apretados.

—Sí, claro, como en Coney Island —dice Val. Controla la orilla, cada vez más alejada.

Se agarran a la balsa con manos rígidas. No se sueltan porque no saben cómo salir de la corriente que las arrastra hacia dentro.

—No la vayas a rajar con las uñas —dice Val. Ya están bastante adentro, muy lejos de la relativa tranquilidad que sentían en la costa —. Hay que remar.

Se sueltan y se ponen a dar manotazos en el agua. Finalmente, sobrepasan el muelle y dejan descansar los brazos. Flotan hacia el embalse, allí donde el agua muestra un ritmo regular. La luna brilla como si se hubiese vuelto loca. La balsa pasa de una ola a la siguiente. A su izquierda, reluce Staten Island, con sus casas iluminando las colinas de rojo, verde y blanco. Algunos petroleros, cual islas resplandecientes, descansan en la bahía, pesados y quietos. Justo al otro lado, las grúas del puerto de Nueva Jersey ofrecen el aspecto de una tierra de fantasía del Jurásico.

Un remolcador les pasa por delante. Las chicas gritan, se balancean y tratan de mantener el equilibrio para que no las barra aquel oleaje

imprevisto. Unas olitas rompen en sus piernas y cinturas.

Flotar es más complicado de lo que había previsto Val. Las siluetas de la ciudad y de Jersey se alzan por todos lados, el agua se extiende oscura y vasta, pero es el silencio, solo interrumpido de vez en cuando por la llamada de una sirena, el choque de una ola contra los pilones, el rítmico latido de alguna barca que ronda por ahí, lo que la atenaza.

Flotan junto a un remolcador naufragado. La luna está atrapada en una ventanilla hundida y su reflejo lucha por sobrevivir en el agua oscura. Las chicas agarran el extremo de la balsa y ven los ojos vacíos de las portillas que les devuelven la mirada. Hay marejada en el agua, un tirón profundo e insistente. Si Val pudiera olvidarse de las profundidades de la bahía, le encantaría seguir esta corriente allá a donde la llevara.

—Podríamos bogar eternamente —le dice Val a June por encima del hombro. June ya no está agarrada a la balsa. Sus manos recorren el agua, creando pequeñas ondas con los dedos.

Mientras la balsa alcanza un nuevo muelle, el perfil de Manhattan se proyecta sobre la negra joroba de la isla Governors. Los edificios arañan el cielo como si estuviesen desesperados por salir de allí. Las chicas avanzan gracias a la fresca corriente del canal Buttermilk, pero a ellas les parece que es la ciudad la que las atrae.

—Ahí es donde deberíamos estar —dice June. Alza los brazos y chasquea los dedos—. Basta ya de perder el tiempo.

—Déjalo —le dice Val. No está mirando la ciudad, sino el reflejo de esta, que se extiende en el agua ante ellas—. Para ya.

Cree agarra el cubo y el sedal y echa a andar por el muelle. Pasa bajo la tolva de la refinería de azúcar, por donde los restos de caña iban a parar al embalse. Dobla el muelle de la calle Beard, manteniendo el equilibrio en las rocas picudas que hay junto al

agua. Desde la zona más alejada del puerto, puede ver la balsa rosa bamboleándose en medio de la bahía.

Le llegan las voces de las chicas, también sus risas, que electrifican las aguas solitarias. Ya están entrando en el siniestro embalse con esa balsa pequeña suya, explorando las corrientes y profundidades que a Cree le están vedadas desde que muriera su padre. Se pregunta hasta dónde tendrán el valor de llegar.

La balsa dobla un nuevo muelle y se pierde de vista.

Cree se apresura. Quiere seguir viendo a las chicas. En algún lugar de la bahía, una sirena corta el silencio y su chillido grave recorre el agua como un suspiro.

Hay un promontorio de piedra entre los siguientes dos muelles. Un enorme almacén le bloquea la vista a Cree. Tropieza y se golpea la rodilla contra un pilón de cemento. Hay agua estancada entre las rocas. Se pasa la mano por la herida, intentando evitar la asquerosa espuma del agua.

Ya está en el siguiente muelle y vuelve a oír a las chicas. No distingue lo que dicen. Divisa la balsa bamboleándose en el agua hacia Manhattan. Se da la vuelta y corre hacia el muelle Valentino, que ahora es un paseo para marineros viejos y parejas jóvenes. A esas horas, confía en tenerlo todo para él.

Puede oír a las chicas acercándose en la balsa. Cruza el parquecito que lleva al muelle y aprieta el paso para llegar al final del pavimento. La balsa está cruzando frente a él: las chicas son dos siluetas oscuras contra los lejanos muelles de Jersey.

Y, de repente, desaparecen.

2

Si se lo preguntaran, Jonathan Sprouse podría definir su existencia como un tobogán, como una sucesión de descensos. Su mejor año le llegó a los doce, cuando lo eligieron para protagonizar un musical de Broadway, un brillante popurrí de cuentos de Grimm. El espectáculo fue un fracaso, uno de esos desastres espectaculares de la escena neoyorquina que aparecen en la portada de los diarios durante toda su trayectoria modelo visto y no visto, cuando la ciudad en pleno se fija en las desgracias de un espectáculo que se suspende antes de su estreno oficial.

Al año siguiente de casi rozar el éxito, Jonathan pasó de ser una estrella potencial de Broadway a ser uno de esos miembros del coro en los que nadie se fija. Luego lo degradaron de Juilliard a un instituto público de interpretación, del Carnegie Hall a espacios nocturnos de ensayo. Al terminar sus estudios universitarios, se trasladó del Upper East Side al Lower East Side, de Brooklyn Heights a Red Hook, un barrio situado bajo el nivel del mar y en proceso de hundimiento.

De niño, nunca pensó en que podría no triunfar. Su padre, Donald Sprouse, disponía del dinero suficiente para coleccionar casas en las mejores costas y en las mejores estaciones de esquí y para mimar a la madre de Jonathan, una respetada estrella de Broadway. Eden Farrow nunca estuvo al nivel de Bernadette Peters o Patti LuPone, pero nadie se quejaba cuando las reemplazaba al cabo de un tiempo en las obras que las primeras protagonizaban.

La fortuna de la familia Sprouse y la moderada fama de Eden resultaban suficientes para garantizar a Jonathan la atención de los conservatorios y las invitaciones a las audiciones más importantes. Tenía los mejores profesores de vocalización y los mejores maestros de música. Aparecía en las audiciones vestido de marinero y con un

gorrito a juego que su madre había encargado a medida en la avenida Lexington.

De adolescente, más que por su talento, Jonathan era conocido por las frecuentes ausencias de sus padres y por el espacioso apartamento donde vivían los tres. Los Sprouse-Farrow disponían de un bar y de un frigorífico muy bien surtidos y el portero se ganaba generosas propinas. El licor para la pandilla de menores de Jonathan aparecía por la puerta de servicio. Jonathan era uno de esos chavales de Nueva York a los que todo el mundo conoce. Gozaba de gran popularidad entre la elite del Upper West, los chicos del Village y hasta los gañanes de Harlem de un par de manzanas más al norte, a los que solía invitar al ático de los Sprouse para potenciar la mezcla.

Aunque su breve carrera en Broadway languidecía, siguió presentándose a audiciones ya entrado en la veintena: música clásica, jazz, espectáculos del *off Broadway*. Jonathan era un suplente al que nunca llamaban. No acabó sus estudios en el conservatorio. Se acabaron las audiciones. El agente de Eden se lo quitó de encima. Formó parte de un par de grupos en que cantaba y tocaba los teclados. Se unió a un cuarteto de cuya existencia se hizo eco *The New Yorker.* Pero entonces murió Eden y el cuarteto se libró de él, tal vez lo hicieran por ese motivo. Y Jonathan se salió del foco que a punto había estado de iluminarlo.

Tras la muerte de Eden, Jonathan se deshizo del apellido materno y volvió a ser un Sprouse a secas. Dio clases en el Carnegie Hall, donde en otros tiempos se las habían dado a él. Enseñó en un instituto privado del bajo Manhattan. Dio clases particulares a niños mimados. Enseñó jazz en un instituto público en el que no había suficientes instrumentos para todos.

Desde que se mudara a Red Hook, Jonathan ha estado enseñando Historia de la Música en St. Bernardette, un colegio católico

femenino situado a la entrada del barrio. También tiene una actuación fija todos los viernes por la noche en un bar gay de la ciudad, donde interpreta al piano temas de Broadway acompañado por una *drag queen* que se hace con todas las propinas. De vez en cuando, compone sintonías televisivas para marcas cutres. Se dice a sí mismo que ha alcanzado la fama comercial.

A veces, viejos conocidos del instituto, del conservatorio y de Broadway se dejan caer por su apartamento. Saben que por ese barrio los camellos trasnochan y que Jonathan tiene sus números de teléfono y, así, se eternizan en su casa a la espera de la entrega y fingen haber ido a verlo a él.

Su apartamento, un estudio, está justo encima del bar Dockyard, un local que lleva el horario que le parece. Puede elegir entre escuchar el ruido de abajo a través de las tablas sueltas del suelo o bajar a sentirlo en directo.

Aunque Jonathan solo pretendía hacer un alto en el Dockyard para tomar un par de copas, se ha ido deslizando desde un buen sitio situado en medio de la barra hasta un rincón oscuro y del whisky bueno al matarratas. Ha pasado de reírse con los parroquianos a que estos se rían de él. Lil, la camarera, le ordena que se calle la boca. Y le ha sugerido que se vaya a casa a pesar de ser solo la una de la madrugada.

Jonathan no puede recordar cuándo se le echó a perder la velada. Igual habló mal de la musiquilla de Lil, que ya es un poco mayor para estar trabajando en aquel garito. Lleva el pelo teñido de un rojo tóxico y luce unos tatuajes tan descoloridos que parecen hematomas. Los ojos grises se le tensan a medida que avanza la noche. Cuando llegan las últimas copas, parecen dos tornillos.

El sexo con Lil era de lo más anodino, esa clase de error de madrugada que Jonathan no consigue enmendar. Había algo en todo

aquel embrollo que le recordaba a una carrera de caballos: el trote de las botas de vaquero de Lil, sus palmadas en el enorme trasero de la mujer, el exhausto quejido de ella cuando todo acababa…

Las paredes del Dockyard están cubiertas de boyas y chalecos salvavidas, de fotografías granulosas de barcos de vapor y remolcadores. Hay cabos enredados y trampas para langostas rotas, así como moscas y sedales y cebos y poleas. A la trucha y el róbalo enmarcados les faltan los ojos y pierden escamas. Se supone que ese local llama a la nostalgia por los bulliciosos muelles de antaño, pero, en realidad, ese garito es un naufragio. Iluminada por tiras de lucecitas navideñas de color verde, la barra parece hundida en la pringosa charca que hay a un par de calles de allí. El reloj de barco estropeado ayuda a los clientes a ignorar la hora y seguir bebiendo.

Aquí se llevan mucho los motes. Jonathan necesitó un par de semanas para reconocer a la gente. Están Mike el Guitarra y Mike el Motero. Están Bill Whisky y Bill Pirata, Steve el Viejo y Steve el Nuevo. Las mujeres carecen de apodo.

A Jonathan todo el mundo le llama «Maestro», aunque él sospecha que nadie lo cree capaz de componer música. Un día de estos piensa pillarlos por sorpresa. Tiene la cabeza abarrotada de solos compuestos a partir de ruidos del barrio. Le suelen venir por cosas simples, como el aullido de los goznes de la puerta del Dockyard, el tañido solitario de los cables telefónicos de la calle Van Brunt o el tintineo metálico y anodino de una bicicleta con las ruedas sueltas recorriendo adoquines.

Los días pasan en Red Hook cual composiciones musicales. A veces son fugas, a veces sonatas. Los días más salvajes, cuando sopla una tormenta del Atlántico y el agua inunda Van Brunt, son claramente sinfonías, pero Jonathan no se molesta en explicarles nada de eso a los parroquianos del bar.

Lil se está haciendo la difícil, jugueteando con sus cedés e

ignorando el gesto de Jonathan.

—Creí que tenías la noche tranquila, Maestro —le dice sin servirle otra copa—, o al menos en eso confiaba.

—Hace mucho calor para subir —dice él—. Había pensado quedarme por aquí y pagarte para que me entretuvieras.

Lil lleva colgado del cuello un vaso de chupito. Le golpea los pechos al trabajar. En vez de darle propinas, los clientes pueden invitarla a un trago. Es lo mejor que puede hacer uno para caerle bien.

Jonathan le agarra el vasito:

—Déjame que te invite a un trago.

Lil tiene la camiseta húmeda de fregar la barra y los vasos. Se aparta de Jonathan:

—No, señor, gracias.

—¿Mi dinero no vale?

—Déjalo sobre la barra.

Últimamente, Jonathan saca mucho de quicio a Lil, sobre todo cuando intenta mostrarse encantador:

—Creía que por aquí nadie rechazaba una copa gratis. La priva te ayuda a tenernos contentos.

—Hablas demasiado, Jonathan.

Y él deja caer un billete de veinte junto a su copa para que vea cómo las gasta.

El bar está lleno hasta en plena ola de calor. Quedan algunos habituales, hombres rudos y policías jubilados, pero la mayor parte de la clientela es nueva: artistas, cocineros y variopintos artesanos. Tíos con gorras de béisbol de equipos perdedores. Mujeres con zuecos o botas de vaquero. Esta noche hay muchas mujeres. Hace un calor de narices y siguen calzando botas de vaquero. A pesar de no haber cumplido aún los treinta, Jonathan se siente viejo al mirarlas.

Antes, Jonathan intentaba entablar alguna conversación con

algunas de esas mujeres, pero ahora ellas mantienen la distancia. No sabe muy bien qué es lo que salió mal. Igual se ofendieron cuando las invitó a una ronda y comentó que las mujeres solo beben whisky para impresionar a los hombres. Ahora se esfuerzan en no mirarlo. Se ha tirado un año observando, tomando nota de sus peinados cortos y revueltos y de sus tatuajes nuevos. Las ha visto beber más, dormir menos y adoptar el aire duro del viejo puerto.

Cuanto más tarde se hace, más descaradas y sexis se ponen las mujeres. Pronto no se parecerán en nada a las trabajadoras matutinas que los lunes se refugian bajo la marquesina de las paradas de autobús que se suceden a lo largo de Van Brunt, limpias y peinadas y razonablemente presentables para el mundo que hay más allá de Red Hook. La noche las asilvestra, les enreda el cabello y les roe las uñas. Les colorea el discurso. De noche, se les empiezan a notar los cientos de veladas que han pasado igual que aquella y que se revelan en sus mejillas huecas y en su rápida cháchara. Jonathan se pregunta cuánto tardan sus disfraces en convertirse en su ropa habitual, sus tatuajes en marcas de nacimiento. ¿Cuándo permitirán que el mundo exterior desaparezca y se olvidarán de recuperarlo?

El nuevo trago le llega rápidamente al estómago, señal de que ya lleva lo suyo. Da una vuelta a la barra para despejarse un poco. Hay dos borrachos en el reservado del fondo. Uno lleva sobando desde la hora feliz. Los habituales se turnan para decorarle la cara y la ropa con rotuladores. Alguien le está abriendo la camisa para dibujarle unas huellas de garras sobre las tetillas.

—¿Nos cantas algo, Maestro? —pregunta una mujer que se da la vuelta antes de recibir una respuesta.

Jonathan hinca la rodilla en tierra y la coge de la mano. Ella intenta quitárselo de encima, pero él la tiene bien atrapada. La canción que le viene a la cabeza es «Let´s face the music and dance», de Irving

Berlin. La gente se está riendo de él, pero a Jonathan le da lo mismo. Canta fuerte, más fuerte que el rockabilly que sale de los altavoces. Lanza el brazo libre hacia atrás y le da a una mujer en el estómago. Lil lo agarra por la muñeca con una de sus callosas manos. La fuerza del agarre le sienta bien.

—Largo —le dice ella.

Lil lo acompaña hasta su portal, a solo unos pasos de la entrada del Dockyard, y espera hasta verlo entrar. Jonathan se demora en el umbral, escuchando el ruido de sus botas de vaquero sobre el pavimento…*Too hot, too late.*

Una vez en su apartamento, abre la ventana para dejar salir el aire que apesta a tabaco y dejar así entrar más calor junto a los ruidos nocturnos. Los bocetos para un nuevo anuncio están desperdigados por el suelo: dibujos en blanco y negro de latas de refresco a la espera de una melodía.

Enciende un cigarrillo y apoya el codo en el alféizar, echando el humo hacia el aire denso de la noche. Hace unos días, en el bar del West Village, tuvo una idea para ese anuncio. La manera tan bestia en que su colega, la *drag queen* Dawn Perignon, se delineaba los labios con un lápiz de color coca-cola para luego llenarlos de un color cereza brillante le inspiraron los primeros compases. Tomó unas notas en una servilleta y se la metió en el bolsillo.

Como Jonathan siempre lleva vaqueros negros, localizar el par de aquella noche se presenta difícil. Rebusca en los bolsillos de todo su armario. Encuentra cajas de cerillas y números de teléfono de mujeres a las que no piensa llamar. Encuentra unas servilletas arrugadas del Cock ´n Bulls, pero ahí solo hay garabatos.

Se tumba en el sofá con vistas a los dibujos del guion gráfico. Lo único que le sugieren es musiquilla de tiovivo de feria.

Descuelga el teléfono y llama a Dawn, esperando que su voz le dé alguna pista de lo que le inspiraron sus labios de dos colores.

Dawn contesta a la tercera llamada con música de fondo a todo trapo.

—¿Sí?

A Jonathan siempre le pilla por sorpresa que, fuera del escenario, Dawn hable igual que cualquier tío de Jersey. Tiene una voz profunda, llena de sonidos guturales y consonantes pesadas que no pegan nada con el acento que se gasta cuando actúa.

—¿Sí? ¿Piensas decir algo o qué? —ladra Dawn antes de cambiar a su voz de escenario—. ¿Jonathan, cariño? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Olvídalo, Dawn. Tenía una pregunta que hacerte, pero no es importante.

—No me digas que a estas alturas llamas porque te pica. ¿Te sientes solo esta noche?

—Que te jodan.

—Será un placer.

Jonathan cuelga. Siempre se ha preguntado si Dawn no tendrá cierta debilidad por él.

Mira hacia el otro lado de la calle, al local del libanés. Si estuviese abierto, se acercaría allí. En vez de eso, apaga el cigarrillo y lo arroja por la ventana. Se toma dos pastillas de Tylenol con whisky. Luego pone un disco de calipso por si los ritmos tropicales inspiran a las latas bailongas.

Jonathan suele despertar cuando el bar se calma. Después de que el ruido se deslice lentamente hacia la calle, sabe que Lil se queda ahí sola. Baja la música y él puede oír sus pasos mientras retira los vasos y seca el mostrador.

Lil canta después de cerrar, una actuación en solitario para las botellas medio vacías y los ceniceros rebosantes. Tiene una voz muy decente con cierto acento rural. Jonathan se la imagina sentada en

la barra, con los pies en un taburete, dándoles una serenata a las amarillentas cartas náuticas y las fotografías de viejos capitanes de barco.

Termina su canción y sale. Baja la persiana. El cerrojo cae en su sitio con estrépito.

Jonathan asoma la cabeza por la ventana:

—Eh, Lil.

—¿Aún despierto? —Lil sostiene una botella de whisky.

—¿No quieres compartirla conmigo? Necesito un poco de inspiración.

Lil agarra la botella por el cuello y la mueve en plan péndulo:

—No, no pienso compartir contigo mi inspiración.

Jonathan la ve alejarse. Son las cinco y cuarto, la hora en que los cuatro negocios —dos colmados, una cafetería y el Dockyard— de las cuatro esquinas de Van Brunt y Visitation interpretan su concierto diario de apertura o cierre, el barullo de la persiana metálica que saluda a un nuevo día.

El griego ya se está peleando con su persiana de hierro. Ha despertado al borrachín que duerme en el umbral de la cafetería. No se lo quita de encima. Una de las persianas, la derecha, se ha encallado y apenas sube más de un metro. El griego le está echando un pulso. El borracho ronda por ahí, tratando de ayudar. Arranca de un árbol una rama muerta y se la ofrece al griego.

Jonathan nunca ha comido en el local del griego. El sitio sirve a estibadores jubilados, empleados del peaje nocturno del túnel y los visitantes más madrugadores del dispensario de metadona.

A Jonathan se le pega la voz del borracho. Es disonante, con subidas y bajadas que no permiten entender ni una palabra. Se le ve emprendedor, con ganas de hacer algún que otro recadito y que el griego le pague para largarse. El griego da un último meneo a las persianas y entra a calentar la parrilla, a hacer café y a desempolvar

la carne de ayer.

Jonathan baja las persianas, pero las deja de tal manera que, cuando salga el sol, la luz le entre en diagonal.

Es demasiado tarde para dormir. El primer autobús de la mañana ya aparece por aquella calle atestada de baches para toparse con cada socavón y con cada grieta practicados por la instalación de los nuevos conductos de agua.

A los ocho años, Jonathan pasó el verano en Londres con Eden, que salía en una función del West End. Alquilaron un apartamento junto a un judío jasídico. Por las tardes, después de que Eden se fuera al teatro, aquel hombre salía al balcón y se ponía a cantar con la puesta de sol. Aunque Jonathan no podía entender la letra de la canción, había algo en su voz que lo ayudaba a dormir. Durante todo un verano, Jonathan fue incapaz de irse a la cama sin aquella canción.

Ahora no hay nadie que le cante ninguna nana. Solo escucha el crujido metálico de la mañana. Atisba entre la persiana. A media luz, el alcohólico está barriendo una sola baldosa del suelo. La ha rodeado de caballetes robados de alguna obra. Si sigue así, le caerá una propina y a las nueve ya estará borracho. Detrás de él, el griego se ha hecho con una palanca y trata de levantar la persiana. Suena como si estuviese fundiendo acero.

Para huir de los ruidos, Jonathan echa a andar hacia el agua. Aunque ya hace calor, no es mala hora para estar despierto en Red Hook: demasiado tarde como para cruzarse con los juerguistas nocturnos y demasiado pronto como para toparse con lo que queda de la industria local. El sol empieza a salir a su espalda, abriéndose paso entre los bloques que se levantan al final del barrio y prometiendo una buena calorina muy propia de Brooklyn.

Las pocas farolas de los callejones se apagan con un zumbido. Estas manzanas están tranquilas. Los garajes y las ferreterías no han

abierto todavía. Los perros que protegen solares vacíos aún duermen.

Jonathan tuerce por una calle adoquinada que lleva hasta el agua: una de las dos manzanas residenciales más decentes que hay en Red Hook, una calle llena de casas unifamiliares en diferente grado de deterioro. Desde aquí ya puede oler el agua, con ese olor estival a gasolina y sal allí estancada.

La oscuridad se va disipando y Jonathan empieza a distinguir el muelle Valentino, que se extiende por el agua como si de una escalera larga y horizontal se tratara. Solía bajar al muelle con la puesta de sol, pero el paisaje urbano era un insulto cuyas brillantes luces le traían tristes recuerdos. Por las tardes, el muelle se convertía en un agobio. Un sitio para parejas. Un bonito lugar en el que las mujeres que no hablan con Jonathan en el Dockyard les muestran el barrio a sus amistades de Manhattan. Y, por eso, empezó a bajar por las mañanas. Suele tener por compañía los remolcadores y las aves marinas.

Cruza el parquecito y se dirige al muelle, pasando junto a un chaval que parece una parodia barata de los camellos de la zona: ropa holgada y sin marca para camuflar su delgadez. Al ver a Jonathan, cambia de dirección y sale pitando hacia los almacenes abandonados que hay a la izquierda del muelle.

La niebla sobre el río oculta el paisaje urbano. Se ha zampado los puentes Verrazano y Bayonne, ha ocupado Staten Island y ha oscurecido la mayor parte de la costa de Jersey.

Aparece un ferri arrastrándose por el agua plana como un ciempiés. Las boyas se comunican entre ellas, una sirena larga y baja seguida de una rápida y aguda respuesta, como si la segunda boya se burlara de la primera.

A la derecha del muelle hay una playita, una mezcla de basura, arena, alquitrán y espuma, todo ello salpimentado con trozos de

madera demasiado mojados o astillados como para ser de la menor utilidad. Los troncos se balancean adelante y atrás con las olas flojas. Algunos se enredan con los pilones que hay bajo el muelle. Se quedan atrapados y golpean los soportes de metal, saludando con su ritmo al día que comienza. Jonathan se inclina para mirarlos.

Hay una chica tumbada bajo el muelle, boca arriba, varada en el rajado alquitrán. Jonathan se agarra al muelle y cierra los ojos. La noche fue muy larga y la mañana es muy corta. Su insomnio ya le ha hecho ver cosas peores. Cuando vuelve a mirar, la chica sigue allí. Pese al aire asfixiante, Jonathan siente frío.

Baja a la arena sucia, el agua le llega a la altura del tobillo. Una película de petróleo le cubre los pies. La ropa de la chica está rasgada y cubierta de barro. Va descalza. Se aprecian pequeños cortes en manos y pies. El rostro, impecable. Los dedos y los labios, arrugados. Incluso a la escasa luz que hay bajo el muelle, Jonathan puede captar la palidez acuosa de su piel. Tiene el pelo extendido sobre las rocas. No es fácil precisar si es castaño o rubio, pues ha perdido el brillo y se le han enredado restos de cosas.

Jonathan sabe que debería agacharse, pero sería más fácil salir corriendo, pedir ayuda por teléfono o, incluso, permitir que la descubriese otro. Y entonces se arrodilla junto a ella para ver si respira. Huele a gaviotas.

Jonathan pega la oreja a sus labios. Están fríos y secos. Al principio, no se oye nada. Está a punto de incorporarse cuando escucha el eco de su respiración. Corto y agudo, como si se agarrara a un clavo ardiendo. Jonathan retrocede, pero luego vuelve a pegar la oreja.

Sabe que, si grita pidiendo ayuda, los remolcadores pasarán de largo y los almacenes vacíos se harán los locos.

Jonathan tuerce la cabeza de la chica hacia un lado y ve cómo le sale de la boca un chorro de agua espumosa. Le limpia el barro de

las mejillas. Es Valerie Marino, una de las pocas estudiantes de Red Hook que va a St. Bernardette.

La levanta con cuidado. La joven es de miembros largos. Un peso muerto.

Pega su cuerpo al de ella, intentando darle calor. El corazón de la muchacha late contra el suyo, un leve y espaciado sonido. Se lleva su cabeza al hombro y siente su piel pegajosa contra el cuello. Hace meses que no abraza a nadie.

Recorre la playa, tratando de no tropezar con las afiladas y resbaladizas piedras. El cuerpo de la chica está frío. Su ropa mojada se pega a la piel de Jonathan. Abrazarla no le sirve para aligerar aquel día sofocante.

3

Fadi llega tarde, pero muy pocos se darán cuenta. Con los dedos de una mano le sobra para contar la gente del barrio que sabe cómo se llama. «Eh. Eh, gracias. Café suave. Café. Lo de siempre. *The Post.* Lo de siempre.» ¿Cómo puedes pedirle «lo de siempre» a alguien cuyo nombre ignoras?

El tren F se detuvo en el puente elevado que hay justo antes de Smith con la Novena. Fadi se quedó atrapado durante veinte minutos en un vagón de metro sin aire acondicionado, contemplando la lenta ascensión del sol sobre las Casas de Red Hook. La temperatura apenas había bajado en toda la noche, siempre por los veintitantos. La radio dice que hoy se alcanzarán los treinta y pico, poniendo en peligro la red eléctrica y amenazando al vecindario con un apagón que arruinará el hielo y los lácteos de Fadi.

Van Brunt se va despertando con lentitud. El local puertorriqueño aún está cerrado, pero el griego de enfrente de Fadi en Visitation ya se está peleando con su persiana metálica, atizándola con una palanca. La tira de luces navideñas que recorre Van Brunt entre la farola de delante de la tienda de Fadi y la que está frente a los puertorriqueños cuelga en aquel aire tan cargado. Las bombillas de colores penden perezosas e inmóviles, las luces hibernan hasta el invierno.

Los periódicos lo esperan a la entrada de su colmado. Los dos tabloides llevan en la portada imágenes de la ola de calor. *The News* ha pillado a una señora mayor del Bronx tirándose una botella de agua por la cabeza. *The Post* muestra a un adolescente saltando a la bahía junto a uno de los muelles de Red Hook.

El chico está congelado en el aire, con los brazos por encima de la cabeza, la pierna derecha extendida y recta, la izquierda doblada hacia atrás. A sus pies, la negra bahía. Le pasa un ferri entre las

piernas. Sus brazos acunan la corona y la antorcha de la Estatua de la Libertad. Hay tres amigos suyos colgando de la barandilla, esperando para saltar, con la cabeza mirando hacia arriba, admirando al chaval volador. Parece un salto perfecto, alto y alejado de la barandilla, bien lejos de los pilones, directo al corazón del agua.

Fadi se seca la frente, abre el candado y deja que la verja de hierro se enrolle hacia atrás, revelando así los anuncios de cigarrillos que cubren el escaparate de la tienda e impiden que la luz del sol decolore el material. Agarra los fajos de diarios y se mete en la tienda.

Lo del colmado se le ocurrió al padre de Fadi, Hafiz. Mientras sus hermanos abrían panaderías y restaurantes en la zona libanesa de la avenida Atlantic, Hafiz prefería algo distinto a un mostrador lleno de *sambousek, awamat* y *baklava.* Creía que a los estadounidenses les gustaban las bebidas de naranja por el color, no por la fruta. Que les gustan las pechugas de jamón y de pavo, pero embutidas en versiones limpias y cilíndricas de jamones y pavos.

El colmado de Hafiz en Red Hook está a menos de veinticinco minutos a pie de la avenida Atlantic, pero, teniendo en cuenta la frecuencia con que sus tíos lo visitan, Fadi cree que lo mismo le habría dado abrirlo en Staten Island.

Hasta Hafiz se ha rendido al barrio. Ahora se gasta el dinero de la jubilación en una silla plegable y se dedica a ver qué pasa por la avenida Atlantic. Pronto estará despierto, atraído hacia uno de los locales de sus hermanos por el fuerte café libanés y su pastel favorito de miel y pistacho, mientras Fadi anda por aquí con un café de bote y unos Donettes espolvoreados de azúcar.

Pero Fadi aún cree que las cosas pueden cambiar por allí, sobre todo con los primeros cruceros que amarren en la terminal situada al final de Visitation dentro de un par de meses. Anoche le dio al

linóleo blanco y negro un repaso extra con el mejor detergente que tenía en las alacenas. Su colmado brilla un poco más que los otros que hay en el barrio. Sus competidores puertorriqueños de la zona de Van Brunt han bajado el nivel: cerveza sin marca, cigarrillos, refrescos, patatas fritas y únicamente *The Post.* Fadi tiene un surtido de cervezas, de las más malas y dulzonas a las artesanales de nombre irónico. Hasta dispone de una marca *kosher* llamada He'Brew. Su negocio está dirigido a todo tipo de público, pero a él cada vez le resulta más difícil estar al corriente de las modas. Ahora, los modernillos se llevan cervezas baratas al muelle, mientras que los carcamales de los bloques se hacen con cajas de Pilsner Urquell para sus barbacoas.

Coloca los periódicos en los expositores y prepara dos cafeteras. Enciende la radio, deja abierta la puerta de entrada con un ladrillo y echa un vistazo al interior de la nevera. El jamón empieza a sudar nitratos dentro de su envoltorio de plástico. Fadi pone el termostato en frío y revisa la tienda para ver si hay algo más que no acabe de pitar.

Panecillos. Pan de molde en rebanadas. Los mete en la nevera junto a la carne y el queso. A estas alturas, la mayor parte de las reservas de Fadi han acabado en la nevera, de manera que ha dejado una zona de las alacenas vacía hasta la llegada del otoño. Se coloca tras el mostrador con un tazón de café solo y una pasta de hojaldre con un glaseado blanco. Casi todo el glaseado se queda pegado al envoltorio de plástico. Por muy fuerte que lo intente hacer, el café no se parece en nada al libanés. Veinte onzas de cafeína aguada cuyos posos no le revelan el futuro. La silla se le hunde. Debería cambiarla por otra. O tal vez debería perder peso. Dejar de comer las porquerías que vende. Al haber abrazado la dieta local de pollo frito del chino con el escaparate a prueba de balas y los grasientos comistrajos con exceso de ajo de la pizzería, Fadi ha

acabado ganando peso.

Fadi lleva camisetas blancas XXXL, como los camellos locales y toda su clientela. Con su complexión cetrina y su cadena de oro, podría integrarse perfectamente en esa tropa. A veces, desde el agobiante interior de su tienda, envidia sus días de vagancia, su negocio portátil, sus horarios flexibles, pero la cháchara delirante del bar de enfrente y los macilentos espectros que van en autobús al dispensario de metadona que hay un poco más arriba le devuelven la cordura y lo entristecen.

Cuando es sincero consigo mismo, Fadi debe reconocer que, a pesar de sus mejoras, no le va mucho mejor que a esos puertorriqueños cuya tienducha huele a amoníaco y arena para gatos. Cuando vas a comprar Coca-Cola en botellas de litro o cigarrillos, el ambiente no tiene mucha importancia.

Aun así, Fadi confía en que su colmado sea un buen sitio para las noticias del barrio. Hace un año, colgó un tablón de anuncios junto a la puerta para que los clientes estuviesen al corriente de las reuniones vecinales, de las peluquerías, de los paseadores de perros, de las canguros, de las clases de yoga, de los que limpian alfombras, de los chapuceros, de las sesiones de reiki y de las lecturas del tarot. Fadi es una autoridad local en apartamentos en alquiler, a él debes recurrir cuando te han echado o necesitas un cambio en tu vida. Este verano empezó a dejar un par de sillas plegables a la sombra de su toldo, animando a la gente a quedarse un rato e invitándolos a un refresco o a una cerveza en bolsa de papel.

No saben que lee los tres principales diarios de cabo a rabo, que es un experto en noticias de la ciudad y en patrones de criminalidad locales gracias a un estudio cotidiano de los informes policiales. Nadie podría intuir que el tío del colmado se sabe los nombres de todos los miembros del ayuntamiento y de los cinco presidentes de distrito, ni que vota en todas las elecciones, hasta en las de la junta

de la escuela local.

Fadi sabe que nunca se hará rico vendiendo Tylenol a los búhos nocturnos del bar de enfrente, pero cree en Red Hook. Ha enganchado una serie de noticias locales en los cajones de plexiglás del mostrador. Quiere que sus clientes sepan que son parte importante de la ciudad y que el colmado es su centro de reunión. Durante los cuatro años que lleva abierto, Fadi ha empapelado el mostrador con historias sobre un héroe de guerra del barrio, un inspector de policía jubilado que ahora se dedica a la construcción, un chaval de la zona que llegó a jugar en la NBA y otro al que contrató una discográfica.

Durante esos años que se ha tirado recortando noticias de los principales diarios, Red Hook nunca se había hecho con la primera página hasta hoy. Un chico volando. La viva imagen de una ola de calor. Un salto que simboliza la ciudad. Fadi arranca la primera página y la engancha en un lugar de honor, justo a la derecha de la caja registradora.

No hace mucho, Fadi puso en marcha un boletín semanal para la comunidad que él endilga a los clientes junto con el cambio. Aunque pide colaboraciones, casi nunca le llega nada. La mayoría de los temas de Fadi son incidentes que ha presenciado: un conductor borracho estrellando su furgoneta en la puerta del Dockyard que dejó encerrados dentro a los parroquianos durante horas o un cocodrilo descubierto en un apartamento de un sótano de Visitation.

Este verano ha escrito varios artículos sobre los cambios que espera que traigan los cruceros que pasen por Red Hook. Intentó entrevistar a sus rivales puertorriqueños, así como a Christos, el propietario griego del recientemente rebautizado Cruise Café del otro lado de Visitation, pero todos malinterpretaron su interés por sus negocios y les pareció que pretendía meter la nariz donde no debía, así que Fadi se dedica básicamente a publicar sus propias opiniones.

Echa un vistazo a la nevera. El jamón sigue sudando. Levanta el cilindro de carne y se dispone a sacarlo de su envoltorio. Se cae sobre el mostrador y se desliza por culpa de esa grasienta agüilla. Pilla el jamón antes de que vaya a parar al suelo. Se lo lleva al pecho y lo acuna mientras el jugo salado le empapa la camiseta. Cuando la puerta se abre, aún está abrazado al jamón.

Necesita unos segundos para reconocer a Jonathan, ese tipo que vive encima del bar. Lleva el cabello castaño oscuro pegado y tiene una mejilla manchada de barro. Lleva a una chica en brazos. La cabeza de la joven se apoya suavemente en su hombro. Los brazos y las piernas le cuelgan como si no guardasen la menor relación con su cuerpo. Huele a salmuera y basura.

A Jonathan le tiemblan los brazos bajo el peso de la muchacha. En los bíceps se le marcan unas venas azules. Respira de forma apresurada y pesada.

—Acabo de encontrarla —dice Jonathan.

—Déjala en el suelo —le sugiere Fadi.

Jonathan no se mueve del umbral:

—Está fría.

—Déjala en el suelo.

Jonathan recoloca a la chica en sus brazos, sosteniéndola con más fuerza. Fadi corre a su lado:

—Jonathan, tienes que dejarla en el suelo.

Unen fuerzas, se reparten el peso de la muchacha, se acuclillan y la depositan sobre el resplandeciente linóleo.

—Estaba debajo del muelle —dice Jonathan. Se sienta a su lado, se apoya en el frigorífico de los helados, coge la mano a la chica y la frota entre sus palmas—. Parecía rota. Como un madero flotando.

La chica está descalza. Tiene las uñas azules. Las de Jonathan están llenas de barro.

Fadi se hace con el teléfono y llama al 911. Reconoce a la chica.

Val, la más pequeña de las hermanas Marino. Hace dos días, ella y su amiga June intentaron comprarle cigarrillos. Les pidió el carné de identidad y luego le dio a cada una un mentolado del paquete que guarda para su prima.

Fadi se va al cuarto de las escobas en busca de una camiseta limpia. Cubre con ella el diminuto cuerpo de la chica, sobre la que se ve tan grande como una toalla de playa.

—Se pondrá bien —dice Jonathan, que sigue frotando la palma de Val—. Se pondrá bien —repite dirigiéndose a Fadi. Hay inseguridad en su mirada. Tiene los ojos hundidos en profundas ojeras.

Fadi mira a la chica, observa el leve movimiento de su pecho bajo la camiseta. Sus labios carecen de color.

—No lo sé —dice.

Fadi recuerda el momento en que Jonathan se mudó para vivir encima del bar. El sitio llevaba vacío meses. El Dockyard resultaba demasiado ruidoso para la mayoría de la gente, pero al músico no pareció importarle aquello. Fadi sabe que los parroquianos lo llamaban «Maestro», pero él no se atreve a usar ese apodo.

Fadi solía ver a clientes del Dockyard entrando y saliendo de casa de Jonathan, pero parece que últimamente pasa bastante tiempo solo. A Fadi le gustan los modales de Jonathan. La complicidad con que le habla. Le gustan los pantalones oscuros y las camisas de vestir del músico, aunque estén arrugados y gastados. Jonathan siempre habla sobre diversos compositores o canturrea melodías para ver si Fadi las identifica. Nunca lo consigue, pero Fadi le sigue la corriente.

Casi todos los días, Jonathan le habla a Fadi de algún tema musical perfecto para ese preciso momento. La semana pasada dijo: «Es una tarde para Gershwin. Algo soleada, algo traicionera, con posibilidad de lluvia». Y hace un par de noches le preguntó: «¿Has visto la puesta de sol? Solo Philip Glass podría componer un crepúsculo así».

Fadi no tiene ni idea de qué le habla Jonathan, pero le gusta escucharlo. Se repantinga en su endeble taburete y deja largar al músico. Jonathan gesticula teatralmente al hablar, como si dirigiese una orquesta oculta en algún rincón del colmado o le dedicara una serenata a una amante que se encuentra entre bambalinas. Suele convertir el mostrador en un teclado invisible y se dedica a tocar algunas teclas o a hacer escalas entre el platillo de las monedas y los encendedores. Luego le da las gracias a Fadi por su tiempo y se marcha. Fadi siempre le regala un periódico al irse.

Fadi cree que si no hubiese un mostrador entre ellos, podría hablar libremente con Jonathan, hablarle de su propio barrio de Brooklyn, a diez paradas de metro de distancia, donde intenta confundir el ruido del tráfico con el sonido del océano.

Ahora contempla a Jonathan, tirado en el suelo. El cabello oscuro del músico está sin brillo y pegado al cráneo como un gorrito.

Ambos levantan la vista cuando un autobús se detiene ante la puerta del griego. Y escuchan sus ruidos geriátricos al ponerse nuevamente en marcha.

—La conozco —dice Fadi—. Vive calle arriba. —Consulta el reloj de la tienda, pensando en el tiempo transcurrido desde que llamó al 911.

—Se pondrá bien —dice Jonathan—. La he pillado a tiempo. Sí, se recuperará. —Sus palabras suenan a plegaria, piensa Fadi. A súplica.

Jonathan le frota las manos a Val.

Fadi mira cómo está el café y le sirve una taza a Jonathan.

El barrio se hunde en el silencio. La parada del autobús está vacía. No pasa ni un camión. Fadi sale a la calle. No hay nadie.

En el interior del colmado, el único sonido es el tictac del reloj. Fadi vacía los filtros del café y los rellena de nuevo. Considera la posibilidad de decirle al músico que deje en paz las manos de la chica.

—No sé por qué miré debajo del muelle. Podría haberme largado. ¿Y si me llego a largar? ¿Qué habría pasado?

Pronto escuchan el lento aullido de una sirena bajando por Van Brunt. Llegan dos ambulancias. Los paramédicos apartan a Jonathan. El crujido de sus receptores ahoga la radio de Fadi.

Cargan con una camilla sobre la que depositan a Val. Agarrando su café, Jonathan sigue a Val hasta la ambulancia y trata de subirse a ella. Uno de los paramédicos lo lleva de regreso a la tienda.

Llegan tres coches de policía. Los uniformes oscuros incrementan la sensación de calor.

—Tendría que ir al hospital —dice Jonathan—. La chica no debería estar sola.

—Tiene que quedarse aquí —le dice uno de los polis.

Fadi ocupa su sitio tras el mostrador mientras los agentes lo interrogan. Cruza los brazos sobre la tripa. Sube la escasa potencia del ventilador y les ofrece café a los policías.

—Conozco a la chica —dice—. Val Marino. Vive calle arriba.

Salen para que Fadi les pueda enseñar la casa de los Marino. Fadi señala el edificio de ladrillo de tres plantas que hay en la esquina. Ve a los agentes llamar a la puerta.

Fadi ve aparecer a la hermana de Val. Lleva una camiseta de chico y unos pantalones cortos. Se lleva una mano a la cadera. Y enseguida cambia de postura, como si hubiesen cortado la cuerda que la mantenía erecta. Se dobla hacia delante. Un agente la rodea con el brazo. Con los zapatos en una mano, sigue a los policías hasta su coche.

Fadi vuelve a la tienda. Las sirenas han hecho que la gente se asome a las ventanas. Empiezan a llegar curiosos al colmado. Recorren los dos pasillos en busca de las últimas noticias. Esperan, por lo menos, que les caiga un café gratis.

Aparecen dos inspectores de paisano, un hombre maduro y el otro

un joven recién incorporado al cuerpo.

—La hermana dice que estaba con una amiga —le comenta el inspector veterano a Jonathan—. ¿Usted ha visto a las dos o solo a una?

Le muestra la placa: Coover.

—Solo a una.

—¿Está seguro? —Coover se masajea la mandíbula. Se ha cortado en el cuello al afeitarse y tiene la corbata arrugada.

—¿Ha sido una noche dura? Igual se le escapó algo por ahí abajo —pregunta el compañero de Coover. Le está enseñando la placa a Fadi. El estuche de cuero es nuevo y la placa reluce: el inspector se llama Hughes.

—Estaba sola bajo el muelle. A punto estuve de no verla. —Jonathan se siente inquieto: con los diez dedos está haciendo escalas en sus pantalones.

—June —les dice Fadi a los inspectores—. Val y ella siempre están juntas. June vive con su abuela. A su abuela le gusta el café con leche y tres azúcares. No sé dónde viven. Van a la iglesia de la esquina. Pasan por aquí delante todos los domingos.

Dos agentes se llevan fuera a Jonathan y lo sientan en una de las sillas plegables. Fadi le desliza en la mano un paquete de sus cigarrillos preferidos.

No tardará en llegar la prensa, piensa Fadi. Mañana habrá una fotografía de su tienda en el periódico. Entra y se pone a fregar el mostrador para acabar con las sudorosas huellas de manos. Coge un pastel de café de la alacena, lo corta y se lo pasa a los agentes que han salido a la acera. Echa un vistazo a la tienda, confiando en que nadie aproveche para robarle.

Se ha concentrado una multitud en las esquinas de Van Brunt con Visitation, todos se miran como puntos de una brújula. La historia se desarrolla con lentitud. Varios policías y los dos inspectores siguen

en el colmado. Sus receptores hacen ruiditos variados. Fadi les va pasando refrescos y botellas de agua.

—Son buenas chicas, June y Val —dice mientras le da a Hughes un vaso con hielo.

—¿Las conoce bien? —Hughes se quita la chaqueta del traje y se arremanga la camisa. Lleva ropa nueva y bien planchada. Fadi atisba un tatuaje militar en el interior de su antebrazo.

—Vienen mucho por la tienda.

—¿Las ve fuera de la tienda? —El joven inspector huele a colonia. El pelo empieza a desprender gomina.

—Alguna vez por la manzana.

Hughes exhala y se balancea un poco, dejando ver parte de la funda de cuero para el arma:

—¿Eso es todo?

—Son buenas chicas —dice Fadi, rellenando la bandejita de las monedas.

El inspector se saca del cinturón un cuaderno con tapas de cuero y lo abre:

—Y el tipo que la encontró, ¿también es un buen tío?

—Sí —responde Fadi.

—¿Lo conoce bien?

—Viene todos los días. Hablamos.

—¿De qué?

—De música.

Hughes no apunta eso:

—¿A los dos les gusta el mismo tipo de música?

—Yo prefiero los programas de debate.

—¿Lo ve fuera de la tienda? —El sudor ya brilla en las sienes del inspector.

—En el bar.

—O sea, que beben juntos. —Y le quita el capuchón al bolígrafo.

Fadi ha estado a punto muchas veces de ofrecerle una cerveza a Jonathan. Se imagina a ambos de pie bajo el toldo, con las botellas metidas en bolsas de papel marrón.

—No. Desde aquí le veo entrar y salir del bar.

—Pero usted no va allí a beber. —Hughes cierra el cuaderno, dejando la página en blanco.— ¿Usted diría que bebe mucho?

—Todos parecen beber mucho.

—¿Usted vive por aquí cerca?

—En la avenida N. —Su casa está a varios kilómetros, pero Fadi conoce a todos como si también fuera vecino de Red Hook.

Con la ayuda de la hermana de Val, la policía localiza a la abuela de June, quien confirma la ausencia de su nieta. Se envía a unos cuantos agentes a peinar el vecindario. Se llevan una fotografía de June.

Fadi pide permiso para hacer una fotocopia de la imagen en su ruinosa fotocopiadora. La imagen pertenece al anuario de aquel curso. Mira a cámara por encima del hombro derecho. Lleva el pelo recogido en una coleta tirante. Los primeros tres botones de la blusa están desabrochados. Bajo la fotografía, Fadi escribe: «¿Han visto a esta chica?» y apunta los números telefónicos del colmado y de la comisaría del barrio. Todo aquel que entre en la tienda saldrá con uno de esos impresos. Para mañana ya sacará una edición especial de su boletín con datos e información sobre niños perdidos y psicólogos especializados en el tema.

Ve parejas de agentes de policía desfilando por Visitation. El barrido va del puerto a los bloques. Salen lanchas de rescate de la policía. Los inspectores le piden a Jonathan que los acompañe a comisaría para hacerle unas preguntas rutinarias. Al músico se le hunden los hombros al subir a la parte trasera del coche sin distintivos.

Cuando Jonathan se va, los vecinos se muestran más abiertos. Quieren saber si Val había sido golpeada o víctima de una violación.

Insisten en que Jonathan parecía ir borracho. Todos parecen saber por qué se hallaba en el muelle antes del amanecer.

—No lo han detenido —les dice Fadi a sus clientes.

Pero los clientes prefieren su propia versión.

—Más vale que se centren en la chica desaparecida y no en el músico.

Pero la parroquia siente más interés por Jonathan.

Las noticias corren por el barrio. Fadi se entera de que nadie había visto a las chicas desde anoche, a eso de las once.

Siguen entrando clientes en el colmado a comprar cosas que no necesitan. Fadi se muestra muy selectivo con respecto a la información que da. Se guarda cosas. Se niega a hablar de Jonathan.

—Podréis leer el informe oficial mañana, en el periódico —les dice a sus clientes. Se pregunta si debería encargar el doble de ejemplares. No le quita ojo al teléfono, confiando en recibir una llamada de *The Times.*

Durante un momento de respiro, llama al distribuidor del material de oficina y encarga más tinta para la impresora. Su boletín ya no será eso de lo que la gente se deshace en la parada del autobús, sino algo esencial para la población. Mantiene las orejas abiertas por si oye algo que valga la pena, algo que capte el interés de sus lectores.

Christos, el griego propietario del Cruise Café de enfrente, lleva todo el día deambulando por la acera. Su persiana sigue sin funcionar. El local parece cerrado. Desde la acera de enfrente, saluda a los agentes de policía, para ver si le roba unos clientes a Fadi, pero nadie se fía de un restaurante que permanece a oscuras. Hoy es el día de Fadi.

Se queda sin hielo. Se queda sin pasteles. Anda escaso de panecillos.

Aparece una adolescente negra. Lleva un ceñido top de color rosa, unos pantalones muy cortos de tela vaquera y unas zapatillas fluorescentes de baloncesto. Compra un paquete de chicles de sandía. Le quita el envoltorio a un chicle y se lo mete en la boca. Señala el impreso.

—La vi anoche —dice. El chicle es como una piedra que tiene que roer—. Intentó acoplarse a mi pandilla en el parque Coffey. Ella y su amiga. Llevaban una especie de balsa. Se comportaba como una loca. Y luego se largó. —La chica deja de mascar y tuerce los labios hacia un lado.— ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Crees que debería haberla detenido?

Fadi coge un bolígrafo y le da la vuelta a uno de los impresos.

—Da igual —dice la chica, haciendo un globo con el chicle.

—¿Cómo te llamas?

—Monique.

—¿Monique qué?

—¿No te basta con Monique?

—Deberías quedarte por aquí, por si alguien quiere hablar contigo.

Monique se ríe y dice:

—¿Y adónde crees que me voy a ir?

«June Giatto, vista por última vez en el parque Coffey por una joven llamada Monique y unos amigos suyos», apunta Fadi. «Según Monique, June parecía nerviosa.» Se trata de una exclusiva. La primera.

Llega gente con velas, flores y fotografías de June pegadas en cartulinas. Fadi teme que parezca que se ha cometido un crimen en su tienda, pero permite que monten allí el altar. Regala galletas. Los propietarios del colmado de enfrente lo miran. Han sacado tumbonas a la acera y escuchan música latina a todo trapo.

Avanzada la tarde, Fadi empieza a sintonizar las emisoras de radio en busca de noticias de Red Hook, pero de lo único que hablan

todas es de la ola de calor: sobrecargas en la red, posibles apagones, escasez de agua. En las Casas Ravenswood de Queens, una pareja mayor ha muerto a causa de un infarto. Un chaval de Harlem murió cuando se le cayó un ventilador eléctrico en la bañera. Bebés muertos en coches. También preocupan los animales del zoo de Central Park. Fadi le da al dial y topa con una emisora con música navideña.

A medida que oscurece, la multitud se va dispersando. Fadi no regala cervezas. No hay ningún motivo para andar por allí. Unas mujeres trasladan el altar al puerto. Fadi se queda solo en su tienda y solo entra un cliente de vez en cuando.

Las calles están vacías. El vecindario se relaja, exhausto tras toda la jornada. Se llena el bar. La mitad de los parroquianos están fuera, fumando. Sus risas resuenan por toda la calle Van Brunt.

Fadi no pierde de vista la ventana de Jonathan, confiando en ver encenderse una luz.

Encarga comida a domicilio al chino a prueba de balas. Fadi espera que el repartidor diga algo sobre la desaparición, pero el joven se limita a extender la mano para recoger su dinero y se larga rápidamente.

Justo antes de cerrar, aparece un muchacho. Un chaval alto y enjuto de las Casas que Fadi nunca había visto. Recorre los pasillos. Lleva unos enormes pantalones cortos de baloncesto y un jersey a juego. Pilla un té helado de la nevera, una bebida tan dulzona que, solo con pensar en ella, a Fadi le duelen los dientes.

El chico deja la bebida sobre el mostrador.

—Dame los *Posts* que te queden —dice, señalando los periódicos.

Quedan unos treinta ejemplares. Con toda la agitación de ese día, todos han ignorado la prensa. El chaval pone los diarios en el mostrador y Fadi los cuenta.

—¿Y por qué te interesan las noticias de ayer?

El chico levanta la vista. Cuando sonríe, los labios se le agrietan. Señala al chaval volador de la portada:

—Ese soy yo, tío.

Y luego agarra los periódicos y se va tan ufano.

4

Val mantiene los ojos cerrados y el cuerpo de lado, hecho un ovillo. Está plegada en sí misma, fingiendo dormir, aparentando estar ausente de todo aquello. «Tres, dos, uno» y todo habrá acabado. «Cinco, cuatro, tres, dos, uno.» Los agentes de policía, los médicos, su hermana Rita… Todos habrán desaparecido. June aparecerá y la acostarán en la cama contigua a la suya en esa habitación de hospital. Hablarán largo y tendido después de que las enfermeras hayan apagado las luces de aquella sala. Como si aún fuesen unas crías en el campamento.

Val siente los pulmones arañados y doloridos. Tiene los ojos resecos. Un leve temblor que parece surgir de la base del cráneo se le sube a la cabeza y le machaca el cerebro como si llevase un casco apretado. Está en la décima planta del hospital del Long Island College, en una habitación con vistas al río. Las paredes son de color beis. Las baldosas, de color Listerine. La almohada y el colchón parecen de papel de diario arrugado. Mantiene los ojos cerrados. No quiere ver nada ni a nadie.

Les dice a los policías que no recuerda lo ocurrido después de caerse al río. No sabe dónde está June. «Cinco, cuatro, tres, dos, uno.» Val cuenta hacia atrás con los ojos cerrados mientras uno de los inspectores sigue haciéndole preguntas. El zumbido del móvil del agente será la noticia de que han encontrado a June. La información que susurra por su compañero será la clave que devuelva a June a casa.

—¿No recuerdas nada? ¿Ni a nadie?

Val niega con la cabeza. No abre los ojos.

—¿Nada? ¿Nada en absoluto? —Aquello suena a acusación.

Val da un respingo y se ovilla aún más.

—¿Nada? ¿Nada de nada? ¿Estás segura? ¿Nada? ¿Qué es lo que te

sacó de la balsa? ¿No lo sabes? ¿Seguro que no lo sabes?

—No lo sé —dice Val con el rostro hundido en aquella crujiente almohada.

—¿Y tú acabaste en la orilla mientras June desaparecía? ¿La arrastró el agua? ¿La viste? ¿No viste lo que ocurrió? ¿Nada? ¿Nada en absoluto? ¿Nada?

—Nada.

—Tu amiga ha desaparecido, Valerie. Tú eres la última persona que la vio. ¿No puedes ayudarnos? ¿No nos vas a servir de ayuda?

Val niega con la cabeza. La almohada cruje. Val aprieta los ojos con fuerza, con tanta fuerza que necesita contener la respiración. Si puede contener la respiración un minuto, los inspectores la dejarán en paz. Si puede contenerla dos minutos, rebobinará hasta volver a la balsa y June no desaparecerá.

—¿No puedes ayudarnos? ¿Sabes algo? ¿Algo que no nos estás contando?

Se le remueve el estómago y le dan retortijones. Extiende la mano para coger la de June, pero todo lo que pilla es el extremo roído de la manta marrón de poliéster.

Los inspectores terminan marchándose. El pánico remite bastante. «Cinco, cuatro, tres, dos, uno.» Val cuenta al revés para forzarse a dormir. Cuando despierte, todo esto habrá acabado.

Sus padres vuelven de un fin de semana en la playa que se ha visto abruptamente interrumpido dejando a su paso ese olor artificial a coco que ella asocia con la casa de su tío en Long Island. Val se incorpora en la cama para concentrarse en la vista: el panorama millonario de Brooklyn Sur hasta Red Hook, con su cuadrículas de mansiones, blancas y marrones y de ladrillo. La vista revela un mundo oculto de azoteas: piscinas infantiles, mini campos de golf, parrillas de barbacoa, toallas de playa, cordeles para colgar la ropa, palomares. Un paraíso playero.

Entre los tejados, Val puede ver los hoyos de los pequeños parques y jardines comunitarios: rectángulos de sombra y verdor. La hundida autovía está abarrotada de coches, los rayos de luz rebotan en la pintura y el cromo. Val observa los muelles y los almacenes, ese mundo portuario al que la luz del día arrebata su mistificación. Más allá está la punta de Manhattan, la Estatua de la Libertad, el puerto industrial de Nueva Jersey, el indicio de Staten Island, pero, sobre todo, el agua: el río y la bahía en los que vio a June por última vez.

Desde aquí arriba, el agua es como una flor azul que se oscurece al alcanzar los muelles y la orilla. La superficie está atravesada por la estela blanca de remolcadores y ferris. Una raya de sol recorre el centro de la bahía, brilla tanto que se traga los barcos que la cruzan y queda momentáneamente fuera del alcance de la vista.

«Si el remolcador rojo con la M en la chimenea cruza la raya del sol antes que el ferri naranja, encontrarán a June esta misma tarde.»

La madre de Val luce una blusa playera, vaqueros y sandalias de goma. Jo es una mujer bajita y rolliza, por lo que su informe camisa de tela de toalla la hace parecer una bola. Le brilla la piel por el aloe y la loción bronceadora. Coloca una figurita de plástico de la Virgen junto al lecho.

—Reza por ese ángel, Val —dice—. Reza sin parar por Juney. Incluso cuando duermas. —Y le da un golpecito a la Virgen con una uña.— Habla con ella. Dile que vuelva Juney. Díselo.

—Sí, mamá.

—Voy a encender unas velas en la iglesia. Una para cada uno de nosotros. —Jo menea la cabeza.— Y nos tomaremos algo en el bar de Veteranos de Guerras Extranjeras. Reza para que June esté de vuelta antes. No sé qué le voy a decir a su abuela cuando la vea.

—¿Quieres decirme qué pasó? —dice Paulie Marino. Es un tipo fornido con el pelo cortado a cepillo. Tiene los brazos cruzados sobre el estómago. Un tatuaje que reproduce la placa de su parque de

bomberos le asoma por la manga de la camiseta.

—¿Estabais en la balsa? ¿Te golpeaste la cabeza? Ni los médicos ni los policías me saben decir si fue un accidente o un ataque.

—No lo sé —dice Val.

—¿Qué es lo que no sabes? Dime que todo eso no fue idea tuya —dice Paulie.

—Yo tenía la balsa —dice Val.

—¿Y qué? ¿Y luego qué? ¿A June le dio por lanzarse al agua?

Aunque Val había hecho todo lo posible por ignorarlo, June se había hartado de aquella aventura. Val había advertido su creciente irritación, su incansable necesidad de estar en otra parte con otra gente.

—Supongo —dice, apartando los ojos de la ventana, alejándose la vista de la bahía y el estanque.

—¿Tú sabes la de enfermedades que transmite el agua? —dice Paulie—. Ni los vagabundos se lavan allí. —Y le coge un mechón de pelo y lo enrosca con los dedos.— Dios mío. ¿Y si llegas a ser tú?

—No —interviene Jo—. No digas eso, Paulie. No digas eso.

Jo tiene el teléfono pegado a la oreja, manteniendo el contacto con Red Hook. Tapa el auricular con la mano y dice:

—Están erigiéndole un altar a June. Y peinando los bloques.

Paulie está de pie junto a la ventana, contemplando las formas lejanas de las Casas de Red Hook, para luego trasladar su ira al río.

—Nadie puede estar tranquilo por uno de esos muelles. Conozco Red Hook. Anduvisteis por allí a una hora intempestiva —dice—. Podía pasar cualquier cosa. No había ningún motivo para estar paseándose por allí. Mi hija no debía andar deambulando en plena noche. Y esos borrachos del Dockyard. A saber de lo que son capaces.

—No estábamos deambulando. Estábamos flotando.

—¿Flotando? Solo pensabais en flotar por el puerto, ¿no?

—Déjala en paz, Paulie —dice Jo.

—Solo quiero entender qué paso, nada más. Mi hija está en el hospital y nadie me da respuestas.

Es inútil explicarles a sus padres lo del remolcador hundido. Algo brillando en la sala del timón. Algo más oculto tras las portillas. La sombra de los edificios reflejada en el río, una ciudad irreal fundiéndose en el agua. El extraño pulso del agua, el latido del río.

—¿Y luego qué? —continúa Paulie—. ¿A June le da por nadar y alejarse de ti?

A Val se le atraganta la respiración. Siente que el estómago se prepara para jugarle una mala pasada.

—No se acuerda —dice Rita—. Por el amor de Dios.

—Se supone que tú debías vigilarla —le dice Paulie.

—Tiene quince años —responde Rita.

—¿Y qué? —contraataca Paulie—. No recuerdo que tú fueses precisamente un angelito a los quince. Te dejamos a cargo de ella. Y eso quiere decir que debías vigilarla.

—No puedo prohibirle nada cuando sale.

—¿Y quién ha dicho que le esté permitido salir?

Rita va hasta el espejito que hay a la entrada del baño y se limpia el maquillaje de la víspera de los ojos.

—Ya han acabado con las Casas —dice Jo—. Ahora están sacando las lanchas de la policía. —Se vuelve hacia Val.— Reza por June cada segundo que no estés hablando. Reza por ella mientras duermes.

—Ya lo hago —dice Val.

Val gruñe y se da la vuelta. Jo confunde la angustia de su hija con dolor. Llama a la enfermera, la mujer le planta una linterna a Val en los ojos y le dice que se incorpore. La enfermera levanta un dedo en las narices de Val. Lo mueve adelante y atrás, adelante y atrás. Le pide a Val que diga su nombre, su edad, su año de nacimiento. Val mira a su madre, echada hacia delante en la silla, reproduciendo

con los labios las respuestas a las preguntas de la enfermera, preocupada por si Val pudiera suspender aquel examen. La enfermera riñe a Val por apartar la mirada del dedo. Toma unas notas en una tablilla y se va.

Val ha perdido la concentración. Aunque sus padres se lo supliquen, no piensa reconstruir las horas siguientes a su caída de la balsa, pero sí trata de recordar todo lo que sucedió antes de aquello. Darle vueltas, examinarlo desde todos los ángulos, agitarlo como un caleidoscopio para que luego todo caiga en su lugar.

Pero solo puede pensar en June cayéndose al agua. Cada vez que se sumerge en su memoria y regresa a la balsa con June a su espalda, surcando el agua pringosa al final del primer muelle, ve a June desaparecer.

Durante toda la tarde, conserva en su rostro la mirada interrogante de Jo.

—¿Algo más, cariño? —dice esta.

—¿Algo más de qué? —responde Val.

—¿Hay algo más que quieras decirnos sobre Juney?

—Por el amor de Dios, mamá…

Se acaba la hora de las visitas y los Marino se marchan. Una enfermera le desconecta el intravenoso a Val. El hospital se va calmando a medida que el sol empieza a caer tras los edificios, convirtiéndolos en siluetas, haciendo arder el cielo en cuatro tonos de rosa y naranja. El río pasa de azul a negro. Solo una rayita de luz solar sobrevive tras los rascacielos de Manhattan.

Ahora el hospital se limita a zumbar y susurrar. Las enfermeras se arrastran por los pasillos, asomando la cabeza en cada habitación, ajustando máquinas, controlando los intravenosos. Val intenta imaginar que está en la cama de June y que su amiga está a su lado. Hace como que duermen en posiciones opuestas, cabeza contra pies, una costumbre que, según la abuela de June, servía

para evitar el contagio de resfriados.

Intenta captar los sonidos familiares del dormitorio de June: el siseo del humidificador de la señora Giatto, el quejido de la verja del vecindario, el ruido de los autobuses escolares aparcando en el estacionamiento de enfrente. Las chicas tenían prohibido jugar allí, pero no hacían ni caso. Tras escuchar un rumor acerca de un chaval que pasó la noche en un autobús escolar y murió, se colaban en el aparcamiento y trataban de abrir la puerta de todos los autobuses, por si se habían dejado olvidado a algún crío. De regreso a la cama, las chicas trataban de asustarse mutuamente dando golpecitos en la ventana de June, haciéndose pasar por el espectro del autobús escolar. Competían para ver cuál de las dos podía pillar por sorpresa a la otra cuando más dormida estaba y por ver quién lograba gritar a su compañera.

Durante la noche, las enfermeras apuntan a Val con sus linternas tan a menudo que decide renunciar a dormir. Deambula por los pasillos. El hospital es un edificio solitario y su sala ocupa toda la décima planta. Está diseñada como un dónut: la zona de las enfermeras y los ascensores, en medio; las habitaciones de los pacientes, en la parte exterior. Por lo menos, las vistas son para los enfermos.

Exceptuando a un señor mayor con los hombros hundidos que avanza enganchado a su gotero, Val es la única paciente que ronda a esas horas por los pasillos. Desde un extremo de la planta, observa con mayor atención esa zona de Brooklyn, hasta las fortalezas de bloques que dominan desde las alturas los barrios de clase media. Desde otro lado, contempla las pudientes construcciones de las Heights y la silueta del puente de Brooklyn que se atisba en la parte posterior del barrio. Val llama a June desde una sala de espera con vistas a los rascacielos de Manhattan; allá abajo, el agua juega con sus reflejos.

El teléfono va directamente al buzón de voz. Una voz automática le dice a Val que June tiene el buzón lleno. Cruza los dedos, contiene la respiración, cuenta atrás desde diez. Llama una y otra vez, escuchando el mensaje de June, que se sabe de memoria, intentando creer que su amiga le devolverá la llamada «lo antes posible».

Llama a Rita.

—Por tu culpa estoy castigada en casa esta noche —le dice su hermana—. Dicen que soy responsable de ti. Como si pudiese estar al tanto de todas tus ideas de mierda.

—¿Se sabe algo de June?

—Nada de nada —le espeta Rita.

Val cuelga. El zumbido de los fluorescentes de la sala de espera le da dolor de cabeza. Se toca el chichón que tiene más arriba del cogote, rozando los puntos a través del vendaje. Cierra los ojos. Cuenta hasta diez. Luego llama a June hasta que el móvil se queda sin batería.

Pega la cabeza a la ventana. Desde detrás del espeso vidrio, ve cómo Nueva York se mueve y parpadea: taxis alumbrando el camino junto al río, anodinos edificios de oficinas encendidos de noche. Gira uno de los pomos de la ventana, pero no se mueve. Tira de ella, pero el cristal no se da por aludido. Aprieta un hombro contra el alféizar, pero no pasa nada.

Val deambula por el hospital, pasando junto al resplandor de incubadora de las salas de maternidad y las dobles puertas cerradas a cal y canto de la unidad psiquiátrica. Desciende en ascensor hasta la planta baja y se encuentra en pleno caos de la sala de urgencias, cuyos pacientes gruñen y gimen y duermen hasta que alguien se fija en ellos.

Se demora en el mostrador y ve a amigos y familiares pidiendo cuidados, piden ver a algún médico, piden hablar con la persona al

mando y con el superior a la misma.

Se encamina a recepción, donde hay un Taco Bell y un Au Bon Pain y, más allá, una puerta giratoria que conduce al exterior. Nadie la vigila. Nadie se daría cuenta si se largara. Sería muy fácil darse el piro y empezar a buscar a June.

Cuando da un paso hacia la salida, la puerta se pone en marcha y deja entrar un poco de aire caliente de la noche de Brooklyn. Vuelve a girar. Y entonces tres paramédicos atraviesan la entrada para sillas de ruedas, empujando una camilla en la que se aprecia una figura femenina. Apartan a Val.

Uno de los paramédicos se dirige al mostrador de ingresos mientras los otros dos se concentran en la mujer de la camilla. Val solo puede atisbar unos rizos de un tono castaño rojizo, sin brillo alguno, y un rostro manchado de sangre. Una fina sábana apenas disimula las amplias curvas del cuerpo que cubre.

—La conozco —dice Val, abriéndose camino hacia la camilla, pero una enfermera la agarra del brazo y la aparta de allí.

—June —grita Val.

Los paramédicos dejan sitio a un doctor y dos enfermeras. Todos están chillando a la vez, todos hablan con términos profesionales. Sacan la camilla de la sala de espera y enfilan un pasillo.

El médico agarra el desfibrilador que le ha pasado un enfermero y lo aplica al pecho de la paciente, cuyo cuerpo se alza y se derrumba. Nueva descarga.

Le están haciendo algo en la garganta, cortándola, insertándole un tubo. La están zurrando y parece no sentir absolutamente nada.

Nadie le hace caso a Val cuando grita: «¡June ¡June!».

A Val le vienen a la cabeza las pequeñas travesuras y las infracciones menores cometidas por ambas, sus infantiles fechorías, las veces que desobedecieron de manera insensata. Y recuerda todas y se pregunta a la desesperada si un cigarrillo o una revista

robada podrían haber llevado a June hasta allí.

En octavo, las chicas hicieron novillos por primera vez. Salieron por la escalera de atrás. Se quitaron el uniforme y se quedaron con las camisetas de tirantes y los pantalones cortos que se habían puesto debajo. Tenían pensado coger el metro hacia la ciudad, pero al final se rajaron. En vez de eso, se internaron por Brooklyn más de lo que nunca habían hecho en su vida.

Cruzaron de Red Hook a Sunset Park, recorriendo las zonas más silvestres de la orilla industrial. Se toparon con un laberinto de vías de tren y de tranvía; algunas, muertas en medio de senderos de adoquines, y otras, hundidas en el agua. Se deslizaron sobre el suelo musgoso de un muelle abandonado. Atravesaron un huerto de manzanas. Recorrieron turbias marismas y tierras con hierbajos que les llegaban a los hombros. Pasaron a toda prisa junto a almacenes vacíos y trataron de ignorar el impacto hueco de unos pasos fantasmagóricos.

Tardaron dos horas en llegar a Bay Ridge, en el extremo de Brooklyn. Allí, la superficie del agua era vasta y tranquila. Un cuidado sendero para peatones y ciclistas corría en paralelo a una autopista. Las chicas dejaron atrás el cemento del muelle de la calle Se-senta y nueve y enfilaron el paseo de la costa hasta llegar al puente Verrazano.

El viento soplaba con tanta fuerza que agitaba el agua y les enredó el pelo a las chicas. Ciclistas y corredores pasaban a su lado, los coches aceleraban en la autopista adyacente. El puente dominaba todo. Su color y su estructura inferior, en forma de costillar, le recordaban a Val la gigantesca ballena azul que vieran las chicas durante una visita escolar al Museo de Historia Natural. De pie bajo el puente, a Val le entró el mismo pánico que había experimentado en la Sala de la Vida Oceánica de aquel museo: una innegable conciencia de lo desconocido.

La ribera de Bay Ridge era lo más lejos de casa a lo que habían llegado las chicas sin compañía alguna. Val insistió en que siguieran adelante. Cuando June quiso regresar, Val saltó la barandilla del paseo y se puso a reptar por las piedras dispuestas junto al agua. Iba saltando de una a otra, de puntillas, retando a June a seguirla.

June se sentó en la barandilla para observar a Val y le advirtió que si no daba media vuelta en dos segundos, ella se largaba. Y entonces Val resbaló y el pie se le atascó entre dos piedras y, allí, la succión de barro y agua la dejó atrapada.

June fue hasta ella para calmarla, le dijo que dejara de forcejear si no quería que el pie se le hinchase y no hubiera manera de liberarla. Se arrodilló en las pegajosas rocas y metió las manos en el hoyo, sin quejarse de la porquería y del barro mientras intentaba sacar de ahí el pie de Val. Se armó de paciencia y terminó rasgándose los dedos, pero, de repente, el pie de Val ya estaba suelto, y la chica se cayó de espaldas y se hizo daño en la muñeca al aterrizar.

El médico vuelve a cargar el desfibrilador. El cuerpo se tensa y cae. Deja las palas y se aleja. Una de las enfermeras apunta algo en una tablilla. Comentan dónde deben trasladar a la muerta.

Val se acerca a la camilla. Le apartan el cadáver. Solo puede ver unos mechones ensangrentados.

Toca la frente de la muchacha y la dirige hacia ella. La piel está fría y pringosa. La cabeza cae en dirección a Val. No, no es June aquella joven que está bajo esa máscara de sangre. Regresa a su habitación.

Se sienta junto a la ventana, agarrando bien fuerte la figurita de la Virgen. Se balancea en la silla, luego apoya la cabeza en el cristal. Ruge la autopista. Se oyen sirenas a lo lejos. En un edificio de apartamentos situado frente al hospital, hay una mujer sentada en la escalera de incendios. En otra escalera de incendios, más arriba, hay dos hombres cogidos de la mano, tumbados en un colchón y

mirando el cielo. En la azotea contigua, hay tres mujeres y un hombre metidos en una piscina para niños y pasándose una pelota. Pegado a la ventana, su vecino de abajo, un hombre mayor, contempla el firmamento a través de un telescopio.

En el río, dos remolcadores tiran de un carguero hacia el puerto. Estallan unos fuegos artificiales en una barquita de pesca iluminada por tiras de lucecitas navideñas de color naranja.

Val espera a que la luna se deslice por el agua y le muestre el lugar en que June se soltó de su mano.

La ciudad y el río brillan y parpadean. Las luces de posición de los coches se convierten en puntitos rojos, los faros se acercan y luego desaparecen. El agua recoge el reflejo de los edificios: una ciudad fantasma. Val aprieta la figurita de plástico hasta que empieza a sentir que le corta la piel. Cuenta al revés desde diez y comienza a rezar para que la balsa rosa aparezca por el río.

5

La comisaría 76 huele a café quemado. Las baldosas son de color de agua de piscina turbia. Las ventanas son de doble acristalamiento y no dan a nada más que al estucado grisáceo de la casa vecina.

Jonathan está sentado a una gran mesa marrón de formica con un falso acabado de madera. Mira por la ventana de la sala de interrogatorios y ve a los policías pegados a los pequeños ventiladores de su escritorio, refrescándose el espacio que hay entre su propio cuello y el cuello de la camisa.

Cuando exigió su llamada telefónica, los polis se echaron a reír. No está detenido y puede hacer todas las llamadas que se le antojen, pero allí no hay teléfono y se ha dejado el móvil en casa. Los agentes le aseguran que se trata de unas preguntas rutinarias. Los chavales desaparecidos no son una broma, le dicen, como si a Jonathan le hubiese dado esa impresión.

La resaca se le ha ido pasando entre la niebla del Tylenol, pero le ha dejado una tontuna de lo más irritante que le hace sentir como si los ojos llevaran un jersey puesto. Ahora oye sus pensamientos mientras los piensa, creándose un eco enloquecedor para cada idea desagradable.

Juguetea con la mesa, rascando la formica, preocupado por haber podido sembrar dudas sobre su inocencia al pedir una llamada. Si los agentes vuelven, lo esposan y se lo llevan a un calabozo, se pregunta a quién podría recurrir.

La única persona que se le ocurre es Dawn. Esa chica nunca duerme. Se imagina la escena de verla aparecer por la comisaría. Le haría pagar cara la citación luciendo un top transparente con el ombligo al aire, mini shorts y botas de plataforma. Sostiene que solo los maricas llevan tacones de día. «Yo soy una reinona. Es distinto», asegura.

Jonathan se mesa las sienes con los dedos como si así pudiera expulsar del todo la resaca. Lleva toda la mañana batallando para deshacerse de los recuerdos de su madre, pero, en cuanto cierra los ojos, ve el cuerpo de Eden y su cabello como algas retorcidas. Y ahora confunde esa imagen con la de la chica bajo el muelle. Mezcla las pálidas lunas de sus uñas, los dedos tumefactos, el barro y la grava en las palmas de las manos. La última vez que vio a Eden —la última vez que estuvo en la casa veraniega de sus padres— tenía la cara de color piedra lunar. Parecía como si la bahía se le hubiese hundido en las mejillas y ella luchara por quitársela de encima.

Mientras la policía la envolvía en una manta, salió el sol sobre los riscos de Castle Road, en la costa este de la isla Fishers. Un suave resplandor anaranjado, un color cálido que no daba calor alguno, se arrastraba desde la barbilla de Eden hasta sus mejillas, para luego iluminar unos ojos tan inmóviles y opacos como canicas. Jonathan vio a dos hombres meter a su madre en una ambulancia. Al cabo de tres días, cuando cogió el ferri de regreso a tierra firme, ya sabía que nunca volvería.

Se pone de pie y da unos pasos hacia la ventana. Desde allí puede ver a los inspectores que lo trasladaron allí pasándose una fotografía de una chica con uniforme de colegio católico. Jonathan la conoce tan bien como a la que encontró bajo el muelle. Las ha visto juntas, esperando el autobús 61 en Van Brunt. Se había fijado en ellas en las instalaciones de St. Bernardette antes de que se perdieran en ese mar de faldas a cuadros y camisas blancas.

La estancia está hecha a prueba de ruidos. Ve moverse a los policías como si estuviesen en una película muda. Observa sus labios contra el auricular del teléfono beis de los escritorios. Sin sonido, su trabajo pierde la urgencia y deviene una farsa: la prisa callada de dos inspectores cogiendo la chaqueta de la silla y saliendo disparados hacia la puerta, la cómica exageración del comisario

soltándole una bronca a un agente uniformado.

Al entrar dos policías se oyen unos ruidos: timbres de teléfono, interferencias de radio, sonidos metálicos de los cajones al golpear con fuerza el escritorio. Al cerrarse la puerta, de nuevo vuelve a reinar el silencio.

—Conozco a la chica —dice Jonathan antes de que a los policías les dé tiempo a sentarse—. ¿Está bien?

Uno de los inspectores deja caer una carpetilla sobre la mesa. Un tipo fornido con traje de color crudo. De la corbata a rayas azules del inspector Coover cuelgan unos hilillos. Su compañero, Hughes, es más joven y luce un traje azul marino demasiado elegante para esa comisaría. Se apoya en la ventana y cruza los brazos, como si tuviera algún sitio mejor en el que estar.

—¿Le da clases a alguna de ellas? —pregunta Coover.

—No. Nunca se apuntaron a mis cursos.

—¿Vio anoche a alguna de las dos?

—Anoche estaba en el bar. Monté un numerito. Pregúntele a cualquiera de los habituales. Luego me fui a dormir. La camarera se lo explicará. —Jonathan mira el reloj.

—¿Se metió en una pelea anoche? —pregunta Hughes.

Jonathan sospecha que a aquel hombre lo han ascendido hace poco. Hay una inflexión ascendente al final de sus frases, como si tuviera prisa por llegar a una conclusión.

Niega con la cabeza:

—Me dio por cantar una canción de un musical. Demasiado alto.

Hughes le lanza una mirada a su compañero, pero no hay contacto visual:

—Una canción de Broadway. Vaya por Dios.

—Volvamos al muelle. —Coover abre un cuaderno.

—Estaba dando un paseo. Y encontré a la chica, Valerie. —Jonathan se frota la sien.— Estaba fría. No sé cuánto tiempo llevaría

allí.

—¿Tiene alguna idea de cómo se hizo el corte de detrás de la cabeza? —pregunta Coover.

—No.

—¿Vio usted algún arma?

—No busqué ninguna.

—¿Pero la vio?

—No.

—¿Vio a alguien más por allí abajo?

—No.

—¿Nadie en el muelle? ¿Ni algún chaval de las Casas?

—Nadie. —Jonathan se rasca la cabeza.— Bueno, puede que sí. No estoy seguro de si era de las Casas o no, pero era negro, si se refiere a eso.

—A eso se refiere —dice Hughes.

—¿De qué edad? —pregunta Coover.

—No lo sé. Dieciocho. Veintiuno. No soy un experto.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Nada. Caminar. No me fijé mucho en él.

—Caminar. ¿Solo caminar?

—Pues sí, caminar.

—¿Le podemos enseñar unas fotografías?

Hughes asoma la cabeza por la puerta y le hace una señal a un agente, que le trae un álbum. Los inspectores lo dejan sobre la mesa, delante de Jonathan. Van pasando páginas de primeros planos: chavales negros al final de la adolescencia con expresión taciturna y recelosa.

Hughes respira con dificultad, cada inspiración es tensa y ansiosa. Hace un ruidito con la boca cada vez que Jonathan pasa la página sin identificar a nadie. A Jonathan aquellas fotografías numeradas y tan bien impresas le dan un poco de grima. La colonia almizclada de

Hughes es la puntilla. Mira hacia la ventana, buscando algo de consuelo del ambiente y de la luz del exterior.

—Concéntrese —le dice Hughes, dándole unos golpecitos al álbum. Jonathan observa que se ha hecho la manicura.

Pero solo puede pensar en Valerie, en su cuerpo gélido y consumido, en los restos de sangre que tenía en la base del cráneo. Recuerda cómo le colgaba con todo el peso de su cuerpo cuando la cogió en brazos, el leve latido de su corazón, el susurro de su respiración. No siente nada por la otra chica, solo con la que él encontró.

Jonathan intenta concentrarse en el álbum, pero los inspectores no le dan ningún dato al que agarrarse. Si le enseñaran las mismas imágenes policiales dentro de diez minutos, sería incapaz de asegurar que ya había visto antes esas caras. Hughes cierra el álbum y sale de la estancia.

Vuelve en unos minutos:

—A su amiga la camarera no le ha hecho mucha gracia que la despertáramos, pero ha confirmado su historia. Una suerte para usted.

Después de firmar su declaración, dejan que Jonathan se marche.

Cuando vuelve a Red Hook, el Dockyard está prácticamente vacío. El barman es ese tío inglés que luce una cuidada barba a lo capitán Ahab y unas gafitas de alambre y que se pasa el turno rellenando los crucigramas de los tres diarios más populares.

Hay un carcamal sentado en mitad de la barra, con las manos acunando su copa. Es bajito, tiene el pecho hundido y el pelo gris y ralo, peinado con brillantina para conseguir unas ondas de lo más resultonas. Entre esas ondas, le asoma claramente el cuero cabelludo, pálido. Tiene las mejillas sonrosadas, señal de que lleva bebiendo un buen rato. Es uno de esos tíos que le dice a todo el

mundo que la barra del Dockyard está hecha de una sola pieza de madera extraída de un árbol que se derrumbó en el patio de la Iglesia de la Visitación de la Santísima Virgen María. Dice utilizar para un bar una pieza procedente de un lugar sagrado es un sacrilegio. «¿Se puede saber qué cojones hacéis bebiendo en una propiedad sagrada, chavales?» Eso no le impide acercarse al Dockyard para disfrutar de la hora feliz. Levanta la vista del trago y da un golpecito en la barra con los dedos para llamar la atención de Jonathan.

—Si la otra cría aparece herida o algo peor, sabrán dónde encontrarte —le dice.

Jonathan baja la vista a su bebida.

Hay algunos parroquianos más en el bar: artesanos con los dedos manchados de masilla que huelen a disolvente de pintura y un par de músicos del barrio. En pleno centro de la barra está Dan el Sucio, un albañil siempre en paro que huele a la hierba apestosa cual mofeta que vende.

El Sucio está hablando alto. Está charlando con el carcamal y haciendo chistes de mal gusto sobre por qué las lesbianas no pueden ser vegetarianas. Cuando el carcamal deja de hacerle caso, el Sucio la emprende con Jonathan.

—Maestro —le dice, señalando al barman. Y, antes de que Jonathan pueda negarse, un chupito de Jameson y una Coca-Cola se deslizan por la barra hacia él. Cuando bebes con Dan el Sucio, te tragas lo mismo que él.

El Sucio luce una gorra de béisbol de una marca de ropa para *skaters* que palmó hace años y una camiseta holgada con la imagen de un panda borracho. Sus pantalones cargo están rajados y manchados del cemento del último trabajo del que lo despidieron. Cada vez que Jonathan ve a Dan el Sucio, se pregunta qué es de la gente como él cuando llega a la madurez. ¿Qué sucede cuando ya

no puede pagar el alquiler vendiendo bolsitas de hierba? ¿Hasta cuándo podrá aguantar solo con cigarrillos mentolados, Jameson y una comida al día?

—¿Mi licor es demasiado bueno para ti? —dice el Sucio—. ¿O acaso tú eres demasiado bueno para él?

—Ni una cosa ni otra. —Jonathan se bebe el vasito de un trago y lo refresca con Coca-Cola.

—Bueno, Maestro, ¿seguimos ilustrando a las colegialas? —El Sucio adopta un tono de viejo verde que exige atención.

—Tú deja en paz a mis alumnas.

—No me las follaría ni con la polla de otro.

Ese comentario hace reír al carcamal.

—Nunca me han puesto las colegialas, ni siquiera en mis buenos tiempos —afirma el Sucio— ¿Les das de reglazos cuando se portan mal, Maestro?

Recordar todas las tardes que ha echado a perder con ese rijoso le provoca retortijones en el estómago y el chupito de whisky le repite en la garganta. Se traslada a un taburete situado cerca de la ventana, fuera del alcance de Dan el Sucio.

Jonathan da pequeños tragos. El barman barbudo acaba su turno y aparece Lil.

—Maestro —dice—, ¿no piensas darme las gracias?

—¿Por qué?

—Es verdad, eres el héroe de la semana. —Sin importarle lo que ocurra en torno al Dockyard, Lil da por hecho que ella lo controla todo.

—Ninguno de vosotros es un héroe —dice el carcamal mientras se larga.

—Puede que algún día recuerdes quién te salvó el pellejo —le dice Lil a Jonathan mientras le rellena la copa.

—¿Y a ti qué más te da mi pellejo?

—Es una noche tranquila.

Lil se queda en la zona de la barra en la que está Jonathan, bebiendo más que él. Ambos echan un vistazo a sus vinilos para escoger canciones alegres con las que combatir la amargura del domingo por la noche.

A eso de las siete, Paulie el Bombero aparece por el Dockyard. Jonathan lo saluda y le hace un sitio en la barra.

Paulie es exmarine y ahora trabaja en uno de los parques de bomberos de la ciudad: un bocazas que disfruta hablando de holgazanes, drogas y ley y orden. Eso a Jonathan le da igual. Lo que le crispa es que Paulie la ha tomado con él desde que se coló en el almacén una noche y se lo encontró de pie junto a Lil, que estaba rodando desnuda por el suelo.

Jonathan sabía que no serviría de nada explicarle que solo estaba intentando echarle una mano a Lil. Ella y su pandilla de noctámbulos se habían estado zampando una bolsa de hongos que uno de los camellos del barrio había traído a guisa de regalo navideño. El camello le deseó un feliz Año Nuevo a la cuadrilla de Lil, aceptó unos traguitos y luego los dejó para que alucinaran tranquilos. Algunos de los borrachos profesionales llevaban una semana dándole a los tripis cuando a Lil le dio el patatús. A medio turno, se le desbordaron los ojos y se le congeló la mandíbula. Le empezaron a temblar los brazos y se le cayeron las botellas de priva que había subido del sótano.

Jonathan rodeó a Lil con los brazos y la arrastró a la trastienda. Ella empezó a arrancarse la ropa y a tirarla por ahí como si le quemara. Se tumbó en el suelo y se puso a dar vueltas. Jonathan intentaba incorporarla cuando se abrió la puerta y apareció Paulie.

—Putos yonquis —dijo, y se quedó ahí con los brazos cruzados—. A ver, capullos, ¿me vais a poner un trago o me lo voy a tener que servir yo mismo?

Lil sobrevivió a esa noche y Paulie estuvo bebiendo gratis hasta que se coció lo suficiente como para decirle que era una furcia por entregarse a degenerados como Jonathan.

—Bombero —le dice Lil mientras le pasa una pinta de PBR—, ¿tu hija está bien?

—Mierda —dice Jonathan, lo suficientemente alto para captar la atención de Lil. Paulie y ella lo miran. Jonathan piensa que sería una potra extraordinaria haber rescatado a la cría de Paulie sin tan siquiera ser consciente de ello.

—Me cuentan los polis que tú sacaste del agua a mi hija —dice Paulie. Se acerca a Jonathan, colándose entre él y la barra—. Creí que me estaban tomando el pelo.

—Cualquiera podría haberla encontrado debajo del muelle.

—Nadie me dijo que dabas clases en St. Bernardette. ¿Comprueban los antecedentes?

—Probablemente —dice Jonathan.

—Me estoy quedando contigo. —Paulie le da un golpe en el brazo a Jonathan, haciéndole ruborizarse.— ¿No sabes aguantar una broma? Te hacía más duro. ¿O eres de los que solo largan sin parar después de unos tragos?

—Yo nunca largo sin parar.

—Vaya que sí. Te he oído. Siempre estás dándole a la húmeda. ¿Verdad, Lil? No se calla ni cuando nadie le escucha. —Paulie le pone una mano en el hombro y le da un apretón. Lil encuentra algo en qué ocuparse al final de la barra.— ¿Profesor de música? No esperes que Val se apunte a tu clase.

—No a todo el mundo le gusta la música —dice Jonathan.

—¿Quieres contarme qué estabas haciendo por los muelles esta mañana?

—No. Limítate a darme las gracias por haber estado por allí.

—Te he hecho una pregunta.

—No podía dormir.

—Hay una epidemia por aquí. Y tú te paseas a todas horas por el barrio como si fuera el salón de tu casa.

—Vivo encima del bar. No es fácil pegar ojo.

—Pero debe ser muy práctico.

—Nada práctico cuando te apetece dormir toda la noche.

—Qué gracioso —dice Paulie, volviéndole a atizar en el brazo—. Pues intuyo que no debes dormir mucho. Yo crecí aquí. Por el muelle rondan toda clase de tarados, también de día. Sí, sobre todo de día. ¿Sabes lo que he llegado a ver?

—No —contesta Jonathan.

—Pues he visto a un par de tus amigos del bar con los huevos al aire, tumbados en las rocas y con los pies en el agua, como si estuviesen en la playa. ¿Y sabes lo que tenían? Un pez disecado. ¿Quién coño se lleva de paseo a un pez disecado? ¿Sabes lo que creo? Pues creo que veros a los borrachos deambulando por ahí a todas horas acaba dándoles ideas a las chicas. Seguro que creyeron que podían apuntarse a la juerga. Menuda juerga. Mi cría acaba en el hospital. Y, la otra, muerta o algo peor.

—¿Hay algo peor que morirse? —pregunta Jonathan, pero enseguida se arrepiente.

En el otro extremo de la barra, alguien está echando pestes a los Mets. Jonathan le hace una señal a Lil, pero esta lo ignora.

Paulie le aparta la copa vacía a Jonathan, señalándole así que le han cortado el suministro. Lil no se ofrece a rellenárselo.

El domingo ha vaciado Red Hook. Ni tan siquiera esa tarde tan cálida anima a la gente a salir de casa. Fuera del bar, Jonathan enciende un cigarrillo y trata de captar la atención de Lil a través de la ventana.

Pero Lil no mira hacia fuera. Jonathan sabe que lo está marginando a propósito, ignorando su heroísmo por haberse negado a darle un

papel en la obra. Pero Jonathan se demora en el exterior, esperando que alguien le impida volver solo a su apartamento. Necesita que alguien le distraiga de su gran día, que alguien le aparte del frío insólito que le traspasó a los brazos el cuerpo de Valerie Marino, de los adustos inspectores y sus preguntas. Y, más que nada, quiere a alguien que le distraiga de sus recuerdos de Eden.

No aparece nadie. Apaga el cigarrillo. En su apartamento, abre la ventana de par en par, acogiendo con gusto por una vez ese ruido del vecindario que esa noche tendrá por única compañía.

6

Cree sueña con la balsa, con las chicas saltando de ola en ola, atrapadas bajo la luna. Sus voces viajan, distorsionadas por el fragor del agua, hasta que solo se oye una risa saltarina que alcanza la orilla en forma de olas. Le están llamando, sus voces lo atraen. Salta.

Hace calor en el dormitorio de Cree. El ventilador moribundo que tiene en la mesilla de noche no hace nada para aliviar el sofoco. Abre los ojos y ve el mapa acuoso del techo, las burbujas marrones y amarillentas que señalan el trayecto de las goteras del vecino de arriba. Ese sueño le afecta los nervios: siente la caída libre y luego la inmersión, seguida de la potente fuerza de la corriente que se lo lleva.

Cree sabía que era una tontería por parte de las chicas echarse al río en tan precario trozo de goma, pero admiraba la decisión con que rodeaban los muelles, confiando en la balsa como si fuera tan sólida y fiable como un remolcador. Las siguió después de perderlas de vista. Tratando de seguir el ritmo de la corriente, avanzó como pudo sobre las rocas y llegó a atisbar el muelle Valentino justo a tiempo de verlas aparecer de nuevo, con la balsa dispuesta a bogar a la luz de la luna.

Estaba de pie en el sitio en que la hierba se convertía en rocas escarpadas y playa de arena. La noche era oscura y húmeda. El aire, demasiado denso para sentir brisa alguna, iba cargado de una pesada inmovilidad estival. Y entonces la balsa colisionó con el reflejo de la luna y las chicas se iluminaron ante la silueta que dibujaban los edificios, cuya línea parecía un monitor cardíaco. Sus voces se sumaron al ruido de las olas al lamer las rocas y al tintineo de un trozo de metal contra los pilones de abajo. Cree corrió hacia el muelle para tener mejor vista.

Allá en el muelle, sintió un escalofrío en la piel, como si una ola errante hubiese roto en su espalda. Se dio la vuelta. Y, cuando lo hizo, la sombra, el espectro, lo que fuese, desapareció y, entonces, la humedad volvió a asentarse. Cree dio un paso y trastabilló, pues esperaba encontrar algún tipo de resistencia y no fue así. Extendió los brazos en todas direcciones, pero no agarró nada. Luego gritó el nombre de su padre y lo oyó rebotar contra los almacenes de ladrillo e ir a parar a la bahía, pero el espíritu de su padre, si en algún momento estuvo allí, ya se había ido. Cuando volvió a mirar el agua, las chicas ya no estaban a la vista. Al principio creyó que las había perdido, pero enseguida reaparecieron, deslizándose por el reflejo lunar.

Cuando Cree recorre los muelles de noche, confía en topar con una nueva dimensión, con algo que alivie su frustración, esa sensación de estar atrapado en el único sitio en el que jamás ha vivido, pero, al contemplar a esas chicas, comprendió que había sido un error buscar algo en tierra firme. En esa balsa, sabía que podría sentirse liberado de Red Hook y, al mismo tiempo, cercano a él. Parecía que las chicas disponían de la ciudad entera, de toda la costa, hasta de los puertos lejanos de Nueva Jersey. Se habían hecho suya la ciudad. Cree no podía consentir que se quedaran esa aventura nocturna para ellas solas.

Se le da muy bien saltar desde el muelle, acostumbrado como está a las corrientes y a las maneras de evitarlas. Marcus le había enseñado a nadar de pequeño, mucho antes de dejarlo salir en la barca de pesca, pero esa noche, cuando Cree se echó al agua, sintió una resistencia extraña, una fuerte corriente. El agua de la superficie tiraba hacia un lado y la que tenía alrededor de los pies, hacia otro. Trató de llegar a la balsa atravesando las olas, pero le costó muchísimo dar brazadas y sus avances fueron del todo torpes.

Se lo tragaban hasta las olas más pequeñas. Perdió de vista su

objetivo. Trató de mantenerse lo suficientemente fuera del agua como para ver a las chicas en su balsa, pero esta había zarpado lejos de la luz de la luna. Cuando el agua se embraveció, llegar a la balsa fue cuestión de urgencia. Sus brazadas rayaban la desesperación. No podía alcanzar a las chicas. Exhausto, dejó que la corriente lo arrastrara hasta la orilla hasta arrojarlo contra las pringosas rocas. De nuevo en tierra, se dedicó a peinar el agua con los ojos, buscando a Val y June, pero ya no estaban. Se habían ido con su aventura a otra parte, dejándolo a él tirado en tierra firme.

Cree sale de la cama y descorre las cortinas. Intenta abrir más la ventana. Está atrancada, así que se ve obligado a ponerse de rodillas y sacar la cabeza para aspirar aire fresco. Ha dormido más de la cuenta. Los patios ya están abarrotados. Chavales descalzos corriendo bajo la fuente cercana a la calle Lorraine: el chapoteo de sus pies en el agua encharcada resuena entre los edificios circundantes.

Bajo la ventana está el banco en el que al padre de Cree, Marcus, le dispararon hace seis años. En un extremo hay un recordatorio hecho polvo compuesto por fotografías descoloridas por el sol y flores mustias. Aquellos años en que la droga campaba a sus anchas, los vecinos de las Casas se acostumbraron a la violencia indiscriminada en los patios, pero Marcus, funcionario de prisiones, murió varios años después de que Red Hook empezara a tranquilizarse y su muerte animó una especie de luto comunitario por el temor de todos los vecinos de que el barrio volviese a las andadas. Cree perdió la cuenta de toda la gente que aún sigue ocupándose del monumento conmemorativo en honor a su padre.

Cree espera ver a su madre allí en el banco, con los ojos y la boca cerrados, comunicándose con su padre. «Hablamos sin decir nada», le dijo Gloria a Cree sobre las sesiones de una hora que pasa a diario en ese banco, pero esta mañana su madre se ha ausentado, un

alivio para él. Últimamente, Gloria pasa demasiado tiempo allí, ignorando el mundo tangible en favor del espectral.

Desde que Cree acabó el instituto en junio, el tiempo parece moverse a medio gas. La mayoría de los días, se desplaza de los bancos al parque y de allí a la piscina. Deambula entre el local donde sirven pizzas y el chino a prueba de balas. Juega al baloncesto con un trapo de cocina en la cabeza y espera que llegue la noche, espera que pase algo.

Cree piensa solicitar una plaza en una universidad comunitaria de Brooklyn que ofrezca un programa de tecnología marítima. El satinado folleto descansa junto a su lecho, pero lo está demorando, confiado en que pase algo que lo saque de ese barrio.

Cuando vio a esas chicas en el agua, comprendió que habían tenido agallas de sacar algo a otra de esas noches inútiles de Red Hook, de transformar su barrio con una sencilla balsa y contemplarlo desde el exterior. Ojalá se le hubiese ocurrido a él algo así.

Cree se pone unos calzoncillos y se dirige al salón. Se detiene cuando ve a su madre sentada a la mesita de la cocina frente a una señora mayor que vive en la torre de enfrente. Gloria tiene los ojos cerrados. Sostiene la mano de la mujer entre las suyas.

Las mujeres de la familia de su madre siempre se han sacado un dinerito extra comunicándose con los muertos. Hay un letrero en la puerta del apartamento: CONEXIONES ESPIRITUALES A 10 DÓLARES. Y siempre hay alguien llamando a la puerta.

Gloria tiene una voz serena y sensata. No hay velas ni cartas del tarot ni palabras incomprensibles. Tampoco incienso ni cristales. Solo la normalidad propia de cualquier cocina, con su cestita de fruta, su mantel de plástico floreado y sus servilletas de papel rebosando del servilletero que lucha por contenerlas.

Mientras Cree observa, Gloria emite un ruidito de satisfacción, como si fuera un coche poniéndose en marcha. Luego abre los ojos

y se pone a hablar.

Cree vuelve al dormitorio, se tumba sobre las sábanas y se esfuerza por recuperar la sensación de libertad y de energía que sintió al ver a aquellas chicas dentro del agua, pero solo logra sentir las Casas apretándolo por todos lados.

La pensión de Marcus y el sueldo de enfermera de Gloria bastan para sacar a Cree y a su madre de los bloques y trasladarse a un apartamento más bonito en un barrio mejor, pero Gloria no piensa marcharse del lugar en el que mataron a Marcus. Se resiste a abandonar a su fantasma. «Los espíritus no saben hacer las maletas ni mudarse», dice.

Gloria ha regalado todas las posesiones de su marido. «El espíritu es más poderoso que toda esa porquería. Y ocupa menos sitio.»

Cree visitó las tiendas de segunda mano para tratar de rescatar algunas pertenencias de su padre: los aparejos de pesca, los relojes de madera de barco y los ceniceros de conchas marinas, así como sus vasos en forma de diosecillo hawaiano. Encontró un par de camisas de vestir con las iniciales de Marcus en tinta azul en el interior del cuello. Encontró un viejo reloj con la esfera rota y un cenicero de concha de vieira, pero tampoco tiene seguridad de que aquello perteneciese a su progenitor. Recuperó la caja de poleas de su padre. Y guarda todo en su armario. Lo mejor que descubrió fue la vieja barca pesquera que apareció un día en un solar al final de los bloques lleno de hierbajos y que algunos colegas de pesca de Marcus arrastraron hasta allí para luego olvidarse de ella.

Marcus le había prometido a Cree que cuando acabara el instituto se irían a Florida en la barquita de pesca. Soltarían el ancla y dormirían en la cabina. Pescarían y se harían la cena en un camping gas, pero hace dos meses atrás, cuando terminó el instituto, Cree y Gloria lo celebraron a solas en un enorme restaurante italiano situado cerca del ayuntamiento de Brooklyn.

Es domingo, así que dentro de una hora su prima Monique estará cantando en el coro de la Iglesia Evangélica de Red Hook. Hace un par de meses, Cree empezó a acudir a aquella pequeña iglesia confiando en encontrar allí algo que lo acercase a Marcus. Se dedicó a observar a los miembros de la congregación totalmente entregados y siempre dispuestos a saltar de sus asientos. Los vio mecerse, alzar las manos, echar la cabeza hacia atrás. Confiaba en que lo convencieran, pero por más que los fieles se enardecieran, Cree no lograba despegar del suelo.

Cree decide ir a buscar a Valerie. Le preguntará qué sintió en el agua. Luego se la llevará a la barca de pesca y le contará que quiere llevarse a su madre a Florida, mudarse a un sitio con mar y sol. Confía en que esas palabras pronunciadas en voz alta darán forma y consistencia a su plan.

Cree se queda tumbado en la cama hasta que oye marcharse a la clienta de Gloria. Y así espera hasta que su madre se va a trabajar. Poco después, alguien llama a la puerta. Se pone una camiseta y, con los pantalones cortos en la mano, atraviesa la cocina hasta llegar al recibidor, sin muchas ganas de saber quién llama. Abre una rendija, pero unos polis de paisano lo empujan hacia dentro. Uno le da la vuelta, lo aplasta contra la pared y lo cachea. Luego vuelve a darle la vuelta para mirarlo a la cara.

El inspector es un tipo maduro, con un asomo de tripa bajo la fina camisa de vestir. Tiene la cara colorada. Se le ven unas venas azuladas en la punta de la narizota. Su compañero es joven: cara sonrosada y expresión simplona, apenas unos años mayor que Cree. Lanza miradas nerviosas por el pasillo mal iluminado, como si esperase que alguien se le echara encima.

—¿Cree James? —pregunta.

—Esto está de un oscuro de la hostia —dice el agente mayor—. Tráetelo aquí.

Y se llevan a Cree a la escalera.

Cree oye abrirse puertas: los vecinos se apuntan al espectáculo. Ya sabe lo que están pensando. Ya sabe lo que van a difundir luego por las Casas: «El santurrón por fin la ha cagado. Lo detuvieron antes de comer».

Van empujando a Cree a lo largo de cinco pisos, hasta hacerle atravesar la puerta rota y sacarlo al patio, donde lo plantan contra el muro del edificio. Se cubre la bragueta de los finos calzoncillos con los pantalones cortos que lleva en la mano.

—Cree James —dice el poli mayor, como si hubiese podido cambiar de identidad en el trayecto de bajada.

—Sí, señor. —Marcus le enseñó a mostrarse educado con la policía. Cree comprueba la placa, otra lección de Marcus.— Sí, inspector Coover.

—¿Conoces a un par de chicas? Val Marino y June Giatto.

—Sí, señor —responde Cree.

Durante años, Rita, la hija mayor de las Marino, fue la que le creó problemas a Cree. Su padre, Paulie, siempre la tomaba con él por la actitud gamberra de Rita, culpando al colega más visible, el chico de piel más oscura, de los cigarrillos y las botellas de vino de su hija de doce años. Daba igual que Cree no se dedicara a esas cosas. No podía explicarle a Paulie que iba con Rita por lo que ella parecía prometerle: una vida junto al agua, lejos de las Casas.

Ya a los doce años, Cree sabía que Rita iba por un camino rápido que a él no le interesaba por ser demasiado parecido al que tomaban las chicas de los bloques que se congregaban en el rellano de ciertos apartamentos a la espera de ser admitidas en círculos de mangantes. Cree sospechaba que Rita le permitía ir con ella por esa asociación que suele hacerse entre delito y droga y los chicos de los bloques.

No era Rita quien le preocupaba cuando Paulie Marino lo echó a

patadas de su casa de ladrillo de tres plantas en Visitation y le pegó una bronca que debió de oírse hasta en el parque Coffey. Mientras Paulie chillaba, Cree levantó la mirada y vio a Rita asomada a la ventana de su dormitorio de la segunda planta, con los ojos atontados y ausentes a causa de un par de botellas de Bartles & James, y comprendió en ese instante que ella no pensaba defenderlo, pero se fue de allí sin delatarla.

Eso fue la misma tarde que mataron a Marcus en el patio. Y esa tarde también había sido la última vez que la policía vino a verlo.

—Val Marino y June Giatto —repite el inspector Coover—. ¿Conoces a esas chicas?

—Sí. Un poco. —Cree parpadea, tratando de ajustar los ojos a ese sol de justicia.

—¿En qué quedamos? —pregunta el inspector— ¿Sí o un poco?

—Sí.

—¿Las has visto recientemente?

Pasa una pandilla de chavales de camino a las canchas de baloncesto. Se detienen un par de metros por detrás de los agentes y se ponen a pelotear. El ritmo medido de la bola informa a Cree de que lo suyo les interesa más que hacerse con la cancha antes que algún otro grupo que pueda aparecer por allí.

—Las he visto —dice Cree.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche.

—¿Cuándo?

—Ya le he dicho… —Cree respira hondo.— Poco antes de medianoche. Las vi echarse al río en una balsa.

Al agente le suda el cuello de la camisa. Una mujer que empuja un carrito de la compra se para en seco. Su mirada aterriza sobre Cree. Chasquea la lengua, lo considera otro de esos gamberros que se han cargado su barrio.

—¿Vas mucho por la orilla? —quiere saber el inspector joven.

—Sí, bastante —responde Cree—. Pesco y eso. —Se pone de lado, como si de perfil pudiera volverse invisible.

—¿Pescas? —le espeta el inspector joven—. ¿Te dedicas a la puta pesca?

—¿Y has visto qué les ha pasado a esas chicas de la balsa? —pregunta Coover mientras agarra a Cree por la muñeca y le aparta las manos de la entrepierna.

—No, señor —contesta Cree.

—¿Te sorprendería saber que una de ellas apareció inconsciente bajo el muelle mientras la otra está desaparecida? —El poli afloja el apretón.

—No tenía ni idea. —Cree recuerda el tirón del agua, el modo en que lo agarraba y lo soltaba. Se pregunta si Val y June también pudieron ser arrastradas hacia abajo, víctimas de las corrientes, mientras él luchaba por alcanzarlas. Lo abochorna no haberlo logrado y lo abochorna haber intentado arrebatarles aquella aventura nocturna suya.

—No sabrás qué fue de June, la chica desaparecida, ¿verdad?

—La última vez que las vi —dice Cree—, estaban en el agua, flotando y bogando, tan tranquilas.

El inspector Coover mete la mano en la funda del arma:

—Quizá estuvieras nadando por allí. Quizá quisieras sumarte a la fiesta.

—Ni hablar, tío. No, señor —dice Cree. Es fácil mentir. El muelle estaba abandonado. Nadie lo había visto arrojarse al agua, ni siquiera Val y June. Y nadie lo había visto tampoco volver a la playa rocosa.

—Vamos a aclarar las cosas —dice Coover—. ¿Las viste en el agua o antes?

Cree echa un vistazo a las torres. Distingue sombras y siluetas que

lo miran a través de ventanas sucias.

—En ambas ocasiones. Las vi de camino y luego las vi flotar.

—O sea, que las seguiste, ¿no?

Cree toma aire y aguanta la respiración:

—No. Yo solo andaba por el puerto.

—¿Viste a alguien más mientras estabas andando por el puerto? —pregunta el inspector joven.

—No.

—¿Alguien te vio?

—No creo.

—¿Has tenido problemas con los Marino anteriormente? —pregunta Coover.

—Hace seis años que no hablo con nadie de esa familia —responde Cree.

—¿Pero tuviste problemas con ellos?

—Tendrá que preguntárselo a los Marino, señor.

—Ya lo hemos hecho —dice el inspector joven. Se aclara la garganta y mira por encima del hombro, cerciorándose de que la turba le presta atención—: ¿Te gustan las chicas blancas?

—No —afirma Cree.

—Así que no te gustan las chicas blancas. —El joven agente se frota las manos.

—No quería decir eso.

—Déjame que te lo pregunte de otra manera. ¿Te gustan las jovencitas?

Cree se muerde los labios y exhala con fuerza por la nariz.

—Te he hecho una pregunta —le dice el agente más joven.

—Muy bien —interviene Coover, sacando un cuaderno—. La chica, Valerie, asegura que te vio anoche.

—¿Y qué? —pregunta Cree.

—Pues que tú eres la última persona con la que habló Valerie antes

de quedar inconsciente.

—Igual tuvieron un accidente. Puede que la balsa volcara —dice Cree.

—Tal vez —dijo el agente joven—. O tal vez ella llegó a la orilla sana y salva y entonces la atacaron. Tal vez alguien se llevó a la otra chica.

Cree se mira los pies.

El inspector Coover lo zarandea hasta hacerle levantar la vista.

—Una chica aparece inconsciente y la otra desaparece —dice—. Esto huele fatal, hasta que se demuestre lo contrario. ¿Lo pillas?

—Pero yo no tengo nada que ver —dice Cree.

—Déjanos juzgar eso a nosotros. —El agente mayor da un paso atrás y le hace una señal a su compañero.— Aún no hemos acabado contigo.

El inspector joven hace chocar su hombro con el de Cree y lo envía contra la pared.

—Ni se te ocurra darte el piro. Y ni se te ocurra esconderte. —Lo agarra y levanta la voz.— Hasta que aparezca la otra chica, te vamos a tener vigilado. —Le clava el codo a Cree y lo mira a los ojos, retándolo a apartar la vista el primero.

Los polis dejan a Cree planchado contra la pared. Los chavales de la pelota lo miran fijamente, sueltan unas risitas y luego se van. La mujer del carrito de la compra murmura. Cree siente cómo las sombras se apartan de sus ventanas.

Los polis le acababan de decir que no se escondiera, pero eso es exactamente lo que Cree piensa hacer. No para siempre, solo hasta que las cosas se calmen un poco. Necesita pensar en lo que tiene que hacer para distanciarse de ese problema. Conoce a algunos chicos de las Casas que han sido encarcelados por motivos menos serios que la proximidad a una escena del crimen. Sabe que una vez estás en el radar de la pasma es complicado salirse, pues te

conviertes en parte de cualquier lío que pase en el barrio.

Mientras Cree atraviesa los patios, se entera de que aunque la policía haya declarado desaparecida a June, el rumor de la calle dice que está muerta. La gente se queja de que cuando alguien de las Casas la diña por violencia relacionada con las drogas, el vecindario ni se inmuta, pero que cuando una chica blanca se ahoga o la asesinan, entonces es un notición. «Estará bien cuando la policía descubra que la mató un blanco», dice la gente. «A ver si así nos dejan en paz.»

—No está muerta —dice Cree a un grupo de chavales sentados junto a la fuente.

—¿Y tú qué coño sabes? —le responden—. ¿Andabas cerca? ¿Te has hecho con una pieza?

Cree es lo suficientemente listo como para no hacer muchas preguntas y conseguir que el foco se centre en él. Ya se ha dado cuenta de las miraditas que ha cosechado al atravesar la cancha. Sabe que más le vale pasar desapercibido lo que queda del día.

Cree conoce a la perfección la periferia del barrio. Desde que fue lo suficientemente mayor como para que lo dejaran salir solo de noche, ha estado recorriendo las calles, descubriendo los mejores escondrijos de Red Hook: una guarida secreta en un bar de estibadores abandonado, un trozo de jardín oculto entre dos edificios, un agujerito con vistas al agua en un almacén alto. En esos rincones alimenta sus fantasías sobre una vida alejada de Red Hook y los transforma en los lugares que habría visitado con su padre.

Limpió la basura del bar vacío, le quitó el polvo al desconchado busto de madera de la sirena y se hizo la ilusión de estar visitando las Bermudas. Encontró un sillón de plástico medio roto y lo situó en el jardín oculto. Ahí sentado, apretando los ojos para poder ver una ranura de la bahía más allá de la alambrada, casi podía creer que

estaba pescando en las costas de Florida. Se compró un telescopio con una lente rajada en una tienda de objetos usados y lo instaló en la planta superior del almacén abandonado con vistas a la bahía, convirtiendo el edificio en un espigado barco desde el que podía vigilar los mares que lo circundaban.

Como ahora es de día, Cree sabe que solo uno de sus escondrijos le aportará el refugio que necesita a esas horas: el almacén de la calle Imlay, al borde del agua, no se ve desde ningún rincón de Red Hook. Se apresura por la ribera, esquivando la casa de los Marino en Visitation. Avanza entre las sombras dejando atrás callejones adoquinados. Se cuela por un agujero de la alambrada que impide la entrada al almacén.

El edificio es cavernoso. Ocupa toda la manzana con sus diferentes alas y sectores, todos vacíos. El almacén tiene una altura de siete pisos y cada uno de ellos cuenta con un techo de diez metros. Los pasos de Cree retumban al subir los macizos peldaños que lo llevan hasta ese observatorio en el que instalara el telescopio frente a una de las enormes ventanas sin cristal. Frente al telescopio hay un sillón de cuero destrozado que Cree encontró en la calle.

Se deja caer en el sillón y mira hacia el agua, al punto en que vio flotar en su balsa a las muchachas. El agua está tranquila. Apunta el telescopio a la bahía, y luego lo mueve en dirección oeste por la costa, buscando un resplandor rosado o una posibilidad de carne humana. Escudriña el agua arriba y abajo, hasta la isla Governors, y luego hacia el norte, hacia el puente de Brooklyn. No ve nada extraño.

Cree aparta el ojo del telescopio. Hay algo diferente en el almacén. Mira debajo del sillón. Hay tres colillas aplastadas contra el suelo de cemento. Las recoge y las estudia en busca de alguna prueba que hayan podido dejar.

Durante todo el verano, Cree ha tenido la impresión de que Red

Hook está cambiando de forma. Algo pasa con las esquinas, las vallas, los callejones y las farolas que se sabe de memoria desde la infancia, algo que los hace menos familiares. Los sitios en los que solía esconderse ya no parecen cómodos ni apartados. Hasta en el rincón más oscuro del barrio, Cree se siente a la vista. Y no se quita de encima la sensación de que lo están siguiendo y lo tienen señalado. Ya se ha topado algunas veces con pruebas de la presencia de alguien en uno de sus escondrijos: una lata vacía de cerveza, un par de envoltorios de comida rápida, el telescopio apuntando en una dirección diferente. Y, ahora, esas tres colillas.

Se levanta, se aparta de la ventana y pega un respingo hacia atrás, alterado por una mancha de color que hay en el muro de enfrente. Está ante un grafiti enorme y recién pintado, un mural grandioso en el que no ha reparado al entrar. La pieza, enmarcada por palmeras a ambos lados, luce colores tropicales: verdes y azules, brillantes naranjas y amarillos. Al fondo, acecha la sombra de los rascacielos de Manhattan. Las letras que constituyen el grueso de la pieza dicen «Hecho Polvo» con un trazo denso e intrincado.

Cree no es tan tonto como para creer que nunca entra nadie en sus lugares secretos, pero ahí tiene otro grafiti en sus escondrijos, nuevo de este verano: atisbos y señales que lo hacen sentir marcado o vigilado. Lo había visto por primera vez en el bar abandonado, las iniciales HP trazadas de forma rasgada y agresiva encima de la pila del baño, donde debería haber estado el espejo. Unos días después, en uno de los muros del jardín apareció otro HP del mismo estilo. Y encontró un tercer HP junto a la ventana en la que tiene plantado el telescopio.

Cree peinó el barrio en busca de más HP. Les preguntó a sus amigos y a su prima Monique, ellos solían estar al tanto de todo, por si habían oído hablar de algún grafitero que firmase HP. Nada.

Al cabo de unas semanas, los grafitis se hicieron más grandes y

más contundentes. En el jardín, HP se convirtió en «Hecho Polvo», dos palabras unidas en una gran pieza con letras amarillas y gris acero. La escritura era compleja, pero las palabras quedaban muy claras.

Después de hacerse con la sección más grande del estrecho muro con vistas al sur del jardín, Hecho Polvo la emprendió con el ladrillo visto de la trastienda del bar con una pieza que mostraba su nombre en estilo oriental junto al busto de la sirena. Ahora le acaba de bombardear el almacén, plantando ese paisaje tropical en su escondite.

Mirando fijamente la obra, Cree confirma sus sospechas de que ya no hay ningún sitio que le pertenezca. En casa, lo acosará la policía hasta que encuentren a la chica desaparecida. Y ahora están invadiendo sus lugares secretos.

Vuelve a la ventana y a contemplar la bahía. Si hubiese llegado hasta esas chicas, tal vez hubiera podido salvarlas de lo que les iba a ocurrir. En vez de sentir que la vida le negaba la entrada, podría haberle pasado algo bueno.

A Cree no le gusta animar a su madre para que utilice sus dones, pero quiere saber qué le ocurrió a June, si está muerta o tan solo desaparecida, si tendrá que seguir mirando a su espalda por si viene la policía o si todo aquello se resolverá antes de que anochezca.

Cree abandona el almacén y toma el metro hacia el corazón del Brooklyn caribeño, donde vive su abuela. Sale cerca del museo y echa a andar junto a una hilera de críos que llevan una tarjeta con su nombre colgando del cuello. Deja atrás el Jardín Botánico, cuyo césped a finales del verano ya está seco y marrón. Llega al Eastern Parkway y espía a un par de chavales jasídicos que fuman pitillos y silban a las chicas que pasan ante ellos. Ponen mala cara al verlo. Tuerce por una ancha avenida trufada de inmobiliarias y locales de

comida afroamericana. Sigue andando hasta llegar a una pastelería jamaicana.

Lucy Wallace está sentada ante un obrador bajito, enrollando una especie de crepes de color naranja brillante alrededor de montoncitos de carne picada. Tiene los dedos manchados del color que desprende la pasta. En las muñecas, pulseras de harina. Lucy procede del sur, no de Jamaica, pero en el barrio aseguran que sabe hacer los mejores pastelitos de carne.

La tienda es pequeña. Un expositor de cristal con diferentes pasteles y pastas ocupa todo el mostrador. Dos ollas, una con cabra al curri y otra con cordero, descansan sobre una mesa situada detrás de la caja registradora. El propietario, un anciano jamaicano con arrugas verticales que parecen pliegues y ojos castaños y acuosos, está enganchado al móvil, hablando con un acento tan marcado que Cree apenas entiende una palabra.

—Acretius. —La abuela de Cree levanta la vista de su obrador. Él se inclina y le da un beso: huele a masa de galletas y a curri.

La abuela Lucy es una señora pequeñita, mucho más frágil que su hija. Tiene el pelo gris recogido en trenzas unidas en un enorme moño en lo alto de la cabeza. Apenas tiene arrugas. Sostiene que la grasa de la pasta la conserva inmaculada.

—Píllate un pastelito —le dice a Cree mientras se limpia las manos. Desaparece en la trastienda y vuelve secándose las manos con un trapo de cocina—. Me tomo un descanso —le dice al jefe.

Cree sigue a Lucy hacia la puerta contigua a la tienda y ambos suben por unas escaleras muy deterioradas que conducen al pisito de una habitación de Lucy. Cree se sienta en la estrecha cama. Su abuela hace lo propio en el sillón de tela de color óxido.

El apartamento es minúsculo, pero acogedor. Toda la madera y las molduras están pintadas de un color verde azulado y las paredes son del color de las patatas guisadas. Una enseña tribal de color azul

cubre la mitad superior de la ventana. La repisa está cubierta de cirios religiosos en homenaje a las deidades mágicas del folclore afroamericano: High John el Conquistador, Chango Macho, Elegua. El alféizar está ocupado por un altarcillo consagrado a los difuntos de la familia de Lucy.

Lucy levanta el escabel de su asiento y junta las manos.

—Algo me dijo que vendrías —le dice a su nieto—. Me huelo que esto es algo más que una simple visita a la abuela.

—Pues sí, señora —reconoce Cree.

—Primero, pon el agua a hervir —le dice Lucy.

Cree se acerca a la cocinita que hay al lado de la puerta y enciende el fuego que hay bajo la tetera.

Lucy se frota y flexiona una mano, masajeando los espacios entre los dedos. Luego se quita el collar, una cadena larga con una bola de metal al final. Se envuelve los dedos con la cadena y la bola empieza enseguida a rotar en círculos cerrados, como si fuese un péndulo. Achina los ojos para observarla y chasquea la lengua.

—Hummm... Vamos a ver —anuncia.

—¿Qué dice? —pregunta Cree.

—Me cuenta cosas mías. Ahora, cuéntame tú las tuyas.

Cree ya está acostumbrado a las crípticas adivinaciones de su abuela, a su irritante necesidad de obtener respuesta a todas sus preguntas a través del péndulo aunque jamás comparta con nadie ni preguntas ni respuestas.

Esperan que hierva el agua. A continuación, Cree llena un tazón y se lo lleva a Lucy. Su abuela recurre a un saquito que lleva atado a la falda y extrae unas bolsitas con las que espolvorea en el agua algo que parece confeti quemado. Del tazón emana un olor parecido al de la madera húmeda.

Lucy toma un sorbito:

—Y, ahora, cuéntame eso tan importante que te ha obligado a

encontrar tiempo para visitarme. Aún no has enviado la solicitud a esa universidad, ¿verdad?

Cree recorre con los ojos la habitación. La abuela Lucy carece de la amable paciencia de su madre y de su tía.

—¿Has visto las noticias?

Lucy da un respiro, exhala por la nariz y hace pucheros con la boca:

—Ya sabes que no.

—¿Pero te has enterado de lo de la chica que ha desaparecido en Red Hook?

—Algo he oído.

—Yo la vi anoche.

—¿Y te has dado todo el paseo hasta aquí para decirme eso?

Cree tira de la colcha hasta que Lucy le dice que deje de hacerlo.

—¿Tú crees que está muerta?

—No es asunto mío —contesta Lucy.

—Pero igual tienes alguna intuición, ¿no? —Cree mira la mano de Lucy, pero tiene el péndulo recogido en la palma y no lo ve.

—Igual sí, pero tampoco es asunto tuyo.

—¿Lo sería si hubiese podido ayudarla?

—No —dice Lucy—. Deja que los blancos se ocupen de los blancos. Tienes otras cosas más importantes que hacer que preocuparte por la hija desaparecida de nadie. —Lucy baja los labios al tazón y sopla, enviando el vapor hacia arriba.— Acretius, ¿tu madre sigue perdiendo el tiempo en ese banco?

La abuela Lucy no aprueba la conducta de sus hijas, Gloria y Celia, por seguir ambas viviendo en los bloques cuando podrían hacerlo en cualquier otro sitio. Nunca se cansa de decirles que el único motivo por el que ella se instaló en las Casas al principio fue para ahorrar lo suficiente como para irse a vivir a un sitio mejor, pero sus hijas se han enganchado a ese lugar por razones que ella ni puede ni quiere

entender.

—A veces —responde Cree.

—Pasa demasiado tiempo allí. Debería estar agradecida de que el fantasma de tu padre haya sido lo suficientemente sensato como para dejaros en paz. Eso es una bendición.

Cree se toma su tiempo para volver a casa. Para cuando llega a Red Hook, el cielo se está quedando sin luz. El parque Coffey está lleno. Cree pasa junto a una pandilla que se ha hecho con los bancos situados junto a las canchas de baloncesto, colgados del respaldo cual pájaros en el alambre. Atisba a Monique rodeada por un montón de chicos mayores con jerséis de baloncesto varias tallas más grandes. Ella le sostiene la mirada al pasar. Cree se apresura a desaparecer antes de que Monique le pregunte a gritos qué hace tan solo.

Se dirige hacia la barca. El viento que sopla desde el agua levanta la porquería del suelo y la dispersa por la hierba seca del terreno. Cree se agacha y se cuela por un hueco de la alambrada. Cuando levanta la vista, ve a alguien sentado en la barca, con las piernas colgando de forma ausente y deslavazada. Aunque sea una noche cálida, el intruso lleva una sudadera con capucha que le oculta el rostro.

Cree se detiene ante la verja, preparado para dar media vuelta.

—¿Te vas por mí? —le pregunta el tío de la barca.

—No.

—Me alegro. Confiaba en ello. —El chaval sonríe y se frota las manos, como si se hubiera sentado en esa proa únicamente para ver si Cree aparecía.

—No esperaba que hubiese nadie, eso es todo.

—Ah, de modo que te has creído que este sitio es tuyo, ¿no? ¿Eres el propietario?

—Como ya te he dicho, no suele venir nadie por aquí —dice Cree, avanzando hasta el centro del terreno.

—Pues igual ahora me da a mí por ahí. —El extraño se echa la capucha hacia atrás. Tiene una cara larga y estrecha, con los párpados caídos y la boca torcida hacia abajo. Luce el pelo de punta y con nudos. Su piel es de un negro ceniciento. Cree intuye que el chaval tiene un par de años más que él, puede que veinte o veintidós.

—Igual me estoy aclimatando al lugar.

—¿Eres nuevo en Red Hook? —le pregunta Cree.

—Llevo aquí mucho más tiempo que tú.

—¿Vives en las Casas? —pregunta Cree.

—Estoy harto de las Casas. Ya no tengo nada que hacer allí. —El chico escupe hacia un lado. Sostiene un mechero en una mano y lo va rascando con el pulgar, dejando que la llama brille brevemente.

Cree le echa un vistazo, tratando de averiguar si se está quedando con él:

—¿Y dónde vives?

—Principalmente en Bones Manor. O sea, que no vivo en ningún sitio.

En todos los años que ha pasado deambulando por Red Hook, Cree apenas se ha acercado a Bones Manor. Ese gran solar, antaño zona de carga y descarga de camiones, está oculto tras una verja irregular de hierro corrugado que recorre toda la manzana. Es una tierra de nadie para yonquis, putas y demás chusma de Red Hook. Los muros de cemento de la parte del terreno que da a la costa son famosos por sus grafitis, los más influidos por la droga del vecindario, según se rumorea. A veces, el solar está vacío. A veces parece que allí se mueve una ciudad maldita entera, pero, por abarrotado que parezca el Manor, a Cree siempre le ha parecido el sitio más solitario de la tierra.

La naturaleza se ha propuesto recuperar Bones Manor y convertirlo en una especie de humedal de un barrio marginal. Una gran charca de agua, el lago para los residentes del Manor, sube y baja con las mareas del Atracadero Erie. La gente del Manor monta sus hogares en contenedores abandonados o caparazones de viejos coches apoyados contra los límites del solar: en un santiamén uno puede desaparecer en cualquiera de aquellos refugios precarios. Hay algo espectral en la manera en que sopla el viento desde el agua y se queda atrapado en aquel lugar, azotando los muros corrugados, cimbreando los juncos y creando ondas en la superficie del lago.

El chico de la barca enciende un cigarrillo. Al resplandor del mechero, Cree ve sus mejillas hundidas.

—¿Qué pasa? —dice el chico—. ¿Te da miedo este sitio? ¿Te intimida?

—Nada de por aquí me da miedo.

—¿De verdad? —El chico exhala el humo y mira a Cree de arriba abajo.

Cree se pasa el puño por los labios:

—La verdad es que hoy me he pegado el primer susto de mi vida. Por una chorrada con la que no tengo nada que ver. Dos chicas salieron en balsa a la bahía. Y una ha desaparecido.

—¿Te han intentado cargar el muerto?

Cree se encoge de hombros, como si un gesto tan nimio pudiera borrar de un plumazo todo el problema:

—La cosa se ha complicado.

—¿Y tú qué tienes que ver con la barca? —le pregunta el chaval—. Lo normal sería que ahora te mantuvieses alejado de cualquier cosa que tenga algo que ver con el agua. Más te vale no llamar la atención.

—La barca es mía, nada más —contesta Cree.

El chico baja al suelo:

—Pues no parece de nadie: esta barca está hecha un asco.

—La barca es mía —insiste Cree.

—¿Y por qué la dejas aquí tirada? ¿De qué te sirve una barca fuera del agua?

—La estoy arreglando.

—Yo podría echarte una mano.

—No hace falta.

—Vale, pero, si cambias de opinión, me encontrarás en el Manor. Pregunta por Ren.

—Vale —dice Cree.

—Y, mientras tanto, no le iría mal una manita de pintura. —Ren pasa las uñas por el casco.— La que tiene es tan mala que se está cayendo a trozos.

Saca algo del bolsillo. Cree oye el crujido metálico de un aerosol al ser agitado.

Cree corre hasta la barca y agarra a Ren por el brazo. Intenta arrebatarle el espray, pero Ren lo ha pillado por la muñeca y le está retorciendo el brazo, ya le arde la piel.

—Deberías darme las gracias por tomarme la molestia de decorarla.

—Ni hablar, joder —dice Cree.

—Ya volveré en otro momento… para dejar mi marca.

—No, no marcarás nada —suelta Cree—. Esta barca era de mi padre y ahora está muerto. Todo el mundo sabe que un capitán siempre vuelve a su barco, así que espero que no te atrevas a pintar nada.

Ren lo suelta y se echa atrás.

—¿La barca de tu padre? —pregunta.

—Ahora es mía —contesta Cree—. Ya te lo he explicado.

—Sí —dice Ren—. Muy bien. No pasa nada.

Cree sube a la barca y contempla a Ren:

—¿Me has estado siguiendo últimamente?

—¿Por qué iba a hacer yo algo así? —contesta Ren.

Y, a continuación, salta la verja y sale del solar. Cree echa un vistazo al callejón, tratando de seguir el trayecto de Ren calle abajo, pero el chaval se desvanece, como si nunca hubiese estado allí.

7

Así es como te preparas para la vigilia. Esos son los calcetines que escoges, de color verde esperanza, los mismos que llevabas cuando te eligieron para protagonizar la función del colegio en octavo. A continuación, recuerdas que la última vez que te los pusiste terminaste discutiendo con June. Te pones calcetines rojos. Ese es el collar que escogiste, el medallón de san Cristóbal en vez de la cruz dorada de la confirmación, pues san Cristóbal es el santo patrón de los viajeros y traerá a June de vuelta a casa.

El papel higiénico se rasga de mala manera, así que sigues tirando de él hasta conseguir que se enderece. Te cercioras de que las toallas de mano están colgadas de forma simétrica, hasta ahora jamás te habías preocupado por eso. Nunca te habías fijado en las toallas de mano dispuestas en el cuarto de baño. La alfombrilla antideslizante está extendida dentro de la bañera. Colocas unas cuantas pastillas de jabón para invitados en el plato destinado a ello. Y las dejas del derecho.

Te observas preparándote, calculando la panoplia de pequeños acontecimientos que pondrán en marcha el gran evento. Todo está cargado de significado: la primera canción de la radio matutina, el famosillo que le gustaba a June en la portada de una revista, la música que atruena desde un coche que pasa. Eres consciente de cada uno de tus actos, de cómo colocas los libros en tu escritorio, de cómo corres las cortinas, de cómo dispones las almohadas en la cama, de cómo se alinean los zapatos en el armario. No dejas nada al azar. La magia de los detalles.

De repente, lo haces todo en orden: orden de talla, orden numérico, orden alfabético. Te vistes de izquierda a derecha, primero el zapato izquierdo, el reloj antes que los anillos, el brazo izquierdo en la manga izquierda. Si cometes un error, vuelves a empezar.

Todos tus actos tienen consecuencias, una reacción igual y opuesta. Si ejerces el control, si organizas el mundo, todo encontrará su sitio y June volverá.

Eliges símbolos mágicos que escribes con vapor en los espejos, en las baldosas de la ducha, sobre el barniz de la mesa de la cocina. Eliges objetos sagrados —los que quieren decir algo para June y para ti— y te los llevas a todas partes, los colocas junto a la cama de noche, incluso bajo la almohada. Escoges palabras secretas que puedas canturrear por lo bajinis, palabras a las que puedas recurrir hasta dormirte.

Val comprueba su aspecto en el espejo; luego se inclina hacia delante y besa el cristal, dejando restos de carmín. Ese es el gesto de buena suerte de June, el ritual que sigue antes de salir de cualquier habitación cuando va de camino a algún acontecimiento importante.

La ciudad ya se ha librado de la ola de calor para cuando tiene lugar la vigilia de June en la Iglesia de la Visitación de la Santísima Virgen María una semana después del rescate de Val. Es domingo y la congregación ha decidido dedicarle a June esa misa. En la calle de enfrente del parque, la gente de las Casas celebra el domingo a su modo, reuniéndose para pasar el día festivo con música y barbacoa.

El parque Coffey bulle de gente: cada tramo de césped está ocupado por una familia distinta. Suena hip hop viejuno desde dos pilas de altavoces. Chicas en pantalón vaquero corto con detalles de bisutería y brillantes camisetas de tirantes pasean en grupo, bailando al ritmo de la música mientras observan qué se ofrece en las diferentes parrillas. Antes de que Val pueda sentir siquiera la más mínima tentación, su madre la mete a empujones en la iglesia. El pesado portalón se cierra con fuerza a su espalda y la fiesta que tiene lugar en el exterior se corta de raíz.

La iglesia está casi en penumbras. Las paredes son de color

plastilina y las gruesas vidrieras de cristal esmerilado anulan la luz del día. Huele a ropa vieja y de cama debido al mercadillo dispuesto en el sótano.

La iglesia es demasiado grande para la parroquia. En invierno te hielas y en verano hay humedad y no corre el aire. Hoy, a pesar de la discreta asistencia, parece abarrotada. Hay demasiados bancos para tan pocos parroquianos y los espacios vacíos se llenan de las sombras que proyectan las polvorientas hornacinas y los techos oscuros. Cerca de la entrada, la madre de Val se detiene a encender una vela votiva de cristal rojo.

Paulie Marino recorre el pasillo abriendo paso a su mujer y su hija. Mira a ambos lados a los que susurran y cotillean con tal fijeza que los hace callar. Jo le pasa un brazo por los hombros a Val. Algunos amigos de Jo se ponen de pie y separan a Val de su madre, abrazando a la muchacha con fuerza y llenándole la nariz de perfumes dulces y florales. La abuela de June, una señora pequeñita que luce un sencillo vestido negro y lleva el pelo teñido también de negro recogido en un fino moño, está sentada sola en la primera fila.

Jo le frota los hombros a Val con una mano, para reconfortarla. Le seca sus ya resecas mejillas. Val aún no ha llorado por June. Si llora por ella, June no volverá a casa. Las lágrimas se esconden tras sus ojos, cual afiladas y puntiagudas irritaciones de las que intenta deshacerse.

Las chicas de la clase de Val en St. Bernardette están llorando, con la cara hinchada y congestionada. Las de los cursos superiores se frotan los ojos con el pañuelo, limpiando hábilmente las manchas de rímel. Esas chicas se han doblado la cinturilla de la falda para que parezca más corta. En las últimas filas están los chicos, que se esfuerzan por mirar al suelo a pesar de morirse de ganas de observar a las chicas de las primeras filas, confiando en pillarlas solas más adelante. Val sospecha que el dolor de sus compañeros de

pupitre es más bien falso, especialmente el de las chicas mayores.

La presencia de Val en la iglesia sirve para recordar a todo el mundo la ausencia de June. No tiene ninguna amiga que le haga compañía, nadie que la coja de la mano y llene el espacio que se abre a su lado. Sabe que cuando los allí congregados la miran, están pensando en June, que ella siempre les recordará a la amiga ausente. Si June no vuelve, su ausencia deformará a Val, haciendo imposible que los demás vean lo que hay, no lo que se ha ido.

Un caballete con una gran fotografía de June enganchada en un cartón destaca junto al púlpito. La imagen es mala, se trata de la misma fotografía que lleva circulando desde su desaparición. Para la foto del colegio, June se desabrochó varios botones de la blusa, así que una sombra profunda sugiere el inicio del escote. Lleva demasiado maquillaje y el rostro le brilla de manera poco natural.

Como esperaba mayor asistencia, el cura se ha llevado un micrófono al altar. Su voz resuena en toda la iglesia, urgiendo a la gente a rezar. Su amén se ahoga en la reverberación. Val se resiste al imperioso deseo de taparse las orejas. La congregación canta con cierto esfuerzo un par de himnos que se suponen animosos, pero que suenan a velatorio.

Val mantiene la vista clavada en el techo. Si ignora lo que pasa en el púlpito, si ignora las palabras del cura y los gimoteos de los parroquianos, si consigue dejar la mente en blanco hasta que concluyan los himnos, June volverá a casa. Si puede predecir el momento exacto, contando hasta diez, en que el cura cierre su libro de himnos, June entrará en la iglesia y todo habrá terminado. Mientras cantan los feligreses, Val organiza todos los misales de su fila, asegurándose de que están boca arriba y debidamente espaciados. Si los misales están bien colocados, June volverá a casa.

Unas compañeras de clase de Val se acercan al micrófono. Van cogidas de la mano y farfullan la balada de *Titanic.* Cantan nerviosas

y respiran tan fuerte que se oye desde los bancos; sus voces se enredan con el chirriante sistema de audio. Una se lleva la mano al corazón, da un paso adelante y procede a interpretar un solo de lo más emotivo.

Nadie se tomó la molestia de consultárselo a Val. Nadie le ha preguntado qué le habría gustado a June. Al sobrevivir, ha renunciado a cualquier derecho sobre su amistad con June. Se agarra al banco hasta que las manos se le agarrotan.

«Es culpa tuya.» La voz de June se impone en la cabeza de Val al rugido de la sangre. Val pega un grito. Abre los ojos. Las chicas del banco contiguo la están mirando.

«Es culpa tuya», vuelve a decirle June.

Val aprieta la mandíbula. Vuelve a cerrar los ojos. No piensa llorar. Si llorase, June nunca regresaría al hogar.

«Es culpa tuya.»

—No —estalla Val. La palabra rebota en el arco de la bóveda y cae sobre ella. Las chicas dejan de cantar.

Jo mira a Val con los ojos desorbitados. Se tapa la boca con las manos. La congregación da un respingo en sus asientos ante el exabrupto de Val y, luego, se calma. Corren los susurros de fila en fila. Val se seca el cogote, deshaciéndose de las miradas que se le han clavado ahí.

«Es culpa tuya», dice June.

Val se ha puesto de pie. Sus mocasines con suela de cuero martillean el pasillo mientras corre hacia la salida y sale a la luz del día. Si sigue avanzando, dejará de oír a June. Si sigue en movimiento, no tendrá tiempo para llorar.

Hay mucha más gente en el parque. El aire huele de maravilla con el dulce aroma de la carne caramelizada. La música que sale de los altavoces suena más fuerte y ahoga la reprimenda de June.

Val corre hacia el parque, confiando en escapar de cualquiera que

pueda estar persiguiéndola, deseando ocultarse entre la multitud, donde la ausencia de June resultará mucho menos evidente.

Un hombre situado justo delante de ella la llama por su nombre. Val necesita unos instantes para reconocer al señor Sprouse, el profesor de música que la encontró bajo el muelle. Se detiene a un metro de él. Se miran a los ojos.

—Valerie —dice el señor Sprouse.

Se la volverá a llevar adentro. Le recordará a todo el mundo que ella sigue viva mientras June ha desaparecido.

Val se da la vuelta y se interna corriendo en la muchedumbre. Un grupo de chicas están bailando sobre un pequeño escenario con un DJ. Unos viejos silban y dan palmas desde un banco cercano. Chicos de la edad de Val avanzan en manada, mirando a los grupos de chicas vestidas con ligerísima ropa veraniega. Las chicas los chinchan a base de canturreos.

A Val se le hace extraño ver a tantos chavales de su edad en el parque, al final de la calle en que vive, y conocer a tan pocos. Sus padres tienen su iglesia, forman parte de Veteranos de Guerras Extranjeras y acuden a sus propias fiestas de barrio. Se comportan como si las Casas estuviesen en otro vecindario con otra clase de problemas. Incluso cuando June y ella iban al colegio de primaria, apenas veía a sus compañeras de los bloques fuera de clase. Desde los años del jardín de infancia, se daba por sentado que las chicas blancas solo dejaban pasar el tiempo hasta llegar a cuarto y, entonces, estudiar en las escuelas católicas del otro lado de la autovía. Solo la decidida Rita había cruzado la frontera entre la parte delantera y la parte trasera al llevar a Cree a casa de los Marino. Su prima Monique era una especie de viejo recuerdo.

Entre esos chicos, Val se siente anónima, eso es lo que desea. En los bloques, nadie la buscará. Pasa junto al parquecillo, bordea las canchas de baloncesto, evita a los chavales que corretean bajo una

fuente, enviando prismas de agua al cielo. A continuación, ya está fuera del parque y en el primer patio de las Casas de Red Hook.

—¡Valerie! —Su nombre rebota entre las paredes de los bloques, pero ella se resiste a mirar atrás.

Los patios están llenos de gente de camino hacia el parque cargada con neveras portátiles y bolsas de panecillos.

Va a parar a un pequeño callejón lateral. Las puertas de la Iglesia Evangélica de Red Hook están abiertas de par en par. Val no ha entrado allí en su vida. El interior está resplandeciente. Brilla el suelo de linóleo. Las paredes lucen unas pinturas al aerógrafo de Jesús y María en marcos de plástico muy recargados. La iglesia huele a sudor y a aire fresco.

Val se queda junto a la puerta abierta. Los feligreses están sentados. Las mujeres llevan vestidos de satén en tonos pastel. Algunas lucen sombreros con redecilla y flores falsas. En cuanto a los hombres, los más ancianos se conforman con chaquetas anodinas y americanas, pero los más jóvenes llevan trajes de colores brillantes: verde o granate oscuro, algunos incluso naranja brillante. Muchos llevan la corbata y el chaleco a juego con el traje.

Un hombre grandote con una túnica blanca clama ante un micrófono. Su biblia se tambalea en un atril inseguro. Tiene la frente llena de sudor. Junto a él, Monique está sentada en una silla plegable. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza vuelta hacia un lado. Lanza una mirada perezosa sobre la congregación y luego fija la vista en Val. Las sillas plegables crujen cuando los feligreses se ponen de pie. Monique coge el micrófono. Su vestido blanco está húmedo por el corpiño y las axilas.

Canta con los ojos cerrados. Su voz firme parece cargada de sabiduría y de secretos. Canta sobre la congregación y ellos levantan la voz para estar a su altura. Cuando los parroquianos cantan, ella canta más fuerte, dominando aquella pequeña estancia con su

canción, manteniéndose fuera del alcance de los feligreses. A Val le parece que Monique los está retando, fomentando su deseo de seguirla y agarrarse a sus palabras. La congregación se deja llevar. Se esfuerzan por alcanzar a Monique, ascendiendo y descendiendo, dando palmas y zapateando.

«Si Monique canta para June, June volverá.»

Acaba la canción. Sus ojos se mantienen cerrados mientras calma su respiración. La congregación exhala y toma asiento. Monique abre los ojos y se aparta del micrófono. Ignorando a las mujeres que menean la cabeza admiradas y complacidas y tratando de estrujarle el brazo, echa a andar por un pasillo abierto entre las sillas y se percata de la presencia de Val.

—¿Ya te has cansado de tu propia iglesia? —le susurra al pasar.

Val contempla a los feligreses. Cuatro jóvenes con trajes de color del refresco de naranja Orange Crush se disponen a cantar.

—¿Te has dado todo el paseo hasta aquí para no decir nada? —le suelta Monique, dejándola atrás.

Monique parece mayor de quince años. Tiene el cabello con mechas rubias y unos ojos de color ámbar que destacan en su piel oscura como monedas relucientes. Es de la misma altura que Val, pero con una estructura corporal más suave: pómulos redondos y brillantes y generosas curvas de mujer.

Val sigue a Monique hasta fuera de la iglesia.

—Había una vigilia por June —dice.

—¿Ah, sí?

Monique lleva un vestido que le otorga cierto aire perverso: trata de hacer caber un cuerpo de mujer en una prenda de niña.

—A June le habría encantado que cantaras algo.

—Nadie me lo pidió.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeñas y cantabas en el sótano de mi casa?

—La verdad es que no. —Monique juguetea con el corpiño de encaje del vestido.

—¿Y aquella vez que le vendimos entradas a la gente que pasaba?

—Eso suena a timo.

No se lo pareció en su momento. Había dejado a Val y a June que la vistieran con la ropa de Rita: un vestido de terciopelo negro y zapatos de piel. A los diez años, Monique ya casi llenaba los vestidos de fiesta de Rita.

Las chicas convirtieron el portal de los Marino en un escenario y colgaron una manta roja sobre la puerta principal. Val y June salieron a la calle para conseguir espectadores para la «Mejor Voz de Brooklyn». Cuatro personas —una de ellas, la abuela de June— pagaron cincuenta centavos cada una para escuchar a Monique. Cuando ya hubo público, Val subió el telón y Monique cantó «Somewhere over the rainbow». A medida que cantaba, fue apareciendo más gente. Cuando terminó la canción, Val exigió a los recién llegados que aflojasen. Y le dio a Monique el bote.

Fue al cabo de unas semanas cuando Paulie arrastró a Cree hasta la calle y lo puso verde delante de toda la manzana por ser una mala influencia para Rita. Después de aquello, ni él ni Monique volvieron a casa de los Marino.

—Igual podrías cantar algo para June algún día, ¿no? —sugie-re Val.

—Lo de hablar con los muertos es la especialidad de la madre de Cree, no la mía.

—¿Y quién dice que esté muerta?

Monique se tira del cuello del vestido, para que le entre un poco de aire.

—Hoy ya estoy cansada de cantar —dice antes de echar a andar—. Voy a ver si me divierto en otro sitio.

Val escucha a medias al cuarteto masculino, intentando decidir

adónde ir. Le empieza a doler la cabeza, un dolor que nace en la zona del cogote en la que una gran tirita oculta una fila de puntos.

A punto está de marcharse cuando nota que alguien la coge del brazo. Se da la vuelta y ve a Cree James, que lleva un traje de satén marrón con unas mangas que le llegan hasta la palma de las manos. Tiene buen aspecto, todo elegantón. Le brilla la cabeza afeitada gracias a un aceite de olor tropical. Cree no es mucho más alto que Val y en su rostro redondo se dibuja fácilmente una amplia sonrisa.

—Siento lo de Monique —dice—. Hay días en los que es demasiado grande para sí misma.

—Da igual —dice Val. Siempre fue June la que más dolida se mostraba ante la indiferencia de Monique.

Cree se aparta un poco y se quita la chaqueta, dejando al descubierto una camisa de seda de color crema pegada a su cuerpo flacucho por el sudor. Val es consciente de cómo la mira la gente que entra y sale de la iglesia. Se fijan en su uniforme y en su figura larguirucha, en su piel pálida y su cabello anodino. Es como un trozo de algo gris que flota en un océano de color dominguero.

Cree se desabrocha el cuello de la camisa y se la separa de la piel:

—¿Es verdad que no recuerdas lo ocurrido?

—Pues no —dice Val. Se da la vuelta y le muestra el vendaje del cogote.

—Qué cosa más rara —insiste Cree—. ¿Y cómo es eso de no recordar nada?

—No lo sé. Nada.

—¿Recuerdas haberme visto en la barca? —le pregunta Cree

—Pues claro.

—¿Y se lo has dicho a la policía?

—¿Por qué no debería haberlo hecho?

Cree se seca el suave cráneo:

—Solo lo preguntaba. ¿Qué más les has contado?

—Nada —dice Val. Ya tiene bastante con lo suyo como para ahora aguantar sus acusaciones, pero cuando empieza a alejarse de allí, Cree se mantiene a su lado—. ¿No tienes miedo de que te vea mi padre?

—Eso fue hace un siglo —responde Cree—. Tengo cosas mejores que hacer que temer a tu padre.

—¿Por qué me estás siguiendo?

—Para asegurarme de que no haces ninguna tontería.

Val deja de caminar:

—Pues igual tengo ganas de hacer alguna tontería.

—¿Estás segura?

—¿Vienes?

Val echa a andar rápidamente hacia la orilla, con Cree a su lado. Le sienta bien no estar sola. Con estar junto a Cree basta para distraer a la gente de la ausencia de June y su responsabilidad en ella, cree Val. Solo necesita un amigo, una persona que esté de su parte. Una persona que la haga sentir menos sola y menos culpable.

Pasa de largo ante la Iglesia de la Visitación de la Santísima Virgen María y el edificio de Veteranos de Guerras Extranjeras. El ruido procedente del parque Coffey flota sobre el vecindario, el eco sostenido de la fiesta en marcha. Va por callejones para evitar a cualquier conocido. La tarde está vaciando el barrio. Las pocas tiendas de Red Hook están chapadas. La gente vuelve a casa para disfrutar de la comida al aire libre del domingo o se encamina hacia el bar para alargar así el fin de semana.

Exceptuando a un par de personas que pasean al perro, el muelle Valentino está vacío. El altar de June ya muestra cierto deterioro. Las flores de color pastel se han vuelto marrones. Los ositos de peluche están sucios. Val camina hasta el final del muelle. Se agarra a la barandilla y mira fijamente el último punto en que vio a June. Hay una mancha oscura en el agua, una sombra que asciende desde

abajo.

La barandilla está caliente. A su espalda, Red Hook muestra una inmovilidad muy poco natural. Val se quita la chaqueta del colegio. También los mocasines. Supone que, a estas alturas, la vigilia ya habrá terminado y el club social se estará empezando a llenar para la recepción. Estarán desenvolviendo bandejas de aluminio de lasaña y *manicotti.* El local estará de bote en bote. Los hombres beberán más de la cuenta. Hablarán de deportes y de sus pensiones. Se explayarán sobre los recién llegados al barrio.

Las chicas del instituto saldrán al pequeño patio de cemento con copas de Chianti y cigarrillos que llevaban escondidos por la ropa. Los chicos se reunirán en el extremo más alejado, junto al muro. Pronto se fundirán ambos grupos. Los padres no sabrán si sus chavales se emparejan y desaparecen un rato. Y June estará por allí fuera, en alguna parte, tal vez cerca de donde Val se encuentra ahora.

«Es culpa tuya.»

—Cállate —dice Val.

—No he dicho nada —se defiende Cree.

Val empieza a desabrocharse la blusa y, con las prisas, se carga dos botones. Cree le pone una mano en el brazo para que lo deje estar, pero ella se lo quita de encima. El chaval mira hacia otro lado, como si ese sujetador infantil le diera vergüenza.

—¿Qué estás haciendo?

Pero ella sigue desnudándose.

Cree sostiene su chaqueta, tapando a Val a pesar de que por allí no haya nadie. Se le ha salido la camisa de seda del pantalón. El sudor revela el estampado de cachemira oculto bajo el tejido.

Val se baja la cremallera de la falda. Sabe que parece una niña con esas bragas de algodón. El sol de última hora de la tarde le da en el estómago y en la parte superior de los muslos. Salta la barandilla y

se queda en el borde del muelle.

El agua es de color pizarra.

—No hagas locuras —dice Cree.

Val no mira hacia atrás. Siente cómo Red Hook se funde a su espalda mientras desaparece en el agua.

El agua huele a Brooklyn. Val se hunde y bucea para alejarse del muelle, esquivando los ligeros detritos que oscurecen la bahía. Se hunde hasta que le duelen los pulmones y el agua se enfría.

A continuación, siente unos brazos que la agarran por la cintura y la arrastran hacia la superficie.

—Por el amor de Dios. ¿Cuándo pensabas salir? —Gotas de agua, cual mariquitas traslúcidas, reposan sobre el cráneo afeitado de Cree.

Val se deshace de él y sigue nadando, tirando hacia Jersey, pero Cree la atrapa y la domina:

—Oye, oye, ya conoces las reglas. Cuidado con la corriente de la isla Governors. No te quedes enredada en los pilones. Ya nadarás en la bahía.

«Si Cree la besa, encontrarán a June.»

Avanzan juntos por el agua. El ferri de Staten Island aparece ante su vista, avanzando lentamente por la bahía. Un remolcador emerge del Atracadero Erie y empieza a cruzar en dirección al East River: un barco pequeño pintado de verde y con la letra B pintada en la chimenea. Las olas que deja atrás arrojan a Val y Cree en brazos del otro. La cabeza de Val aterriza en el hombro de Cree. Cree la rodea con los brazos para ayudarla. Sus dedos se deslizan por la piel de la muchacha como una bandada de peces. Ella siente que él se está soltando y, antes de que eso suceda, lo agarra y se lo acerca. Luego se gira y lo besa.

Se hunden bajo la superficie, con brazos y manos deslizándose sobre los cuerpos, moviéndose con libertad, sin fricción. Val le rodea

la cintura con las piernas, sintiendo los músculos del chico endurecerse mientras se esfuerza por no irse al fondo.

June solía chinchar a Val diciéndole que si no practicaba, cuando llegara el momento, pasaría mucho apuro, pero besar a Cree le ha salido de la manera más natural. Tanto como contener la respiración bajo el agua.

A través del agua de color marrón verdoso, Val no puede ver ahora cómo tiene el cuerpo ni cómo le gustaría tenerlo. A Cree nada parece importarle. Val da unas cuantas brazadas, pero él va detrás y la mantiene agarrada.

Val se sumerge y sale de nuevo a flote. Se vuelve hacia Red Hook y se quita el agua de los ojos. El mundo adquiere forma, revelando los duros contornos de las rocas y los pilones.

Ya no están solos. Hay un hombre en el muelle, el profesor de música. Agita los brazos y grita el nombre de Val. Por un instante, Val piensa en alejarse nadando de allí, hasta que no se la pueda ver desde el muelle. No quiere escuchar su nombre.

«Si nada hacia la costa, June volverá a casa.»

8

Desde la mañana en que Jonathan apareciera en su tienda con Val, Fadi no le ha dejado pagar ni una taza de café. Y suele añadir algo más de manera gratuita: una pasta, un par de diarios, hasta los cigarrillos que fuma Jonathan. Ha recortado varias historias sobre el rescate de Val y la desaparición de June y las ha enganchado sobre el mostrador. Hasta ha destacado el nombre de Jonathan con rotulador amarillo.

Esos detalles incomodan a Jonathan. No quiere que lo asocien con la chica desaparecida.

—¿Vas a ir a la vigilia por June Giatto? —le pregunta Fadi mientras le pasa el café y le devuelve el billete de dólar—. Tú eres el héroe. El barrio quiere que estés allí.

—No creo que nadie se percate de mi ausencia —dice Jonathan.

—Yo sí. —Fadi mira hacia la calle por encima del hombro de Jonathan. Le entrega un ejemplar de su boletín local, en el que informa del sitio y la hora de la vigilia.— Si tuviese algún empleado, iría. Llévale a la señora Giatto estos dónuts de mi parte. —Saca una caja de la marca Entenmann de debajo del mostrador.

—Faltaría más —dice Jonathan, que no tiene ánimos para decepcionar a Fadi.

Desde el parque Coffey, llega a la calle Visitation una música que marca el inicio del Día de los Veteranos en la parte trasera del vecindario. De la noche a la mañana, familias procedentes de los bloques se han instalado en el parque, compitiendo por dar con el mejor lugar para sus barbacoas. A lo largo del fin de semana, la gente que creció en las Casas de Red Hook ha estado cogiendo autobuses desde todos los puntos del país, especialmente desde Florida, para asistir a aquel encuentro anual, ese agridulce ritual veraniego.

En vez de dirigirse a la iglesia, Jonathan accede al parque. El aire huele a carbón dulce. La policía del perímetro hace la vista gorda ante las neveras llenas de cerveza y los vasos de ponche de alta graduación etílica. No son ni las doce, pero ya hay muchas voces pastosas a causa del alcohol.

Han montado un escenario. Pincha un DJ que actuaba con Grandmaster Flash en los setenta. Hip hop primitivo y música disco invaden los pisos de la fábrica de maletas y la Iglesia de la Visitación de la Santísima Virgen María. El rostro de Jonathan es el único blanco, pero nadie le hace sentir que no es bien recibido.

La fiesta acaba de arrancar, pero el parque ya está abarrotado. Hombres con bandejas de aluminio de ensalada de macarrones y col se dirigen a la mesa de su familia. Los chavales se persiguen unos a otros entre las parrillas. Las abuelas enseñan a los nietos que están de visita y se los van presentando a todo el mundo, grupo a grupo. Señores mayores que acaban de regresar recorren los senderos del parque cual reyes que vuelven a casa, observando a las mujeres que recuerdan y a las que no les suenan de nada. Jonathan escucha el saludo en tono grave de dos hombres maduros, los agudos chillidos de dos amigas del colegio ya en la treintena, la cháchara de una abuela que ve a su nieto por primera vez en muchos años. Siente las contundentes palmadas en la espalda, los abrazos asfixiantes, el eco de los besos cuando los visitantes son recibidos de vuelta al redil.

Tamborilea con los dedos en la caja de dónuts, a ritmo con la música disco, y patea el suelo en sintonía con el sincopado bajo eléctrico. Hacia el centro, el parque aún está más lleno. Se cambia el hielo de las neveras. El DJ sube el volumen y anuncia un concurso de baile. Una mujer madura con un ligero vestido floreado y brillantes pulseritas le pasa a Jonathan un gran vaso de plástico. Le da unas palmaditas en la mejilla: «Bienvenido a nuestra fiesta, guapo. Ahí va un poco de té dulce de mi parte». Jonathan levanta el

vaso. «Tú tranquilo —le dice la mujer—, está bastante cargadito.»

Jonathan sorbe el té. Es tan dulce como fuerte y le hace lagrimear. Deambula hacia la parte del parque más cercana al puerto de Red Hook, donde ve a dos chicas con trenzas meneando el esqueleto. Detrás de ellas se alza la Iglesia de la Visitación de la Santísimaa Virgen María, cuya siniestra fachada de piedra parece rechazar aquel colorista jolgorio. Fadi se equivoca, cree Jonathan: el alma del barrio está ahí, no allí.

Mientras contempla la iglesia, sus puertas se abren de par en par y aparece en el umbral una chica con uniforme escolar. Se protege los ojos del sol. Las puertas se cierran tras ella. Echa a correr directamente hacia Jonathan.

A medida que se acerca, este la reconoce.

—Valerie —le grita.

Val se detiene a unos centímetros de él. Sus ojos se cruzan, pero luego ella da media vuelta y se larga a toda prisa. Es como si le estuviese pidiendo que la siguiera, que la salvara de lo que sea que piense hacer a continuación. Jonathan deja caer los dónuts y la bebida y sale tras ella.

Val atraviesa la fiesta, esquivando a los que bailan, a los que juegan en el suelo y a los que saltan en pistas de baile improvisadas. La masa se abre ante ella, pero no se muestra tan tolerante con Jonathan, todos farfullan y lo ponen verde cuando él tropieza con sus bandejas de ensalada de col y sus neveras llenas de cerveza. Intenta llamar a Val, pero no hay quien lo oiga entre la música y la cháchara.

La pierde entre un gran grupo reunido alrededor de una parrilla hecha a partir de un barril de petróleo. Jonathan se abre camino entre esa turba y llega hasta el extremo más alejado del parque. Frente a él, Val está desapareciendo en el primero de los patios.

Le aprietan los pulmones. Siente sendos pinchazos en pecho y

garganta. Val avanza a buen ritmo. Esquiva matorrales y árboles.

Aunque la chica que se le escapa es fuerte y ágil, Jonathan aún siente su cuerpo inerte y pegajoso. Recuerda la grava en el pelo, la espuma que le salía de la boca. Se dice que fue la proximidad de su propio cuerpo lo que la revivió, lo que hizo posible que ahora pueda huir de él.

Le pesan las piernas. Le arden los muslos. Valerie se interna aún más en los bloques y desaparece entre las sombras. En el primer patio, Jonathan se dobla y apoya las manos en las rodillas. El corazón le palpita como el sonido de un bajo.

—¡Valerie!

Hay dos hombres sentados en un parque. Uno de ellos tiene la cara marchita y de color carbonilla. Tose como un cascajo metálico:

—El blanquito ha perdido a su querida niña.

Su amigo, que tiene la cara cubierta de un vello rasposo, toma un trago de una botella metida en una bolsa marrón:

—Sí, señor, exactamente.

—No sirve de nada perseguir a la chavala —dice el primer tipo—. Cuando una chica se quiere largar, se larga.

Jonathan se incorpora y respira hondo. El quejido de las orejas está ahora en sincronía con el silbido del pecho. Todo el cuerpo le suena a chatarra.

—¿Y qué le has hecho a esa chica para que corra de esa manera? —pregunta el tío de la botella.

Cuando Jonathan recupera el aliento, se encamina hacia la salida de los bloques, tomándose su tiempo para volver a la zona de la costa.

El sol ha rebasado Van Brunt y se dirige hacia el río. Sigue habiendo carteles de «Desaparecida» con la cara de June colgando de farolas y buzones de correos. El banco que hay fuera del Dockyard está ocupado por los bebedores más devotos de Lil.

—Eh, Maestro, ¿dónde te habías metido? —le saluda Mike el Motero —. ¿Nos vas a cantar algo?

Lil sale. Se apoya contra la puerta. Ya lleva su vaso para chupitos y ya ha debido de darle buen uso:

—¿Qué tal una copita gratis para mi mejor cliente?

—¿Desde cuándo soy tu mejor cliente?

—¿Cuándo dejaste de serlo? Bueno, Maestro, ¿qué me dices? —Lil se lleva el vasito a los labios y se termina los restos de whisky. Se frota contra las caderas de Jonathan.— Hazme compañía. Ahí dentro solo hay una pandilla de empollones de un club de lectura.

—Si invitas…

—Por ti, lo que haga falta. —Lil le da una palmada en el culo. Tras la mala baba inicial, últimamente ha estado de lo más adorable con él. Como si haber rozado el peligro lo hubiera hecho más interesante.

Antes de que ambos entren en el bar, Jonathan mira hacia el sur y atisba a Val cruzando Van Brunt y dirigiéndose al agua. El atractivo del whisky gratis empieza a disiparse.

Jonathan solo ha dado unos pocos pasos cuando Lil le dice:

—No estarás rechazando una copa gratis, ¿verdad, Maestro? Me debes un poco de compañía por haberte salvado el pellejo. Si me abandonas, beberé hasta quedarme frita bajo una mesa antes de la hora del cierre.

Unas copas más y Jonathan duda de que Lil consiga llegar ni al final de su turno.

—No te estoy abandonando —le dice, alejándose.

—Oye —le asegura Lil—. Cuando esté sobria, te follaré.

Jonathan puede escuchar cómo se ríen Mike el Motero y Steve el Nuevo. Lil se vuelve y los envía a tomar por culo con el dedo medio alzado.

Jonathan sale pitando antes de verse obligado a escuchar nada

más.

Llega a un terreno herboso que conduce a la playa de rocas y al muelle en el que encontró a Val. El transbordador de Staten Island se desliza por el agua. Se deja ver un remolcador, con el motor farfullando como una trompeta con sordina. Mientras mira hacia el muelle, ve a Val desnudándose y saltando la barandilla. Se le corta la respiración al verla saltar: tiene los brazos y las piernas doblados como las alas de un grillo. Se lanza con las piernas pedaleando en el aire, como si así se alejara más del muelle. Luego la pierde de vista. Se le llena la cabeza con la imagen de Val aguantando la respiración, yéndose al fondo como un lastre y prohibiéndose a sí misma salir a flote.

Jonathan se apresura hacia el muelle. Mientras se va acercando, ve a un joven negro quedarse en calzoncillos y saltar detrás de Val. Jonathan aprieta el paso, no sabe muy bien si el que acaba de saltar intenta ayudarla o hacerle daño.

Cuando llega a la punta, ve a Val y al muchacho de color nadando a unos veinte metros de distancia. Los ve hundirse en el agua, una agónica desaparición que le hace sentirse como si fuese él quien se ahogara. Salen a la superficie con los labios pegados. A continuación, se vuelven a sumergir.

Jonathan grita el nombre de Val, convirtiendo su voz en una boya o una señal que la urgen a volver a casa. Quiere lanzarse al agua y ponerla a salvo, ser quien la devuelva a la orilla, pero ella se aleja nadando.

Encuentra en el muelle la falda y la blusa de Val. Las ondea para llamar su atención. Grita su nombre, convirtiendo las sílabas del mismo en una melodía. Le preocupa que cada uno de sus gritos la propulse un poco más hacia las corrientes de la Upper Bay.

Cerca de Jonathan, dos pescadores han echado la caña. Llevan un cubo lleno de escurridizos pescados de ojos vidriosos.

—Deja en paz a los chavales —dice uno de los hombres—. Cuanto más grites, antes se ahogarán. No puedes ayudarlos desde aquí. O te metes en el agua o esperas a que vuelvan.

Jonathan ve la oscura cabecita de Val menearse con el torbellino de agua generado por el remolcador a su paso. Unas olas discretas golpean las rocas con un crujido de castañuelas. Una gaviota charla consigo misma. Y entonces Val lo ve. Se queda mirándolo fijamente, con los ojos que suben y bajan con las olas. Echa a nadar hacia la costa, atravesando el agua grisácea con sus brazadas.

Valerie sale de la bahía y va a dar a la playa de rocas. Aparece en el extremo más alejado del muelle. Se abraza a sí misma mientras echa a andar hacia Jonathan. Está tan fría y mojada como cuando este la encontrara bajo el muelle. Sus extremidades parecen tan frágiles como las hojas secas. A Jonathan le preocupa causarle un moratón si la abraza.

Val inclina la cabeza y se la engancha al hombro. Se pone a temblar y Jonathan no tarda nada en sentir las lágrimas humedeciéndole el cuello. Se muestra dubitativo, pero enseguida la abraza y le envuelve los hombros con las manos.

Los pescadores recogen la caña para ponerse a mirar. Jonathan afloja el abrazo, pero Val se le pega aún más. Ya se la oye gimotear.

—Encontraste a la persona equivocada —dice—. Deberías haberme dejado allí.

Uno de los pescadores se echa para atrás en su taburete plegable:

—¿Pero qué haces ahí con esa chica en bragas? ¿Acaso eres pervertido o qué?

—Ni siquiera buscaste a June. ¿Por qué no la encontraste a ella en vez de a mí? —dice Val. Jonathan siente la boca de la muchacha moverse contra su camisa.

—Eras la única chica que había bajo el muelle.

Jonathan mira por encima de la cabeza de Val, muelle abajo. Su

compañero de nado anda por ahí y solo lleva puestos los calzoncillos.

—¿Y tú quién coño eres? —le grita el chaval.

Val se aparta violentamente de Jonathan.

—Dile que se vista o tendré que llamar a alguien —dice el pescador.

Val agarra la camisa y se la pega al pecho.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta el chico negro, mirando a Jonathan—. ¿Qué le estabas haciendo?

—Estoy bien —dice Val. Se agacha para recoger los zapatos, la falda y la chaqueta y luego se aleja corriendo del muelle, sin esperar a su amigo, que sigue ahí de pie, sin camisa, bajo el hinchado sol de la tarde.

Lil está dormitando en el banco que hay a la salida del bar. Jonathan pasa a su lado sin molestarla. Se acerca a la licorería y compra una petaca de whisky que mete en una bolsa de papel marrón de camino a casa. Está haciéndose un lío con las llaves cuando Lil vuelve a la vida:

—Maestro, ¿no querrás compartir eso conmigo?

—Juraría que tú ya llevas lo tuyo.

Jonathan abre por fin la puerta.

—¿Cómo? —dice Lil poniéndose de pie y asegurando el equilibrio apoyándose en la ventana del bar—. ¿Eres demasiado bueno para mí ahora que eres un héroe? Yo soy la que hace tu vida posible, no lo olvides.

Se le pasa por la cabeza darle la botella a Lil, pero, en vez de eso, cierra de un portazo, sube las escaleras y se pone a beber a morro, sin molestarse en pillar un vaso.

No tiene ni idea de cuánto rato lleva sonando el teléfono. Está tumbado en el sofá, con un pie en el suelo. El apartamento está a oscuras. Se nota la cabeza magullada. Se ha trasegado todo el

whisky. La botella vacía yace junto a la mesita de centro.

—Serás cabronazo —le dice Dawn cuando por fin descuelga—. Aquí estoy yo, hasta el culo de ketamina cantando a capela en un local lleno de paletos de Nueva Jersey. Me has dejado tirada.

Jonathan mira la hora. Se ha saltado la primera actuación en el Cock´n Bulls.

—Me estás arruinando la vida —aúlla Dawn—. Me estás arruinando. Parece que el corazón me va a explotar. No encuentro el tono. Estoy en los huesos. Estoy hecha un asco. Me estoy muriendo.

—Seguro que todo sale bien —le dice Jonathan.

—Así no se trata a una chica. A una chica no se la deja colgada. Estoy currando más que Martha Stewart por Navidad. Y nadie me da propina. Necesito refuerzos.

—¿Por qué no pones un disco y haces como que cantas? —le pregunta Jonathan.

—¿Tú te has creído que soy un travelo barato de los que aparecen cargados con el equipo de sonido?

Jonathan se frota las sienes.

—Si no estás aquí en media hora, te voy a cortar los huevos —le dice Dawn antes de colgar.

El Cock´n Bulls está de bote en bote cuando aparece Jonathan. Hay unas cuantas *drag queens* de pie junto a la pared del fondo. Lo ven y chasquean los dientes, hacen morritos y niegan con la cabeza de manera exagerada.

—Nena —le dice una de ellas a Jonathan cuando este pasa a su lado de camino al escenario—, la señorita Dawn está que trina.

Jonathan divisa a Dawn Perignon con un vestido rosa hasta el suelo bien ceñido a sus caderas de muchacho y con unos guantes que le llegan al codo. Las pestañas son tan largas que le hacen sombra en las mejillas.

Jonathan espera a que acabe con «Age of Aquarius» para ocupar su sitio al piano.

—Pareces Edith Piaf —le dice— en un mal día.

Dawn tapa el micrófono:

—Que te den por culo.

—Una señora no debería decir esas cosas.

—Hueles a bar de garrulos.

Jonathan toca los primeros acordes de «Sunset Boulevard» antes de que Dawn pueda decir nada más.

Dawn se vuelve hacia el público y extiende una mano hacia Jonathan, exhibiendo así unos anillos de fantasía del tamaño de bolas de caramelo gigantes.

—Es difícil encontrar a un buen hombre. ¿Verdad, chicos?

Mientras canta, Dawn se sienta sobre el piano, cruzando las piernas y enseñando sus zapatos con una plataforma de doce centímetros.

Repasan el repertorio habitual: canciones de *Evita* y *South Pacific,* unos cuantos éxitos de Judy Garland y mucho material de *Cabaret.* Dawn se resiste a mirar a Jonathan, pero sabe que lo mejor que les sale son los duetos. La voz de él es el sostén y, la suya, la fantasía. Empalman «Me and My Girl» y «The Lady Is a Tramp», que van muy bien para reírse a costa de Jonathan.

Antes del último pase, salen al callejón que hay detrás del bar a echar un pitillo. Ella lo obliga a aguantarle el cigarrillo. Y chasquea los dedos enguantados cuando quiere que Jonathan se lo lleve a los labios.

Jonathan intenta quitarle la ceniza del vestido.

—¿Por qué estás tan callado? —le pregunta Dawn—. Espero que no estés a punto de salirme con esa gilipollez de «yo había sido un músico de verdad».

—No he dicho nada.

—No tienes por qué decir nada. Puedo verlo. —Y señala el

cigarrillo.— Una chica tiene que partirse el culo para mantener el curro en un sitio como este. No necesito que me dejes plantada. ¿Sabes cuántas reinonas hay por ahí con un espectáculo de canciones de Broadway? Millones.

—Pero ninguna de ellas tiene un acompañante que sí pasó por Broadway.

—¿No tienes nada agradable que decir de mí?

—Ninguna de esas reinonas te llega a la suela de las plataformas. Tú eres una estrella de verdad, cariño. Yo solo aporreo el piano.

—Eso ya está mejor. Y, ahora, dime, ¿qué aspecto tengo?

—El ideal para pasear por Park Avenue. —Jonathan le coloca el cigarrillo a Dawn en la boca.

—Leí lo tuyo en el periódico. —Dawn inhala sin apretar el filtro con los labios.— ¿Acaso te sorprende que una chica como yo lea la prensa?

—Seguro que hasta haces el crucigrama.

—Debió de ser horrible. ¿Te sientes como un héroe?

—Me siento como una mierda.

Dawn le pellizca las mejillas mientras hace morritos y luego besa el aire frente a su boca. Tiene la cara tan cerca de la de Jonathan que este puede ver las grietas del maquillaje.

—Pues, mira, nena, deberías haberme llamado. Para eso están las amigas.

Dawn y otras dos reinonas cierran el bar. Se atizan unos chupitos de tequila con Coca-Cola. Jonathan sigue con el whisky.

—No pienso dejar que te vayas a casa solo —le dice ella cuando salen a la calle a las cuatro de la madrugada. La ciudad sigue en marcha. Los taxis pasan a toda castaña por la Sexta Avenida y los restaurantes que abren toda la noche están abarrotados.

Una de las reinonas le pelliza el culo a Jonathan:

—¿Por qué no nos pillas un taxi?

—Uno de los grandes —añade Dawn—. Del modelo furgoneta.

Al final, Jonathan acaba parando uno de esos taxis. Las reinonas le suplican al conductor que sintonice KTU, la emisora de baile de Long Island, para animar el breve trayecto hasta el pisito de Dawn en la avenida A.

Ese apartamento consiste en una estancia dividida en tres habitaciones sin ventanas. Para alguien que lleva tacones de doce centímetros y que es capaz de aplicarse el rímel en un vagón de metro bamboleante, resulta ser muy mañosa con el bricolaje. Los dormitorios improvisados los ocupa un reparto cambiante cuyos nombres artísticos suelen tener mucha retranca.

Las chicas se quitan los tacones, dejan las pestañas en la mesita de centro y se desprenden de la peluca, pero no se quitan las medias. Se dejan caer en el futón con estampado de leopardo. Puede que sea por el calor o porque las drogas ya no les hacen efecto, pero hay poca energía.

Jonathan despierta sintiendo el vello de las mejillas de Dawn contra los labios. La cantante tiene una respiración caliente y agria; su cuerpo desprende un olor masculino. Jonathan trata de apartarla. Ella se le echa encima y le cubre la boca con la suya. Le mete la lengua hasta el fondo.

Jonathan se la quita de encima:

—¿Pero qué coño haces?

—No es bueno estar siempre solo, chiquitín.

—No estoy tan solo.

Dawn enarca los restos pintarrajeados de las cejas:

—Mira, nena… —empieza.

—Déjalo, Don.

En la calle, los corredores, los que pasean al perro y quienes se dirigen al trabajo han sustituido a los juerguistas de la madrugada.

La gente está sentada a su ordenador tras el escaparate de las cafeterías. Jonathan decide irse a Brooklyn caminando porque, en realidad, no tiene ningunas ganas de llegar.

9

El modo en que la prensa ha cubierto la historia de June Giatto ha sido lamentable. Exceptuando el diario local gratuito *Eagle,* el tema no ha llegado a la portada.

Solo ha habido algunas historias de algo de color local en los principales periódicos, con una breve mención a Jonathan. Sin asesino y sin cuerpo no hay noticia. Hasta Fadi tiene que reconocerlo.

Debido al desinterés de la prensa, el boletín de Fadi se ha llevado el gato al agua en una población ansiosa por tener noticias de June, tanto da si se trata de rumores o de hechos probados. Decepcionada por la respuesta policial a sus indicaciones, la gente empezó a echar papelitos en el buzón de Fadi, quien los corrige y publica:

«¿Cómo es que la pasma solo incordia a los de los bloques?»

«Más vale que la poli deje en paz las Casas. No tenemos nada que ver con lo de la chica blanca.»

«El Dockyard está abierto más allá de la hora legal de cierre. La policía debería interrogar a todos sus parroquianos. Es inconcebible que ninguno de ellos anduviese por ahí cuando las chicas desaparecieron.»

«¿Era June Giatto la mujer que vi en el parque Sunset el viernes por la noche?»

Fadi sabe que tan solo está aportando un fórum para que los residentes en Red Hook aireen sus frustraciones, pero, por lo menos, está abriendo un diálogo en el barrio.

Durante los últimos dos días, sin embargo, han aparecido en su buzón unos asuntos que no tienen nada que ver con June:

«Últimamente, he visto a un grupo de latinos que no sé muy bien qué hacen a última hora de la noche por el muelle de la calle Beard. Me pregunto si alguien podría decirme a qué se dedican.»

«¡Eh! Alguien me robó la bici del 127 de Dikeman. Más vale que no me toquéis las narices. Devolvedme el trasto, ¿vale? No hay vuelta de hoja.»

«Una vez más, el Dockyard se volvió a saltar las normas tanto el viernes como el sábado. Y aún hay más: he visto a personas fumando dentro del bar. Y eso es una clara violación de las ordenanzas municipales. ¡Por favor, gente!»

«Los caballos chapados de hierro del tiovivo de Van Brunt no son juguetes. Son arte.»

«En una furgoneta aparcada en Lorraine había un grafiti con las letras RFC. Es la octava vez que el vandalismo se ceba en algo del barrio con esas mismas letras. El grafiti es un delito.»

«Cuando voy al bar a beber, no quiero toparme con chicas menores de edad escogiendo las peores canciones de una gran máquina de discos. Llevaos vuestras birrias a otra parte.»

«Al atontado que se hace llamar Hecho Polvo y que me ha enguarrado el trasto: más vale que huyas aterrorizado. No le toques las narices a Craze.»

«Un negro solitario fue visto colándose en el almacén abandonado con vistas al agua que hay al final de la calle Imlay. Informa, por favor.»

Fadi sabe que está obligado a ser objetivo, así que publica todo lo que le llega, aunque a veces no le guste. El boletín aparece dos veces por semana. La contraportada es siempre la misma: una fotografía de June con el teléfono de contacto de la policía y el de Fadi, así como la recompensa de quince mil dólares que la señora Giatto ha ofrecido y que procede de la compensación militar por su hijo muerto.

Ante su decepción, Fadi advierte que la gente parece más interesada en aportar sus propias quejas que en prestar atención a lo que dicen los demás. Suele encontrar sus boletines tirados en el

cubo de basura que hay junto a la parada del autobús.

—Promocionas la tienda publicando mierdas sobre el barrio —le dijo el griego cuando lo vio contemplando la basura—. ¿Por qué no escribes algo bonito? Algo que nos haga sentir bien en este vertedero, ¿no?

Fadi mantiene el oído atento a cualquier pista en el caso de June. Dispone de un cuaderno sobre el mostrador en el que apunta los comentarios que hacen por descuido los clientes, ni se imaginan que los esté escuchando. A partir de esa información, el hombre pergeña una columna bisemanal en la que aporta sus descubrimientos y observaciones de manera imparcial. Más que hacer afirmaciones, Fadi plantea preguntas, confiando en que la población saque sus propias conclusiones y vea la necesidad de unir esfuerzos para encontrar a June.

Sabe que entrevistar a Valerie sería toda una exclusiva, algo que los principales diarios ni siquiera contemplan. Quiere saber qué preguntas le hizo la policía y si se toman el asunto en serio, pero cada vez que la muchacha aparece por su tienda, Fadi no consigue reunir el valor suficiente para preguntarle por June. Es consciente del modo en que ella ignora la fotografía de su amiga colgada en el tablón de noticias y también de que nunca se lleva un ejemplar del boletín. Sus ojos nerviosos, que miran a todas partes menos hacia el rostro de June, evitan cualquier contacto.

A pesar de que aún reina el buen tiempo, Fadi es consciente de la llegada del otoño. Hay una nitidez en el contorno de las cosas, un enfoque de los límites, algo en la manera en que las hojas se retuercen antes de quedarse tiesas, en que las sombras llegan pronto y ya no se van.

Cuando Fadi llega a Red Hook justo después de las cinco y media de la mañana, pasa junto al griego, donde el borrachín duerme en el umbral bajo un montón de ropa desechada. En algún momento de la

noche, el hombre ha pintado de color naranja un cuadrado del pavimento y ha marcado sus límites con dos caballetes desequilibrados. El griego le va a pegar una bronca mayúscula y Fadi está convencido de que va a tener que aguantarlos discutiendo todo el día.

Fadi entra los fajos de periódicos y el primero que libera es *The Post.* Lo que le llama la atención no es el titular principal, sino un aviso situado encima de la mancheta. «Prepárate, Brooklyn: el mayor Local Harvest de la ciudad se dispone a abrir sus puertas en Red Hook.»

Fadi hojea *The Post* hasta encontrar el artículo. La tienda se va a instalar en un almacén de la época de la Guerra Civil que hay al final de Van Brunt, un impresionante local situado casi al borde de la ribera. Estudia el texto a fondo: taxis acuáticos disponibles, carne de buey biológica, gamba fresca, utensilios de cocina baratos, cítricos, patatas fritas para gastrónomos, sopas para microondas, verduras de calidad, un café con terraza. Más la promesa de contratar a gente de los bloques y ofrecerles un descuento. Local Harvest traerá productos saludables y exóticos a precios asequibles.

Fadi cierra el periódico. Ese supermercado traerá nuevos clientes a Red Hook, gente de Brooklyn Heights y de más allá que nunca antes había puesto un pie en el barrio, pero también puede hundirle el negocio. Arranca el artículo del diario para engancharlo en el escaparate de plexiglás que hay a la izquierda de la caja registradora.

El borrachuzo aparece justo después de las siete. Es del color de una almendra tostada, tiene la cara pequeña y cascada y los labios morados. Su cabello muestra el tono y la textura del aceite refinado. Es un tío pequeñito, del tamaño de un adolescente.

Fadi solía ahuyentarlo, pero el hombre insistía en aparecer y chincharlo en su confuso dialecto, una mezcla de inglés y español

diluida por el alcohol. Recorría el pasillo, frente a las neveras, trastabillando y dejando la huella de sus dedazos en los cristales. A menudo, tardaba veinte minutos en elegir una bebida, pero, como siempre disponía de dinero, Fadi acabó por dejarlo en paz.

Desde la desaparición de June, el borracho pasa más tiempo en la tienda. Al principio, señalaba el letrero de la desaparecida. «He visto a esa muchacha —decía—. Duerme en el fondo del agua. Junto a los fantasmas.» Y luego agitaba el dedo en dirección a la recompensa.

—Pues díselo a la policía —le sugería Fadi.

—Nada de policía —respondía el borracho.

Pronto empezó a aparecer con extraños objetos que dejaba sobre el mostrador: un calcetín rosa de niña, un pasador roto, un bolso sin correa. «La muchacha —decía mientras apuñalaba los objetos con un dedo pequeño y sucio—. Son de la muchacha.»

Fadi necesitó cierto tiempo para entender que el borrachuzo aseguraba traerle objetos que pertenecieron a June. Parecía disponer de un sinfín de objetos: pulseras sin cierre, pendientes desparejados, camisetas mugrientas, una sandalia de goma. Presentaba cada objeto de forma ceremoniosa, acunándolo entre sus palmas rugosas para luego depositarlo en el mostrador. Tras soltarlo, daba un paso atrás, cruzaba los brazos sobre el pecho y decía: «¿Recompensa?».

—Vuelve con June, no con un pendiente.

—Pero la muchacha del agua… —insistía el borracho, señalando el cartel de la desaparición—. La muchacha no vuelve.

—Ya lo sé —le dijo Fadi—. De ahí lo de la recompensa.

Fadi solía acabar pasándole una cerveza, unos cuantos pitillos o una bolsa de patatas.

Hoy, el alcohólico se salta la nevera y el cartel de la desaparición y se va directo hacia los productos de limpieza. Se planta ante el mostrador con ocho botes de lavavajillas. Mientras Fadi anota su

compra, el otro le dice: «He visto a la muchacha».

—¿Me la enseñas?

El borracho niega con la cabeza, tiene los ojos abiertos de par en par y la boca en forma de O. Se santigua con una mano temblorosa.

—Si no hay muchacha, no hay recompensa. —Fadi lo acompaña a la calle y lo ve volver al griego.

El borrachuzo recoloca sus caballetes, ahuyentando a unos tipos que esperan el autobús y que se han acercado demasiado al cuadrado de pavimento pintado. Suelta el jabón y un cubo de agua sobre el cuadrado naranja y luego se pone a frotarlo con un cepillo con las cerdas manchadas de pintura naranja. El griego sale a la calle de inmediato. Agarra al borracho por el cuello de la camisa y lo levanta en vilo mientras le chilla en griego y en español.

Se congregan los curiosos, que le gritan al griego y le dicen que limpie esa porquería jabonosa de color naranja. La pintura está envenenando los árboles y manchándoles los zapatos. «Tiene una pinta asquerosa», dice alguien. «¿Para qué coño te dedicas a pintar la acera»?

El borracho bailotea en torno a los allí reunidos, tratando de confundirse entre ellos.

Para cuando se haga de noche, el griego habrá perdonado al borracho y acabarán compartiendo la cena. Fadi sabe que el griego cree que ese ritual vespertino se mantiene en secreto. Empieza igual cada noche, con el griego pasándole al beodo un plato de aluminio por la puerta trasera, después de cerrar. El borrachuzo levanta la tapa del plato y huele la comida. A continuación, el griego abre la puerta lateral y el otro acaba colándose dentro. Fadi los ve a través de la ventanita de la cocina, comiendo frente a frente en una mesa junto al horno: la enorme cabeza calva del griego y sus anchos hombros se imponen sobre la estructura infantil y retorcida del borracho.

A la hora del almuerzo, Fadi encarga un plato especial del día al chino a prueba de balas. El arroz frito es del mismo color amarillo que el autobús del colegio y sus costillas deshuesadas tiñen de un rojo aceitoso el envase de poliuretano. Mientras come, Fadi observa a un chaval negro que recorre la tienda, deambulando por los dos pasillos y deteniéndose ante los productos de limpieza y la comida para gatos. El chico lleva una sudadera negra con capucha y una gorra de béisbol, lo cual, en un día caluroso, indica claramente la intención de robar. De vez en cuando, el muchacho mira por encima del hombro, controlando a Fadi y luego su reflejo en el espejo circular que hay cerca del techo en la esquina de atrás.

Fadi vigila al chico, preguntándose qué será lo que planea trincar. Las cosas caras son imposibles de despistar sin llamar la atención —pañales y cajas grandes de detergente— o están detrás del mostrador.

El chaval luce el aire desenvuelto propio de un gánster y las enormes prendas de vestir habituales, pero los vaqueros, que a primera vista parecían convencionalmente holgados, resultan un pelín grandes. Están gastados, algo sucios y no son de ninguna marca que a Fadi le suene. Las bambas blancas son duras, más adecuadas para deambular por un geriátrico que para jugar al baloncesto.

El chico ya anda por su cuarta vuelta y está mirando los desodorantes y el detergente, para luego encaminarse hacia la salida. Fadi se aclara la garganta, preparándose para la confrontación:

—¿Me enseñas las manos?

El chico se da la vuelta y levanta los hombros. Va hacia el mostrador con taciturna obediencia. Saca las manos de los bolsillos y deja caer una bolsa arrugada de patatas fritas de la marca Wise.

Le da unos golpecitos a la bolsa de color turquesa con el dedo,

haciendo que se tambalee:

—Las Wise, eso es todo.

—¿Son de aquí?

—Lo eran.

—¿Tienes treinta y cinco centavos?

—Costaban veinticinco.

—En ese caso, ¿tienes veinticinco? —Fadi deja el tenedor y aparta su especial del día a medio comer.

—¿Veinticinco centavos la bolsa? Joder, pero si se acaban en un minuto. —El chico se quita la capucha. Tiene los ojos hundidos, con el blanco algo amarillento.— Seguro que no te atreves a cronometrarme.

—¿Tienes el dinero o no?

—Tranquilo, panchito.

—¿Panchito? Los puertorriqueños están en la acera de enfrente... Yo soy libanés, no un panchito. Y esto no es un colmado de tres al cuarto en el que puedas trincar tus Wise.

—Eso es problema tuyo, colega. Tienes mucha mierda de lujo. —El chaval golpea el expositor de patatas con una mano, haciendo que se tambaleen las bolsas.— ¿Y esto qué es? ¿Palomitas de maíz estilo asiático? ¿Y qué cojones es el estilo asiático? Seguro que ni lo sabes. —El chaval mete la mano en el expositor, sobando las bolsas.— Patatas de arroz guisado, aromatizadas con hierbas, patatas bajas en sal. ¿Pero qué coño es toda esta mierda? ¿Por qué no tienes chips de plátano frito? ¿Palitos de patata? A diez centavos la bolsa.

—¿Piensas darme los treinta y cinco centavos o no?

—Tío, ¿tú sabes lo que necesitas? —El chico saca del expositor las palomitas estilo asiático y se dedica a manosearlas.— Necesitas aperitivos normales y que se entiendan, joder. Que no haga falta un diccionario para comérselos. Haz un poco el negro, tío. ¿Chips de tortita de maíz azul biológico? ¡Los cojones!

Fadi sabe que sus patatas fritas vanguardistas se venden mucho menos que las Wise y los Doritos. Incluso él prefiere sus pastelitos de toda la vida a esos dulces que llevan la fotografía de un actor mayor en la caja. Los sorbetes languidecen en la parte trasera de las neveras de helados mientras se acaban los polos y los mantecados de siempre, pero, aun así, el hombre insiste en que su colmado tenga más clase que los demás colmados de Red Hook y atraiga así nuevos clientes.

—¿También te llevas eso? —le dice Fadi al chaval, señalando las palomitas.

—No, qué va —responde este. Se levanta la gorra, dejando al descubierto una mata de pelo retorcida en varias estalagmitas. Coge una servilleta del mostrador y se seca la frente. Hay algo desafiante en ese chaval. Se aparta de la caja registradora y se coge las manos a la espalda para observar los nuevos recortes de Fadi:

—Joder, en este barrio te despistas un momento y se pone a prosperar. A intentar subir escalones. A darse aires de grandeza.

—¿Has estado fuera un tiempo? —le pregunta Fadi—. No hablas como los chavales de aquí.

El chico se vuelve a encasquetar la capucha, ocultando el rostro:

—Tuve que salir para culturizarme un poco. A solas con mi diccionario. —Se inclina ante el tablón, apretando los ojos para leer mejor.— Viví aquí catorce años y nunca cambiaba nada. Desaparezco seis y la cosa parece que quiere renacer. ¿Cruceros? ¿Pero esta mierda va en serio?

—Sale en el diario —le dice Fadi.

—¿Y los diarios se dedican a decir la verdad? —observa—. Me temo que no eres la persona que pueda contestarme. —El chaval da unos golpecitos a un trozo de cinta que mantiene enganchado al escaparate uno de los recortes.— Por aquel entonces, el Hook solo salía en la prensa por la delincuencia y cosas así. Y, en general, ni

siquiera por eso. Había tanta mierda que el radar ya ni la detectaba. El delito era la norma.

—Las cosas están cambiando —le dice Fadi.

—Lo estoy leyendo, pero no lo estoy viendo. A mí me parece la decrepitud de costumbre. Los pobres siguen siendo pobres.

Fadi sale de detrás del mostrador con el artículo sobre el Local Harvest. El chico tuerce el hombro:

—¿Eso es de hoy?

—Viene en portada —le dice el tendero, señalando una pila de ejemplares de *The Post.*

—Un supermercado no es una noticia. —El chico le echa un vistazo al almuerzo de Fadi.— ¿Has acabado con eso? —Fadi vuelve a situarse tras el mostrador y le acerca el envase de poliuretano.— Creí que los musulmanes no comían cerdo.

—¿Lo quieres o no? —le pregunta Fadi.

—No estoy pidiéndote nada, solo es una observación. —El chaval se lleva a la boca un tenedor lleno de brillante arroz amarillento. Sin dejar de comer, se acerca al tablón de noticias que hay junto a la pared. Se centra en la fotografía de June.— Desaparecida. ¡Y una mierda! Esa chica está muerta.

—¿Y tú qué sabes?

—Le cargarán el muerto a algún chico negro. Espera y verás. Si yo pescara el cuerpo de esa chavala con una caña, me dirían que me la he cargado yo. Vamos, tío, ya sabes cómo está el patio. —Vuelve a estudiar los recortes de Fadi, estrechando los ojos para leerlos mejor.— Tú vives en un cruce de caminos. Esto es la zona cero, donde la parte delantera se junta con la trasera, pero no pierdas el tiempo intentando negociar una tregua.

El chico tiene razón. El colmado de Fadi es uno de los pocos locales frecuentados por las dos partes de Red Hook: gente de las Casas de camino a la parada del autobús y vecinos de la ribera en busca de

artículos de primera necesidad a última hora de la noche o primera de la mañana.

—¿Quieres que te dé un consejo? Dedícate a tus propias mierdas. Tienes un colmado. Eso es lo tuyo. De eso vives. Que se encarguen los blancos de sus chicas muertas. —Sale por la puerta, dándole aún a los restos del almuerzo de Fadi.

El tendero lo sigue al exterior. Mira calle arriba y calle abajo. Las guirnaldas de luces navideñas se cimbrean bajo la brisa. Pasan dos tíos con el pelo cortado a lo bestia y vaqueros manchados de pintura. No le devuelven el saludo. Algunos amigos de Paulie Marino bajan por Visitation. En la acera de enfrente, la puerta del Dockyard está medio abierta. De vez en cuando, se atisban las cerdas de una escoba y va a parar a la calle algo de polvo y de porquería.

Durante la semana pasada, Fadi ayudó a dos personas del bar a encontrar apartamento y le echó una mano a un chico de los bloques para conseguir un trabajo paseando perros. Desde donde está él, puede ver el agua, las perfectas casas de tres plantas de Visitation, los bloques que hay detrás de ellas. Puede ver el bar y a sus parroquianos. Así pues, tampoco es tan extraño pensar que lo que le ocurrió a June se pueda descubrir allí, en sus mismas narices.

Van Brunt huele a trementina. Desde hace un par de horas, el borrachuzo está a cuatro patas, frotando el cuadrado pintado de la acera con trapos empapados en aguarrás. Un líquido aceitoso y anaranjado va a parar a la alcantarilla. Cuando Fadi echa un vistazo al griego, el alcohólico se incorpora y sale pitando a cambiar de acera. Agarra a Fadi por la muñeca. La palma de su mano es dura, sin callos pero dura a más no poder.

—¿Le has dado la recompensa? El pandillero, el coleguita… ¿Ha venido a por la recompensa? —El borrachuzo tiene las comisuras de color púrpura y el aliento le huele a Night Train, ese matarratas.

—No.

—¿Te ha hablado de la muchacha?

—No.

El borracho le está clavando las uñas en la piel.

El griego asoma la cabeza por la puerta de su restaurante para gritarle al borrachuzo, que suelta a Fadi.

—¡La recompensa es mía! —grita a su vez, antes de volver corriendo a su acera para seguir fregando.

Durante toda la tarde, Fadi escucha los berridos del alcohólico sobre la recompensa. Finalmente, cierra la puerta. Se produce el tradicional aluvión de chavales en busca de algo para merendar. Empieza a aparecer la primera hornada de tíos de veintitantos años que entran a por cerveza y cosas de picar para la noche que se avecina. Al otro lado de la calle, el borracho y el griego se sientan a cenar. La pintura naranja ha desaparecido de la acera. También los caballetes. El autobús llega y se marcha. Los rótulos de neón del escaparate del Dockyard parpadean. La risa cascada del borracho se mezcla con la del griego. Fadi vuelve a su lugar tras el mostrador a esperar la hora del cierre.

Los últimos días, el colmado de Fadi ha sido el objetivo de pequeños actos de vandalismo y delitos menores. Ya van dos veces que llega al trabajo y se encuentra con que le han robado la prensa:

«Si siguen robando los periódicos del Hafiz Superette, la policía tendrá que intervenir. Esta es una intersección muy importante del barrio y la gente tiene derecho a la prensa.»

La otra, un grafiti chapucero —más rótulo que grafiti—, apareció en una de las persianas de Fadi:

«El vandalismo en el Hafiz Superette no será tolerado. El Hafiz Superette no atenderá las necesidades de la población si sigue siendo objeto de semejantes ataques.»

Fadi se pregunta si los delincuentes leerán su boletín.

En el último, incluyó un editorial en el que urgía al vecindario a unirse para dar la bienvenida a los cruceros. «Por primera vez desde la edad de oro del comercio, Red Hook va a ser la puerta de entrada a nuestra ciudad —escribió—. No nos podemos permitir los pequeños delitos ni el vandalismo. No nos queda sitio para la discordia vecinal. Necesitamos mostrar al mundo la belleza de nuestra pintoresca comunidad.»

Pero como quería ser justo con sus colaboradores, Fadi se vio obligado a publicar las quejas de los contrarios en esa misma edición del boletín:

«Que les den a los cruceros, al alcalde y a los concejales antiecologistas que van a permitir la presencia de esos mamotretos que contaminan y que nos ensuciarán las aguas con sus motores siempre en marcha y sus pretenciosos humos.»

«Mantengamos la hermosura de Red Hook para los turistas dados a gastarse el dinero sobre mesas cubiertas con tapete verde para jugar a las cartas y disfrutar del bufé libre que pronto caminarán entre nosotros.»

«¿Y por qué la compañía de cruceros no piensa en contratar a nadie que proceda de las Casas? ¿Acaso solo los chicos blancos valen para trabajar en la costa?»

El vandalismo y el robo no son los únicos cambios que Fadi ha detectado. Desde la desaparición de June, Paulie Marino y sus colegas le han dejado bien claro que piensan comprar la cerveza y el tabaco a su competencia puertorriqueña.

No son ni las cinco de la mañana cuando Fadi sale del metro en la plataforma elevada de Smith con la calle Nueve. La parada está a veinte minutos andando de su tienda. Red Hook no merece su propio metro, Smith con la Nueve es lo que más cerca le cae a Fadi.

El sol aún no ha dado comienzo a su diaria batalla con las Casas, su lucha por imponerse a esa fortaleza deprimente de azoteas. El día

será cálido, pero la oscura mañana es gélida. Fadi tirita dentro de la camiseta mientras camina por la plataforma abandonada hacia la larga escalera mecánica que conduce a la calle.

Deja que el tren ruja en el interior del túnel antes de llevar a cabo su propio descenso. La estación se queda rápidamente en silencio. Mira hacia el otro lado de la plataforma, hacia ese Red Hook bloqueado por la autovía. Al igual que Smith con la Nueve, la autovía se cae a trozos. Hay chapuzas y parches en tramos que tiemblan y se mueven cuando los coches invaden la cuneta. Entre el metro y la autovía, hay un gran rótulo que anuncia las baldosas Kentile: a través de él, el sol, cuando salga, proyectará una telaraña de luz sobre los coches que circulen allá abajo.

Fadi ya sabe que no puede confiar en que aparezca el 75, el servicio de autobús de los bloques. Resulta más sencillo atravesar a pie los terrenos baldíos que hay bajo la autopista ennegrecida por los gases de los coches y llegar a Red Hook atravesando las Casas.

Dos furcias con cara de estar agotadas recorren la avenida Hamilton, haciendo un alto bajo el resplandor del anuncio del Pathmark para repintarse la cara. Saludan a Fadi con poco entusiasmo y luego lo atosigan verbalmente mientras cruza bajo la autovía.

Fadi sigue la ruta del autobús a lo largo de una extensión desolada de la calle Smith, cuyo único edificio ocupado es una fábrica de golosinas que él nunca ha visto abierta. La fachada cuenta con ocho columnas. En el extremo de la manzana, una farola solitaria se las ve y se las desea para mantenerse encendida. La calle está en silencio. A continuación, Fadi oye un zumbido y un siseo. Hay un joven de pie ante una de las columnas y está rociándola a base de bien con un aerosol. Arquea el brazo, haciendo que el espray suba y baje. Un zumbido más y tiene que hacerse con otro más.

Fadi cruza la calle, manteniéndose a una prudente distancia del

artista. La farola se apaga. Cuando vuelve a brillar, Fadi está justo debajo del resplandor amarillo. El pintor está directamente frente a él, agitando el espray, preparado para volver a emprenderla con la columna.

Incluso a la luz mortecina de la farola, Fadi reconoce al chaval que le robó las Wise de la tienda el otro día. El chico también lo ve. Baja el espray:

—Hola, tío grande.

Se quedan mirándose fijamente desde sus respectivos lados de la calle. Fadi observa el muro que el otro tiene detrás. Las ocho columnas están cubiertas de motivos abstractos en blanco y negro.

—Supongo que me has pillado. Primero robando y, ahora, grafiteando. —El chaval sonríe.— ¿Qué se le va a hacer? —Y hace ruido con la lata.— ¿Te vas a chivar?

—No es asunto mío lo que hagas en una calle abandonada.

—¿Una calle abandonada? Pero si esto es un enclave de gran importancia. —El chico menea la cabeza.— La ruta del autobús, tío. La única manera que tiene la gente de Smith con la Nueve de acceder al vecindario. No está abandonada. Es esencial.

—Solo si tratas de ir a otro sitio.

—¿Y qué pasa? ¿Acaso lo que ocurre entre el punto A y el punto B carece de importancia? Yo creí que querías a este barrio.

—Así es —le asegura Fadi—, pero esta parte en concreto no.

—Un momento —le dice el chico—. ¿Nunca has oído hablar del embellecimiento del barrio? —Agita el espray, añade un manchurrón de pintura y luego se para.— Seguro que no me has visto trabajando aquí hasta esta misma mañana. —Se pone la capucha de la sudadera, ocultando así los gurruños de pelo.— Amigo mío, llegas justo a tiempo. Vente conmigo.

Su cara delgada delata excitación. Sus labios finos y resecos se

estremecen. Hasta el blanco amarillento de sus ojos parece brillar con luz propia. Fadi no quiere decepcionarlo, así que lo sigue manzana abajo. El chaval abre la puerta de un edificio abandonado. Fadi se muestra dubitativo.

El chico saca una linterna:

—No hay nadie. Lo he comprobado. ¿Vienes?

Suben a la segunda planta y acceden a un pequeño apartamento. Fadi sigue al chaval hasta la ventana, que no es más que un marco vacío.

—Observa —le dice el chico mientras señala a la calle.

Fadi echa un vistazo. La fachada de la fábrica de golosinas está a oscuras y la intervención artística del muchacho apenas se ve.

—Bueno, ¿qué?

—No ves nada, ¿verdad?

—No. —Fadi se da la vuelta para largarse, pero el chico lo agarra del brazo.— Tengo que irme a trabajar.

—¿Y a qué viene tanta prisa? Tu esquina no se anima hasta las seis. No vas a ganar nada siendo tan puntual. —Mira manzana abajo, en dirección a la autovía.— Aguanta, que ahora empieza la cosa. —Y empuja a Fadi hacia la ventana de nuevo. El autobús ha girado la esquina y baja por la calle.— Observa.

Fadi mira por la ventana y se apoya en ella, con cuidado de no clavarse los clavos que sobresalen del marco. A medida que el bus se acerca, sus faros iluminan la primera de las columnas y el muro adquiere vida. La silueta de un chaval saltando en el aire, con una pierna proyectada hacia delante y la otra doblada hacia atrás: cada columna muestra su progresión mientras vuela cada vez más lejos. Es como esos libros de imágenes que imitan el movimiento, una perfecta imagen en acción que muestra al que salta cada vez más apartado del suelo. Hacia el final del edificio, el autobús se detiene antes de torcer por la esquina. Los faros se demoran en una enorme

firma: Hecho Polvo.

Fadi otea la autovía, esperando que aparezca otro autobús para poder volver a ver al saltador.

—Hecho Polvo —dice—. ¿Qué es Hecho Polvo?

—Hecho Polvo soy yo. En inglés, RunDown. Mis iniciales: Renton Davis. Y Hecho Polvo también es este sitio, este barrio. Está hecho polvo y me ha hecho polvo a mí.

Fadi mira por la ventana, tratando de que la pared vuelva a la vida.

—No está nada mal, ¿eh? —El chico achina los ojos, tratando de interpretar la expresión de Fadi.— Eso pensaba yo.

Fadi se hace con la linterna y la pasea sobre el muro. La obra pictórica de la columna parece fragmentada. Vuelve a mirar manzana abajo.

—Tío, ya sabes que el bus no vuelve a aparecer hasta dentro de media hora como mínimo.

Fadi echa un vistazo a su reloj. Dentro de media hora aún estará lo suficientemente oscuro como para poder ver al saltador de la pared.

—Te invito a desayunar.

—No te voy a decir que no —contesta Renton.

Echan a andar hacia los garitos de comida rápida abiertos las veinticuatro horas del día que hay bajo la autovía para hacerse con sendos bocadillos. Ren devora el suyo de camino hacia la salida del local, así que Fadi le pilla otros dos y el chaval se los zampa mientras vuelven a la calle Smith.

Esperan en el apartamentito, bebiendo café requemado. No tardan mucho en escuchar el gruñido artrítico del autobús. Aparecen los faros del vehículo bombardeando los edificios del final de la manzana. Fadi se asoma a la ventana. El saltador se lanza al vacío, pataleando hacia delante y hacia arriba, apartándose del suelo, transformando la calle con un relámpago de energía momentánea, redimiendo tanta desolación.

Mientras el bus se desvanece, dejando la calle a oscuras, Fadi casi espera oír el ruido del saltador al estrellarse contra el suelo. El cielo se está ablandando. Consulta el reloj. Llega tarde. Esta noche, cuando vuelva a casa, pillará este camino, observará a Renton embelleciendo el barrio.

Fadi se apresura para cruzar los bloques. Las torres se aclaran con las primeras luces. Unas cuantas señoras mayores empujan sus carritos de la compra por los patios hacia la calle Lorraine, donde se sentarán delante de la lavandería hasta que abra.

En Van Brunt, los puertorriqueños ya han abierto. Fadi llega ante su verja, reviviendo mentalmente la imagen del saltador, recordando la fluida ascensión del muchacho, la magia de sus movimientos mientras el bus lo devolvía a la vida. Hasta encontrarse tras el mostrador no se da cuenta de que le han vuelto a robar los periódicos.

10

¿Dónde está Cree? Desde que saltó del muelle detrás de ella, Val ha andado buscándolo. Lo necesita para llenar el hueco dejado por June, quiere que sea la persona que complete sus frases, que responda a sus mensajes intempestivos, que le dé la razón con sus tontas observaciones, que la haga sentir que no está perdida, sin ancla, colgada. Porque cuando abre la boca, descuelga el teléfono o entra en su correo electrónico para informar a June de un millón de cosas, necesita un momento para recordar que nadie va a contestarle.

Cuando se lanzó al agua, Val pensó que si aguantaba y aguantaba la respiración allí abajo, igual perdía el conocimiento y despertaba en la balsa junto a June, pero Cree la había sacado a la superficie y, besándola, la había distraído, había dejado de pensar siquiera un momento en su amiga desaparecida, insinuando así que igual él ocupaba su lugar. Y luego apareció el profesor de música, que la urgió a ganar la orilla, recordándole, tan solo por aparecer en el muelle, que ella había sobrevivido mientras June continuaba desaparecida. Y June tenía razón, Val es consciente de ello: Val es una cría que se echa a llorar en los brazos del señor Sprouse a la vista de todos.

Pero ahora tiene que encontrar a Cree. Por eso se inventa motivos para pasar el rato en el parque Coffey, a la ominosa sombra de las Casas de Red Hook. Se sienta en un banco, leyendo o, mejor dicho, aparentando leer. Ignora los berridos de los chicos que fuman canutos. Ignora la mirada de soslayo que le lanza Monique cuando pasa junto a ella con su colorida pandilla de chicas. En vez de eso, se concentra en invocar a Cree. Si Cree aparece en su busca —si deja de estar sola—, la gente la perdonará por lo que le sucedió a June. «Si le cae bien a Cree —si este la encuentra digna de afecto—,

será más la chica cuya amiga ha desaparecido que la chica que perdió a su amiga en el transcurso de una aventura infantil.»

Le parece ver a Cree en todas partes: en el colmado, en la parada del autobús, en el muelle. Se eterniza en el portal de su casa antes de entrar, diciéndose para convencerse a sí misma que Cree será el primero que pase por allí. De noche, se queda despierta hasta tarde, sentada en el alféizar con las piernas colgando y los talones tamborileando un ritmo con el que confía atraer a Cree hasta la calle Visitation.

El domingo siguiente a la vigilia, Val espera a la entrada de la iglesia. Mientras escucha cantar a Monique, observa las hileras de feligreses con trajes brillantes que se cimbrean y dan palmas: una ondulación de colores que parece el sol vespertino derramándose sobre el río. Pero cuando la gente sale a la calle, Cree no forma parte de aquella multitud.

Val ve a Monique recorrer el pasillo. ¿Sería mucho imaginar que pudieran volver a ser amigas, a chismorrear de noche en el parque Coffey, a chinchar a los chicos y dejar que estos las chincharan a ellas?

—¿Sigues esperando a que le cante algo a June? —dice Monique al pasar junto a ella—. Ya te dije que esas chorradas son especialidad de la madre de Cree.

—Estoy buscando a Cree, no a su madre —confiesa Val.

—¿Y tu padre lo sabe?

—No.

—Yo creía que siempre seguías las órdenes de papá.

—Pues igual no.

—¿Para qué buscas a Cree?

—Para nada. Solo quiero hablar con él —dice Val.

—¿Os habéis enrollado?

—No.

—El edificio que está más cerca de Lorraine. Sexta planta. La puerta está rota. —Monique se abanica con la mano.— ¿No te dan miedo las Casas? Seguro que nunca has puesto los pies allí.

Val no piensa reconocerlo, pero Monique está en lo cierto. Paulie les prohibió a Rita y a ella que jugaran en los patios, por no hablar de entrar en ningún edificio de los bloques. Él había crecido cerca de la ribera y había visto a los camellos de las Casas invadir sus calles hasta obligar a sus amigos y a su familia a mudarse. «Esa gente no tiene nada que ver con nosotros», le advertía a Val cada vez que esta mencionaba las Casas.

Los bloques son un laberinto. Val intenta aparentar soltura mientras busca el edificio con la puerta rota. Un par de gamberros con la cintura de los pantalones por debajo de las caderas empiezan a rondarla. «Igual tengo lo que andas buscando —le dice uno de ellos, llevándose la mano entre las rodillas para agarrarse la caída entrepierna de sus calzones—. ¿Has venido a pasar un buen ratito?»

Desde un banco situado en medio del patio, dos viejos farfullan comentarios despectivos hacia el chaval, amargándole así la diversión. Sale corriendo con su colega. Val mira a su alrededor, deseando que Cree aparezca en cada umbral y le ahorre el trabajo de seguir buscándolo.

Encuentra el edificio. Como le había asegurado Monique, la puerta está entornada. Desde el exterior, Val puede oler el acre hedor estival de la basura que se pudre en el recibidor. Se nota las palmas de las manos húmedas y pegajosas. Le cae el sudor por el cuello. Los chicos que antes se han burlado de ella ahora la observan con los brazos cruzados, esperando a ver si se atreve a entrar.

La escalera está a oscuras. Los pisos, sin numerar. Val se pega a una pared, dejando espacio para que pase una mujer con un carrito de bebé que cruje al rodar. El bebé llora cada vez que el cochecito golpea contra un peldaño, unos hipidos cortados que rebotan contra

el cemento.

Val cruza una puerta cortafuegos que va a dar al pasillo de la sexta planta. Los fluorescentes chirrían y parpadean como si estuviesen cazando moscas. Un hombre sale tambaleándose de un apartamento, maldiciendo todo antes de que la puerta se cierre de un portazo a su espalda.

A mitad del pasillo hay una puerta con el nombre JAMES bajo el timbre y una inscripción que reza CONEXIONES ESPIRITUALES A 10 DÓLARES. La mano de Val no alcanza el timbre. Se apoya contra la pared de delante. Se seca las palmas de las manos.

Se abre la puerta y una mujer grandullona con una larga falda de color púrpura asoma la cabeza al pasillo.

—¿Y tú qué haces ahí quieta? —le dice a Val, extendiendo una mano—. Pasa, que tengo el ventilador en marcha.

Val la sigue. Tiene la misma cara redonda que Cree, los mismos rasgos anchos y suaves. El apartamento está limpio y reluciente. Huele a lavanda. Hay cuadros de flores colgados en las paredes de la limpísima cocina. La mesita está cubierta por un mantel de plástico amarillo.

—Soy Gloria —se presenta la mujer, que sigue sosteniendo la mano de Val. Le corre una suave electricidad por la punta de los dedos al presionar la palma de la muchacha, recorriendo sus líneas de la vida y del amor, como si leyera en Braille.

—Yo soy…

—Ya sé quién eres. La última vez que te vi, tenías nueve años. —Gloria cubre la mano de Val con la suya, que es suave aunque con profundas grietas.

«Si la suelta, Cree estará en casa.» Gloria no la suelta. La agarra con fuerza.

—¿Esa hermana tuya sigue tan rebelde?

—Supongo —responde Val—. Estoy buscando…

—No hace falta que me lo digas —la interrumpe Gloria mientras le da unas palmaditas en la mejilla con la mano libre. Se lleva a Val hasta la mesa de la cocina—. Siéntate, cariño. No hay por qué ponerse nerviosa. No muerdo.

Pese al ventilador, en aquella cocina hace mucho calor. A Val se le pega la cara posterior de los muslos al cojín de plástico de la silla.

—Podría instalar el aire acondicionado, pero alteraría mi percepción —dice Gloria.

Val estira el cuello para ver si Cree está en el salón.

—¿Agua? ¿Limonada?

—Agua, gracias. —Val saca las servilletas de papel del servilletero y las pone rectas antes de devolverlo a su lugar.

Gloria llena dos vasos de agua y los coloca sobre la mesa. Vuelve al fregadero y se lava las manos. Luego se sienta en la silla de enfrente de Val.

—¿Estás preparada? —le pregunta—. Dame las manos. —Y extiende las suyas antes de cerrar los ojos.

Val se muestra dubitativa:

—¿Cree está aquí?

Gloria abre los ojos:

—¿Cree? No, cariño, no nos va a interrumpir. Y ahora dame las manos, a ver si puedo hablar con tu amiga.

—¿Mi amiga?

—No me digas cómo se llama. —Gloria respira hondo y alza la vista al techo.— Ya me acuerdo. June. Intentaremos hablar con June. —Agita los dedos.

«Si quieres comunicarte con los muertos, habla con la madre de Cree.»

Antes de que Val pueda resistirse a ello, Gloria le agarra las manos y se las aprieta. Una corriente de escasos vatios pasa entre ellas. Val no cierra los ojos. Se fija en la lista de la compra enganchada al

frigorífico con un imán de color naranja, en la cesta de alambre con fruta que cuelga sobre el fregadero, en una taza de café con restos de carmín que espera a ser fregada. Se aferra a todo lo banal para defenderse de lo extraordinario.

Gloria la aprieta con más fuerza. La luz no ha cambiado, pero hay sombras sobre su rostro, unas sombras que convierten sus ojos en cavernas. Aunque Gloria está muy cerca de ella, Val sabe que le costaría mucho tocarla.

A pesar de todos los rituales que se ha inventado y ha cumplido para conseguir que June vuelva a casa, Val no quiere que su amiga se manifieste allí. No quiere oír su voz saliendo de la boca de la madre de Cree. Hasta este momento, Val siempre pensó en el regreso de June de manera abstracta, como si se tratara de una aparición milagrosa, de una alegre celebración, pero, la verdad, ¿qué diría June? ¿A quién acusaría de qué?

«Es culpa tuya.»

El rostro de Gloria se contrae y se relaja. Se le separan los labios. Val empieza a ponerse tensa. No quiere oír lo que Gloria está a punto de decir. Arranca sus manos de las de su anfitriona y se tapa con ellas las orejas.

—¡No! —El grito de Val genera un eco metálico entre los platos y ollas que se secan en la encimera.

Gloria abre los ojos de golpe. Desaparecen las sombras de su rostro.

—Lo siento —dice—. No la encuentro.

—Vale —dice Val—. No pasa nada. —Se lleva la mano a la boca y suelta el aire contra la palma, intentando recuperar el resuello.

Gloria se inclina sobre la mesa:

—Tú no crees que esté muerta. Para que esto funcione, tienes que creer que está muerta. ¿No lo crees? ¿Aún tienes esperanzas?

—¿Está muerta?

—Eso no me corresponde decirlo a mí. Si tú crees que está muerta, yo puedo intentar contactar con ella, pero solo si eso es lo que tú crees. La cosa tiene que empezar por ti. A veces, nos agarramos a algo durante demasiado tiempo. Y a veces hay un buen motivo para ello. ¿Sabes cuál es el tuyo?

—Yo solo quiero saber dónde está —confiesa Val—. Y quiero que vuelva.

—La encontrarás, ya sea con mi ayuda o con la de otra persona. Solo tienes que decidir cómo y dónde buscar. —Gloria se cambia a una silla más cercana a Val y la coge de la mano nuevamente. Esta vez, no hay perspicacia ni exigencia en el contacto.— Nena, hay cientos de personas a nuestro alrededor a las que no vemos. De ti depende abrir los ojos. Tienes que elegir si es aquí donde quieres encontrar a June. —Gloria le aprieta un poquito la mano.

—¿Así que me toca a mí decidir si está muerta?

—Hay una diferencia entre los muertos y los olvidados.

Val se pone de pie. Echa la mano al bolsillo en busca de dinero, pero Gloria le hace un gesto con la mano para que se olvide de ello.

Caminan hacia la puerta. Gloria mantiene un brazo sobre los hombros de Val. En el umbral, le da un abrazo cálido y suave. Val cierra los ojos. Con la cara enterrada en el hombro de Gloria, vuelve a ver la balsa y el río, ese trozo de goma rosa que sigue el pulso del agua. No ve a June.

—Le diré a Cree que te has pasado por casa —le promete Gloria justo antes de cerrar la puerta.

Así es cómo se vuelve a casa. Así es cómo hay que buscar a June: siguiendo el mismo camino que os llevó hasta el agua aquella noche. Te ves desde arriba: tú eres como un personaje que atraviesa un laberinto de videojuego. En el parque Coffey, giras a la izquierda. Recorres la calle Lorraine hasta el solar abandonado donde está la

barca. Buscas a Cree entre los matojos. Sigues bajando hacia el muelle de la calle Beard. Te mojas los dedos de los pies en el agua, en el sitio exacto en el que June y tú echasteis la balsa a bogar. Si puedes oír hablar al agua, ella te dirá dónde encontrar a June. Escucha a June. El agua no tiene voz. Su latido, el que se oye de noche desde la balsa, es silencioso.

Vas hacia casa por las rocas, manteniendo la vista fija en el agua, siguiendo el mismo trayecto que la balsa, mirando bajo la superficie. Vas recogiendo basura al pasar. «Si recoges basura, si limpias las rocas, June volverá a casa.»

Val sigue esas indicaciones que le pasan por la cabeza y deja que la guíen hasta un espigón, lo más cerca posible del sitio en que vio a June por última vez. El barro sulfúrico que hay entre las rocas es grisáceo, iridiscente a causa de una película aceitosa.

Val se quita la bolsa del hombro. Deja caer su contenido sobre las rocas: un juego de pasadores que las dos compartieron en secundaria, su mitad de un collar de amistad eterna, el aro de una maceta de unas manualidades de cuarto y un montón más de objetos sagrados que ha transformado en un talismán propiciador del retorno de June. Uno a uno, los va arrojando al agua. Observa cómo unos se hunden mientras otros son arrastrados por la corriente río adentro, saltando y tambaleándose en la superficie. Si esas cosas significan algo para ella, June volverá.

Se sienta en las piedras y clava el mentón en el pecho. Junta las manos y se las pone en el regazo. Y luego le reza a Dios o al río para que liberen a June, para que la vomiten o la escupan y la envíen para casa.

Empezar décimo es como volver a ser la nueva y esta vez June no está ahí para echarle una mano. Y esto es lo que Val escucha su primera semana de clases: que la violó un desconocido de las Casas

que la dejó medio muerta bajo el muelle. Que June y ella iban hasta arriba de éxtasis cuando la primera se cayó al agua y se ahogó. Que estaban haciendo el ganso junto al agua cuando June fue secuestrada.

Val no contradice estas historias absurdas, permite a sus compañeras que las propaguen, a ver si así se olvidan cuanto antes de la desaparición de June y se percatan de su presencia. Y es que Val no puede imaginar lo que es atravesar los años de instituto sin una amiga a la que susurrarle en el patio, a la que pasarle notitas en clase. Y, por ello, en vez de negar todas esas mentiras y especulaciones, las deja pasar.

En clase, le permite a su cerebro transitar de June a Cree, confiando en que él la redimirá, en que su amistad le traerá el perdón. «Si a él le cae bien —si le cae bien a una persona—, podrá empezar a perdonarse por lo de June.»

Durante la segunda semana de clase, en plena sesión de geometría, Val lo ve: una figura encapuchada que camina bajo los andamios de la escuela pública abandonada que están convirtiendo en apartamentos. Tiene el rostro oscurecido por la capucha, pero ella reconoce el quiebro de Cree, sus andares de gánster discreto. Mira el reloj. Faltan veinte minutos.

El profesor está trazando una línea en medio del rombo. Se pone a escribir una fórmula en la pizarra. Val ve a Cree caminando hasta la esquina y dando media vuelta. Luego lo ve regresar a la esquina y desaparecer. Tiene la impresión de que el corazón le palpita contra una piedra. Pasa un minuto hasta que él vuelve, apareciendo como si caminara sobre gelatina. Se detiene un instante y luego gira hacia la esquina.

Val agarra la mochila. Sus pasos resuenan en el pasillo. La mochila golpea las primeras taquillas cuando pilla una curva muy cerra-da. Se salta los últimos cuatro peldaños y aterriza en el recibidor. Se le

doblan las rodillas bajo el peso del salto. El impacto le llega hasta el pecho. A continuación, cruza la puerta de salida.

Lo ve doblando la esquina, yendo hacia donde está ella.

—Cree —lo llama Val.

Y él se quita la capucha de la sudadera. Val necesita un momento para ver que no es Cree, sino un chaval de color ceniciento con una gorra de béisbol.

—Te equivocas de hombre. —El chico se quita la gorra, dejando al descubierto unos gurruños retorcidos de pelo negro. Tiene los labios resquebrajados y los pómulos huecos. Val puede intuir la forma de su calavera.

—Creí que eras… Da igual. —Val mira por encima del hombro para ver si alguien la observa desde la ventana del aula.— Debo irme.

—¿Tienes que volver a clase?

Val puede sentir el ruido lejano en las aulas, atrapado en ellas como si fuesen contenedores de mercancías. Después de geometría, historia.

—No tengo por qué.

—Está muy bien adquirir una educación.

—¿Tú nunca hiciste novillos? —El aire está limpio y es de una frescura ilícita. La calle está tranquila, como si respetara las clases que se desarrollan en la acera de enfrente.

—Lo mío es distinto.

—¿Y a qué se debe?

—Yo hice novillos hasta que no pude seguir haciéndolos. —El chaval se vuelve a poner la gorra.— Miras demasiado por la ventana. El profe está en la pizarra.

—¿Me has estado observando?

—Y tú me has observado a mí. ¿Qué diferencia hay?

—Yo solo te miraba porque creía que eras otro.

—Pues yo sé quién eres tú. –Saca un cigarrillo machacado de un

arrugado paquete blando que lleva en el bolsillo de la sudadera.— Eres la chica que salió en la balsa. Un pedazo de aventura para una cría como tú.

—Tengo casi dieciséis.

—Da igual. No deberías ir por ahí culpando a los demás de tu propia estupidez.

—¿Y a quién le echo yo la culpa? Si todo el mundo me culpa a mí.

—¿Te chivas del único chaval negro que conoces? —El chico se deshace de la colilla.— Cuidado con lo que le cuentas a la poli. Y más si no es verdad.

—No sé de qué estás hablando.

El chico se frota los labios y la barbilla:

—Ya le causaste bastantes problemas a Cree. No hace falta que te tires toda la tarde mirando por la ventana de la clase para ver si lo encuentras.

—¿Conoces a Cree?

—Pues sí. Y sé que lo has estado buscando, pero yo me preocupo del chaval. Un tipo considerado como él no necesita a gente como tú para quitarle las oportunidades y arruinarle la reputación. —Sonríe y se le abren las grietas de los labios hasta que Val teme que le empiecen a sangrar.

—Yo no le he hecho nada. Cree y yo… Nosotros… Bueno, da igual.

—Exacto. Da igual. Es mejor que Cree te dé igual. —Se da la vuelta y se aleja de St. Bernardette en dirección a Red Hook.— Y ahora vuelve a clase.

Val consulta su reloj. Faltan unos minutos para la quinta hora. Debe entrar antes de que suene la campana y algún profesor la pille en la puerta del edificio antes de la hora de salida. Está a punto de enfilar los escalones del colegio cuando se abren las puertas y aparece el señor Sprouse. Val se queda tiesa, con un pie en el primer peldaño y el otro en la acera.

El profesor de música va vestido de negro y carga con un castigado macuto al hombro. June lo habría acusado de esforzarse mucho por ser guay en vez de limitarse a serlo. Si no fuese por las ojeras, parecería mucho más joven, pero esa expresión distraída y atormentada lo envejece y arruina los marcados pómulos y los carnosos labios.

Val baja la cara. Se le antoja imposible haber llorado en sus brazos, en bragas, y haberlo dejado abrazar su cuerpo prácticamente desnudo.

Pero ahora solo piensa en esconderse. Se siente expuesta, atrapada fuera del aula durante la clase. Se pregunta si el señor Sprouse llegó a ver al chico con el que hablaba y si cometió el mismo error que ella, tomarlo por la persona con la que la había visto montándoselo en la bahía. Puede que él piense que Val se echó al agua para un morreo rápido o algo peor.

—Lo siento —dice Val—. Una urgencia.

Ya está pensando en qué decirle a la directora cuando la lleven a su despacho. Se pregunta hasta cuándo podrá recurrir a la desaparición de June para justificar su conducta.

El señor Sprouse se muestra sorprendido y bienhumorado a la vez. Sonríe y menea la cabeza. Luego le hace un gesto con el brazo para que se aleje del colegio. Se lleva un dedo a los labios y le dice: «Vete, vete».

Val duda, pues no tiene muy claro si seguir sus instrucciones o no.

—Vete —repite el señor Sprouse, señalando en dirección a Red Hook.

A media manzana, Val mira hacia atrás para comprobar si la sigue alguien de St. Bernardette, pero no es así.

Val se ha convertido en una curiosidad del colegio, alguien a quien acercarse alguna vez un poco y con quien mantener siempre cierta

distancia. Se sienta en silencio, esperando que las demás chicas se olviden de por qué está allí con ellas y se limiten a aceptar su presencia. Hace lo que puede por olvidar por qué come en una mesa de gente a la que apenas conoce en vez de hacerlo con June. Se esfuerza lo indecible por no mencionar jamás a su mejor amiga, distanciándose así de su desaparición y evitando los recuerdos del papel que jugó en la misma. El problema es que, entre sus compañeras más sofisticadas, Val necesita a June más que nunca. Sin June, teme hacer lo que no debe, dejar al descubierto su inexperiencia y acabar en el ostracismo.

Dos alumnos de un curso superior invitan a Val a una fiesta que se celebrará en casa de un compañero suyo, una de esas fiestas por las que June habría matado por acudir, una fiesta a la que invitan a Val tan solo porque June ha desaparecido. Se imagina perfectamente a June chinchándola toda la semana, pensando en el atuendo que debe lucir, soñando con los chicos que pueden aparecer. «Si va a la fiesta y hace exactamente lo que June hubiese querido que hiciera, su amiga volverá.»

Val besa el espejo, arregla las toallas del baño, coloca de manera impecable los jaboncitos para invitados. Besa de nuevo el espejo. «Si besa el espejo, si acude a la fiesta, si les cae bien a las chicas del clase… Si les cae bien a las chicas de clase, June volverá a casa.»

Sus padres se muestran aliviados cuando les dice que va a salir. Jo la felicita por el atuendo y la rocía de perfume mientras va hacia la puerta. Paulie le pasa diez dólares para que tome un taxi de regreso a casa. «A las doce —le dice mientras le da un beso en la frente—. A las doce y no se hable más.»

La fiesta es en Brooklyn Heights, en la mejor manzana, donde las casas dan al paseo y tienen vistas al río y a Manhattan. Esa casa de seis plantas con ventanales y el río y la ciudad, a cada cual más rutilante, en el jardín trasero, pertenece a los padres de Anna

DeSimone, una chica que fue al cole en las Heights hasta que empezó a ir a los bares con sus profesores y sus padres la enviaron a St. Bernardette. Anna va a la escuela en transporte privado, un Lincoln negro con las ventanillas ahumadas.

La puerta principal se mantiene abierta con un ladrillo. Val está de pie en un vestíbulo, una estancia que es más grande que el baño de sus padres, escuchando el ruido de la fiesta que tiene lugar tras un segundo par de puertas. A través del cristal esmerilado puede ver figuras distorsionadas que recorren el pasillo y suben y bajan las escaleras.

Hay un grupito refugiado en la cocina, sentados en los mostradores de mármol y clavando los tacones en la isla del centro. Las encimeras están trufadas de vasos de plástico rojo y azul medio llenos de unas bebidas marrones y rosas con mucha cáscara de lima y de limón.

Hay dos chicas sentadas en la barandilla de la terraza trasera, fumando y meneando el culo sobre un barril lleno de plantas. Un chico aparece junto a una de ellas y le rodea la cintura con los brazos. La echa para atrás en la barandilla y el largo cabello le queda colgando sobre el jardín, a siete metros de distancia. La inclina un poco más y el trasero se le desliza de la barandilla hasta que solo se sostiene por las piernas. La muchacha grita y el chico la atrae hacia él.

«Así se muere la gente», piensa Val. Y mañana nadie la tomará con esos chicos por coquetear con el desastre.

Val recorre la planta baja. Hay dos habitaciones que se comunican y ninguna transmite mucha vida. Las paredes son de un amarillo cremoso y de ellas cuelgan varios cuadros, cada uno con su propia luz.

No le suena la mayoría de los rostros. Las chicas lucen unos atuendos discretamente caros: faldas de talle alto con motivos

florales, sandalias romanas doradas, largos jerséis de cachemira. Otras van vestidas como versiones de diseño de las mujeres que se reúnen en el exterior del Dockyard con sus botas de vaquero y sus holgadas camisas de algodón. Los chicos llevan pantalones chinos y camisas de franela. El alcohol lo sacan de una barra de madera oscura.

Las chicas del Bernardette están en el salón de delante. Dejan las copas sobre posavasos de ganchillo. Con sus tejanos, sus camisetas de tirantes y sus rebecas en tonos ocres, parecen alumnas de colegio católico, que es lo que son. Val se apoya en el brazo del sofá. «Si las chicas de su clase le dirigen la palabra, June volverá.»

Anna DeSimone circula por ahí con un vestidito dorado y descalza. Su piel brilla con una mezcla de sudor y maquillaje. Se está bebiendo un Martini del tamaño de un jarroncito y sostiene un puñado de billetes, la mayoría de veinte, en la otra mano:

—Estoy haciendo una colecta. —Y extiende la mano con el dinero hacia Val.— No me digas que no fumas.

«Si te portas como si estuvieras en tu salsa. Si consigues caerles bien…» Val saca un billete de cinco del bolsillo trasero.

—Yo diría que no fumas mucho —dice Anna—. De todos modos, que Dios te bendiga. —E intenta hacer la señal de la cruz con la copa.

Cuando suena el timbre, Anna resbala sobre el parqué y dos chicos le echan una mano. Se oye una discusión en el pasillo.

El grupo del recibidor aparece en el salón. Anna recoge el dinero y se vuelve hacia un lado. Dos chicos intentan quitárselo para contarlo. Detrás de ellos hay un tipo algo siniestro con pantalones rojos de baloncesto y un jersey enorme y una gorra a juego. Val lo reconoce y se pega a la pared para desaparecer.

Mikey el Irlandés es el camello cutre de la zona del puerto, un traficante de medio pelo que vende hierba por calderilla y no hace

nada que le pueda causar problemas. Es el hijo de un inspector retirado, lo cual le ahorra bastantes contratiempos. Solía salir con Rita en secundaria, pero, cuando empezó a pasar cada vez más tiempo en las Casas, los Marino acabaron con la relación.

—Tomaos vuestro tiempo —dice Mikey.

Mikey luce la misma pelusa a la que él llamaba barba cuando Rita y él eran íntimos. Le sirve para ocultar los granos que no lo han abandonado con la edad. Está de pie, con la cabeza ladeada, la gorra inclinada y los hombros hundidos. Alguien cambia la música y pasa al hip hop. Los chavales le quitan el dinero a Anna y le dan la espalda a Mikey mientras lo cuentan. Mantienen los hombros en alto.

—Tomaos vuestro tiempo —repite Mikey.

Val sabe que el acento es impostado, para aparentar peligrosidad, como si no siguiera viviendo con sus padres en una de las mejores calles de Red Hook.

—Trescientos —dice uno de los chicos pasándole el dinero.

—Ahora me toca contar a mí —dice Mikey mientras se hace con los billetes y se pone a contarlos con el pulgar. Se los guarda y luego echa mano al bolsillo y saca tres largas bolsas de plástico hermético con canutos de hierba tan bien enrollada y tan apretada que parecen puros habanos.

Uno de los chicos se mete la hierba en el bolsillo y luego mira por encima del hombro como si estuviese en mitad de la calle y no sobre una alfombra persa. Mikey se ríe y menea la cabeza. Su mirada se cruza con la de Val y esta ve cómo la estudia atentamente.

El chico de la hierba desvía la mirada de Mikey al suelo y se balancea sobre los pies. Se mete las manos en los bolsillos:

—Tío, ¿no nos puedes conseguir nada más fuerte?

A Val le da vergüenza ese chaval con sus pantalones holgados y sus Nike de doscientos dólares haciéndose el machito. Sabe que Mikey

detesta las drogas duras y que nunca se acercaría a ellas.

Mikey enarca las cejas y le sonríe a Val antes de echar un vistazo a los muchachos. Finalmente, frunce los labios y mira hacia otro lado:

—Sí, claro, os podría conseguir unos viales de algo.

El chico lo mira fijamente, sin acabar de entenderlo del todo.

—Crack, tío. ¿Eso es lo que quieres? —Mikey hace grandes esfuerzos para no echarse a reír. Y luego mira a Val.— Valerie, aquí el chaval se cree que me forro vendiendo crack. —Y exhala y se lame los labios.— Como si yo os fuese a vender crack a vosotros, niñatos. Como si yo vendiese esa mierda. A ver si me los metes en cintura, Val. —Mikey se vuelve hacia los chicos.— ¿Puedo hacer algo más por ustedes, caballeros?

El chico de la hierba bailotea sin moverse del sitio y luego se echa atrás tan rápido que casi se cae encima de un amigo:

—No. No, gracias.

Anna se vuelve hacia Val:

—¿Conoces al camello?

—Era amigo de mi hermana.

—Conoces al camello —sentencia Anna antes de alejarse de allí.

Dos chicas de St. Bernardette se deslizan hacia el extremo del sofá para ver mejor a Val.

El chico de la hierba se acerca a su grupo:

—Tu amigo es una sabandija —le dice a Val.

—No es mi amigo.

—Bueno, ¿y tú dónde vives?

La fiesta se traslada arriba. Hay algunos chavales acampados en los dormitorios o en los vestidores que conectan las habitaciones. Algunos se han tumbado a la bartola en la terraza de la tercera planta. Unos cuantos desaparecen en los enormes cuartos de baño y cierran la puerta con el pestillo.

Val se aventura hasta la tercera planta para unirse a un grupo de

chavales que ocupan el dormitorio principal, sentados en las ventanas con las piernas colgando sobre el jardín y el río. Se están fumando un porro y se lo pasan a Val, que lo acepta.

Durante un rato, todo va bien y Val es capaz de entrar y salir de la conversación. Una de las chicas le hace sitio en el antepecho. El aire es fresco y le recuerda el olor de las manzanas. Extiende la mano hacia la silueta que dibujan los edificios que parecen bailar y mueve los dedos, bloqueando así las luces de los rascacielos de uno en uno.

Entra un chico en la habitación y se queda enganchado a la espalda de Val. Las chicas están sentadas muy juntas. Están casi encima de ella. Le gustaría que se apartaran, que se callaran. Le gustaría que se callase todo el mundo.

Val se desliza del antepecho y se interna en la habitación. Se tumba en la mullida alfombra. Cada fibra es del grosor de un ciempiés. Extiende los brazos cual ángel de la nieve y clava los dedos en lo más profundo de la alfombra, agarrándose fuerte, como si quisiera anclarse allí.

Cierra los ojos. El interior de cada párpado es como la pantalla de un cine. La película va a todo gas, como si alguien hubiese pulsado el *fast forward* de un vídeo, y las imágenes se hacen borrosas. Abre los ojos, pero la película se retira a su visión periférica, corriendo que se las pela, permitiendo apenas atisbarla. Vuelve a cerrar los ojos, se suelta de la alfombra y se cubre los párpados con las manos, pero así solo consigue que la película avance más rápido y se le acerque más. Val siente que cae atravesando la alfombra. Intenta tocar el suelo, agarrándose a la baldosa.

El grupito de la ventana está de pie encima de ella, formando un semicírculo. Son altísimos, parecen recién salidos de la Casa de la Risa. Sus rostros retroceden. Aunque parecen estar muy lejos, sus voces retumban en la cabeza de Val.

—Callaos —dice esta, incapaz de escuchar su propia voz sobre las

demás.

—¿Por qué chilla?

—Tío, se le ha ido la olla.

Las cabezas congregadas por encima de Val se mueven como las cuentas de un caleidoscopio. Levanta un brazo para taparse los ojos.

—Dejad de moveros —dice—. Por favor.

—Yo no me he movido —asegura una chica—. ¿Alguien se ha movido?

Y, a continuación, toda la gente cambia de sitio, rotando como si jugaran a las sillas.

—Basta —suplica Val.

—Que alguien la haga callar. ¡Menudos gritos!

Val quiere tener a la gente cerca, pero no tanto. Quiere que alguien le diga que todo va a ir bien, pero no quiere oír la voz de nadie.

Se pone de pie, pero se mantiene doblada sobre sí misma mientras se arrastra hacia el baño. Se va apoyando en la cama y en el tocador hasta abrir la puerta y resbalar sobre las frías baldosas.

—Yo no pienso limpiar la vomitona —dice alguien cuando la ve cerrar la puerta.

El cuarto de baño es todo un alivio. Val pega la mejilla al suelo, cierra los ojos e intenta no pensar en nada, pero ahora hay alguien dándole al pomo de la puerta, tirando de él, dando porrazos.

—Tómate tu tiempo —dice una voz.

Val se levanta del suelo. Se sienta en el borde de la bañera de mármol y se lleva las manos a la cabeza. Golpes en la puerta: un puñetazo, una mano abierta, un hombro.

—¡Venga!

Val se incorpora. Se apoya con los brazos en el lavabo. El cuarto de baño da vueltas. No se ve el suelo. Abre el grifo y se moja la cara, salpicándose el pelo. Alguien aporrea la puerta.

La única luz del baño es el resplandor anaranjado de una lamparita

de noche enchufada junto al lavabo.

Val levanta la vista de la pila y la clava en el espejo. Su reflejo es una sombra oscura sobre un cristal igual de oscuro. Se inclina hacia delante y luego retrocede, intentando dar con una distancia que no le provoque náuseas.

«La has cagado», dice June.

Es June la que aparece en el espejo, empapada, chorreando agua del río. Tiene los ojos hundidos y el pelo enganchado al cráneo. Su rostro es del color del mármol sucio.

«Eres un desastre», dice June. Y luego desaparece y Val se queda mirando su propio rostro.

—¡Vuelve! —clama Val—. Vuelve —repite mientras alza la mano y golpea con ella el cristal, viendo cómo su propio reflejo se fragmenta y distorsiona.

Le cae sangre por el brazo. Se tumba sobre las baldosas. Alguien ha abierto la puerta.

—Dejadla en paz.

Val no tiene ni idea de cuánto tiempo pasa antes de que se vuelva a abrir la puerta y un hombre alto la ponga de pie y la abrace. Una vez en el dormitorio principal, se da cuenta de que es Mikey el Irlandés, que echa al grupo de adolescentes, silenciándolos con una especie de mueca de gánster, y protege el rostro de Val de los juerguistas mientras se la lleva escaleras abajo.

11

Cree despierta con los auriculares al cuello y la música muy baja. Levanta la cortina azul deshilachada que cubre la ventana junto a la cama. La roña incrustada en el exterior del cristal hace que hasta los días más luminosos del verano parezcan nublados.

Su madre ya está en el banco del patio. Gloria mantiene una postura recta, con los hombros bajos y las rodillas muy juntas. Viste el uniforme de enfermera, blanco y ceñido, y calza un par de zapatos buenos que se compró para caminar. Sobre los hombros luce un jersey amarillo brillante. Sostiene una taza de café sobre la que va soplando y expandiendo así el vapor. Por la mañana no perdió el tiempo. Se fue directa al banco nada más ducharse y vestirse, después de beberse un café. Cree vuelve a ponerse los auriculares, sube el volumen de la música y acalla así los ruidos de esos bloques que vuelven a la vida.

Al cabo de una hora, Gloria sigue sentada en su banco. La taza de café está en el suelo. Gloria está de lado, con un brazo sobre el respaldo, dirigiéndose a alguien que debería hallarse en idéntica posición.

Dos chavales sin la menor prisa por llegar a la primera clase pasan junto al banco. Señalan a Gloria, chasqueando los dedos para enfatizar sus carcajadas. Se doblan sobre sí mismos, exageran sus risas y vuelven a señalar y a chasquear los dedos. Cree ya sabe qué están diciendo esos críos. «La loca no dice más que chorradas. Le da igual que la vean hecha un asco a plena luz del día. Aunque le claves un palo, la vieja ni se mueve… Como si estuviese en un puto trance.»

Son demasiado jóvenes para recordar lo ocurrido en ese banco, cómo un par de críos de su edad mataron al padre de Cree en pleno día sin ningún motivo: una mera consecuencia de la disparatada

violencia del mundo de la droga. Esos chavales son demasiado jóvenes para recordar cómo se vivía antes de que matasen a Marcus, aquellos años en que tenías que parapetarte tras el sofá mientras sonaban disparos y esquivar las balas perdidas que acababan incrustadas en las plantas inferiores de los bloques. Se perdieron la época en que su barrio era la capital nacional del crack.

Esos chavales lo tienen fácil. No deben preocuparse por las bandas ni por los atracos. No deben estar al día de quién controla ese banco o esa esquina. Se siguen vendiendo muchas drogas en las Casas y en las calles, pero ese estilo de vida ya no impera en Red Hook.

O sea, que los viejos fantasmas del barrio ya no significan nada para ellos. Cree no culpa a los chavales por burlarse de su madre. Gloria pasa demasiado tiempo en ese banco. Pero supone que sus madres figuran entre las mujeres que escalan las cinco plantas para que Gloria las ayude a comunicarse con sus propios muertos.

Cree se quita los auriculares y va hacia la cocina. Hay una maleta abierta entre la cocina y el salón. Un montón de tops de lentejuelas, vaqueros ceñidos, sandalias doradas, pijamas rosas, sujetadores de fantasía y tangas diminutos se extiende entre ambos espacios. Suena música de baile en la radio. A Cree le parece oír el ruido de la ducha en el baño. Baja la música. Se abre la puerta del lavabo.

—Vuelve a subir el volumen —le dice su tía Celia—. Súbelo. No me hagas salir en pelotas para obligarte a hacerlo.

Cree sube el volumen. Al cabo de unos minutos, su tía aparece en la cocina envuelta en una toalla y con otra en la cabeza. Se está frotando una crema rosada en los codos. Huele de un modo que a Cree le recuerda un ambientador.

—¿Te has peleado con Ray? —pregunta.

—¿Tú crees que es una hora razonable para levantarse? —Celia se sienta en una de las sillas de plástico de la cocina. Se seca el agua que le ha caído en la frente.

A diferencia de su hermana Gloria, que ha ido engordando con los años, Celia sigue siendo muy delgada, aunque con las curvas adecuadas en los lugares precisos. Cree debe reconocer que es una versión más sexi de su hija, Monique. Tiene unos pómulos altos y relucientes y unos ojos grandes con matices dorados. Sus labios son de un color marrón rosado tan exótico que a Cree le hacen pensar en cerezas cubiertas de chocolate.

—Llevo rato despierto, pero sin levantarme. Y aún recuerdo la época en que tú no te levantabas antes de las doce.

—Tú eras muy pequeño entonces.

Cree pasa por encima del montón de ropa:

—¿Va a ser una visita larga?

Celia se queda mirándolo en plan «no sabes lo que dices», bajando la barbilla hasta rozar el cuello, achinando los ojos y frunciendo los labios:

—No hace falta que te diga lo que va a pasar como Ray se me acerque.

—Te doy una semana —dice Cree.

—¿Y tú qué sabes? —Celia se levanta de la mesa, se pone a buscar unas cosas en la maleta y se mete en el cuarto de Gloria para cambiarse.

Celia y Ray mantienen una relación que fluctúa entre la brisa y el tornado. Llevan años a la greña: unas broncas tremendas y apasionadas que duran unos cuantos días, hasta que se resuelven solas con unos arrebatos de lujuria que se oyen en todas las Casas. Ray y Celia se liaron muy jóvenes y Monique nació antes de que fueran conscientes de haber sido padres.

Incluso después de que naciera Monique, Celia siguió siendo la abeja reina de las Casas, la chica en la que todo el mundo se fijaba. Camisetas recortadas, vaqueros en los que parecía que había que entrar con sumo esfuerzo, pendientes que te podían echar la puerta

abajo. Se alejaba del barrio mucho más que nadie. Siempre había coches veloces esperando para llevársela a clubs de Brighton Beach o Queens. Celia solía acompañar a Monique y a Cree del colegio a casa entre un guirigay de silbidos y requiebros.

No tendría más de veinte años cuando nació Monique y daba la impresión de que seguiría siendo de traca mucho después de ser madre, pero cuando mataron a su cuñado, se le metió en la cabeza convertirse en funcionario de prisiones, como Marcus. El cargo le va a Celia, pues le ofrece una buena oportunidad de desplegar esa actitud suya de a-mí-no-me-toques-los-huevos que Cree supone que procede de toda una vida llamando la atención por la calle sin pretenderlo.

—¿Monique sabe que estás aquí? —le pregunta a su tía.

—Prefirió quedarse en casa. Ahora es la niña de los ojos de su papá.

—¿Y has hablado con mi madre?

—Me la he cruzado al venir. ¿Sigue ahí fuera?

Cree mira por la ventana.

—Deberías arrancar ese banco y sacarlo de las Casas —le dice Celia —. Quizá Marcus necesite otro entorno.

—Mamá no piensa mudarse.

—A todos nos gusta refugiarnos en el pasado, pero no hay por qué quedarse atrapado en él.

—Eso dice la abuela.

—¿Has ido a ver a Lucy? —Celia deja caer una bolsita de maquillaje sobre la mesa.

—Puede ser.

—¿Y a santo de qué?

—Quería saber una cosa.

—¿Una cosa o una persona? —Celia se echa polvos en las mejillas, lanzando al aire unas nubecillas de un beis chispeante.

—Una persona.

—¿Viva o muerta?

Cree observa a su tía pintándose los ojos, dibujándoselos hacia fuera en forma de almendras.

—Eso es lo que yo quería saber.

—Lucy nunca da respuestas claras, pero eso no quiere decir que no las tenga. De hecho, cuanto menos te responda, más sabe. —Celia deja el lápiz de ojos en la mesa y mira a Cree.— ¿Hay algo que me quieras preguntar, chavalín?

—No, Celia. Estoy bien.

Cree sabe que Celia ya no se dedica a hablar con los espíritus. Últimamente, ha dejado aparcado su don, al parecer porque no quiere que Monique cargue con el peso de un montón de muertos. En parte, por eso envía a su hija a la iglesia los domingos, para limpiar la historia de su familia de fantasmas, espíritus, cristales y adivinaciones.

Cree sospecha que Gloria es el auténtico motivo por el que Celia ha abandonado su don. Ha visto mustiarse a su hermana, elegir a los muertos frente a los vivos. La ha visto sentada en ese banco demasiado pronto y demasiado tarde, incapaz de utilizar la pensión para hacer algo útil, como vivir mejor en otra parte.

Cree se encamina a la ducha. El agua está tibia y hay poca presión. Han pasado casi tres semanas desde que saltó a la bahía detrás de Val. Sigue pensando en ella, tratando de equilibrar su vulnerabilidad con su arrojo, su tristeza con su espíritu.

Ha estado buscándola, deambulando por su manzana, viendo cómo la luz de su cuarto se encendía y se apagaba. Ha pensado en llamar al timbre, pero sabe que no será bien recibido por los Marino.

Red Hook suele parecer muy pequeño, uno de esos sitios en los que te das de bruces con gente a la que preferirías evitar, pero ahora que Cree anda buscando a Val, el barrio parece haberse

expandido. La brecha entre la parte delantera y la parte trasera se ha ensanchado. Por primera vez, Cree siente que esa diferencia es más exagerada en las calles cercanas a la costa. Tiene la impresión de que la gente sabe a quién busca y por qué. Y puede que también sepan que estaba por el muelle la noche en que June desapareció, razón por la que camina con rapidez, confiando en que su actitud le haga saber a todo el mundo que tiene sus propios planes y se dirige a algún sitio en concreto.

Cree y Celia se dirigen juntos a las Casas. No han cambiado gran cosa los paseos con Celia, pero ahora los adolescentes le tienen demasiado miedo como para piropearla o soltarle burradas. Se limitan a silbar a su espalda y a menear la cabeza con admiración. Son los hombres maduros, a quienes les da lo mismo que esa mujer sea agente de policía, los que aún la jalean al pasar. No les importa nada que lleve años viviendo con Ray.

El parque Coffey está tranquilo a media mañana. Dos chicos de la edad de Cree lanzan pelotas al aro. En el extremo del parque, hay una pandilla de *hipsters* tumbados sobre la hierba, dejando que sus respectivos perros socialicen mientras disfrutan del último sol de septiembre que los alcanza a través de las ramas de los árboles.

Celia menea las caderas. Está comentando algo de un club nocturno al que quizá vaya luego. Dice algo de ver qué tal siguen sus viejas amigas. Va a ser una noche perfecta para hacer un poquito el ganso, le dice a su sobrino.

Los primeros en llegar a la clínica de metadona se han hecho con los bancos del sendero que atraviesa el parque, cerca de las canchas de baloncesto. Cuando ya casi los ha dejado atrás, Cree oye que lo llaman:

—Acretius.

Había visto a su tío al entrar en el parque, pero esperaba que el

hombre estuviese demasiado tocado como para fijarse en él.

—Acretius.—La voz de Desmond suena como si estuviese atrapada dentro de unas cañerías oxidadas: un sonido chirriante y desesperado.— Acretius, muchacho…

—Déjalo en paz —le suelta Celia.

Celia y Gloria pasan mucho del hermano de Marcus, un adicto con la mala costumbre de contagiar a los demás sus propios problemas. Des se saca algún dinero recogiendo envases vacíos por el barrio. Sabe perfectamente qué casas dejan más botellas fuera, quién bebe cosas buenas y quién se apaña con cualquier matarratas.

Cree puede oler a su tío siguiéndole los pasos: huele a sábanas agrias y alcohol barato. Se da la vuelta. La droga se ha cargado cualquier parecido familiar en la cara de Des y ha terminado dejando exclusivamente lo esencial: piel, huesos y una necesidad aguda.

—¿Tienes un dólar?

—Ni hablar.

—¿No me das ni un dólar?

—Ya te he dicho que no.

Cree observa atentamente la cara de su tío para ver si queda algo de su padre.

Un perro que parece un plumero se lanza a lamerle el zapato a Cree.

—Deja en paz al chico, Des —dice Celia—. Si no lo dejas en paz, te acusaré de mendicidad y de ensuciar la vía pública.

—Un dólar. Ni que le estuviese pidiendo que me diera el gordo de la lotería.

—Te voy a empapelar —le advierte Celia—. No creas que no soy capaz de hacerlo.

Cree no puede apartar los ojos del rostro de Des. La piel es de un negro ceniciento. Tiene las mejillas marcadas, marcas de granos tan profundas que parecen gusaneras. Los labios le han ido

disminuyendo, desapareciendo entre los pliegues de la piel. Cada vez que Cree ve a Des, piensa que el mundo no parará hasta que no quede ni una huella de Marcus.

—Traidora. Pasma —dice Des, mirando a Celia.

—Soy funcionaria de prisiones, como tu hermano. ¿A él también lo tachabas de traidor?

—Marcus me soltaría algo de pasta.

Desde el otro lado del parque, un tío con el pelo rubio y enmarañado, embutido en unos ceñidos tejanos negros, se acerca corriendo a recoger a su perro. Antes de alcanzar a Cree, Des tose y escupe, salpicando al perro.

El roquero se hace con el chucho.

—Que te jodan, tío —le dice a Des.

Des extiende un brazo hacia Celia y señala al roquero con el otro:

—¿Y a este no piensas empapelarle por hablarme así, como si el parque fuera suyo?

—Mantente alejado de nosotros, Des —le dice Celia.

Cree y Celia salen del parque y se encaminan hacia Visitation. Aunque sea día lectivo, Cree se mantiene alerta por si ve a Val. Las ventanas de la planta baja de casa de los Marino están abiertas. Paulie y Jo descansan en el sofá.

—Espera, Cree —dice Celia—. Que tengo que hacer una cosa.

Celia está de pie frente a la puerta vecina de los Marino. Con las manos en las caderas, mira hacia una ventana del segundo piso de la casa. Echa la cabeza atrás y abre la boca. Apenas pasa un segundo antes de que suelte la palabra: «Zorra».

Cree corre hacia su tía y la agarra del brazo, pero ella se lo quita de encima.

—Zorra —grita—. Sé que estás ahí.

—¡Celia!

Se aparta de Cree para acercarse al edificio. Cree advierte que la

gente empieza a asomarse a las ventanas.

—¿Tú te crees que no sé lo que estás tramando? ¿Te crees que no sé que te lo estás haciendo con mi hombre? —Celia da una patada en el suelo.

Cree levanta los ojos y ve una sombra que se aparta de la cortina. Unas manos invisibles cierran la ventana de golpe.

—¿Te crees que puedes esconderte ahí? No puedes venir a mi casa a pasar el rato con mi hombre, ¿te enteras? —Celia se mesa los cabellos, preparándose para más.— No me obligues a explicarle tus mierdas a toda la calle. A contarle a todo el mundo lo asquerosa que eres. —Un coche que pasa se detiene detrás de Celia, que se da la vuelta.— ¿Y tú qué miras?

—Vámonos, Celia.

Pero su tía ha vuelto a levantar la vista hacia la ventana:

—Tú igual te has creído que, como vivo en los bloques, puedes quitarme lo que quieras.

Cree la agarra del brazo.

—¿Qué pasa? —se queja esta, trastabillando detrás de su sobrino —. ¿Me estás diciendo que no tengo derecho a la libertad de expresión?

—Venga, vamos —le dice Cree en voz baja, confiando en que se tranquilice.

—Te conozco, Cree. A ti te gustan las blancas. Siempre te han gustado. Pero eres muy gallina para reconocerlo. Pues tú espera a que te jodan, a que vengan a nuestro barrio creyendo que nos pueden robar lo que se les antoje.

—Todo es el mismo barrio —dice Cree.

Tanto Paulie como Jo se han asomado a la ventana.

—Los cojones, el mismo barrio —responde Celia.

Para cuando llegan a la esquina de Van Brunt, Celia ya vuelve a estar de buen humor:

—La muy puta no se lo esperaba. Y ahora que le he amargado a ella el día, ya puedo empezar con el mío. Y pienso disfrutar cada segundo.

—Hasta luego, Cee. Pórtate bien.

Celia besa a su sobrino en la mejilla:

—No, cariño, pórtate bien tú.

Cree no ha estado en la barca de pesca desde que se encontrara allí a Ren. Ese chico tenía algo que le daba grima. De hecho, se ha mantenido alejado de todos sus sitios secretos por miedo a que Ren estuviese en alguno de ellos o se acabara de marchar. No quiere encontrar el rastro desconsiderado e íntimo que deja tras él: las colillas, los envases de comida y los grafitis. No quiere saber si el muchacho ha estado toqueteando sus cosas, ajustándole el telescopio o reorganizando lo que quede en el bar abandonado, cubriendo las paredes con más dibujos y manchas. Cree no entiende por qué no se busca sus propios sitios.

A una manzana de distancia, Cree advierte que a la barca le pasa algo. El casco, moteado de verde musgo, barro y manchas marrones, suele estar camuflado bajo los hierbajos que cubren el terreno. Solo la pequeña quilla, cuya pintura azul se ha desprendido y desteñido, señala la presencia de la barca.

Hoy Cree puede ver el casco desde el final de la calle, frotado y pulido, tan reluciente como lo mantenía su padre. Al puente y a los paneles de mando de la cabina les han sacado brillo. La silla rota del capitán ha sido reparada con plástico y cinta aislante. En la proa de la barca hay un grafiti de letras ondulantes: CAPITÁN MARCUS.

Se sienta en la silla. Gira sin chirriar. Agarra el timón. Rota sin dificultad. Mira por la ventanilla hacia el muro del edificio que delimita el solar. Cierra los ojos, tratando de invocar la sensación de estar bogando en la bahía, pero hasta en su imaginación, la barca sigue pegada al suelo. Abandona la cabina del timón y vuelve al

puente, sentándose con los pies colgando hacia fuera, mirando hacia atrás, hacia los bloques.

Oye a Ren antes de verlo, pues el chaval va silbando mientras se acerca desde el agua. El sonido es exagerado, ya que los edificios colindantes lo amplifican y lo rebotan. Ren se deja ver. La capucha negra le cubre la cara. Tiene manchas de pintura azul en el pecho y en las mangas. Sus vaqueros desteñidos, carentes de estilo y de forma, están sucios y gastados por las rodillas.

—¿Qué cojones le has hecho a mi barca?

Ren se quita la capucha. Tiene el pelo sucio y pringoso. Se cuela por el hueco de la verja y se toma su tiempo para llegar hasta Cree.

—Te he preguntado que qué cojones le has hecho a mi barca —insiste este.

Ren menea la cabeza:

—Cualquier idiota se daría cuenta de que te la he reparado.

—¿Y quién te ha dicho que hubiera que repararla?

Ren tiene los ojos hundidos. Los pómulos destacan como puñitos. Saca del bolsillo un cigarrillo arrugado. Cree ve que tiene las uñas llenas de porquería.

—¿No piensas darme las gracias? —pregunta Ren.

—¿Quieres que te dé las gracias por andar toqueteando mis cosas?

—¿Ha quedado bonita o no?

Cree duda. Contempla el puente reluciente y la pintura fresca de la zona del timón:

—Sí, ha quedado bonita. Pero ¿no preferirías cuidar de tus propias mierdas?

—Yo hago lo que quiero hacer —dice Ren, soltando el humo entre los labios quebrados.

—¿Dónde aprendiste a hacer todo eso?

—Digamos que estuve unos años en un taller. La hostia de años.

—¿Buscas trabajo en algún taller de por aquí?

Ren tira la colilla y exhala ruidosamente mientras la pisotea:

—Yo ya solo trabajo para mí mismo.

—¿Y no tienes que comer?

—Tú también, ¿no? Y no veo que tengas trabajo. No te veo pensando en tu futuro profesional.

—La verdad —dice Cree— es que no quiero un trabajo en Red Hook porque no pienso eternizarme aquí.

—¿Ah, sí? ¿Tienes planes?

Cree asiente.

—¿Aún vas detrás de aquella chica blanca? ¿Piensas olvidarla cuando te vayas?

—Tío, te estás metiendo demasiado en mis asuntos.

—Dejan de serlo cuando los haces públicos, saltando a la bahía detrás de ella. Yo pensaba que los polis iban a por ti por culpa de la chica. Es de idiotas perseguirla en público. ¿Cómo no te diste cuenta?

—¿Y a ti por qué te interesan tanto mis cosas? ¿Acaso no tienes nada mejor que hacer? —le espeta Cree.

Ren da una vuelta a la barca y examina el lado de estribor:

—Solo observo, eso es todo. Observo y te informo de asuntos que puedan serte de utilidad. Por ejemplo, lo de esa blanca… Una situación nada buena. No estoy diciendo que la chica sea un problema, pero sí que puede traerte problemas. ¿Acaso crees que cuando se os empiece a ver juntos la gente no va a sumar dos y dos?

Cree mira por encima del hombro:

—¿A qué te refieres con lo de sumar dos y dos?

—A que tú rondabas por el muelle aquella noche, antes de que las chicas se cayeran de la balsa.

Cree se pone de pie:

—¿Y tú qué coño sabes?

—¡Lo sé, joder! —afirma Ren.

Cree está seguro de que Ren podrá con él, pero está dispuesto a saltar del puente, correr al otro lado de la barca y darle una lección por toquetearle sus cosas.

—Más te vale tener cuidado —le advierte Cree.

Mientras se dispone a lanzarse hacia estribor, aparecen tres chicos por la calle empedrada y se plantan frente al terreno.

—Miradlo, hablando solo como la loca de su madre —dice uno de ellos.

—Para ella, el banco. Y, para él, esa mierda de barca.

Cree reconoce a los chicos que se metían con Gloria esa mañana. Visten vaqueros caídos y polos varias tallas más grandes. Dos lucen una pelusilla sobre los labios, mientras que el tercero tiene cara de crío y piel de bebé.

—Arreando, chavales —les dice Cree.

—Queremos quedarnos por aquí —replica el de la cara de niño.

—Este terreno está vedado —dice Cree.

—Pues no lo parece.

Los tres chavales escalan la verja. Uno de ellos saca un porro.

Ren sale de detrás de la barca:

—Yo, de vosotros, le haría caso al señor. Este solar no os pertenece.

—Ni a él tampoco.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo —afirma el de la cara de crío.

—Pues igual yo digo otra cosa —contraataca Ren.

—¿Qué llevas puesto, chaval? —pregunta el de la cara de niño—. ¿La ropa que te pasó tu abuelo? —Mira los pantalones de Ren, luego baja la vista hacia los zapatos.— Sí unos putos zapatos ortopédicos y todo. ¿Tienes problemas para andar? ¿Eres cojo? ¿O solo estás tieso?

—Bien dicho —anima uno de los chicos al de la cara de bebé, dándole una palmadita en la espalda.

—Largaos —dice Cree—. Id al cole.

—El cole es para tontos —responde el que tiene cara de niño—. Y no hace falta que me envíe para allá el hijo de una loca.

—¿Qué has dicho? —interviene Ren.

—¿No has visto a su madre en un banco de los bloques hablando sola?

Ren niega con la cabeza.

—Pues deberías echarle un vistazo alguna vez —dice el de la cara de niño—. La señora es un espectáculo.

—¿De verdad? —pregunta Ren.

Y el chico asiente.

Ren da un paso en dirección a los chavales:

—¿Estás diciendo que su madre está loca?

—Totalmente chiflada. Todo el mundo lo sabe.

—¿Ah, sí? —comenta Ren.

—Como una chota —dice el chico—. Ya te he dicho que vayas a verla.

Antes de que acabe de hablar, Ren ya lo ha agarrado por el cuello. Levanta al crío a casi veinte centímetros del suelo y luego le atiza un puñetazo en la cara. Lo suelta y ve cómo se desmorona. Ren está ahora de rodillas, machacándole las costillas y el estómago. Los otros dos críos se apartan.

El cara de niño aúlla con cada golpe.

Ren reparte puñetazos cortos y contundentes. Apenas aleja un poco el puño antes de lanzar un nuevo golpe. El chico intenta deslizarse hacia un lado, pero Ren lo tiene bien pillado.

Cree se acerca corriendo. Coge a Ren por debajo del brazo y lo separa del chaval:

—Ya vale, tío, ya le has dado lo suyo.

Ren intenta librarse de la pinza de Cree, golpea el aire con los brazos, pedalea con las piernas. Cree arrastra a Ren hacia la barca y lo deja ahí, echando el bofe. Luego vuelve a donde estaba y levanta al crío del suelo. «Vete», le dice. Los amigos del chico le pasan los brazos por la cintura y los hombros y lo ayudan a llegar hasta las Casas. Cree se acuclilla junto a Ren:

—Lo has dejado hecho polvo.

—En mi época, chicos así convirtieron el barrio en un infierno. Y no dejaré que se repita esa mierda. —Se limpia la frente con el sucio puño de la sudadera. Le cuesta respirar. Tiene el labio sudado.

—Déjame que te invite a una pizza o a lo que sea —le dice Cree.

—No, tío. No hace falta que me invites a nada. —Ren se pone la capucha y, una vez más, deja a Cree a solas con su barca.

12

A Monique todo el mundo le recordaba a toda hora que había visto a esas dos chicas la noche en que una de ellas desapareciera. Habían sido amigas hasta que Celia explicó que Monique y Cree ya no eran bienvenidos en casa de los Marino. Durante años Monique se había cruzado con ellas por la calle de vez en cuando, pero a medida que se fue haciendo mayor, aprendió a quitárselas de encima. No tenía tiempo para esas crías y sus fantasías.

Val y June habían aparecido por el parque con una gran balsa de color rosa. Monique concedía audiencia a una pandilla de chicos mayores. Ni se molestó en hacer caso a aquellas chicas. La balsa parecía divertida, se dijo, algo diferente a eternizarse en los bancos del parque cada noche. Deseaba que las chicas le propusieran unirse a ellas, pero June solo parecía interesada en que la invitaran a saltar la verja.

Monique se había mostrado seca, pero cuando las chicas se fueron, contempló la balsa que rebotaba entre ellas y trató de deducir hacia dónde se encaminaban.

Cuando corrió la voz por los bloques de que June había desaparecido, Monique se quedó helada. No necesitaba consultar a Gloria para saber que nada bueno puede derivarse de despreciar a una chica maldita. Debería haber invitado a June a saltar la verja. Habría sido sencillísimo.

La gente no paraba de preguntarle por June. Algunos recordaban que habían sido amigas. Hasta los chicos del parque insistían en el tema.

«La trataste con muchísima frialdad, Mo. Deberías haberla dejado estar contigo.»

A veces, los chicos le hacían preguntas. «¿Dónde se esconde tu amiga, Mo?» Todo el barrio parecía empeñado en chinchar a

Monique por una chica a la que apenas conocía.

Lo de hablar con los muertos era cosa de la tía Gloria, pero al cabo de una semana de agobio vecinal por la desaparición de June, como si ella tuviese algo que ver en el asunto, Monique preguntó en voz alta: «¿Dónde te escondes, chica?».

No es que esperase una respuesta.

La primera vez que sucedió, estaba escuchando música con los auriculares y el volumen a tope. Al principio creyó que alguien le había toqueteado su *playlist*, y le había descargado una grabación pirata que consistía en una especie de rap callejero acelerado. Era una voz de chica, eso es todo lo que averiguó Monique. No se entendía la letra, aquellas palabras componían una jerigonza absurda. Se quitó los auriculares. La música continuó.

Estaba en casa, tumbada en la cama, intentando distinguir algo interesante en el techo, esperando ver qué le deparaba el día. Pensó que igual tenía a una chica del barrio al pie de su ventana, intentando fabricar unas rimas.

Cuando miró hacia el patio, estaba lleno de viejos y ninguno de ellos tenía cara de rapero. Abrió la ventana. El volumen de la chica no cambió: la jerigonza sin sentido seguía adelante. En su manera de rapear no había ninguna suavidad ni la menor complejidad. La chica seguía dale que te pego, sin parar de rapear para decir algo.

Monique se volvió a poner los auriculares y subió el volumen, pero la voz de la chica se imponía a cualquier intento de acallarla. Monique la oía en la ducha, en la escalera, ¡maldita sea!, si hasta la oía al hablar por teléfono.

Esa misma tarde se fue al parque con la esperanza de que una buena turba silenciara los berridos que tenía en los oídos. Se unió a un grupo de chicas entretenidas mirando a dos chicos intercambiando rimas groseras.

«Piscina. Mini shorts. Chanclas. Bikini. Toallas.»

Monique se puso de pie. Esas eran las primeras palabras inteligibles del torrente que le corría por la cabeza.

—Basta de tonterías —dijo.

No esperó una respuesta. Sabía que las miradas eran las mismas que le caían a Gloria cada vez que se sentaba a hablar sola en el banco.

«Bambas. Sandalias. Tacones destalonados.

Ziti. Chuleta. Estrómboli. *Cannoli*.»

Al haber distinguido por fin las palabras, tuvo clarísimo que se trataba de la voz de June. Monique se tapó los oídos con las manos. Se mordió el labio. Resistió la necesidad de hablarle a su vez. Si hablaba con esa chica, mucho se lo temía, se convertiría en alguien como su tía, en otra de esas chifladas que hablan con los muertos.

Cuando fue capaz de sintonizar la voz de June en una frecuencia inteligible, se dio cuenta de que hablaba haciendo listas: regalos de cumpleaños, comidas familiares, zapatos favoritos, todo cuanto llevara en el bolso. Catalogaba días de su vida y los convertía en los objetos que contenían los mismos. Monique reconoció algunos de esos objetos por las tardes que ella misma había pasado con Val y June. «Piruleta, cortinas, tacones altos, escalera, verja, manguera, columpio»: un complejo y fantasioso juego en el jardín trasero de Val un día de verano de calor sofocante. A veces descubría el lugar del que June hablaba sin parar: «metro, montaña rusa, paseo junto al río, arena, agua, ola, pizza». June buscaba migas de pan que la ayudasen a regresar a casa. El único problema era que Monique no quería oírla, pero tampoco sabía cómo hacerla callar.

La primera vez, tras los desvaríos interminables de June, que Monique intentó cantar en la iglesia fue incapaz de silenciar la voz de la chica y de seguir bien el himno que trataba de interpretar. Cantó despacito, bregando para atravesar una canción que le era tan familiar como respirar. Temía que la congregación se diera cuenta de

lo que le estaba pasando, de que algo del más allá se comunicaba con ella. «Ventana, autobús escolar, chico, patio, noche. Taxi, espaguetis, cine. Ferri, manzana caramelizada, concierto, barco alto, muelle.»

En medio del himno, le entraron ganas de gritar. Mantenía la vista clavada en el techo, ajena a los rostros expectantes que la miraban fijamente: esa gente creía que era Dios quién guiaba su voz.

Cuando terminó, salió pitando pasillo arriba. Val había estado allí. Paró a Monique y le pidió que cantase algo para June, como si June fuese a volver porque ella le dedicara una maldita canción.

Monique se la quitó de encima como había hecho con June. A medio camino de casa se preguntó por qué había reaccionado así. Deshazte de una chica y volverá para atormentarte. Literalmente.

Le da pavor volver a la iglesia. El domingo por la mañana, antes de la misa, se dirige al apartamento antes de que Ray se haya levantado. Celia se está quedando en casa de Gloria y, la mayoría de las noches, Ray ni se molesta en regresar a su casa. Corren rumores de que ha estado paseándose por el puerto con una divorciada blanca a la que conoció en una reunión de Alcohólicos Anónimos. También se dice que lo han visto en el muelle Valentino lanzándole una pelota de tenis a los chuchos de esa señora.

Monique no fuma mucho, pero si hace falta colocarse antes de ir a la iglesia para silenciar a June, que así sea. Sabe a qué puertas llamar en las Casas para hacerse con una bolsita barata, pero no quiere que se sepa que anda buscando material. Se acerca al parque confiando en pillar al grupo de chicos que se levanta pronto para no hacer nada bueno, pero solo encuentra a un par de corredores del otro lado de la autovía y a algunos blancos cutres paseando a sus chuchos.

Monique cruza Van Brunt y se encamina hacia la calle Coffey, la

más bonita de todo Red Hook. Casas de piedra unifamiliares con patios delante y detrás y preciosas escaleras de entrada a ambos lados. Algunas parecen abandonadas; otras están sobrecargadas de vida: los patios están a rebosar de cocinitas de gas y cochecitos de bebé.

Mikey el Irlandés está controlando su escalera, eso esperaba Monique. Lo que ella siempre ha deseado es una escalera de entrada para ella sola, un espacio abierto en el mundo para sentarse, relajarse y que nadie la moleste.

Las pocas veces que Monique ha estado últimamente cerca del agua, ha visto a Mikey sentado al fresco, a veces solo, a veces con un par de camellos puertorriqueños. Sabe que vende bolsitas baratas y por gramos: nada que llame mucho la atención de los camellos importantes de los bloques.

Vestido con un jersey azul de baloncesto y unos pantalones cortos a juego, Mikey preside la calle Coffey con las piernas separadas y los codos en las rodillas. Detrás de él, la ventana de la planta baja está abierta y la voz de Frank Sinatra se derrama sobre la calle.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunta Monique.

—Por supuesto.

—¿Tienes algo?

—¿Como qué?

Monique echa un vistazo a la ventana abierta. Una mujer con una bata rosa está pasando el plumero por las hojas de una maceta.

—Ya lo sabes —afirma Monique.

Mikey esboza una media sonrisa y se frota la pelusilla que tiene sobre los labios:

—Igual no lo sé.

—Venga, tío —le dice Monique—. ¿Para qué me lo vas a poner difícil? Hierba. No mucha. Para hacerse un porro.

Mickey chasquea la lengua.

—Ya te entiendo —asegura—, pero debe de haber un millón de chavales en las Casas a los que podrías haber recurrido.

—No quería preguntar.

—Claro, claro —dice Mikey—. La cuestión es que no quiero que la tomen conmigo por chafarles el negocio. Así que no voy a poder ayudarte. Digamos que tengo las manos atadas. —Y extiende las manos hacia ella como un penitente.

—Vamos, tío, un porro —le suplica Monique—. Ni que te estuviese pidiendo participar en alguno de tus negocios.

—Imposible —insiste Mikey—, pero me veo obligado a preguntarte qué hace una chica como tú colocándose antes de misa.

—¿Y a ti qué te importa? —le suelta Monique—. Gracias por nada.

—Considéralo un favor. Así te mantengo limpia. Y contribuyo a mejorar el barrio.

Monique se da la vuelta y se aleja de allí. No se vuelve cuando Mikey se anima a silbarle.

A veces, los manguis más duros, los que no se reúnen en el parque por temor a ser vistos por los coches patrulla, los que se mantienen alejados de los patios hasta que oscurece, rondan por ese solar abandonado al que llaman Bones Manor. Como bien sabe Monique, a no ser que hagan la calle, las chicas no se acercan por allí, pero está obsesionada con la necesidad de fumarse un canuto y, si es posible, bien rapidito, que debe silenciar a June.

Reina la calma en el Manor. La verja de hierro corrugado está trufada de manchas y grafitis. Y esos grafitis son desalentadores: colores bastos y letras rígidas. Parte de la verja está doblada. Monique presta atención al cruzarla y hace bien en andar con cuidado porque así ha podido evitar pisar un charco gigantesco, del tamaño de un pequeño estanque. Contenedores de mercancías y pilas de ladrillos lo rodean.

Calle arriba, ve a un grupo de tíos que le dan la espalda. Conoce al

jefe, Raneem Bennett. Es algo mayor que Cree. Su pandilla no es exactamente una banda, más bien unos cuantos delincuentes, todos ellos van por libre, cada uno a su bola. Raneem intentó darse aires reclutando a algunos gamberros jovencitos del instituto de Monique, pasando a cada uno un aerosol de pintura y diciéndoles que llenaran Red Hook con las iniciales HDLP, según él la firma de una nueva banda llamada «Huyendo De La Pasma». Al cabo de unas semanas, los choricillos descubrieron que les habían tomado el pelo y que habían repartido docenas de esas marcas por todo Red Hook.

Monique cruza la calle, manteniéndose a cierta distancia del grupito. En la esquina, vuelve a cruzar, da media vuelta y se planta a su lado.

—¿Qué pasa, tía? —le dice Raneem.

—¿Qué tal? —contesta Monique.

—¿Estás buscando algo?

—Quizá.

—Seguro que tengo lo que necesitas —dice uno de los amigos de Raneem, agarrándose la caída entrepierna de sus holgados pantalones cortos.

—Eso no lo necesito —le suelta Monique.

—¿Cómo lo sabes si no lo has probado?

—Bueno, ¿qué andas buscando? —interviene Raneem.

—¿Tienes algo de fumar?

—¿Tienes algo de fumar? —repite Raneem poniendo una voz aflautada.

—Yo no hablo así —protesta Monique.

—Yo no hablo así —la imita Raneem.

—Que te den.

—Que te den —La burla es muy tonta, pero los secuaces de Raneem se tronchan.

—Olvídalo —dice Monique, dándose la vuelta.

—No tan deprisa —ordena uno de los chicos de Raneem, sujetándola del brazo—. ¿Adónde vas tan rápido?

—A misa.

Tira del brazo de Monique y la empotra en la verja de hierro.

—¿Has sido mala? ¿Tienes algo que confesar? —El chaval le estruja el brazo. Sostiene un refresco con la mano libre. Empieza a pasarle la botella por la clavícula, entre los pechos, por el estómago y la cinturilla de los shorts.

Ella trata de liberarse:

—Suéltame.

—Suéltame.—La imita Raneem.

Monique tensa el cuerpo. Las extremidades le pican y acaban por perder la sensibilidad. Combate la necesidad de cerrar los ojos, como si así pudiese impedir lo que se le viene encima. Escucha un berrido. June le está chillando desde dentro. Su voz denota pánico y frenesí. Sus listas cada vez son más enloquecidas: lugares y objetos se atropellan unos a otros.

El amigo de Raneem le da tres golpecitos con la botella en la cinturilla elástica. Luego le clava la chapa con saña.

—Basta —le dice Monique.

Pero el chico de la botella se limita a sonreír:

—Solo estoy jugando.

Le apoya la botella en la entrepierna y gruñe. Coloca el paquete contra el culo de la botella y se frota con Monique, clavándole más la chapa. Ahora que controla la botella con el cuerpo, tiene las manos libres. Le echa mano al trasero por debajo de las bragas. Le agarra el culo con sus pegajosas zarpas y la atrae hacia él. Respira fuerte, gruñendo y gimiendo. Su respiración resulta viscosa. Monique siente cómo se le fija en el cuello y el mentón cual película de plástico.

Se dobla hacia delante, plegándose sobre sí misma para mantenerlo a distancia. Quiere taparse los oídos para que June deje

de gritar. Lo único que puede hacer para conseguirlo es acallar el ruido de su cabeza. De repente, el chico la deja ir:

—Ya ves. No te he hecho ningún daño.

Monique echa a correr calle arriba. Le sorprende que las piernas le respondan. Se siente incapaz de respirar. Finalmente, emerge a tensos trompicones. Al llegar a la esquina, se refugia en un umbral y se echa a llorar.

Ray no está cuando Monique llega a casa. Aún huele en su piel al amigo de Raneem: un pestazo agrio a semen rancio y licor de malta. Se da una larga ducha. Le duele el pubis. Apenas puede pasarse una esponjita por ahí.

Se envuelve en una toalla y se sienta en la cama. A través de la ventana puede ver otros apartamentos, en los que hay personas reunidas para la comida de los domingos. Sabe que los patios están llenos y que los bancos del parque bullen de actividad.

June se ha tranquilizado. «Película. Autobús. Chocolate caliente. Nieve.»

Monique sabe que June la escucharía si se atreviese a hablar, pero Monique se mantiene en silencio.

13

Por primera vez en años, el altar ha sido adecentado. Las flores de los jarros se cambian cada dos días. Hay una fotografía nueva de Marcus en un marco de plástico duro. Al banco le han dado una capa de pintura de color verde bosque. Hay unas plantitas en el tramo de tierra situado entre el banco y el sendero de cemento. Una de ellas ha conseguido generar una florecilla de color púrpura. Al principio, a pesar de no haberla visto jamás preocupada por el estado del altar, Cree pensó que era cosa de su madre.

Cree aparta la solicitud para la universidad comunitaria cuando oye a su madre salir de casa para el turno de tarde. Llega a la ventana justo a tiempo de ver a Gloria cruzando el patio para sentarse en el banco. No parece sorprenderle el ramo de claveles frescos rosas y azules que hay en el jarro.

Las clases han terminado. Los patios están llenos de críos dejando pasar el rato hasta que los llamen para cenar. Mientras Cree observa todo aquello, el chaval con cara de niño al que Ren zurró hace unas semanas emerge de la torre de enfrente con uno de sus secuaces. Se miran los pies al andar. El tipo de la cara de niño lleva una bolsa de la compra y una botella de dos litros de Sprite. Cree se inquieta cuando ve que se acercan al banco de su madre. Tira de la ventana para levantar el cristal. Asoma la cabeza y está a punto de echarse a gritar.

En ese momento, el de la cara de niño deja la bolsa de la compra en el suelo. Le pasa la botella de Sprite a uno de sus amigos y ese amigo la abre. Gloria se desplaza unos centímetros en el banco. El chico de la botella se arrodilla y riega las plantas. Cuando termina, vacía la botella en el jarro y remueve las flores, sin olvidarse de quitar un clavel ya mustio y meterlo en la bolsa marrón.

Mientras el colega riega, el de la cara de niño saca un trapo de la

bolsa y se pone a limpiar el marco de la foto. Le quita el polvo y lo deja caer sobre las velas para la plegaria antes de encenderlas. Los chicos se hacen con la bolsa de papel y la botella vacía y se quedan plantados ante Gloria. Cree no puede oír lo que le dicen, pero ella sonríe y los chavales se marchan.

Cuando ya se han ido, Cree sale pitando hacia el banco:

—¿De qué hablabas con esos chicos? —le pregunta a su madre.

—¿Qué chicos?

—Los que se estaban metiendo contigo.

—¿Quién se metía conmigo?

—Se meten conmigo si te molestan a ti.

—Cariño, nadie se mete contigo. ¿Qué haces vigilando el patio cuando deberías estar terminando de rellenar tu solicitud?

—Estoy en ello.

Cree se sienta en el banco. Mira alrededor para ver si esos chicos aún rondan por ahí.

—Marcus cree que ese programa marítimo será ideal para ti, muchacho. Se va a sentir muy orgulloso de ti —dice Gloria. Echa mano al bolso y saca un paquete de sellos—. Envíalo por correo hoy mismo. Te voy a echar de menos cuando te lances a bogar río arriba.

—Igual pillo un curro en otro estado. Igual te llevo a vivir a otro sitio.

—Ya sabes que Marcus no quiere que me mueva de aquí.

—No lo escuchas bien. Cuando yo era pequeño, él siempre me decía que nos iríamos a vivir a Florida. Que hasta se llevaría la barca para allá. ¿Cómo es que ha cambiado de opinión?

—Tu padre no piensa ir a Florida. Y yo tampoco.

Cree deja a Gloria en el banco. En el apartamento, la maleta de Celia sigue abierta sobre el suelo del salón. Un camisón rosa de lo más sexi cuelga del brazo del sofá. El teléfono inalámbrico no está

en su base: seguro que lo tiró a cualquier parte tras la bronca de anoche con Ray.

Cree está harto de este lugar. Y no es tan solo el piso lo que le revienta, sino todo el barrio. Son los polis que no le quitan la vista de encima desde la desaparición de June Giatto. Son las chicas blancas que cambian de acera al verlo, como si él también pudiese hacerlas desaparecer. Son los gamberros que lo amenazan de muerte por no pertenecer a ninguna pandilla, aunque esa época ya pasó. Son los rumores de que Monique está demasiado hecha polvo como para cantar en la iglesia. Son los chicos que chinchan a su madre en el banco y a él al mismo tiempo.

Cree reúne todos los documentos que requiere la solicitud y los mete en un sobre. Aunque el Kingsborough Communiy College sigue estando en Brooklyn, a él le parece que está en otro mundo: al este del paseo de Coney Island, rodeado de agua, pero teme que no esté lo suficientemente lejos, que necesite años de estudio para acabar realmente recorriendo el Hudson o alcanzando ese punto en el que el agua le cede su sitio al horizonte.

Baja las escaleras y atraviesa los patios corriendo. Ese sobre es demasiado importante como para confiárselo a los buzones que hay cerca de las Casas, donde los chavales arrojan latas de refresco medio llenas, cigarrillos y envoltorios de bocadillos.

Cruza el muelle y baja a toda velocidad por Visitation y con las prisas se olvida de mirar hacia la ventana de Val. En la esquina con Van Brunt, desliza el sobre en el buzón que está a plena vista de la parada del autobús, el bar, el café del griego y dos colmados: supone que nadie se atreverá a maltratar ese buzón. Deja que la puertecilla de metal azul se cierre de golpe. Se seca el sudor de la frente y se encamina hacia el colmado.

Cree no suele comprar cerveza. Siempre le ha resultado más sencillo pillar una del paquete de seis de cualquiera. Pero ahora tiene

algo que celebrar. Cree conoce al propietario del colmado de vista, pero no sabe cómo se llama. Aquel hombre aún conservaba enganchado al escaparate de plexiglás lleno de panecillos el artículo que había sido publicado al cumplirse el quinto aniversario de la muerte de Marcus en *The Daily News* sobre el discreto altar que habían levantado en memoria de su padre. Ahora, en su lugar hay otras noticias.

Cree se acerca a las neveras y se queda mirando las cervezas. Como el licor de malta es lo último que se bebería, se hace con una botella de Olde English. Se la lleva hasta la caja. El hombre que está detrás del mostrador le echa un vistazo de la cabeza a los pies:

—¿Tienes la edad?

Cree menea los pies.

—¿No prefieres una cerveza mejor?

—La verdad es que no bebo cerveza —confiesa Cree—. Es una ocasión especial. Acabo de enviar mi solicitud para la universidad.

El tendero desliza la botella hacia Cree:

—El problema es que no te la puedo vender. Digamos que te la llevaste sin mi conocimiento.

Cree se hace con la botella y se la pone bajo el brazo.

—Espera —le dice el tendero. Saca una bolsa de papel marrón de debajo del mostrador y se la pasa—. Intuyo que desconoces el protocolo.

Cree mete la botella en la bolsa:

—Se me olvidó.

Plantado en la esquina de Van Brunt con Visitation, intenta decidir dónde ir con la botella, cuál de sus escondrijos es mejor para una tarde de priva. Al principio, piensa en escalar el edificio abandonado en el que conserva el telescopio. Se beberá la birra y apuntará con el objetivo hacia las grúas de Nueva Jersey, pero el bar medio vacío de los estibadores es mejor. Puede pillar un reservado y hacer compañía

a los fantasmas de los provectos parroquianos y a la estatua de la sirena.

Cuando llega al bar, la puerta está abierta y suena música en el interior: rock duro y estridente. El mobiliario roto ha desaparecido. El suelo está fregado. Una mujer con el pelo moreno y revuelto está de pie sobre una banqueta. Utiliza un palo largo con un cepillo al final para cubrir de pintura blanca un «Hecho Polvo» de Ren de estilo japonés. Un hombre con una camisa a cuadros manchada de pintura está frotando el suelo con una pulidora.

Se lo han currado. El largo espejo que hay detrás de la barra refleja algo distinto al polvo de siempre. Los estantes de madera relucen, también brilla el largo raíl de metal que recorre toda la barra.

Cree se pregunta si esa pareja sabe que la luz de última hora de la tarde proyecta dos estrechas columnas a través de sendos agujeros que hay en el porche de atrás o que el busto de madera arroja una sombra aterradora si lo miras como no debes o que las botellas vacías de licor con la etiqueta descolorida o medio despegada a veces se caen de los estantes.

Abre la botella. El alcohol es dulce y espeso, parece un jarabe. Aprieta los ojos al tragar. Luego los cierra y bebe a toda velocidad para no notar el sabor. Le lloran los ojos y parte de la bebida le repite garganta arriba. Respira hondo, deseando que la priva se quede en su sitio. Se ha trasegado media botella. La calle se tambalea y se desploma. Siente las extremidades como si avanzaran rodeadas de agua. A continuación, todo se tranquiliza.

Mientras baja por la calle Otsego, un callejón empedrado con lofts vacíos y abandonados, siente la placidez de la noche. Las horas que se extienden ante él parecen maleables, parecen esperar a que él les dé forma.

Comprende qué es lo que mantiene a Gloria en Red Hook. No es lo que ahora hay, sino lo que hubo anteriormente: esa historia que

ahora están limpiando y adecentando en el bar de los estibadores. Mientras cruza desde esa esquina abandonada de la ribera a las Casas, se percata de las capas que componen el Hook: los bloques construidos sobre las casas derruidas, el pavimento extendido sobre los guijarros, los lofts apoderándose de las fábricas, los colmados sobreponiéndose a los almacenes. Los bares nuevos canibalizando a los viejos. Los esqueletos de edificios olvidados —la refinería de azúcar y el dique seco— que sobreviven entre esos nuevos búnkeres de hormigón que pretenden ser viviendas de lujo. Los vivos caminan sobre los muertos: el puerto muerto, la vieja delincuencia muerta, la guerra de las drogas muerta, pero todos siguen allí presentes. Un barrio de espectros. Tampoco es tan mal sitio, se dice Cree, si miras bajo la superficie, el lugar donde vive Gloria.

Los patios y el parque están únicamente medio llenos. Cree no reconoce a los chavales de los bancos, pero los saluda al pasar. Ellos le señalan la botella y le devuelven el saludo. Se sienta en un banco cercano y alza la botella a modo de saludo informal. Bebe y escucha esa conversación en que nunca participa él. Cuando se larga, nadie lo nota.

Cree se queda frito con la televisión puesta y despierta al oír que llaman a la puerta. El reloj le informa de que son las dos de la madrugada, cuando Gloria suele regresar de su turno. Es demasiado pronto para que el mareo se haya convertido en resaca. Se nota el cerebro suelto y fundido. Bajo el resplandor azulado de un anuncio, va dando tumbos hacia la puerta, esperando que sea su madre, que se ha dejado la llave.

El gamberro de la cara de niño está de pie en el rellano. Pega un salto hacia atrás cuando Cree abre la puerta.

—¿Qué coño quieres, canijo?

—Ernesto —dice el chaval—. Me llamo Ernesto.

—¿Sabes la hora que es, Ernesto?

—No me tomes por tonto.— El chico se cruza de brazos y tuerce la cabeza a un lado.

Cree se frota la cabeza como si así pudiera borrar la sensación cenagosa de su cerebro.

—Es tu madre —dice Ernesto—. Se ha caído. En Van Brunt.

—¿Cómo que se ha caído?

—Lo he visto con mis propios ojos. Mi colega y yo estábamos grafiteando el buzón que hay junto a la parada de autobús. Tu madre se bajó y entonces se quedó congelada, como si la hubiesen electrocutado o algo así. Y luego se desplomó. Unos chavales blancos del bar de por allí llamaron a una ambulancia.

Aunque el corazón le oprime el pecho y respira con dificultad, Cree no se acaba de fiar de ese chico, de ese mensajero de madrugada que se ha estado metiendo últimamente con su madre. Y entonces le suena el móvil y le aparece en la pantalla el número del hospital.

—¿Está viva?

—Sí, hombre —responde Ernesto.

Mientras corre por el portal, Cree va escuchando a la enfermera que le explica que su madre está en la UCI.

—¡Oye! —le grita Ernesto—. Dile a tu chaval que me he portado bien contigo.

—¿Mi chaval?

—Ren. Dile a Ren que te he hecho un favor.

Cubre a la carrera los casi cuatro kilómetros que lo separan del hospital, así tardará menos que si se pone a esperar el autobús. Apenas tiene aliento cuando planta las manos en el mostrador de admisión de urgencias. Cuando pregunta por Gloria, la recepcionista se toma su tiempo para teclear el nombre en el ordenador. Mientras la máquina saca el informe, la mujer revisa unos expedientes que

tiene encima de su escritorio.

—Gloria James —dice Cree—. Gloria James.

Justo cuando la recepcionista localiza el historial de su madre, una colega de Gloria en pediatría, Carmen, aparece por urgencias y coge del brazo a Cree para llevárselo hacia el interior.

—Estaba a punto de irme cuando la trajeron —informa Carmen—. Nos encargamos de que le dieran una habitación. —Carmen tiene un fuerte acento caribeño que puede resultar seco cuando se muestra autoritaria o reconfortante si hay que ser paciente.— Parece que ha tenido un ictus.

—¿Pinta mal?

—Pinta mal.

—Y…

—Todavía no saben nada. Es demasiado pronto. De momento, la han estabilizado. —Carmen le da una palmadita en la mano.— No puede hablar, cariño. Ya te lo imaginas.

Su madre yace en una cama de hospital. Está enganchada al oxígeno. Con una aguja intravenosa clavada en la mano. Tiene la cara retorcida y la boca medio abierta, como una de esas fotografías en las que te han pillado riéndote. Un equipo de enfermeras pasa junto a Cree y se llevan a Gloria. Una empuja la camilla, que hace ruido, y otras dos se encargan del oxígeno y el gotero.

Cree se queda solo en la habitación, escuchando el zumbido de los aparatos, la estática del intercomunicador. Ya sabe bastante de hospitales como para saber que no debe ir detrás de Gloria cuando se la llevan para hacerle pruebas.

La habitación de Gloria tiene vistas al río, al extremo de Manhattan y a Jersey. Cree puede ver las siluetas rectangulares de las Casas: hay algunas ventanas iluminadas débilmente. Las enfermeras traen de vuelta a Gloria, enganchada a más tubos y más máquinas. Su respiración y sus latidos destacan por unos breves pitidos y la

compresión rítmica del aire.

El médico, un indio maduro con los ojos muertos, le dice que Gloria está estabilizada. Pueden pasar meses hasta que sepan la magnitud de los daños. Y le aconseja a Cree esperar en otra parte, quizá en casa, donde podrá dormir.

Cree no dice nada y Carmen le anuncia que puede esperar justo aquí: le ha traído mantas y almohadas y, con todo ello, ha improvisado una cama juntando tres sillas.

Cuando Cree y Gloria se quedan a solas, él le coge la mano. El rostro de su madre está retorcido en una sonrisa de dolor. Le estruja los dedos, con cuidado de no sacarle la aguja intravenosa. Le seca la lágrima que le cae por la mejilla.

Las luces de Manhattan se reflejan en el río. Los faros de los coches de la autovía se deslizan hacia el oeste. Cree ve los barcos levantando olas en las oscuras aguas. Ve dos remolcadores desaparecer río arriba.

Sabe que no podrá dormir. Baja a recepción a por un refresco. Sale con él a la calle para aspirar el aroma de Brooklyn y expeler el aire aséptico del hospital. Se pone a un lado de la puerta giratoria, permitiendo el paso de los pacientes que entran y salen.

—Hola. Hola, tío.

Cree se vuelve, pero no reconoce a quien lo llama.

—Eh, Cree. Cree James.

Cree mira hacia la acera de enfrente, donde un aparcamiento de varios niveles arroja sobre la calle una luz a cuadros. De pie en un cuadrado iluminado está Ren. Cree se acerca a él:

—¿Todavía me sigues?

—Me enteré de lo de tu madre. Te he traído algo —dice Ren.

—No lo necesito.

Ren le pasa un paquete largo envuelto en papel de periódico:

—Tu telescopio. Pensé que igual te apetecía utilizarlo. Ya sabes,

desde la ventana y tal. —Se mete las manos en los bolsillos y se da la vuelta. Se pone la capucha de la sudadera sobre el pelo a gurruños.— Espero que estés bien.

Cree lo ve caminar calle abajo y luego vuelve a entrar en el edificio a toda prisa, subiendo a la carrera las ocho plantas y propulsándose hasta la ventana de Gloria. Apunta el telescopio hacia la calle e intenta localizar a Ren, pero el muchacho es un fantasma.

14

Val tiene la impresión de que el señor Sprouse la observa en la cafetería. Está de pie junto a la puerta, cerca de la cola de la comida, con un vasito de poliuretano con café en la mano. Últimamente, ha notado los ojos del profesor de música clavados en ella en el pasillo o en la escalera de entrada del instituto: una mirada que se alarga mucho más de lo que a ella le parecería normal.

Desde la fiesta de Anna, Val ha estado comiendo sola. Las chicas de las mesas contiguas ni se toman la molestia de chismorrear susurrando. Hablan de cuando ella rompió el espejo. Exageran la historia, seguras de que Val no se acercará a corregirlas. Mikey el Irlandés se convierte en su novio, su chulo, un infame camello de crack, un desgraciado con pistola. Val no reúne el valor necesario para decirles a sus compañeras que fue Anna la que llamó a Mikey, esperando obtener de él algo más fuerte que las bolsitas de mandanga que vende. Y lo que es aún peor, hablan de June.

Val levanta la vista de la comida y ve al señor Sprouse dirigiéndose hacia su mesa:

—¿Te importa que me siente?

Las chicas de la mesa de al lado aminoran la cháchara para mirar al profesor de música y a Val, una muchacha tan absurda que solo un profesor es capaz de comer con ella. «Podría ser peor», se dice Val. El profesor que está de pie ante su mesa, esperando respuesta, podría haber sido el señor Landers, el profesor de geometría que alimenta a las palomas de camino al metro, o también podría haberse tratado de la señora Bloodworth, sobre la que todo el mundo comenta que sus alumnas le gustan más de lo que debería. Por lo menos, el señor Sprouse es bien parecido, algo en lo que hasta sus compañeras más maliciosas le darían la razón.

—Adelante —dice Val—. Total, piensan seguir cotorreando.

Los rumores de las alumnas mantienen con vida a June. Se ha oído que fue vista cerca de los sórdidos clubes de estriptís que hay debajo de la autovía, por el parque Sunset. Se dice que se había fugado con un novio mayor que ella. Se asegura que vive en una casa de mala nota al norte del estado.

—Ahora que June ha desaparecido, todos saben todo sobre ella. Se lo van inventando sobre la marcha.

—No hagas ni caso —le aconseja el señor Sprouse.

—Eso es muy fácil de decir. Como si tuviese un millón de amigas más para entretenerme…

—La gente prefiere una buena historia a una tragedia real —afirma el señor Sprouse—. No les prestes atención. —Y planta las manos sobre la mesa, transformando la formica rayada en las teclas de un piano. Se le cierran los párpados mientras interpreta una canción que solo suena en su cabeza.

—¿Qué está haciendo? —le pregunta Val.

—Desconectarlas. —E interpreta otra retahíla de notas invisibles.— Es Bach. ¿Lo oyes?

—No.

—Escucha. —El profesor inclina la cabeza sobre la mesa. Val hace lo mismo. Oye los golpecitos de sus dedos contra el plástico y luego una melodía de cuatro acordes silbada al oído que coincide con las notas. Los labios de él le rozan el lóbulo de la oreja, electrizándole los pelillos. El señor Sprouse retira las manos y las apoya en el regazo.

—Has hecho trampas. Has silbado —lo tutea Val.

—Pero ha funcionado. Ignorar a la gente es un arte. Yo lo hago constantemente. Aunque también es verdad que a mí se me ignora con frecuencia. Le cogerás el tranquillo.

Erin Medina, una rubia de bote que va un curso por encima de Val, se pone a hablar en voz alta, subiendo el volumen para que se la

oiga bien en el abarrotado comedor:

—Pues el fin de semana pasado tuve que ir a Nueva Jersey, ¿sabéis?, por mi hermanito y eso. Quería ir a esa birria de parque temático.

Val se vuelve.

—Ignórala —le dice el señor Sprouse.

—El parque era supertriste, pero seguro que no adivináis a quién vi. —Erin hace una pausa para darle un sorbito a su lata de té helado.— A June.

Val se pone tensa. «Ignórala», repite su profesor de música. Val lo mira, preguntándose si volverá a tocar el piano invisible para ella, si volverá a acercarle los labios a la oreja.

—Se la veía machacada, en plan callejero.

—¿Estás segura de que era ella? —le pregunta una de sus compañeras de clase.

—¿Y por qué preguntas eso? No estoy ciega. Pues claro que era ella. Se ha teñido el pelo de negro. Bueno, pues me acerqué y le dije: «Oye, me encanta tu pelo». Y ella va y me suelta: «Sí, claro, lo que tú digas. Gracias».

—¿Y no le preguntaste nada? —pregunta esa misma compañera.

—¿Como qué? No, estaba con un tío siniestro y mayor que ella —responde Erin.

Val se incorpora. Ignora al señor Sprouse, que trata de hacerla volver a su asiento. Se encamina hacia la mesa de Erin. Las chicas levantan los ojos de la comida. Val agarra a Erin del hombro, tirando de ella para que se dé la vuelta y la mire:

—Eres una mentirosa —le dice Val—. Eres una embustera y lo sabes.

—Estás loca —le suelta Erin—. Y todo el mundo lo sabe. —Mira a sus compañeras en busca de refuerzo.

A Val le arde la cara. Le pica la nariz por la amenaza de unas

lágrimas:

—Sois unas embusteras —les dice a todas. Ya está gritando, a la mesa de las chicas y a todas las de alrededor.

—Lo que decís de June es mentira. Ni siquiera la conocíais. Ella nunca haría nada de lo que contáis.

Erin y sus amigas se echan atrás en sus asientos, como si temieran que Val las fuese a pegar o a escupir.

No hay manera de contener las lágrimas. June no anda por ahí con un novio mayor y peligroso. No está haciendo cola para subir a la montaña rusa. No ha empezado a maquillarse a lo gótico. Ni se ha cortado el pelo ni se lo ha teñido.

—June está muerta —grita Val—. Está muerta.

Y toda la cafetería se queda en silencio. Varios profesores se levantan y se dirigen hacia ella.

«June está muerta.» Eso es lo que hay. Y, en cuanto lo dice, Val sabe que es cierto. Da igual cuántas vigilias se celebren y cuántas asambleas especiales organicen. Da igual cuántas compañeras de clase afirmen haberla conocido y cuántas traten de reinventar la vida de June por pura diversión. No hay canciones, rituales, altares o plegarias capaces de cambiar la realidad. June está muerta. Y está magullada, hinchada, rígida, putrefacta. Exactamente como se le apareció a Val en el espejo, pero de verdad. Y es culpa suya.

—Y ninguna de vuestras estúpidas mentiras va a cambiar eso —grita Val mientras arroja al suelo de un manotazo la bandeja de Erin.

Sale corriendo hacia la puerta de la cafetería. Nadie la detiene. Nadie impide que salga del edificio. Al final de la calle, se da la vuelta para ver si el señor Sprouse la está siguiendo, pero allí no hay nadie. Luego dobla la esquina y se dirige hacia Red Hook.

Ya ni se molesta en ver si se cruza con Cree. Se ha mantenido tanto tiempo alejado de ella que ya no confía en él. Acaba en el parque que hay cerca del muelle Valentino. Se detiene ante el altar

de June, al pie del muelle. La fotografía escolar de June está rayada y descolorida. Los jarros de cristal y los recipientes de las velas de los últimos siete días están llenos de lluvia. Menuda estupidez haber pensado que esos rituales pueriles harían volver a June, haber creído que sus jueguecitos idiotas, su orden y su organización pudieran tener la más mínima importancia en algo que ocurrió hace meses.

Val coge una fotografía de June. Limpia la porquería del cristal rajado. Le da un golpe al marco y, al rematar el cristal, se le reabren las heridas de los nudillos.

Corre hasta el final del muelle. Sostiene el marco como un disco volador y lo arroja al agua, en dirección a la isla Governors. Da unas vueltas en el aire antes de estabilizarse, trazando un arco limpio en el espacio, para luego estrellarse contra el agua.

De regreso a casa, pasa junto al Dockyard. Las ventanas están empañadas y, cuando se abre la puerta, aparece un interior peligrosamente oscuro que huele a madera podrida y cerveza rancia. Sabe que el señor Sprouse lo frecuenta. Lo ha visto en el exterior del local, fumando y hablando con un par de esos tipos con pinta de artista hecho polvo que sacan de sus casillas a Paulie. Su padre la mataría si acaba entrando. Tampoco es que ella sea capaz de reunir el valor necesario para hacerlo, pero desea que el señor Sprouse le vuelva a susurrar al oído para que así pueda ignorar a sus compañeras de clase y también abandonar bajo la superficie los recuerdos de June y encontrar una manera de salir adelante sin ella.

Una vez en casa, Val se limpia la sangre de los nudillos. Luego agarra las tijeras para las uñas de Rita y se pone a cortarse el pelo. Ve cómo los mechones caen en la pila. Corta lo que cree que son rizos enredados. Luego pasa a la parte de atrás, arrancando pelo a montoncitos y tirándolos al retrete. Le duelen los brazos. El pulgar y el dedo medio le hacen daño al rozar las pequeñas asas de las

tijeras.

Desde la fiesta de Anna DeSimone, Val ha estado evitando el espejo. Se lava la cara y los dientes con la vista clavada en la pila del lavabo. No quiere encontrarse con June mirándola. Deja caer las tijeras y empuja con las manos los restos de su cabello. Le pasma su propio reflejo, cómo la falta de pelo hace que el cuello parezca más largo, la frente más ancha y las orejas más saltonas.

Sus padres están sentados en el salón, viendo una serie policiaca.

—¡Por el amor de Dios, joder! —dice Paulie cuando la ve de pie en el umbral del salón.

La muchacha se refugia en la cocina, pero su padre la atrapa. Le da la vuelta para que se miren de frente:

—Parece que te hayas fugado del manicomio.

Val se quita de encima a su padre, que huele a loción para después del afeitado.

—¿Por qué te empeñas en que todo el mundo piense que estás un poco loca? —Paulie le pasa una mano por el pelo a su hija.— ¿Qué cojones voy a hacer contigo?

—No tienes que hacer nada.

—¿Voy a tener que aguantar a una hija que parece esquizofrénica? ¿Tú crees que me apetece que la gente del barrio piense que Paulie Marino tiene una hija que parece una yonqui?

—No parezco una yonqui.

—Vaya que sí. Pareces una de esas chifladas que se pasan toda la noche en el bar. ¿Esa es la vida que quieres? Yo no pienso tener de hija a una borrachuza cualquiera. Eres una chica preciosa. Eres mi chica preciosa. —Y le tira del pelo de nuevo.— Y esto lo arreglo yo ahora mismo.

Paulie es famoso en su cuartel de bomberos por sus buenos cortes de pelo. Los chicos lo llamaban Vidal Sassoon hasta que les dejó meridianamente claro a quién podían llamarle Vidal Sassoon, pero

siguió cortando el pelo, otorgando al corte reglamentario un toque del que los colegas se sentían orgullosos.

Val espera hasta que Paulie vuelva con la maquinilla de afeitar, las tijeras, la toalla y un cuenco de agua. Cuando Paulie reaparece, abre la puerta que da a las escaleras de entrada y saca a empujones a su hija.

—¿Me vas a cortar el pelo aquí? —Val mira a ambos lados de la calle.

Maureen, la terapeuta artística que heredó de su abuela la casa de al lado, está regando las plantas. Tiene dos perros peludos que parecen ovejas sucias. Paulie guarda las distancias con ella. Le da lo mismo que su padre fuese estibador y miembro de Veteranos de Guerras Extranjeras. Le da igual que su abuela fuera quien organizara los mercadillos de la Iglesia de la Visitación de la Santísima Virgen María. Maureen se ve con un hortera de las Casas, un negro zalamero que la visita últimamente y se queda a pasar la noche. «Se trata de poner límites. Los bloques están a un lado y el barrio al otro», explica Paulie.

Paulie ignora a Maureen mientras sienta a Val en el peldaño inferior. Paulie está un par de escalones por encima, le pone una mano en la cabeza, cubriéndola así con su rugosa palma, y se la pega al pecho. Pone en marcha la maquinilla y se la pasa a Val por la base de la cabellera. Las orejas le vibran y la piel afeitada le pica.

Val siente los dedos de su padre en la cabeza, el placentero dolor que le producen al tirar de sus mechones más largos. Le gusta la manera en que sus enormes manos le frotan el cabello, buscando la simetría en la chapuza que ella acaba de hacerse. Finalmente, Paulie se pone de pie y se coloca delante de su hija para igualarle los ricitos:

—Tienes un poco de pinta de chico, pero ya no pareces una loca.

Maureen ha acabado de regar las plantas.

—Bonito corte de pelo —comenta.

Val se queda mirándola, tratando de dilucidar si esa señora de los espantosos rizos canosos y larga falda de batik se está burlando de ella.

—He dicho que bonito corte de pelo —insiste Maureen—. No hay muchas chicas a las que les quede bien el cabello corto. Tienes suerte.

¿Suerte? Maureen está más loca de lo que ella pensaba.

Al anochecer, empieza a llover. Val yace en su cama, tirando de lo que le queda del pelo, escuchando el viento propulsado por el agua. La ventana hace ruido. Descorre la cortina para ver la tempestad.

Hay alguien frente a la iglesia convertida de la acera de enfrente. Val puede sentir que esa persona está pendiente de su ventana. Al principio cree haber convocado a June, cree que al perder la esperanza en su regreso la chica ha vuelto. Abre del todo la cortina. Se mueven las parras y el observador desaparece de su vista.

Val corre la cortina y apaga la luz de la mesilla de noche. A continuación, atisba por el pequeño hueco donde la cortina no llega al marco de la ventana. El observador da un paso adelante. Val no puede verle el rostro, pero luego, de pasada gracias a una llama, distingue al señor Sprouse. El fuego se apaga y es reemplazado por la brasa de un cigarrillo. Val se agacha en el suelo, sin atreverse a mover la cortina mientras observa a su observador, encantada de que le monte la guardia hasta debajo de la lluvia.

15

Por las mañanas, Fadi ya no camina desde el metro, sino que toma el autobús, y se sienta a la derecha, junto a una ventanilla, esperando que el conductor mantenga la velocidad necesaria para dar vida al trabajo de Renton.

Cuando su prima Heba le echa una mano en la tienda, Fadi recorre apresurado las Casas hasta llegar a la calle Smith. Se planta enfrente de las columnas pintadas, achina los ojos y mueve la cabeza de derecha a izquierda, a ver si consigue que el saltador de Ren atraviese el muro. Hace un poco de *jogging* por la manzana. En la esquina, tiene que sentarse para recuperar el resuello. Al final, una mujer asoma la cabeza por la fábrica de caramelos y lo mira fatal. A pleno día, la pintura de Renton no es más que una mancha negra sobre fondo blanco.

Fadi busca una manera de plasmar el mural en su boletín, pero su cámara digital solo capta la fachada durmiente del edificio, de manera que escribe un articulillo para contar a los vecinos lo del mural, animándolos a buscar arte en sus edificios. «Hecho Polvo —dice— captura la belleza de Red Hook.»

Desde la mañana en que se cruzaran en la calle Smith, Renton se ha dejado ver bastante por la tienda. Fadi no puede ignorar el hambre del muchacho, la manera en que lo mira cuando él come, siempre sin pedir nada y esfumándose hasta que Fadi ha terminado con las costillas deshuesadas y el arroz frito o la pizza mediana de chorizo, para luego reaparecer justo a tiempo de hacerse con las sobras.

Fadi le pasa chapucillas a Ren. Le ofrece treinta pavos por fregar la trastienda y así el chaval puede utilizar el fregadero para lavarse un poco. Le suelta otros veinte por recolocar la cerveza en las neveras, las de importación a la izquierda, las nacionales a la derecha, las

carísimas de fabricación casera al nivel de la vista, las más cutres y baratas bien abajo. Ren siempre rechaza la oferta de Fadi para encargarse de la caja registradora. «Prefiero trabajar en la retaguardia», le dijo una vez.

Ren suele dedicarse a sus tareas cuando la tienda está vacía. Si aparecen clientes, acostumbra a encontrar algo que hacer en la trastienda. Durante uno de sus turnos de tarde, encuentra un limpiacristales y se pone a fregar los de las neveras. Cuando acaba, se sube a una escalerilla y retira todo el papel higiénico y las servilletas de papel que puede para limpiar la parte superior de las neveras. Al terminar, vuelve a colocar meticulosamente en su sitio todo ese material.

—Nadie mira ahí arriba —le dice Fadi.

—Los barcos están a punto de arribar, jefe —responde Ren—. Toda precaución es poca.

Está obsesionado por el orden, por cerciorarse de que los productos de Fadi están debidamente espaciados y exhibidos con pulcritud. Es aún más meticuloso que su jefe, pues comprueba dos veces las baldosas blancas para asegurarse de que no estén sucias. La tienda está más limpia y los estantes mejor organizados que nunca.

Ren termina de recolocar el papel higiénico y las servilletas de papel y empieza a ordenar la cerveza de las neveras. Se asegura de no dejar los dedazos en el cristal recién abrillantado. Ya casi ha acabado cuando entra el borrachuzo de siempre. Al ver a Ren, se queda tieso.

—Cerveza —dice, señalando primero a Fadi y luego hacia el fondo de la tienda—. Quiero mi cerveza. Es la hora. —Se toca la muñeca.

Ha hablado en español, Fadi le dice que lo pida en inglés.

—Cerveza. *Beer.*

—Para ti siempre es la hora de la cerveza —le dice Fadi medio en

inglés, medio en español, antes de señalar hacia el fondo.

—No. —El alcohólico se balancea de un pie a otro.

—¿No?

—Tú —le dice a Fadi en español, señalándolo.

—¿Yo qué? Pilla la birra y calla.

—Tráeme mi cerveza. —El borrachuzo sigue dirigiéndose a él en español.

—¿Cómo? —dice Fadi.

—Quiere que le traigas la cerveza —traduce Ren, que está a medio pasillo.

El borrachuzo deja de bailotear y retrocede unos pasos, como si le hubiesen picado.

—Haz el favor de coger tú mismo la cerveza —le pide Fadi. Ha estado considerando la posibilidad de prohibirle la entrada para siempre. Pretende librarse de él antes de que amarren los cruceros.

El borrachuzo camina de puntillas hacia atrás hasta quedarse plantado fuera de la tienda. Cruza los dedos y se los mete en la boca. Está bloqueando la entrada. Señala a Fadi con el dedo: «La recompensa es mía», le dice en español. Va dando saltitos con los pies como si caminara sobre brasas. «La recompensa es mía.» Cada vez chillaba más. Fadi ya tiene bastantes problemas para mantener a sus propios clientes y atraer a algunos nuevos como para tener que aguantar a ese tipo.

—¿Quieres tu cerveza o no?

—Sí.

—Pues píllala y lárgate.

El borracho mira a Ren y menea la cabeza. «La recompensa es mía», insiste. Fadi ve a dos chicas que cruzan la calle y entran en la tienda de los puertorriqueños.

—Renton, elígele una cerveza —dice Fadi.

—No, no. —El alcohólico señala a Fadi.— Tú.

Fadi se acerca a una nevera y saca una botella de Bud. Cuando vuelve con la cerveza, el borracho sigue tapiando la entrada y mirando a Ren, para luego trastabillar hacia atrás cuando este le devuelve la mirada. Fadi le pasa la cerveza. El borrachuzo la agarra, deja un par de billetes arrugados sobre la mano del tendero y sale pitando. Al salir, arranca el cartel de June, lo arruga y se lo mete en el bolsillo de la gabardina.

Fadi se lanza tras él.

—Tranquilo, jefe —le dice Ren—. La chica ha desaparecido. Solo los codiciosos se preocupan por la recompensa.

—¿Tú pasarías del dinero si la encontraras? —le pregunta Fadi.

—No. —Ren se mete las manos en la bolsa de la sudadera.

Ren se acerca al expositor de plexiglás de la barra en el que Fadi engancha sus recortes. Señala la imagen del *Queen Mary* amarrado en la terminal de cruceros de Red Hook.

—Olvídese de la chica, jefe. ¿Ve eso? Ahí es donde está el dinero. Tiene que estar preparado. Póngase en modo barco.

Mientras Ren hace el inventario de los refrescos, Fadi abre el buzón de sugerencias y revisa las quejas de la semana. Entre las veinte hojas de papel, solo una hace referencia a June:

«Mañana se cumplirán dos meses de la desaparición de June Giatto. Por favor, enciende una vela por ella.»

Fadi saca su viejo ordenador portátil y se pone a apuntar los agravios procedentes de todo Red Hook: la gente de las Casas que quiere que le arreglen la farola, los devotos de la verdura que quieren que la gente deje de colarse por la noche en el huerto, el vecino que quiere que cierren el Dockyard…

Hay dos propuestas que le hacen reír:

«Oye, Hecho Polvo, como me vuelvas a marranear mis cosas, voy a ir a por ti.»

«Será muy creativo, pero el grafiti es un delito y Hecho Polvo es un

vándalo. Basta de ensuciar los edificios.»

Ren termina con los refrescos y se sienta en una silla plegable con los periódicos. El crujido que hace al pasar las páginas añade un ritmo agradable al trabajo de Fadi, quien ya casi ha acabado de catalogar las quejas de la semana cuando extrae una sugerencia de la caja que le hace renegar en voz alta.

—¿Todo bien, jefe?

Fadi asiente y Ren vuelve al diario:

«Estimado ciudadano de Red Hook, ¿sabías que nuestro autoproclamado portavoz del barrio tiene empleado en su tienda a un delincuente peligroso?»

Fadi se queda mirando la hoja de papel. Le da la vuelta. Está escrita en un trozo de folio. La letra no le dice nada. Arruga el papel y lo tira a la basura. Es la primera vez que rechaza una de esas colaboraciones, pero calificar a un artista del grafiti de delincuente peligroso resulta ridículo hasta para el tono de su boletín.

Fadi llama al asador que hay al otro lado de la autovía. Para cenar pide pollo, costillas y algo más a la barbacoa. Más todo tipo de guarniciones. Quiere que Ren se ponga las botas, que coma para mañana y para pasado mañana. Coloca las sillas plegables bajo el toldo y mete un par de cervezas en sendas bolsas marrones. Quiere que Christos y el borrachuzo lo vean compartir su cena. Quiere que se entere todo el barrio de que no está solo. De que no es un desconocido. De que tiene un aliado.

La última oleada de trabajadores matutinos ha desaparecido Van Brunt arriba y los autobuses se han ido espaciando hasta alcanzar su ritmo habitual de media mañana cuando Fadi oye que alguien lo llama. Deja a un lado *El Diario* y va hacia la puerta. El griego está de pie ante su restaurante, haciéndole señales para que se acerque.

—Ven —le grita, agitando ambas manos.

Fadi señala hacia su mostrador, para decirle así al griego que ahí hay mercancía susceptible de ser robada. Mejor que venga el griego a verlo a él. Y luego señala el cruce de Visitation. El griego se encoge de hombros. Fadi vuelve al interior de su tienda y llena dos vasos de café.

Quedan en mitad de la calle. El delantal de Christos tiene manchas de aceite y de una salsa roja. Huela a cebolla frita. Fadi le ofrece el café, pero el griego lo rechaza con un gesto de la mano, dejándolo así con un vaso en cada una de las suyas.

—¿Crees que puedes prescindir de mi información? —le pregunta el griego—. ¿Pasas de publicarla en tu boletín?

—Yo publico todo —afirma Fadi.

—Todo lo que no tenga ninguna relación con tu negocio.

—¿Fuiste tú el que escribió lo de Renton? Pintar un mural no lo convierte en delincuente.

—¿Mural? ¿Y yo qué sé de un mural? —El griego se limpia las manos en el delantal.— Yo solo sé lo que me cuenta Esteban.

—¿Y quién es Esteban?

El griego tuerce la cabeza hacia el Cruise Café, donde el borracho bajito atisba desde la puerta principal:

—Dice que tu empleado es un delincuente. Un tipo peligroso.

—¿Y qué se supone que ha hecho?

—Matar.

Fadi arroja el café de más a la calle.

—Creo que el barrio tiene derecho a saberlo —sentencia Christos.

—¿Y a quién ha matado?

—¿Quieres que les diga a mis parroquianos que tú publicas únicamente las noticias que te gustan?

—Si puedes demostrar que es así, lo incluiré en el boletín.

—Sí, claro, claro —dice Christos—. Te estás cargando tu propio negocio. ¿Y ni siquiera te preguntas por qué?

—¿Por el boletín? El boletín es para el barrio. Es para mis clientes. —Un coche intenta pasar de Visitation a Van Brunt. El conductor toca el claxon y luego se asoma por la ventanilla, fijándose en todo. Fadi y el griego se pasan a la acera de este.

—¿Te preocupas de hablar con tus clientes antes de ponerte a escribir? Conviertes los asuntos ajenos en propios. Les dices lo que tienen que hacer. Dónde tienen que ir. ¿Y la vigilia por la chica desaparecida? Pues que lo sepa el mundo entero.

—Era un servicio público.

—Para su público. —Tuerce la cabeza Visitation abajo, hacia la casa de los Marino.— ¿Crees que les gusta que anuncies el acto que han organizado por su hija en la iglesia? ¿O que publiques tus teorías sobre su tragedia? Tú limítate a vender café y periódicos, así te irá mucho mejor.

Fadi le da un sorbo a su café.

—Gracias por el consejo —dice, regresando a su tienda.

—Y mi información la publicas —le grita el griego—. O la sacas o yo mismo la hago saber a todo el mundo.

Fadi no entiende por qué el griego confía tanto en el borrachuzo.

Dos chicos que han hecho novillos acechan las chocolatinas. Cuando Fadi reaparece, salen por piernas de la tienda. Fadi se sienta en el taburete tambaleante y pilla su último boletín. Las quejas que dejan en la caja aumentan, pero la clientela va bajando. Le da la vuelta a la publicación y se queda mirando fijamente la fotografía de June. No aparecerá. Las noticias y el barrio ya han pasado página.

Cuando llega Ren, Fadi no menciona su conversación con Christos. De vez en cuando, el borracho aparece bajo el toldo del griego y baila sin moverse de sitio, mordiéndose los dedos y señalando la tienda de Fadi.

—Hoy está pesado el canijo —dice Ren.

Para cenar, Fadi pide pizza. Hace demasiado frío para comer fuera,

así que Ren y él se sientan tras el mostrador. Ya casi han acabado cuando algo se estrella contra el escaparate. El cristal se raja. Fadi sale corriendo. La acera de enfrente está vacía. Desde la calle, ve deslizarse el cristal de la ventana y hacerse añicos en la acera y en el interior de la tienda.

Un trozo retorcido de metal yace en el suelo del colmado. Hay esquirlas de cristal sobre la bandeja de las pastas, la nevera de Coca-Cola y el suelo de delante del mostrador.

La tienda se inunda de ruidos callejeros. Entra a lo bestia el aire nocturno, agitando los periódicos y casi llevándose por delante lo que hay en la tabla del boletín. Fadi mira hacia el griego. El Cruise Café está cerrado. La gente que está a la entrada del bar cruza hasta el medio de la calle para ver mejor lo ocurrido. Cuando se percatan de que nadie ha salido herido, regresan a su puesto. Los puertorriqueños no aparecen por allí.

El escaparate, que mide más de tres metros de largo por uno y pico de alto, será caro de reemplazar. Y hará falta una semana para conseguir que alguien pueda hacerlo. Fadi se masajea los ojos con las manos.

Ren y él supervisan los daños. Se hacen con una escoba y se cargan con el mango los cristales que quedan en el marco.

—Cuente conmigo, jefe —dice Ren.

Fadi tendrá que sobrevivir una semana con la persiana bajada. Entre los anuncios pegados al cristal y las neveras apoyadas en él, el escaparate roto no dejaba pasar mucha luz, pero con la persiana chapada parecerá que la tienda está cerrada.

Ren se encarga del último trozo grande de cristal. Saca del sótano la aspiradora industrial y la emprende con los cristales pequeños que se han quedado debajo de las neveras:

—¿Confía en mí, jefe?

—Pues claro —le responde Fadi.

—Páseme cien pavos y me pongo a ello. Necesitamos material.

Fadi le da al chaval un billete de cien y un par de veinte que saca de la caja registradora, confiando en que se quede el cambio de lo que piensa comprar y lo invierta en unas camisetas nuevas.

—Volveré antes de que abra.

Fadi se encarga del mostrador hasta las once. Su único cliente es Jonathan.

En el sótano hay un catre para sobrellevar situaciones de emergencia. Fadi solo lleva durmiendo un par de horas cuando oye pasos por encima de su cabeza. Asciende tan deprisa los empinados peldaños del sótano que arranca la barandilla de la pared. Ren está plantado ante el escaparate roto. Sostiene en cada mano una bolsa de la ferretería Nuthouse, ese negocio abre las veinticuatro horas del día.

—Tranquilo, jefe —dice—. No quería molestar.

Fadi se frota los ojos:

—¿Qué estás haciendo?

—Teniendo en cuenta que va a estar bajada un tiempecito, me dije que sería mejor adecentar un poco la persiana, si es posible hacerlo. Solo unos retoques. Ya sabe, para atraer a la clientela en vez de ahuyentarla. —Deja las bolsas en el suelo y añade—: Por cierto, ¿este local cómo se llama?

—Hafiz Superette —le informa Fadi.

—¿Y qué coño es un Hafiz?

—Así se llama mi padre.

—¿Y alguien de por aquí está al corriente?

—No creo.

—En ese caso, ¿cómo quiere llamarlo?

—¿Quieres que le cambie el nombre ahora mismo?

—A ser posible, sí —dice Ren.

Fadi se queda mirando el toldo nuevo que encargó Christos cuando

rebautizó su restaurante como Cruise Café. Ese nombre olía a desesperación y a pretensiones excesivas, ese nombre parecía pasar de los vecinos de Red Hook en beneficio de los turistas.

—Venga, jefe —le urge Ren.

—The Daily Visitation.

Ren asiente con la cabeza en señal de aprobación y agita el espray. Fadi contiene la respiración mientras el aerosol ataca la verja por primera vez. Aparece un largo arco blanco que va hacia la izquierda, como el paréntesis de entrada.

—¿Y eso qué es?

Ren no se da la vuelta.

—¿Qué es eso? —insiste Fadi mientras Ren pinta una raya a la izquierda del arco y luego baja el espray.

—Me está haciendo sudar —dice—. ¿Confía en mí o no?

—Confío en ti.

—Pues se comporta como la policía. ¿Ya no tiene sueño?

Fadi deja solo a Ren y atraviesa el oscuro interior de su colmado. Con la persiana bajada, aquello parece una cueva. Duerme mal. Se levanta a las cinco y media. Se hace con la pasta y un cepillo y se lava los dientes en el fregadero industrial. Una vez arriba, Fadi prepara café y pone unas pastas en una bandeja. Se hace con una silla plegable de la trastienda y la saca a la calle. Coloca la bandeja de pastas y un vaso grande de café junto a Ren, que no levanta la vista de su tarea.

Ren ha pintado la mitad trasera de un barco de cruceros. La nave ocupa la persiana a todo lo largo. Está zarpando desde el barrio, bajando por Visitation en dirección a la terminal de cruceros. La mitad del puente superior y dos de las chimeneas son perfectamente visibles. Cuelgan a un lado los botes salvavidas. En la popa puede leerse el nombre del barco: *The Daily Visitation.*

Fadi retrocede unos pasos para verlo mejor. Los colores duros del

barco se ven compensados por el cielo cristalino y el agua de un eléctrico azul verdoso.

—Camine —le dice Ren, señalando hacia la calle.

Fadi obedece. Al andar, las arrugas de la persiana dan vida al barco, haciéndolo bogar y cimbrearse, navegando sin moverse de Visitation. El agua que rodea al barco se mueve al pasar Fadi.

Ren no espera la aprobación de Fadi.

—Es la bomba —afirma y, entonces, empieza a tutearlo—: Ahora ya estás preparado. Nadie del barco va a pasar de largo por aquí.

Fadi camina adelante y atrás, examinando el buque desde distintos ángulos, cerciorándose de que se anima cuando te acercas desde cualquier dirección. Dos empleados del peaje vienen desde el griego para verlo mejor. Cuando ya lo han visto bien, compran dos cafés grandes, los periódicos y unos panecillos de mantequilla. Cuando se marchan, Fadi le pregunta a Ren:

—¿Desayuno?

Ren se limpia las manos en la sudadera, añadiendo más porquería a las manchas de pintura que ya lucía la prenda. Se mete un dónut en la boca y pilla un par más. «Tengo que dormir. Necesito regenerarme.» Baja por Van Brunt hacia el agua. Fadi lo ve marcharse. «Creo que ahora ya estamos preparados para el barco, jefe —le grita Ren—. Tú y yo le vamos a dar la bienvenida a Nueva York a ese mastodonte.»

Cuando ya no puede ver a Ren, Fadi se dedica a patearse el pavimento que hay ante la verja para ver cómo el barco se mueve y se balancea. La gente se detiene ante la obra de Ren. Hay un tipo que a punto está de perder el autobús. Christos sale a la puerta de su restaurante y despotrica de Fadi en griego.

16

Unos minutos después de que suene la campana, llaman a la puerta del aula de Jonathan. Val está ahí fuera, con un documento en la mano:

—Me han pasado a su clase, señor Sprouse. Supongo que le parece bien.

Jonathan puede oír el retumbar arrítmico y la reverberación metálica de una pelota de baloncesto al ser driblada en el gimnasio que hay abajo. Se muestra dubitativo mientras observa el peculiar corte de pelo de Val, que le recuerda a alguna estrella de cine de los sesenta, y luego se hace a un lado para dejarla entrar. Las demás chicas inclinan la cabeza al unísono, separándose un poco para que ella pueda abrirse camino entre sus pupitres. Val se hace con un sitio al fondo de la clase, junto a la ventana.

Jonathan le da al *play* del equipo de música y la voz de su madre inunda el aula. Sabe que debería retirar los discos de Broadway de su madre e iniciar a su alumnado en algo así como *Le nozze di Figaro, La flauta mágica* o *Las variaciones Goldberg,* música que valga la pena enseñar, pero desde que encontrara a Val debajo del muelle, se siente atraído por la música de su madre, como si al poner sus discos pudiese rescatarla a ella también.

Val se balancea en su pupitre.

—Eh, Val, no te cargues esa ventana como te cargaste el espejo de Anna.

Jonathan levanta la vista y pilla a dos alumnas, Stacy y Meredith, mirando a Val.

Se lleva un dedo a los labios. Si sus alumnas apenas soportan su clase, ¿por qué debería importarle que distingan un *adagio* de un *allegro* o un recitativo de un aria? Usan su aula para dormir o ponerse al día enviándose mensajes de texto. Cuando los susurros

alcanzan el nivel de la conversación, Jonathan sube el volumen del tocadiscos para que tengan que gritar si quieren hacerse oír.

Las chicas se juntan un poco más:

—Sigo sin dar crédito a lo hecha polvo que estaba en esa fiesta.

—No deberíamos haberla invitado. —Y vuelven a mirar a Val.

Durante un par de semanas, las chicas de la clase de Jonathan han estado cuchicheando contando que una alumna que se colocó terminó atravesando el espejo de un baño con el puño. Él ha oído hablar de transgresiones más graves, pero el colegio parece haberse centrado en esa historia.

Jonathan se acerca a Stacy y Meredith:

—Si pensáis seguir hablando, sería mejor que lo hicieseis en el despacho de la hermana Margaret.

—Lo siento —dice Stacy.

—Sí, perdón —añade Meredith, antes de separar su silla de la de su amiga.

—Ya es un poco tarde para lamentarlo —replica Jonathan—. Largo de aquí.

La clase entera se queda mirándolo. El corazón le late con rapidez y los dedos le pican al señalar la puerta.

—¿Cómo? —protesta Stacy.

—He dicho que os larguéis. ¿Acaso nunca os han echado de clase?

—En el instituto no.

—Arreando.

Las chicas dudan. Jonathan se sitúa detrás de sus sillas y agarra los respaldos de plástico. Empuja las sillas hacia adelante. Las chicas se ponen de pie, recogen sus mochilas y se encaminan hacia la puerta.

Jonathan se sienta en la banqueta del piano y junta las manos para que no se note que le tiemblan:

—¿Hay alguien más que tenga algo que decir? ¿Me estoy perdiendo algo? ¿Es mucho pedir que os quedéis sentadas y escuchéis la

música en silencio? O igual es demasiado difícil. Igual sí que es mucho pedir. Igual alguna de vosotras tiene una historia sobre la fiesta del último fin de semana que necesita contar. O igual este es el momento de compartir alguna información trascendental sobre la conducta de una de vuestras compañeras. Igual, como esto no es ni matemáticas ni historia y no tenemos deberes, resulta que es el momento ideal para que comentéis vuestras resacas o lo guays que sois por resistir mejor los chupitos que vuestras amigas.

Las chicas se agitan en sus pupitres. Algunas miran al suelo. Unas parecen avergonzadas, otras se sonríen. A Jonathan le da lo mismo.

—Pues ahora os sugiero que os calléis de una puta vez y escuchéis *Cabaret.* —Jonathan se hunde ligeramente en la banqueta del piano. Lo más probable es que alguna de las chicas se chive a la directora, pero se dice a sí mismo que lo hecho hecho está. Sube el volumen todo lo que puede para no tener que escuchar sus propios pensamientos.

Cuando suena la campana, Val se acerca al piano:

—¿Señor Sprouse? —Pasa una mano a lo largo del acabado en laca negra.— No le dé importancia.

Antes de que pueda retirar la mano, Jonathan se la coge. La aprieta, sintiendo sus dedos largos y delicados y su suave palma, intentando borrar las palabras de sus compañeras de clase. Val se queda mirando las manos de ambos y luego aparta las suyas:

—Me tengo que ir, señor Sprouse.

Y se va dando un portazo. Jonathan escucha los ruidos del instituto al vaciarse, las voces que suenan escaleras abajo hasta salir a la calle. Aunque está convencido de que lo pillará el inminente chaparrón, al salir del edificio Jonathan decide volver a Red Hook caminando.

Es viernes y la lluvia trae consigo una melancolía propia del fin de semana. Pronto estará en el bar, perdiendo el tiempo hasta que vaya

a la ciudad para acompañar al piano a Dawn y trasnochar y dormir la mona por la mañana, pero, de momento, durante esas manzanas entre Carroll Gardens y Red Hook, puede aferrarse al silencio y la calma, al vacío gradual del viernes, a la lenta liberación antes de volver al tajo. A lo largo de dos manzanas, puede aparentar que solo es otro currante que vuelve a casa al final de su se-mana laboral, dispuesto a descansar más que a arrojarse al fin de semana.

El puente para peatones carente del menor encanto que domina seis carriles de tráfico reptante está vacío. No falta mucho para que la autovía se ralentice hasta llegar al atasco: tráfico encadenado como vagones de metro, con los ruidos del movimiento sustituidos por firmes y quejosos bocinazos.

Al final del camino, Jonathan atisba a Val. Está a media calle, con la falda pegada a las piernas por el viento. Al principio considera la posibilidad de dar media vuelta y enfilar una ruta diferente. Recuerda las delicadas manos de la muchacha entre las suyas por un brevísimo espacio de tiempo: un gesto inocente que deja de serlo con facilidad.

Ella mira hacia atrás y aminora la marcha hasta que ambos están al mismo nivel. Jonathan se cambia el paraguas de una mano a otra para proteger así a Val de la lluvia. Val se acerca más a él. Jonathan mira por encima del hombro para ver si hay alguien más en esa manzana. Los pasos de ambos se sincronizan.

—¿No era usted el que me decía que ignorase a los demás? —dice Val.

—Estaban molestando en clase.

—¿Sabe una cosa, señor Sprouse? Ahora que June no está, puede que sea usted la persona que mejor me conoce.

—No hace falta que me llames señor Sprouse fuera de clase.

—Vale, pero tú sabes más de mí que nadie.

—Estoy seguro de que eso no es verdad —responde Jonathan.

Se pregunta si Val lo habrá visto fuera de su ventana, observándola desde detrás de la verja cubierta de parras de la iglesia abandonada, cerciorándose de que no echa a correr calle abajo hasta el agua u otros lugares en los que él no pueda protegerla.

—Hasta sabes lo de mi primer beso —le dice Val—. Tú estabas allí. Lo viste. Junto al muelle. Eres la única persona que lo sabe.

Cruzan de Carroll Gardens a Red Hook, donde el viento ya está haciendo gemir los cables del teléfono. La lluvia cae con ganas. Aún no son las cuatro, pero el cielo ya luce un color azul carbón. Las azoteas de las Casas de Red Hook son invisibles bajo la tormenta. Val se acerca más a su profesor, arrebujándose bajo el paraguas.

—June siempre me lo contaba todo —le dice—. Y ahora que por fin tengo un secreto que explicarle, no está aquí. No es justo.

—Siendo así, ¿te apetece escuchar uno de mis secretos?

—Sí —responde Val—. Cuéntame algo bueno.

Jonathan se palpa el bolsillo en busca de un pitillo, pero se lo piensa mejor. Podría hablarle de Dawn, la *drag queen* que quizá sea su mejor amiga, pero la chica es como un libro abierto y contará vida y milagros al primero que encuentre en el metro. Podría hablarle a Val de su padre, con el que no ha cruzado una palabra desde que muriera su madre, podría decirle que su padre hacía la vista gorda ante los coqueteos de Eden. Pero esos secretos no le pertenecen. De hecho, como tiene tan pocos amigos, es difícil compartir secretos.

—Hay una camarera con la que me acuesto una vez al mes.

—¿Ah, sí?

—Eso es todo. ¿No te parece suficiente como secreto? —le pregunta Jonathan.

—No —responde Val.

—Vale, vale. Nunca lo disfruto.

—¿De verdad? —Val deja de caminar.

—Pareces satisfecha.

—No, pero sí es un buen secreto.

A Jonathan se le arquea el brazo de sostener el paraguas. Se nota cansados los músculos por el esfuerzo de guardar las distancias con Val. Teme que si se relaja demasiado, la colisión accidental de sus caderas le resulte demasiado agradable.

Desde el final de la manzana puede distinguir el resplandor de neón del escaparate del Dockyard reflejado en la acera mojada. El banco que hay fuera del bar está vacío. Se detienen ante el portal del profesor. Val espera antes de salir de debajo del paraguas. Cuando la chica se marche a su casa, Jonathan sabe que se verá obligado a saber qué tal está. Se quedará plantado ante su ventana, manteniéndola a salvo, hasta que tenga que acompañar a Dawn.

—Si tienes deberes o cualquier otra cosa que hacer, puedes hacerlo aquí —dice Jonathan, señalando la puerta de entrada de su edificio.

—Estupendo… Jonathan. —Val deja el nombre de su profesor colgando entre ambos antes de seguirlo por el rellano.

Antes de abrir la puerta de su casa, Jonathan repara en la impresión que puede causarle su apartamento a alguien que no esté acostumbrado a presenciar el insomnio de toda una semana: los vasos de whisky de culo grueso, el montón de cajas de cedés vacías, la cama hecha un gurruño, la grasienta almohada del sofá.

—Bonito lugar —observa Val.

—Es una cueva. —Jonathan recoge unos vasos de la mesita de centro y se los lleva al fregadero.

Val arroja la almohada de vuelta a la cama y toma asiento en el sofá.

—Pues nada —dice, y pone los pies encima de la mesita.

Jonathan se desplaza hasta el extremo del estudio y abre una ventana que da a la salida de incendios. Enciende un cigarrillo. Le da tres profundas caladas y luego lo arroja al jardín de cemento que

hay abajo.

—Tú tranquilo —le dice Val—. Mi madre fuma.

—La mía también fumaba.

—¿Lo dejó?

—No, se ahogó.

Val deja caer los pies al suelo y se incorpora en el asiento. La boca se le abre y se le cierra.

—Dios bendito. ¿De verdad?

—Estaba borracha. Siempre fue una borracha mandona, lo cual dificultaba enormemente razonar con ella. Cogió la lancha motora y se largó.

—¿Tú lo viste?

Jonathan coge una botella vacía de Jameson y la agita para ver si el cristal verde oculta alguna gota:

—Llevaba bebiendo desde mucho antes de los cócteles de las cinco, también le daba a los cócteles de antes de cenar y continuaba dándole hasta mucho después de la cena. Vivía con la paranoia de ser una cantante acabada, lo cual era cierto. Y no debería haberse avergonzado por ello. Había tenido una larga carrera. Pero no había manera de hacerla razonar. «Que si Patti Lupone esto, que si Bernadette Peters lo otro…» Siempre estaba largando sobre estrellas capaces de perdurar. Del final de su carrera le echaba la culpa a quien tuviera más cerca: a mi padre, a la asistenta, al cocinero. —Jonathan se dedica a prepararse una copa para ignorar la reacción de Val ante su reconocimiento de riqueza que todo aquello implicaba.— Y, sobre todo, me culpaba a mí. Ya sabes… «Si no hubiese tenido que cuidar de ti, no me habría quedado sin tal o cual papel.» Lo cual era mentira, ya que cuando yo nací, su carrera ya se estaba acabando. En cualquier caso, aquella noche se superó a sí misma. Yo no piqué el anzuelo cuando me lo lanzó y eso la sacó de quicio. Al final, me soltó que la estaba aburriendo y que iba a sacar

la lancha motora. «Estupendo», me dije. «Así me libraré de ella un rato.» Prácticamente la eché, la reté a que se subiera a esa maldita barca. Cualquier cosa con tal de no oírla más.

»Eden se reía al subir a bordo de la lancha, con el llavero flotante de color naranja en una mano y un copazo en la otra. Se le derramó un poco de whisky en el casco de la lancha. Necesitó unos cuantos minutos para meter la llave en el contacto. Jonathan salió para ser testigo de sus esfuerzos. Se lo pasó muy bien viéndola pelearse con la llave y al ver el fular enredándosele en el volante. Ni siquiera había soltado amarras, así que Jonathan pensó que su madre acabaría navegando sin moverse del sitio, se rendiría y se quedaría frita a bordo, pero consiguió salir de allí… llevándose con ella parte del embarcadero.

»Más o menos a un cuarto de milla de la costa, la barca se torció. Se balanceó, dio la vuelta y volvió a balancearse. Eden se estiró en busca de aire, con el largo fular ondeando al viento cual ala inútil. Y luego desapareció bajo el agua que parecía tinta.

—¿Saltaste a por ella?

—No.

A Eden no la encontraron hasta la mañana siguiente, cuando la corriente la arrastró hasta una extensión rocosa de la playa. Mientras Jonathan veía a los paramédicos introducir su cuerpo rígido y sin vida en la ambulancia, supo que jamás regresaría a la isla Fishers. Debería haber detenido a Eden, pero había preferido verla sufrir, aunque solo fuese un momento. Ella ni se había tomado la molestia de ir a la ciudad para ver a su cuarteto de jazz. Hasta se había echado a reír cuando él le contó que habían hablado de ellos en *The New Yorker.*

—No te ilusiones mucho, Johnny —le dijo—. No tienes agallas para el oficio.

Una sola mirada al bulto rígido y pálido de Eden le dijo a Jonathan

que el ruido quebradizo del embarcadero al astillarse y el golpe y el sonido de succión de la lancha al hundirse en el agua sustituiría toda la música invocada por Fishers: el discreto frufrú de la hierba, el agudo chillido de un ave marina elevándose, la llamada y la respuesta de dos boyas. Sabía que nunca podría cruzar el agua desde tierra firme sin ver a Eden volando sobre la superficie y que el recuerdo de él plantado en el embarcadero dejando que su madre se ahogara lo atormentaría en cuanto volviese a poner los pies en aquella casa junto al mar.

Val coge un cedé de la mesa de centro y rasca con la uña la carátula rajada:

—Ese es suyo. —Jonathan señala la grabación de *Mame* que Val sostiene en la mano.— Mi madre, Eden Farrow, la fumadora que murió ahogada.

—¿Nos has estado haciendo oír a tu madre en clase?

Val lee en voz alta las notas de la carátula y contempla la fotografía de Eden envuelta en un largo abrigo rojo con cuello de visón. Se muerde el labio, clavándole ligeramente los dientes hasta que la carne se le pone blanca:

—¿Puedo preguntarle una cosa, señor Sprouse?

—Claro.

Val respira hondo y se deja caer de nuevo en el sofá, arrebujándose. Se vuelve y mira por la ventana que da a Van Brunt. Por un instante, Jonathan cree que ha renunciado a su pregunta. Y, entonces, con una voz distante, la muchacha le dice:

—¿Sigues cabreado con ella o ya solo lo estás contigo mismo?

—Menuda pregunta.

—Lo siento. —Val vuelve a dejar el cedé encima de la mesa.— Si tienes cosas que hacer, yo puedo ponerme ya con los deberes.

—Tengo algunas cosas que hacer, sí —contesta Jonathan, mirando alrededor.

Pegados a la pared están los *storyboards* de una canción publicitaria para una cadena de gimnasios femeninos del área de los tres estados. En los dibujos se ven mujeres en clase de aeróbic, mujeres en StairMasters, mujeres bebiendo batidos de fruta en una zumería. Jonathan tiene la mente en blanco. Esas imágenes no evocan ninguna música. Las coloca en el alféizar de la ventana. Lleva dos semanas borrando mensajes de voz de la agencia de publicidad. Dentro de unos días, se lo quitarán de encima.

Al cabo de un rato, se percata de que no está mirando los *storyboards.* Lo que está contemplando es el reflejo de Val en la ventana. La chica se ha hecho un ovillo en el sofá, con un libro de texto en los brazos. Alza la cabeza y sus ojos se encuentran en el reflejo.

—Estoy trabajando —dice Jonathan.

—¿Componiendo música? ¿Puedo escucharla?

Jonathan deja el bolígrafo.

—¿Una canción? ¿Jazz? ¿Música clásica?

Hace siglos que Jonathan no ha compuesto nada que no sean esas ridículas canciones para anuncios publicitarios.

—Un esbozo —dice—. No pierdas el tiempo.

Val se mete el extremo superior del lápiz en la boca y se pone a mascar el metal que hay debajo de la goma de borrar; luego se pone a escribir en su cuaderno. Jonathan trata de concentrarse en las mujeres que hacen ejercicio por la calle, pero solo puede oír el crujido del lápiz de Val sobre el papel.

Val deja el lápiz y cierra el cuaderno de golpe:

—¿Puedo pedir una pizza? ¿O te resulta muy extraño?

Jonathan echa mano al bolsillo para sacar la cartera.

—No —dice Val—. Déjame pagar. Estoy en deuda contigo.

—¿Y eso por qué?

—Te debo la vida.

—Me halagas —afirma Jonathan, sorprendido ante su propia sinceridad.

Advierte que Val no presta mucha atención a su libro mientras esperan a que aparezca el repartidor. Su mirada no para de apartarse de los deberes para buscar los ojos de Jonathan en la ventana.

Cuando suena el timbre, Val salta del sofá:

—¿No te dan pena los repartidores cuando llueve? Tienen que currárselo mucho para que nosotros no nos mojemos.

Jonathan mira a Val, esperando que una nube de sarcasmo le atraviese el rostro, pero los ojos de la chica están abiertos de par en par y en sus labios brilla una sonrisa respetuosa.

Jonathan la oye bajar corriendo las escaleras. Le llega el sonido de la puerta de la calle al abrirse, seguido de los ruidos del exterior amplificados. Enseguida Val enfila de nuevo las escaleras. Deja la pizza en la mesa de centro y levanta la tapa de la caja. El vapor le salta a la cara.

Jonathan va hasta el pie de la cama y mira por la ventana en dirección a Van Brunt. La lluvia ha traído consigo la noche. La calle está a oscuras. Se encienden las farolas, inseguras bajo el chaparrón.

—¿Quieres un poco? —le pregunta Val.

Y Jonathan se sienta a su lado. Ella saca una porción de pizza de la caja, pero él vuelve a dejarla donde estaba. Mientras Val come, él hojea su libro de texto. Los folios de apuntes de la muchacha sobre la Primera Guerra Mundial se deslizan al suelo.

Ruge la tormenta. Jonathan sostiene el libro de Val y tamborilea con los dedos sobre la portada de cartoncillo. Es un ritmo vital y enérgico, como de piernas jóvenes que corren para conservar la juventud, piernas que intentan no envejecer jamás. Piensa en Val corriendo escaleras abajo para pillar la pizza, atravesando las Casas

a la carrera, lanzada a toda velocidad hacia el muelle. Un ritmo, un latido, un ensayo, una canción para ese anuncio... Ahora ya tiene algo.

Más truenos. Y el ruido de la lluvia contra la ventana.

—¿No piensas comer? —pregunta Val—. ¿Eres de los que prefieren la pizza fría? O quizá es que no comes nunca.

El inicio de la canción publicitaria —las primeras notas, el patrón que se convertirá en ritmo— tiene atrapado a Jonathan entre el cerebro y los dedos. No acaba de manifestarse, pero casi… Se vuelve para mirar a Val, que después de acabar su porción de pizza, sonríe mientras se seca la boca.

—¿Qué estás mirando, Jonathan? —pregunta.

—No lo sé muy bien —responde él.

Y, acto seguido, Val pega sus labios a los del profesor, sin moverlos, sin abrirlos ni cerrarlos. La chica no deja espacio para la lengua del profesor y tampoco le ofrece la suya. Se queda inmóvil. A la espera. Jonathan no aparta los labios y Val se pega más a ellos.

—No —dice él, apartándola en un gesto demasiado violento.

Por un instante, Val se queda mirándolo fijamente, con la boca aún en forma de beso. Luego se pone en pie de un salto y sale de allí a toda velocidad.

Jonathan corre tras ella, intentando recuperar el resuello, tratando de no resbalar en la acera mojada por la lluvia ni ser atropellado por un autobús o empapado por un coche al pasar. Al final de Visitation, ve cómo se abre y se cierra la puerta de casa de los Marino.

Un trío de fumadores del bar lo contempla mientras vuelve a su domicilio; entre ellos, Dan el Sucio, que lleva colgado del cuello el vaso de Lil para los chupitos. Lo ven cruzar la calle, con los hombros subidos hasta las orejas.

—¿Todo en orden, Maestro?

Jonathan escucha la risita de carcamal de Dan el Sucio:

—Parece que se le ha escapado.

De nuevo en casa, mete los libros de Val en su mochila y regresa a Visitation. Llama al timbre de los Marino. Por el espacio que dejan las cortinas, sabe que ella está en su cuarto mirando hacia abajo.

Pero la chica no atiende a su llamada. No baja a la puerta. Jonathan está empapado. Tiene la camiseta pegada al pecho. La lluvia le entra por la cinturilla de los vaqueros. Deja la mochila de Val junto a la puerta, en un rincón seco.

Mientras bajaba por Visitation, se volvió dos veces para ver si Val se asomaba a la ventana.

Sabe que durante la noche beberá, pero que será incapaz de eliminar la sensación de los labios de Val contra los suyos. Tocará fuerte, machacando «Me and My Girl», y se tragará todo el matarratas gratis que le pase el camarero del Cock´n Bulls. Dejará que Dawn coquetee con él y hasta que lo bese en el escenario. Quizá le devuelva el beso. Intentará fijarse en los chicos de la barra, pero él solo verá a Val.

17

La carta de admisión de Cree llega con una brillante guía del campus del Kingsborough Commmunity College y un plan de estudios de tecnología marítima. Cree mete todo debajo del colchón. No devuelve las llamadas a la secretaria del departamento, deseosa de saber si piensa matricularse. Confía en que se olviden de él.

Utilizando el telescopio que le trajo Ren, observa los remolcadores del río desde la ventana del cuarto de Gloria en el hospital. Se fija especialmente en los trabajadores, en sus gestos seguros, en la manera en que recogen los cabos o comprueban los mecanismos de arrastre. Sigue los musculosos cuerpos de los barcos provocando a su paso olas compactas y trata de olvidar su ambición de convertirse en parte de la tripulación.

Su madre habla con dificultad. Prefiere estrujarle la mano y señalar el agua siguiendo la mirada de su hijo. Y Cree sabe que abandonar Red Hook es imposible. Aplazará sus estudios hasta que Gloria esté lo suficientemente bien como para cuidar de sí misma.

Los médicos le advierten de que a su madre le quedarán restos de parálisis y que sufrirá cambios de humor. Llorará sin venir a cuento. Y él no deberá preocuparse si se enfada sin motivo. Los médicos le han dicho a Gloria que ha tenido suerte, que llegó al hospital a tiempo. Aun así, necesitará meses de rehabilitación y horas de reaprendizaje de rutinas básicas y palabras sencillas.

Gloria se presta a todas las pruebas a que la someten los médicos. Permite a Cree que le manipule el brazo y los dedos, para así activar nervios y músculos. No parece preocuparle la desobediencia de su cuerpo.

Cuando habla, su voz suena extraña, afectada. Cuando las deja salir, pierde la pista de las palabras y debe parar y volver sobre sus pasos. Sus frases son de una simplicidad infantil.

—Las orejas —le dice al médico—. No puedo oír.

Encargan más pruebas y un nuevo escaneo cerebral, pero no le encuentran nada en los oídos.

—No puedo oír —insiste Gloria, y la mandíbula le tiembla con cada palabra. Aprieta el extremo de la manta con frustración—. No puedo —dice. Y una lágrima se desliza por su mejilla. El médico se niega a hacerle más pruebas.

Dos días antes de que le den el alta, la abuela Lucy la visita por segunda vez. Durante la primera visita, Lucy le cogió la mano a su hija entre las pequeñas palmas de las suyas y susurró algo que Cree no pudo entender.

Antes de irse, Lucy agarró el péndulo con el puño y lo dejó suspendido hacia el suelo. Se quedó colgando de la fina cadena de oro y luego se balanceó de un lado a otro hasta que su dueña lo recogió. Luego le dijo a Cree que ya volvería cuando Gloria pudiese hablar.

En su segunda visita, Lucy lleva un fular de color púrpura que huele a moho. Entre los pechos le cuelga un enorme amuleto de ámbar. Trae una bolsa de papel marrón llena de pastelillos de carne jamaicanos. La grasa de la masa ha empapado los envoltorios de papel de cera y ha llegado hasta el papel. Deja los pastelillos sobre la mesita que hace de bandeja.

—Come —le dice a Gloria.

Pero su hija niega con la cabeza. Tiene la mirada ausente. Y los labios y las mejillas torcidos.

—¿No te hace ilusión volver a casa? —le pregunta su madre.

—Dice que no oye bien —interviene Cree.

Lucy le coge la barbilla a su hija y la mira a los ojos. De pie junto a su cama, apenas llega a la altura visual de Gloria, incorporada sobre unas almohadas. A Lucy se la ve apagada. Lo único que le queda es mucho pelo: sus grandes trenzas grises están atadas y componen

una especie de moño en el cogote.

—No le pasa nada en los oídos —asegura Lucy.

—Mamá —dice Gloria, esforzándose para mover boca y mandíbula, tratando de convertir sus pensamientos en sonidos—. No va bien. Nada bien.

Lucy le suelta el mentón a Gloria y se traslada al pie de la cama. Cruza sus bracitos sobre el pecho.

—El único problema de tus oídos es que ya no puedes escuchar a Marcus en el interior de esa cabeza tuya —le dice a su hija, y le sostiene la mirada hasta que Gloria la aparta.

—¿Por qué no les cuentas a esos médicos que ese es tu problema? Les estás haciendo perder el tiempo con todas esas pruebas. No tienen cura para lo que te aflige, cariño. —Lucy se ha sentado en una silla de color chocolate con leche.— Deberías disfrutar del silencio. Y, para variar, tal vez debieras escucharnos a los demás.

Gloria vuelve a casa del hospital una mañana gris y anodina. Se apoya en Cree al atravesar el patio. El monumento en recuerdo de Marcus se mantiene gracias a la pandilla de gamberros de Ren. Cree los ha visto recogiendo porquería y ahuyentando a críos más pequeños que se acercan con sus aerosoles.

Gloria pasa junto a su banco sin echarle ni un vistazo. Arrastra la pierna derecha. Mantiene los ojos fijos al frente, con los hombros todo lo tiesos que puede. Su mano, dentro de la de Cree por seguridad, se aprieta y se relaja a un ritmo imprevisible. Cree la ayuda a subir las escaleras del apartamento y, una vez allí, su madre se deja caer en el sofá.

Contempla la pila de tops brillantes y vaqueros ceñidos que hay junto al sofá:

—¿Celia?

—Celia —reconoce Cree—. Piensa quedarse por aquí hasta que no

la necesites.

—No la necesito —asegura Gloria.

Cree ayuda a su madre a llegar a su habitación. Luego la ayuda a trasladarse al cuarto de baño, donde abre los grifos de la bañera. Calienta una bandeja de macarrones que les ha traído una vecina. Acerca una mesita al sofá, que llena de almohadones para que Gloria pueda comer con comodidad. Pone la televisión.

—Cariño —le dice su madre, tapándose las orejas—, está muy fuerte.

Miran la televisión sin sonido.

Cuando Gloria se ha ido a la cama, Cree se va a su habitación y cierra la puerta. Pone la radio para escuchar el programa de llamadas de la emisora HOT 97. Gloria no tarda mucho en pedirle que escuche la radio con auriculares.

Viven en silencio. Hasta el ruido de fondo de las Casas es excesivo para Gloria. Aprieta los ojos y se pone tensa cuando las cañerías chirrían o los chavales de los patios berrean. En cuanto hay ruido, se inquieta y tuerce la cabeza a un lado, hacia algún sonido inaudible. Dirige a Cree con la mano buena, ordenándole que deje de hacer lo que esté haciendo para que ella pueda concentrarse en algo que esté más allá de los ruidos cotidianos del apartamento y del patio. Cierra los ojos y extiende las manos, como si sus dedos retorcidos pudieran traer de vuelta la voz de Marcus.

Muchas veces Gloria parece haber olvidado algo, como si se le hubiese quedado atrapada en la cabeza una pieza musical cuyo título es incapaz de recordar. A veces interrumpe lo que esté haciendo y, después de apoyarse con una mano en el mostrador de la cocina, levanta la vista como si acabase de recordar aquello que estuviera haciendo, pero enseguida niega con la cabeza, descartando como erróneo aquello que se le haya podido ocurrir.

Celia no puede soportar tanto silencio. Después de trabajar, se va a

bailar para quitarse de encima esa jornada que ha pasado en la cárcel. «Deberías venirte, cariño», le dice a Cree. Corre el rumor por las Casas de que ha encontrado a un hombre nuevo para demostrarle a Ray que a ese juego pueden jugar los dos.

Dos veces a la semana, Ernesto aparece en la puerta con una bolsa de alimentos. «De parte de mi jefe», eso es todo lo que dice cuando Cree intenta darle dinero.

De noche, cuando ven la televisión sin sonido, Cree observa que a su madre le corren las lágrimas por las mejillas.

—¿Quieres que ponga música, mamá? ¿El programa de soul?

—Silencio. —Gloria le agarra de la mano.— Por favor.

La secretaria del Kingsborough Community College vuelve a llamar. Gloria está sentada a la mesa de la cocina. Cree tira del cable telefónico todo lo que da de sí, y a punto está de arrancar el aparato de la pared.

—Puede que el próximo otoño —susurra.

La secretaria le dice que tiene que decidirse.

Gloria lo está contemplando desde la mesa.

—Bórreme de la lista —dice Cree.

Llama a la puerta una de las clientas de Gloria. En la mesa de la cocina, esta le coge las manos con la suya buena. Cierra los ojos, pero, cuando los abre, en vez de la claridad que su hijo y su clienta esperan, tiene las pestañas húmedas.

—A mi madre le pasaba lo mismo —le cuenta la clienta a Cree al salir—. Después del ictus, lloraba por cualquier cosa.

Cree no le explica que su madre, por fin, está enterrando a Marcus.

—Volveré dentro de unas semanas. Podemos volver a intentarlo —dice la mujer, pero con una expresión que le hace intuir a Cree que no piensa hacerlo. Buscará consuelo en otra parte. Esa tarde, Gloria quita el letrerito de las CONEXIONES ESPIRITUALES de la puerta, con las manos tan torpes que acaba rompiendo el papel al desengancharlo.

Cuando Gloria se va a dormir, Cree va a su armario y saca la caja llena de esas cosas de Marcus que rescató de las tiendas de segunda mano en que las había dejado su madre. Se la lleva al salón.

Celia está durmiendo en la cama plegable. Su uniforme cuelga de una percha suspendida de la barra de las cortinas. La ropa que viste después del trabajo —zapatos de tacón de color naranja, vaqueros brillantes y un top que parece un pañuelo— está apilada en una silla.

Cuidando de no despertar a su tía, Cree distribuye las escasas posesiones de Marcus que ha podido recuperar: un par de ceniceros hechos con conchas de vieira, la fotografía enmarcada de una barca de pesca ante un crepúsculo precioso, un vaso perteneciente a un juego de estilo hawaiano. Confía en que a su madre le baste con estos recuerdos de Marcus.

A la mañana siguiente, Cree unta de mantequilla las tostadas de su madre. Celia le echa azúcar en el café. Gloria se mantiene de espaldas al salón mientras come. Ni se fija en las cosas de Marcus.

Llaman a la puerta.

Cree la abre esperando ver aparecer a Ernesto, pero se trata de Monique. Se ha hecho algo en el pelo, se lo ha teñido de un granate iridiscente y se lo ha peinado como si fuera una guirnalda navideña.

—¿Está aquí mi madre?

—Yo también me alegro de verte, Mo —ironiza Cree—. ¿Dónde has estado metida?

—¿Me vas a dejar pasar?

—Lo único que digo es que hace tiempo que no se te ve nada.

—He estado por ahí.

—Pero en la iglesia no.

Monique se pone de puntillas para ver por encima de Cree:

—Cállate la boca, Cree. Si ni siquiera es tu iglesia. Bueno, ¿está mi madre o no?

—Pues claro. ¿Dónde quieres que esté?

—Ya sé yo dónde se mete. Y a lo que se dedica cuando no está por aquí.

Cree no está del todo seguro, pero juraría que su prima está algo colocada. Tiene los ojos enrojecidos y la mirada se le enciende y se le apaga al hablar.

—¿Vas colocada, Mo?

—¿Y tú?

Cree se hace a un lado para dejar pasar a Monique.

Celia deja el tenedor.

—Nena —le dice—, ¿por qué no estás en clase?

—Fiesta judía. —Monique pilla una silla, pero se sienta a cierta distancia de los demás.— Hola, tía Gloria. ¿Estás mejor?

Gloria tiene los ojos clavados en el rostro de Monique. La cabeza, torcida a un lado.

—¿Tía Gloria? —insiste Monique.

Y Gloria abre la boca, pero no dice nada.

Monique se dirige a Celia:

—¿Piensas volver a casa algún día?

—Estoy ayudando a mi hermana, nena, ya lo sabes —dice Celia.

—Supongo que es más fácil esquivar a Ray si no pasas por casa. Aunque tampoco es que Ray ronde mucho por ahí. Ni que le quite el sueño saber dónde estás y a qué te dedicas. —Monique mordisquea una tostada.— Necesito dinero para comida, mamá. Ya me he acabado todos los platos congelados.

—¿Por qué no comes aquí con nosotras? —le propone Celia.

—Ni hablar —dice Monique, cogiéndole a Cree una tostada del plato. Tal y como se la zampa, se dice que tenía razón al pensar que su prima iba puesta.

Monique evita la mirada de Cree.

—Venga, cariño —insiste Celia—, seguro que a tu tía le encantará tu compañía.

Cree le echa un vistazo a su madre. Sigue con la cabeza inclinada y la mirada fija en Monique.

—¿Verdad que sí, Gloria? ¿A que estaría bien que Monique viniese a cenar?

Están todos a la espera de que Gloria salga del trance. Le empieza a funcionar la mandíbula. Le tiemblan los labios. Señala con un dedo temblón a Monique.

—Los estás oyendo —le dice. Respira hondo, la boca se le cierra y se le abre—. Los estás oyendo.

Monique niega con la cabeza y aparta la mirada.

—Estás diciendo chaladuras, tía Gloria. No oigo nada ni a nadie. —Se vuelve a Celia—: Bueno, mamá, ¿tienes pasta o no?

Celia se hace con su bolso:

—Esta noche cocino yo, Mo. Cena con nosotras.

—No sé qué decirte. Igual ceno con Ray.

—Ni hablar —le dice Celia—. Ni se te ocurra comer con Ray y su pieza de carne blanca.

Gloria sigue señalando a Monique, con un dedo rígido que se agita en el aire:

—No puedes ocultármelo.

—No sé de qué me hablas. —Monique extiende la mano hasta que su madre le deja dos billetes de veinte en la palma.

—¿Te lo vas a gastar en comida? —le pregunta Cree.

—Que te calles, Cree —le suelta Monique.

—No me ignores —dice Gloria—. Tú puedes oírlos.

Celia desvía la mirada de su hermana a su hija.

—Yo no oigo nada —asegura Monique, que se resiste a mirar a los ojos a Gloria—. Lo único que sé es que necesito algo de efectivo para comprar cosas de comer y así no tener que sentarme a esta mesa con un montón de gente que dice chorradas. —Y se pone de pie.— No sé cómo lo soportas, Cree. Este sitio apesta a fantasma. —

Y se va dando un portazo.

—¿Por qué le has hecho escapar, Gloria? —dice Celia—. Le has pegado un susto de muerte a mi pobre hija.

Celia y Cree se mantienen a la espera mientras Gloria va dando forma a sus palabras:

—Puede oír a Marcus. Le ha mentido a su tía.

—No la arrastres a tu delirio —le suelta Celia—. Los muertos, muertos están.

Cree sale pitando de allí. Baja los peldaños de la escalera de dos en dos y agarra a Monique justo cuando sale del edificio.

—¿Tú también necesitas huir de aquí? —le pregunta esta.

Cree respira unas cuantas veces:

—¿Es cierto lo que ha dicho mi madre?

—No sé de qué me hablas. No sé de qué habláis todos vosotros.

—Que tú has heredado su… don.

—¿El don de la locura? No, no lo tengo. No escucho una mierda, así que no me lo vuelvas a preguntar. —Se da la vuelta y echa a andar. Cree la ve partir, evitando a un grupo de amigas. Ellas la llaman, pero Monique no se gira. Justo antes de desaparecer, se tapa las orejas y luego menea la cabeza, como si intentara rechazar un sonido que no es bienvenido.

A la mañana siguiente, todos los trastos de Marcus han desaparecido. La puerta del dormitorio de Gloria está entornada. Cree la llama. No hay respuesta.

Cree la vuelve a llamar mientras se dirige a las escaleras.

«Calla, coño», esa es la única respuesta.

Tropieza en la escalera. Se estrella contra la pared de un rellano, dispersando la porquería que se ha acumulado en un rincón. Sale pitando hacia la calle.

Gloria está a medio camino entre el banco y la puerta. Está

congelada, con la parte derecha del cuerpo rezagada de la izquierda. Desde fuera del patio, la gente la está mirando, pero siguen con sus conversaciones y sus juegos de pelota. No piensan interrumpir sus rutinas de media mañana para echar una mano a Gloria.

Cree ha llegado junto a su madre. La coge del brazo y se lo pasa por la cintura.

—Se lo he devuelto todo —dice Gloria—. Se lo he devuelto.

Señala el banco con la mano buena: todos los trastos de Marcus están desperdigados bajo las listas de madera del banco.

—Si tu padre me va a dejar, que se lleve sus birrias. —Gloria se da la vuelta, tirando del brazo de su hijo en dirección al edificio.

Pero Cree no se mueve del sitio. Sabe que en el mismo momento en que cierre la puerta del piso perderá todo lo que le queda de su padre para siempre. Si los roba cualquier desconocido, no habrá manera de recuperar esos pocos recuerdos.

Se suelta del brazo de su madre. Gloria trastabilla y luego recupera el equilibrio.

—Cree —dice—, déjalo estar.

Antes de que Cree llegue al banco, el patio se altera. Se interrumpen las conversaciones y luego continúan a un volumen más bajo. Salen de las ventanas tres silbidos codificados. Se detiene el movimiento. Cree ya conoce ese arreglo, esas interrupciones, esa retirada disimulada antes de que aparezca la policía.

Está atrapado entre Gloria y el banco cuando lo pillan dos inspectores. El aire que lo envuelve está inmóvil, como si todo el mundo hubiese contenido la respiración y no la soltara.

—¿Cree James?

Cree asiente y extiende una mano para aguantar a su madre.

El inspector mayor, Coover, toma la iniciativa:

—¿Te importaría venir con nosotros? Tenemos un testigo que te sitúa en la escena la noche de la desaparición de June Giatto. Te vio

cargando con una chica desde el muelle.

—¿Y esa persona me vio a mí o a alguien como yo? —pregun-ta Cree.

—No seas listillo —le dice Hughes mientras se tira de los puños de la camisa y se pone bien la chaqueta.

—Tengo que llevar a mi madre a casa —dice Cree—. Ahora bajo.

Mantiene la cabeza gacha mientras acompaña a Gloria a la puerta.

—No pasa nada, mamá —le dice.

Los inspectores lo siguen mientras ayuda a su madre a subir las escaleras. Esperan en el rellano mientras Cree deja a Gloria en el sofá y luego se lo llevan hasta un coche sin distintivos aparcado en la calle Lorraine. Cree siente cómo se tambalea el patio al pasar.

Conducen hacia la 76. La radio está sintonizada en la WFAN. Dos locutores que van de graciosos están destrozando a los Mets por el desastre que han hecho al terminar la temporada. Cuando las llamadas de los oyentes alcanzan el frenesí, Hughes apaga la radio y continúan el recorrido en silencio.

Meten a Cree por una entrada lateral y lo dejan en un cuarto sin ventanas junto a otros cuatro adolescentes negros. Cree se pregunta si los demás sabrán que solo los han traído para que alguien pueda identificarlo a él.

Uno de los chicos se está pasando un palillo de una comisura a otra:

—¿Y qué se supone que hemos hecho? —pregunta.

—Secuestrar a alguien. Y, ya puestos, matarlo —responde un chaval más pequeño—. ¿Te han pagado por venir?

—No me han pagado una mierda. —El muchacho escupe el palillo al suelo.

A Cree le entra un sudor que primero es caliente y luego frío. Se mantiene con la espalda pegada a la pared.

Se abre la puerta y aparece un agente de uniforme:

—Alineaos —dice.

Cree ocupa la cuarta posición. Se queda mirando fijamente los dedos de los pies mientras se sitúa ante el cristal de una sola dirección que hay en la estancia adyacente.

Alguien dice por el intercomunicador que miren hacia delante. Cree capta su reflejo en el espejo. No es muy distinto de los chavales que tiene a derecha e izquierda: a todos ellos los han sacado del reformatorio o de la cárcel o quizá los hayan seleccionado entre los alborotadores más conocidos. Intenta mantenerse más tieso que ellos y parecer más brillante, confiado pero no arrogante, pero los ojos que le devuelven la mirada solo ven a un adolescente inseguro y aterrorizado.

Las luces fluorescentes hacen ruidillos. Cree puede oír el carraspeo del intercomunicador. Uno a uno, a los chicos se les pide que den un paso al frente. Se les dice que se vuelvan y se pongan de perfil. Cree piensa en distorsionar el rostro, apretando la mandíbula, alterando su apariencia, pero cuando le toca a él, está demasiado nervioso como para hacer nada que no sea acatar las órdenes.

Al segundo chico de la fila le vuelven a pedir que se adelante. Cree ve cómo se da la vuelta y se pone de perfil ante el espejo. Luce una ligera sonrisa en el rostro, una mueca que sugiere que se han equivocado de tío.

El agente uniformado abre la puerta y los chavales van desfilando hacia fuera.

—¿Lo han reconocido? —pregunta el chaval número dos—. ¿O ya hemos perdido todos el tiempo otra vez?

—Podéis salir por la puerta principal —indica el agente.

Celia está sentada en un banco, fuera de la sala de detención. Lleva puesto el uniforme de funcionaria de prisiones, un poco más ceñido de lo que marcan las normas.

—Cree, cariño —dice mientras se levanta y lo coge del brazo—, me

llamó Gloria para decirme que te habían trincado.

—No es nada, Cee.

—¿Ah, no? ¿Y de qué va esa nada que te quieren endilgar? —pregunta Celia. Y, antes de que Cree le pueda responder, mira a su alrededor hasta dar con el agente que acaba de escoltar a los chicos desde la rueda de reconocimiento. El hombre tiene los ojos caídos, clavados en el trasero de Celia—. ¿Y tú qué coño estás mirando? ¿Es la primera vez que ves un uniforme?

—Vamos, Cee, larguémonos.

—No antes de que me digas por qué han decidido traerte aquí. Si te has metido en líos, yo debo enterarme.

—No es nada. Solo algo relacionado con aquella chica que desapareció junto al muelle. No sé de qué va —le explica Cree.

—¿Y tú qué pintas en eso? —pregunta Celia.

—Nada.

La puerta que da a la sala de observación se abre y aparecen los dos inspectores que trajeron a Cree. Entre ellos está el borrachuzo que suele desmayarse en Van Brunt. Es un colega del tío de Cree, Des: ambos rondan frente a la clínica de metadona hasta que abre y luego se aposentan en los bancos del parque a disfrutar del subidón sintético.

Celia se desliza entre Cree y el inspector Hughes:

—¿Ahora utilizáis a adictos al crack? —pregunta.

—El testigo dice que vio a una persona de la misma edad y apariencia que este joven sacando a una chica del agua aquella noche.

—Te refieres al mismo color —le corrige Celia.

—Eso también —reconoce Hughes.

—Así pues, le vais a cargar el muerto a mi sobrino. ¿Tú sabes cuántos chavales de su edad hay en Red Hook?

—Esa noche fue visto cerca del agua —apunta Coover.

—Cerca del agua, no dentro —puntualiza Celia.

Cree atisba por encima del hombro de Hughes, intentando ver al borrachuzo. Quiere comprobar si puede leer en su rostro desfigurado si el canijo lo vio realmente saltar al agua esa noche o si se lo está inventando todo para hacerse con la recompensa. Si el alcohólico lo vio nadar en pos de las chicas, a Cree no le extrañaría que se inventara el resto de la historia y les contara a los polis lo que estos quisieran oír con tal de cerrar el caso de una vez.

El borrachuzo sale de detrás del inspector, le coge la mano a Cree y se la estrecha. Es su saludo habitual, así saluda antes de pedir un dólar. Cree suele cruzar la calle para esquivarlo.

—¿Os conocéis? —pregunta Hughes.

—No fue él —dice en español el borrachuzo, señalando a Cree—. Fue el tío de la barca.

—¿Tú tienes una barca? —le pregunta Coover a Cree—. Las chicas te vieron en una barca.

—¿Y qué coño va a hacer mi sobrino con una barca? —se indigna Celia.

—No fue él. El otro. El otro —insiste el borrachuzo en español.

Los dos inspectores intercambian una mirada, agarran del cuello al alcohólico y lo sacan por la puerta a empellones.

Celia y Cree les conceden cierta ventaja. Luego salen de la comisaría por la calle Union. El aire fresco no les alivia.

Cree ve sin sonido el programa *Monday Night Football.* Carente de sonido, el juego y su puesta en escena adquieren una cualidad cómica, como si todos los jugadores se hubiesen caído al otro lado del espejo y decidido correr y pararse de forma aleatoria.

—¿Hola?

Hay alguien en el pasillo que grita en vez de llamar:

—¿Hola?

La voz es profunda. Como si ocultara un secreto.

Cree se levanta y va hacia la puerta.

Ernesto está al otro lado.

—Es un poco tarde para hacer una entrega —le dice Cree.

—No tengo nada para ti. Mi jefe quiere verte.

—¿Tu jefe?

—Ren.

—¿Y por qué no viene en persona?

—Porque me ha enviado a mí. ¿Vienes o no?

—A lo mejor estoy ocupado —dice Cree.

—Ren asegura que no. Dice que apenas sales de casa, que necesitas que te dé el aire.

Cree sigue a Ernesto calle Lorraine abajo hasta Otsego. El chico se detiene en la esquina y señala hacia donde la calle empedrada se disuelve en la oscuridad:

—Está por allí.

—¿Y tú no vienes conmigo?

—No me necesita. —Se echa la capucha sobre la cabeza y se retira de vuelta a las Casas.

Ren está de pie junto a la puerta trasera de un Honda Civic de mediados de los noventa con el motor en marcha. Sigue llevando la sudadera y los vaqueros sucios de costumbre. Tiene la cara algo más llena.

—¿No podías darte el paseo hasta mi casa para recogerme? —le pregunta Cree.

—He oído que hoy te ha trincado la policía —responde Ren—. Prefiero mantenerme alejado de la autoridad. ¿Por qué fueron a por ti?

—Por nada. Una tontería relacionada con la chica desaparecida con la que yo no tenía nada que ver.

—Eso da igual —dice Ren—. Te irán trincando hasta que

encuentren algo, pero lo tengo controlado.

—¿Que lo tienes controlado?

—Me estoy encargando de la situación —asegura Ren—. Primero, me he asegurado de que la otra chica blanca, Valerie, no siguiera rondándote.

—¿Que has hecho qué?

—¿No ves cómo funciona el juego? Cuanto más te dejes ver con la chica de la amiga desaparecida, más culpable parecerás. Ya es bastante chungo que te lanzaras al agua con ella y que te viera todo el barrio. Aquello fue una chaladura por tu parte. Una chica desaparece y tú te preocupas por la otra a pesar de saber que la pasma está intentando colgarte el muerto. Por eso me necesitas. Yo vigilo para que no te metas en líos por algo que no hiciste. Tu único delito consiste en haber estado en el sitio equivocado a la hora equivocada. ¿Preparado para una expedición? —Ren señala el coche.

—¿Es tuyo?

—Digamos que me lo han prestado. —Ren abre la puerta del pasajero y sube al vehículo.— ¿Tú conduces?

Cree atisba el interior del coche. Los cables de debajo del volante están sueltos:

—¿Sabes hacer un puente pero no sabes conducir?

—Estuve indispuesto durante mis años de formación. ¿Subes? —Ren reclina el asiento y se pone el cinturón de seguridad.

—¿Qué tipo de indisposición?

—Poca cosa. Estuve en el sitio equivocado a la hora equivocada y con la gente equivocada. Hice lo que no debía.

—Estabas en la cárcel.

Ren asiente:

—¿Conduces o esperas que este trasto vaya solo?

Cree se sienta al volante. Gloria le pagó la autoescuela cuando cumplió diecisiete años, pero desde que aprobara el examen, Cree

no ha tenido muchas oportunidades para demostrar sus habilidades. El coche se arrastra sobre los adoquines hasta llegar a Van Brunt.

—¿A la izquierda? ¿A la derecha? ¿Adónde vamos? —pregunta Cree.

—A Staten Island —le responde Ren—. ¿Sabes llegar?

Como no controla la autovía, Cree se interna por las calles. Se dirige hacia Park Slope, luego gira por la Cuarta Avenida y sube en dirección al puente Verrazano, suponiendo que si mantiene la vista fija en él, acabará llegando al otro lado.

La avenida termina en Bay Ridge. Están bajo el puente. Al cabo de unos cuantos giros equivocados, Cree consigue meter el coche en la rampa. A continuación, atraviesan el agua, dejando Brooklyn atrás y deslizándose por el peaje hasta la zona más pequeña.

—¿Adónde? —pregunta Cree.

—Mantente junto al agua —responde Ren.

Cree encuentra una carretera que transcurre paralela a la bahía. A un lado hay casas semiderruidas y, al otro, un terreno baldío con basura y restos varios. Ren baja la ventanilla. El aire huele a tierra mojada y agua salada.

Se asoma a la ventanilla y dice:

—Ve despacio.

El terreno baldío cede el paso a una serie de negocios variopintos. Entre una tienda de comida para animales y un sitio para lavar coches, Ren le dice a Cree que pare. Cree obedece. Ren se inclina hacia delante y se pone a manosear los cables hasta apagar el motor. Le pasa a Cree una linterna.

Ren dirige la marcha y se detiene ante una señal hecha polvo que prohíbe la entrada.

—¿Dónde estamos? —pregunta Cree.

—En un cementerio —contesta Ren.

—En Brooklyn también tenemos cementerios.

—Pero de barcos no.

Rodean una verja retorcida y un laberinto de viejos contenedores de mercancías. El terreno no tarda en ablandarse, para luego llenarse de barro. Enseguida se mojan hasta los tobillos.

Cree apunta con la linterna hacia delante. El rayo de luz se posa sobre los restos de transbordadores y remolcadores: barcos reducidos a formas esqueléticas en las que el óxido sustituye a la pintura. Hay barcos mercantes y cargueros: todos ellos, esculturas de hierro deteriorado. Asoman del agua algunas chimeneas en extraños ángulos que a Cree le provocan la misma inquietud que las extremidades humanas rotas. Claraboyas ciegas se tragan la luz de la linterna. Cerca de la costa, alineados, hay cuatro enormes barcos de pesca con la proa apuntando hacia tierra, frotándose con los juncos. La pintura ha saltado, dejando al descubierto la madera reseca de sal.

—Por aquí —dice Ren, avanzando por la orilla hacia los barcos pesqueros. Se detiene frente a ellos y los recorre uno a uno con su linterna.

—¿Qué estás buscando? —le pregunta Cree.

—Recambios. Para nuestra barca. La voy a poner en forma, lista para navegar.

—¿Vas a coger mi barca? —le pregunta Cree.

—¿Yo? Nosotros —responde Ren—. Iremos juntos. —Y, entonces, elige uno de los cuatro barcos pesqueros y se dispone a subir a bordo.

—Yo no voy a ninguna parte —dice Cree—. Mi madre…

—¿Piensas pasarte la vida en las Casas? —le pregunta Ren.

El puente está astillado. A través de las tablas que faltan, pueden ver el interior del cavernoso casco. La linterna de Cree ilumina un pez muerto. Cierra los ojos, tratando de imaginar el balanceo del barco.

A bordo del pesquero, en la oscuridad, con el agua a la espalda, es fácil creer que va a la deriva con Marcus. El verano anterior a su muerte, Marcus se había llevado a Cree a Nueva Jersey en la barca de pesca. Cuando iniciaron el camino de regreso, el cielo se había llenado de espesos nubarrones y era casi tan negro como el agua. Marcus creyó que podría imponerse a la tormenta, pero el primer trueno estalló a cinco minutos de la orilla. La barquita zozobró. Se llenó de agua. Las luces de Red Hook aparecían y desaparecían mientras las olas jugaban con la barca.

Cree no había tenido miedo. Se había quedado junto a su padre al timón, seguro de que Marcus lograría que llegaran sanos y salvos a casa. Marcus conducía con una mano en el hombro de Cree, agarrándolo cada vez que la barca se hundía. El agua estaba demasiado agitada como para poder atracar en su amarre ilegal, situado justo al lado de la refinería de azúcar, así que echaron el ancla y se refugiaron en el pequeño embarcadero, contemplando las luces borrosas de la ciudad lejana moverse y desaparecer mientras la tormenta maltrataba la barca. Cuando el tiempo se calmó, Marcus bogó hasta la orilla.

—La isla Fenwick —dice Cree.

—¿Cómo? —Ren es una silueta a su espalda, con la linterna bailoteando por lo que queda de la cabina.

—Está en Delaware. Es donde mi padre dijo que pasaríamos la primera noche de camino a Florida. Murió antes de que pudiéramos emprender el viaje.

—Pues ahí es donde iremos. La primera parada.

—¿Por qué estás tan seguro de que iremos a alguna parte?

Ren se encoge de hombros. Su linterna sube y baja:

—Tienes un barco y tienes un primer oficial. ¿Por qué habríamos de quedarnos quietos?

—¿Tú te crees que puedo largarme así como así?

—No estoy hablando de mudarse. Hablo de vivir una aventura.

Cree mira más allá del barco, hacia aquella oscura masa de agua. Han pasado dos meses desde que viera a aquellas chicas en la balsa y creyera que la aventura estaba a su alcance.

Ren sigue la mirada de Cree:

—Hay que moverse, tío. De eso se trata.

Ren tiene el mismo talento que Marcus para hacer que todo parezca sencillo, como si lanzarse a navegar no fuese nada del otro jueves. El viento sopla. Los barcos abandonados se balancean.

—La isla Fenwick —dice Cree— y, luego, los Cayos. Siempre estábamos hablando de llegar a los Cayos. Mi madre cogería el avión y se reuniría allí con nosotros para pasar unas vacaciones en familia, pero las auténticas vacaciones habrían sido el viaje hasta allá.

Se ponen a remover piezas y restos. Al final de la noche, los dos muchachos expelen un olor animal, una especie de almizcle de establo hecho de barro y sudor, así como del hedor ponzoñoso del agua estancada. Necesitan tres viajes al coche para cargar todos los materiales que Ren ha rescatado.

Conducen de regreso a Brooklyn, con la carga saltando y haciendo ruido en el maletero. Cree aparca delante del solar en el que está varada la barca de su progenitor.

—Ha sido un buen viaje —dice, chocando el puño con el de Ren—. ¿Quieres venir a casa a lavarte?

—Ve tú —dice Ren—. Yo tengo trabajo. —Contempla los restos que tiene a sus pies.— Dame un par de días. Luego la sacaremos a dar una vuelta. Para ver si podemos ir a Jersey y volver.

Cree quiere llevar a Ren a algún sitio en el que puedan beber cerveza y hablar de chicas. Quiere aparecer con él en los patios del parque, hacerse con uno de los bancos, reírse más fuerte de lo necesario, demostrar que no está solo.

Quiere pasar el rato en el local donde sirven pizzas o pillar comida

para llevar en el chino a prueba de balas. Quiere que Ren le acompañe a una de esas fiestas caseras en las que ya no se aventura a solas.

Pero Ren parece preferir los callejones vacíos a las Casas. Puede que cuando se lancen a navegar desvele sus secretos, los vaya soltando mientras pasan bajo el Verrazano en dirección al Atlántico.

18

Monique cree que June se está rindiendo. Su voz ha perdido parte de su seguridad y se ha ido haciendo anodina y robótica. A veces confunde palabras, pronuncia mal las más sencillas, añade sílabas o se tropieza con las vocales. «Cocina. Desayuno. Tortitas. Sartén.» La memoria se le difumina, llevándose con ella la certeza de quién era y cómo estaba.

«Martillo. Taller. Deberes. Cuaderno de apuntes.»

Pero aun en ese registro incierto, la voz de June resuena en los oídos de Monique. La despierta de sus sueños. La interpela cuando está en clase. Y ella evita la iglesia, temerosa de que la congregación sospeche que está poseída.

El reverendo se deja caer por el apartamento de Monique y Celia. Monique lo ve a través de la mirilla. Contiene la respiración. Nota sus propios latidos contra el metal. La cabeza del reverendo parece un globo en comparación con el cuerpo disminuido por la distorsión de la mirilla, que le dibuja unos ojos saltones. Se acerca más a la puerta y pega el ojo al lado ciego de la mirilla, como si así pudiera atisbar el interior del piso, situando los iris oscuros de sus ojos a escasos centímetros de los de Monique.

La llama por su nombre. Golpea la puerta: contundentes puñetazos que vibran en el pecho de Monique. Pasillo abajo, se abre una puerta y se oye una voz que urge al reverendo a dejar de hacer ruido. El hombre se ajusta la chaqueta y recorre el rellano mal iluminado hacia las escaleras.

En los bloques, Monique es asediada por las voces de los que murieron en las torres y en los patios. Oye los gritos de las ancianas que fallecieron a solas, así como los de esos pandilleros y camellos caídos en su propio fuego cruzado. Se tapa las orejas con las manos, pero solo consigue que el ruido suene más fuerte. Deja caer las

manos y se percata de que un par de chavales la están mirando.

—A Monique se le va la olla —dice uno de ellos—. Eh, Monique, ¿por qué se te va la olla? ¿Has fumado algo chungo?

Su pandilla ocupa el sitio de siempre en el parque Coffey, reunidos todos alrededor de sus dos bancos, tocándole las narices porque sí al primero que pasa. Shawna, la sombra de Monique, ha ascendido y ahora se sienta en su lugar.

—Eh, chica, ¿dónde te has metido? No te dejas ver, Mo. ¿Cómo es que no estabas anoche en la choza de Dee? El pedo fue cojonudo. Nos dieron las tantas. Hasta el amanecer.

Shawna se deprimió. Shawna no aparenta bien desinterés por los chicos. Permite que la chinchen demasiado rato. Termina siendo objeto de demasiadas pullas y bromas. Es como si estuviese desesperada por destacar, especialmente a costa de Monique.

—No sabíamos que aún te interesábamos —le dice Shawna—. Creíamos que solo ibas a por el material duro con los chicos de Raneem.

No hacía ni tres semanas que Shawna era incapaz de ir a la peluquería sin consultárselo antes a Monique. Y ahora la desprecia. Pero eso es lo que hay: los chicos chinchan a las chicas y las chicas se destrozan mutuamente. Es un sistema basado en hacer de menos a los demás y Monique se ha caído con todo el equipo.

Aunque le resultaría muy fácil poner a Shawna en su sitio. Estaría chupado recordar a la pandilla que Shawna se lo había montado por error con un crío de doce años al principio del verano, confundiéndolo con su hermano mayor.

—¿Pero qué le ocurre?

Está flipando.

—Está colocada.

—Se ha puesto hasta arriba de la mierda de Raneem.

Monique apenas presta atención a sus palabras.

Se encamina hacia la ribera. Las calles adoquinadas están más tranquilas. Junto a la casa de Val hay una mujer con una falda larga color púrpura barriendo la entrada. Levanta la vista cuando pasa Monique. La muchacha ya está casi en Van Brunt cuando se detiene y retrocede hacia aquella mujer:

—¿Mi padre está refugiado aquí?

La mujer se apoya en la escoba.

—Mi padre, Ray. Sus amigos me cuentan que se ha escondido en esta casa.

La mujer se arremanga la blusa blanca, dejando al descubierto manchas de pintura negra o de tinta en los antebrazos. Tiene el pelo, castaño claro tirando a gris, alborotado, formando una especie de cuña en torno a la cabeza. No lleva maquillaje. Hay dos perritos gimiendo en el umbral, a su espalda, dando saltos y golpeando el cristal.

Monique no da crédito a que Ray prefiera a esta mujer antes que a su madre. Se pregunta qué lecciones imparten en las reuniones de rehabilitación.

Esa mujer le recuerda a las voluntarias que aparecen a veces por el instituto para enseñar escritura creativa, unas mujeres que parecen compadecer a los alumnos durante la primera mitad de la clase y que dedican la segunda a mirar el reloj.

—¿Monique? Yo me llamo Maureen —dice la mujer—. Me preguntaba cuándo nos conoceríamos.

Baja los escalones, le pone una mano en el hombro y la guía hacia dentro.

El interior de la casita pareada está a oscuras y huele a trementina. Enormes hojas de papel con dibujos al carboncillo de cuerpos femeninos cuelgan de las paredes del pasillo. Brazos, piernas, muslos, culos. Pechos femeninos que desbordan sus figuras postradas.

Maureen conduce a Monique hasta el salón. Las paredes están cubiertas de más bocetos. Mujeres abiertas de piernas. Mujeres metiéndose en bañeras. Mujeres contemplándose en el espejo. Mujeres con los dedos deslizándose hacia sus partes. En mitad de la habitación hay un gran caballete con un dibujo a medio terminar de tres figuras femeninas: dos de ellas salen del cuerpo de la otra.

—¿Son todos suyos? —pregunta Monique. Aparta la mirada de las vaginas que la observan desde todos lados—. ¿Y ahora está trabajando en este?—pregunta señalando el caballete.

—Las tres soy yo —confiesa Maureen.

—¿Cómo dice?

—Son los tres aspectos de mi naturaleza. Nacen de mí.

El sofá está cubierto de revistas y cuadernos de dibujo. Dos plantas colgantes se están muriendo en sus macetas, sus tallos marrones se retuercen ya marchitos.

—Ray está trabajando —informa Maureen—. Volverá a eso de las cinco.

—Ya sé a qué hora sale mi padre del trabajo, gracias.

—Por supuesto. —Maureen recoge del sofá libros de arte y cuadernos de bocetos y los deja en el suelo.— Siéntate.

Monique se queda al borde del sofá con las rodillas juntas y las manos entrelazadas. Puede notar los muelles que se le clavan detrás de los muslos. Es incapaz de imaginarse a Ray en un sitio así. No lo concibe sin la televisión a toda pastilla y sus animadas broncas con Celia.

—Así que mi padre ahora vive aquí, ¿no? ¿Y es permanente?

—Él y yo estamos descubriendo nuevas partes de cada uno —le explica Maureen.

—De manera que ahora mi padre también es más de una persona.

—Debe resultarte difícil de entender —le dice Maureen.

—¿Lo de que mi padre se dé el piro? Eso pasa constantemente.

Monique se pone de pie. Las voces, que habían remitido al entrar en la casa, atacan de nuevo. La muchacha recorre la habitación, levantando dibujos, escudriñando latas de café llenas de lápices y rotuladores. Accede a la cocinita. Los estantes de Maureen están repletos de granos y legumbres metidos en frascos de cristal.

Desde la ventana de la cocina, Monique echa un vistazo al jardín, para luego desviar la mirada hacia el muro que separa el patio trasero de los Marino del de Maureen. Puede atisbar la parte superior del balancín blanquiazul que Val y June utilizaban como la supuesta nave que había de llevarlas al espacio y a tierras fantásticas. Monique no lo acababa de pillar. Las demás chicas siempre le llevaban la delantera con esas aventuras imaginarias, reproduciendo historias de libros que ella no había leído y películas que no había visto, pero ella les seguía la corriente, hechizada por esos nombres tan exóticos que oía y por las complicadas normas y costumbres de esos lugares imaginarios.

El balancín está ya algo oxidado. La barra que lo sostiene se dobla un poco por la mitad.

—No conozco a nadie que tenga jardín —dice Monique—. Debe de ser estupendo.

—Pues yo no paso mucho tiempo ahí fuera —asegura Maureen.

—¿No tiene usted hijos?

Maureen niega con la cabeza.

—¿Una casa tan grande y sin hijos? ¿Y por qué no tiene hijos?

—Nunca quise tener hijos.

—La estorbarían, intuyo —apunta Monique—. Bueno, ¿mi padre piensa volver a casa o qué?

—Eso deberías preguntárselo a él.

—Pero ahora se lo estoy preguntando a usted.

—Sigamos con esta conversación cuando Ray esté presente —dice Maureen.

Monique echa un vistazo a la cocina. No quiere quedarse por ahí hasta que vuelva Ray. El Ray que vive en esa casa no es su padre o, por lo menos, Monique no lo reconoce como tal. Sin excusarse, enfila el pasillo.

Al salir, se cruza con Val, que luce un nuevo peinado de lo más guay.

—Hola, Monique.

Monique intenta hablar, pero la voz de June le está machacando los oídos, pronunciando el nombre de Val.

—¿Conoces a Maureen?

Monique abre y cierra la boca como un cascanueces.

—¿Monique? ¿Estás bien?

Monique quisiera seguir a Val hasta el interior de su casa, bajar al sótano y sacar los viejos disfraces y fulares. Querría que Val se inventara una de esas complicadas aventuras ambientadas en reinos muy lejanos. Se pregunta si Val recordará todavía esos lugares, si no sería uno de ellos lo que buscaba aquella noche en la balsa, uno de esos mundos que siempre están justo fuera de nuestro alcance.

—Hummm… Vale. No pasa nada —dice Val.

Monique lucha por salvar sus propios pensamientos de entre la cháchara de June.

—¡Val! —dice con una voz que no es la suya.

—¿Qué?

Monique le tapa la boca con la mano, pero luego la retira.

—¡Cállate! —exclama, tratando de liberarse de June.

—¿Me estás hablando a mí? —Val parece más confusa que enfadada.

Monique niega con la cabeza. Mira más allá de Val, hacia el acogedor hogar de los Marino. No tiene suficiente imaginación como para conseguir que June la deje en paz.

Sale pitando.

—¡Monique, espera!

Se encamina hacia las calles desoladas del extremo de Red Hook. La voz de June sigue siendo un canturreo rítmico, pero ya no pronuncia el nombre de Val. Está invocando muchos otros nombres, algunos que Monique reconoce, otros que no y algunos que ella está segura de que no existen.

A media manzana, da comienzo la verja de hierro corrugado que oculta Bones Manor de la calle. Al pasar, una brisa agita la verja. Monique se cuela por un hueco y accede al imperio prohibido del Manor.

Está plantada ante el borde de una gran charca llena de juncos que se inclinan y balancean. Hay ondas en la superficie que distorsionan su reflejo. A su alrededor, hay refugios improvisados, cimientos de cemento con techos de arpillera, contenedores de mercancías con cuerdas de colgar la ropa de un extremo a otro y carritos de la compra para guardar cosas. Unas sillas hechas polvo están colocadas en semicírculo bajo una sábana colgada entre cuatro arbolitos muertos. La basura corre cual matojos arrancados.

El punto más elevado del Manor es un edificio azul que parece un par de caravanas puestas una encima de la otra. Conservan el equilibrio sobre una plataforma de ladrillos. La caravana superior tiene unas ventanas manchadas, una de las cuales está parcialmente cubierta por una cortina rasgada. Cuando Monique levanta la vista, alguien corre la cortina.

Un coro de voces nuevas se suma a la de June. Voces gruesas y roncas. Suenan como el dolor del viento en un bosque calcinado, como el ruido de una lata rodando por una calle vacía, como el susurro del polvo en un edificio derruido… Un sonido hueco, como el de los ruidos que no están acostumbrados a tener público. Sugieren una soledad que es peor que cualquier dolor.

En esto se convierte la gente, piensa Monique, en voces que gritan

en un solar abandonado, rascando el aire olvidado de un antiguo osario, esperando que alguien las oiga, pero llegando tan solo a personas que no escuchan. Y, siendo así, ¿qué más da si Ray se fuga con Maureen y Shawna se convierte en la reina de los bancos? Todos van hacia el mismo lugar.

De todos modos, hay cierto encanto en la desolación del Manor, cierto ingenio en aquellas ruinas. Aquello es lo más cercano a la fantasía que puede producir Red Hook, un mundo creado a partir de desperdicios: contenedores transformados en mansiones, una charca llena de barro convertida en un lago. Monique piensa que le gustaría disponer de su propio contenedor para refugiarse de la locura de las Casas y tener un sitio en el que la dejasen en paz.

—¡Buh!

Una mano le cubre los ojos. Da un respingo.

—He dicho «buh». ¿Te he asustado? ¿O me estabas esperando? —La mano se retira. Monique se vuelve y ve a Raneem, con sus chicos tras él.— ¿Has venido en mi busca?

—No —responde Monique.

Raneem da un paso atrás. Lleva los vaqueros tan bajos que asoman unos cinco centímetros de calzoncillos. Luce dos dientes frontales con fundas de oro.

—No vienen muchas chicas como tú por aquí, ¿sabes? A no ser que quieran algo.

—Lo que yo quiero —le dice Monique— es que me dejen en paz. Y tú harías eso por mí, ¿verdad?

—¿Por qué no nos cantas algo? —le propone Raneem—. Dicen que tienes una bonita voz que te sale de aquí. —Y le da unos golpecitos en el pecho. Ella da un respingo y él aprieta con más fuerza.— Canta.

Monique abre la boca, pero no le sale nada.

—¿No vas a cantar para mí? —Raneem le pone la mano en la

garganta.— ¿Seguro que no? —Y aparta la mano.— Me estoy quedando contigo. No me digas que una tía dura como tú no puede aguantar una broma. He oído que te gusta ir con los mayores. ¿A qué se debe eso? ¿Te has aburrido de los críos y vienes en busca de una auténtica aventura?

Igual ha venido en busca de Raneem.

—Te voy a decir una cosa. ¿Por qué no nos relajamos todos y pasamos un buen rato? —Raneem saca algo del bolsillo y lo sostiene ante las narices de Monique.— Creo recordar que esto es lo que buscabas la última vez. Algo de fumar. Colócate con la pandilla.

Es una bolsa perfecta, prieta y de un color marrón dorado.

—No, gracias —dice Monique.

—¿Te da miedo la mierda buena? ¿Prefieres fumar esa porquería de los bloques?

—No me apetece.

—Tonta del culo —le suelta uno de la pandilla de Raneem—. Con esto te apetecerá todo. Que se la meta, chaval. —Tuerce la barbilla hacia Raneem.

Monique niega con la cabeza:

—Estoy bien.

Pero Raneem ya le está presionando la bolsa contra la boca. Monique respira hondo, reteniendo el aire para que Raneem no tenga que apretarle los labios. Exhala y el mundo se tambalea. Trastabilla y se da contra Raneem.

— Ya sabía yo que acabarías aceptando. —Le brillan los dientes de oro. Se pasa la lengua por ellos.— Esta mandanga es ideal para las señoras —dice Raneem pasándole un brazo por los hombros a Monique. Ella no lo aparta. Si lo hace, teme irse hacia atrás y caerse al suelo.

Monique cierra los ojos. Siente en la cara el cálido aliento de Raneem, que le suelta un humo tórrido y agrio en los labios. Sabe

que apenas podría dar unos pasos antes de que la atraparan, ¿para qué serviría intentar huir?

—Ya lo veis —dice Raneem, desabrochándole el primer botón de la bragueta—. Tan fácil como quitarle un caramelo a un niño.

Monique cierra los ojos. Oye a Raneem manipulando la cremallera de su pantalón. Se abraza a sí misma. Y entonces él la deja ir. Se tambalea hacia atrás, se cae al suelo y abre los ojos.

Al principio, Monique cree que las voces de su cabeza han cobrado vida, materializándose desde los búnkeres y los contenedores, con sus rostros cetrinos y sus ojos cenicientos, pero no se trata de espectros. Callados y roñosos, los habitantes del Manor rodean a Raneem y sus muchachos. Llevan la ropa sucia y rasgada, capas y capas de deshechos. Cinturones de alambre y bramante. Ponchos hechos con cortinas y sábanas. Bolsas de plástico en vez de zapatos.

—¿Qué pasa? —les dice Raneem—. ¿Qué estáis mirando?

Y siguen apareciendo. Monique se pone de pie y se limpia el polvo. June se ha puesto a hablar más alto. Se le notan en la voz la fiebre y el pánico. «Agua, aguado, ola, oleaje. Roca, rockero, rocoso, enrocado.»

Raneem agarra un trozo de metal que hay a sus pies, pero antes de que pueda blandirlo, uno de los vecinos del Manor rompe filas, se acerca a él y le pega un puñetazo en la mandíbula. En un instante, ese chico escuálido con una sudadera negra está encima de Raneem, zurrándolo y arrojándolo con fuerza contra la grava y el cemento.

—Déjala —le dice—. Déjala en paz.

Raneem es más grande, pero aquel chaval lo ha pillado por sorpresa. Pelea con rapidez y dureza, lanzando veloces golpes que dejan a Raneem y los suyos sin tiempo para reaccionar. Al cabo de menos de un minuto, el chico pone de pie a Raneem y lo arroja en brazos de sus amigos.

—No volváis por el Manor jamás —les ordena.

Se le desliza hacia atrás la capucha, dejando al descubierto una cabeza cubierta de gurruños de pelo y un rostro largo y apagado con ojos somnolientos.

—¡Oye! —le dice uno de la pandilla—. ¿Verdad que nos conocemos?

—¿Qué si nos conocemos? ¡Ni de coña! —le responde el muchacho, subiéndose la capucha—. Largo.

La gente del Manor ve a Raneem y sus secuaces correr hacia el lago y salir del Manor, antes de retirarse a sus propias sombras.

Monique se queda allí donde estaba. Se abraza a sí misma. No se había dado cuenta de que estaba haciendo cada vez más frío, pero todo el cuerpo le tiembla y le tirita.

—Vamos —le dice el chico de la sudadera, ofreciéndole una mano —. Tienes que entrar en calor.

La conduce hasta un par de enormes contenedores puestos uno al lado del otro y pintados con aerosol azul y verde. La puerta de uno de ellos está abierta.

Monique se muestra dubitativa.

—No temas —le dice él.

El interior del contenedor de mercancías esta tuneado. La luz de la puerta brilla sobre las paredes cubiertas de elaborados grafitis. Son imágenes tropicales: el mar y la arena, también algunas palmeras bailongas. En una pared se ve el sol salir entre una explosión de colores naranja y amarillo. En la de enfrente, el sol se pone en una tormenta eléctrica de rojos y rosas.

—«Hecho Polvo» —dice Monique leyendo la firma que hay en el inferior de una de las pinturas—. ¿Eres tú? ¿Te llaman RunDown?

—Así me llamaban. Llámame Ren. Es más fácil.

—Vale, Ren. —Y vuelve a abrazarse a sí misma ansiosa por vencer el frío.

—Y tú eres la prima de Cree James.

—¿De qué lo conoces?

—Es mi colega. Vamos a viajar juntos.

—¿Cree? Él solo viaja con la mente.

Todo lo que hay en el refugio de Ren está perfectamente amontonado y plegado. Hay una cama hecha con palés y un colchón doble. La manta está remetida de la misma manera en que remeten las de los hospitales. Estanterías hechas de tablas y ladrillos recorren una pared. En ellas hay latas de sopa, refrescos y verduras, así como materiales para la limpieza y para el baño. Hay algunos libros junto a la cama. Al final del contenedor hay un sillón destrozado y un flexo que funciona a pilas. Ren enciende la lámpara y los colores de las paredes reviven.

—Todo esto es tuyo, ¿no? —pregunta Monique.

—Mi obra.

—Está muy bien.

Ren le pasa otra sudadera negra y ella se la pasa por la cabeza.

—¿Por qué me has salvado? —le pregunta la chica.

—Porque parecía que necesitabas ser salvada.

Reina la paz en el contenedor de mercancías. El aire está inmóvil, pero refresca. La hierba hace que a Monique se le vaya la cabeza:

—¿Te importa si me tumbo un momento?

—Toda tuya —responde Ren, señalando la cama—. Te espero fuera.

—No —le dice ella—. Puedes quedarte.

El chico se sienta en la mecedora y apaga la luz.

—Déjala encendida —le pide Monique—. Quiero ver los colores.

Se tumba en la cama. La almohada y las sábanas huelen a jabón. Se duerme con el suave crujido de los muelles y la borra mientras Ren se balancea adelante y atrás, cuidándola.

Cuando Monique despierta, el cielo ha pasado del azul a un tono de pizarra. Ren sigue en su mecedora, siguiendo el ritmo de su

balanceo con un aerosol de pintura.

—¿Preparada para volver a casa? Mejor que no estemos por aquí de noche. Te acompañaré un trozo.

A Monique le duelen la espalda y el cuello, ahí donde se golpeó al caer al suelo. Ren la conduce hasta el agujero que hay abierto en la verja. Figuras sombrías se apartan para dejarlos pasar. A la muchacha, el corazón le late con fuerza en cada callejón oscuro, en cada solar abandonado.

—Vas conmigo —le dice Ren—. No pasará nada. Nadie te hará nada mientras estés conmigo.

Pasan junto a los talleres mecánicos que ya están cerrando. Los chavales que viven por allí que hacen de voluntarios en el huerto están cerrando la verja. Monique y Ren hacen un alto en la calle Otsego para mirar atrás, hacia el agua. Al final de la calle, se atisba una cuña de peltre de la bahía a través de las ventanas en arco de un almacén abandonado. Justo cuando se detienen a contemplarlo, el sol se pone, electrizando el agua con la misma paleta de neón que Ren ha utilizado en la pared de su contenedor. Monique desliza su mano en la suya. Se quedan allí plantados, contemplando en silencio el sol que hace arder el agua hasta ocultarse tras la costa de Jersey, dejando el vecindario a oscuras.

Van a salir a la calle Lorraine. Ahora, Ren camina más despacio, casi deslizándose. Tira de los cordones de la capucha para estrechársela a la cara. No tardan nada en llegar a la entrada de uno de los patios.

—Hasta aquí puedo llegar —dice Ren. Monique se dispone a quitarse la sudadera, pero él le hace un gesto para que se detenga —. Quédatela. Ya me la devolverás otro día.

—Por supuesto —afirma ella.

—Y dile a tu primo que venga a verme. Hay sitios donde podemos ir.

—Conmigo, espero.

Ren coge a Monique de las manos y la mira de arriba abajo:

—Pues sí, yo creo que sí podrías venir con nosotros.

Monique no se percata de la presencia de Celia hasta que la tienen encima. Se separa de Ren.

—Hasta luego —le dice.

Ren está a punto de dar media vuelta cuando Celia lo agarra del brazo y le retira la capucha de la cabeza. Se le abre la boca y empieza a salir de ella un lento berrido que va creciendo, cual tren que atraviesa una estación.

Ren se libera del agarrón de Celia. Sale disparado de allí. Monique coge a su madre por los hombros.

—Deja de gritarle, mamá. Para —le dice—. ¡Déjalo ya! ¡Es un buen tío!

Pero el chillido de Celia sigue rasgando la noche que acaba de caer sobre ellas.

19

Val no había planeado besar a Jonathan. En el momento en que el profesor dejó que su boca se demorara sobre la de ella, la muchacha sintió cómo sus labios se relajaban. Si Jonathan se hubiese limitado a retirarse y disculparse por el malentendido, la cosa habría sido distinta, pero su reacción, casi violenta, el modo en que la había rechazado, le dijo a Val que se estaba impidiendo a sí mismo besarla y, al mismo tiempo, evitando que ella lo besara a él. Su reacción fue apasionada. De eso sí estaba segura.

Fue de película el modo en que la persiguió calle abajo, gritando su nombre bajo la lluvia. Ella había salido pitando, convencida de que él la seguiría y así fue a lo largo de media manzana, pero, cuando Val llegó a casa de sus padres, a Jonathan no se le vio por ningún lado. Mantuvo la vigilancia desde la ventana, para comprobar si él estaba en su sitio, tras la verja de hierro de la acera de enfrente. Cuando Jonathan apareció en su entrada, ella permaneció oculta tras la cortina, sin saber muy bien qué ocurriría si abría la puerta.

Ahora lamenta haber dudado. Con Jonathan, ella era capaz de olvidar la mano de June soltándose de la suya, la negra cortina de agua que las separó aquella noche. Jonathan la perdonaría por lo que le había ocurrido a June.

De camino a St. Bernardette, Val mira fijamente la ventana de su apartamento. Se demora en Van Brunt, en la parada del autobús, en los escalones de entrada del edificio, confiando en que se cruzarán por casualidad. Se toma su tiempo en el vestíbulo, en las escaleras, en la cafetería, frente a la sala de profesores. Cuenta los minutos que faltan para Historia de la Música.

En clase, Jonathan les dice que van a ver una película, una producción moderna de *Le nozze di Figaro* ambientada en un apartamento del Upper East Side. Esa es la única introducción que

les da antes de insertar el deuvedé, apagar las luces y darle al *play.* Ocupa su asiento al piano y no dice ni una palabra hasta que suena la campana. Juguetea con sus partituras y con la pila de cedés que tiene bajo la banqueta del piano, pero Val siente sus ojos cuando se le desvían hacia su rostro. Cuando ella se detiene un instante ante el piano después de clase, Jonathan no levanta la vista de la partitura que está ordenando.

Val cumple dieciséis años un miércoles cualquiera de cielo nublado. No habrá muchos bombos ni platillos: la cosa se limitará a una tarta blanca rellena de mermelada de frambuesa de alguna de las pastelerías italianas de la calle Court y un par de regalitos de sus padres y de Rita.

El autobús la deja en Van Brunt. Las ventanas del Dockyard están empañadas. Al abrirse la puerta del bar se atisba un interior oscuro con lucecitas verdes de Navidad. Echa un vistazo al interior, confiando en encontrar a Jonathan y esperando que salga a verla, pero el local está demasiado oscuro para que pueda distinguir las caras de los bebedores.

Se encamina al colmado a por un paquete de chicles. Desde la desaparición de June, el dueño del supermercado se ha portado bastante bien con ella, le ha regalado chocolatinas y cigarrillos sueltos. Algunas mañanas, hasta le ofrece un bocadillo para desayunar.

Val deja un paquete de chicles de menta en el mostrador. Se odia por no recordar el nombre del dueño.

—¿Chicles? ¿Eso es todo? ¿Qué me dices de un refresco?

—No, gracias. —Val echa un vistazo al folleto con la fotografía de June que hay pegado junto al mostrador.— ¿Llegaste a recuperar la camiseta? ¿La que me dejaste aquella mañana?

—No te preocupes por eso.

Val se mete un chicle en la boca:

—Hoy es mi cumpleaños.

—Pues felicidades. ¿Haces algo especial?

—No —reconoce Val.

Fadi se baja del taburete.

— Tengo algo para ti. —Se agacha, mostrándole así a Val sus anchas espaldas, y saca una caja blanca de pastas con la tapa rota. La deja en el mostrador, entre ambos. La abre. Dentro hay un surtido de pastas: unas tienen forma de rollos de huevo; otras, de nido de pájaro.— Son libanesas —explica—. Voy a buscar un trozo de cinta.

Y desaparece en la trastienda.

—¡Fadi! —dice una voz por detrás de Val.

Así se llama, *Fadi.*

Val se da la vuelta y ve entrar en la tienda a Jonathan. Cuando sus ojos se encuentran, Val ya no recuerda ni una sola del montón de cosas que pensaba decirle, cosas que demostrarían que ya no es una cría, cosas que le harían interesarse de nuevo por ella e invitarla a algo.

—Qué bien que hayamos coincidido aquí —exclama Jonathan. Echa mano al bolsillo y saca unos billetes arrugados.

—Me ha gustado la ópera que has puesto hoy —le dice Val—. Era guay.

—¿Lo de siempre? —pregunta Fadi, saliendo de la trastienda en dirección al exhibidor de tabaco.

—Un paquete de Spirits —le pide Jonathan.

Fadi termina de cerrar la caja con cinta. Pilla una bolsa de plástico de un gancho y mete las pastas dentro, añadiendo un montón de servilletas. Val desvía la mirada de Fadi a Jonathan, tratando de recordar la única vez que los tres estuvieron juntos allí mismo, pero no recuerda nada hasta que despertó en el hospital, no recuerda

nada del hombre que la sacó de debajo del muelle y la transportó a lo largo de siete manzanas hasta la tienda, no recuerda nada del hombre que llamó al 911.

—¿Ya le has deseado a Val un feliz cumpleaños? —dice Fadi.

—Primera noticia —comenta Jonathan.

—Cumple dieciséis —informa Fadi.

—¡Caramba! —Jonathan abre el paquete de tabaco.— Dieciséis, ¡eso es importante! —Se queda mirándola fijamente mientras Fadi le pasa la bolsa y luego menea la cabeza.— Pues nada, feliz cumpleaños. —Y le da un golpecito en el hombro a la chica antes de dirigirse a la salida.

Val agarra las pastas y sale pitando de la tienda. Atrapa a Jonathan en la esquina de delante del griego.

—Oye, ¿me das uno? —Apunta a sus cigarrillos.— Ya que es mi cumpleaños…

Jonathan mira sus pitillos, le da la vuelta al paquete y a punto está de guardárselo.

—No es que esté enganchada ni nada. No pienso hacer como mi madre. Ella cree que la salud se consigue fumando ciento veinte al día. Saben a caramelo.

Jonathan extrae un cigarrillo del paquete:

—No te hagas ilusiones. Estos cigarrillos no saben a caramelo, pero fúmatelo sin que tu padre te vea.

—Como si necesitara que me lo dijeses. —Val le quita el pitillo de la mano a Jonathan.

—¡Eh, Maestro! —Jonathan y Val miran hacia la acera de enfrente. La camarera pelirroja, de la misma que se queja Paulie aunque suela presentarse a beber durante su turno, está apoyada en el umbral.— Un poco joven para ti, ¿no crees? —La camarera se protege los ojos. — ¿Qué te pasa, cariño, te pone cachonda el profe? Vente para aquí, Maestro, y deja que una adulta te invite a un trago.

—Dame un segundo —le dice Jonathan.

—La oferta se va a acabar. —Lil se lleva las manos a las caderas.— Que disfrutes de los deberes, criatura.

—Feliz cumpleaños. —Jonathan le da a Val otra palmadita en el hombro antes de cruzar hacia el bar.

¿Ha dejado la mano algo más de tiempo esta vez? ¿Ha sido su imaginación o realmente parecía que Jonathan habría preferido seguir hablando con ella en vez de ir a hablar con Lil?

De camino a casa, Val repasa con todo detalle el apartamento de Jonathan, el olor a humo vetusto y ropa sucia, el sonido de la musiquilla que llega del bar. Se concentra en el sofá hecho polvo, las pilas de cajitas de cedés, los trozos de papel. Revive su beso, intentando recordar la exacta textura de los labios de Jonathan. Cierra los ojos mientras sube a ciegas los escalones de entrada de su casa, aferrándose a los recuerdos, pensando en Jonathan para dejar de hacerlo en June.

Ya en la cama, sigue repasando la tarde entera que pasó en el apartamento del profe de música, examinándola hasta que pierde el brillo, hasta que ya es incapaz de conjurar la excitación de los labios de él sobre los suyos. Hasta que su obsesión por el detalle hace que cualquiera de ellos pierda su significado.

En el sueño, se está ahogando. Lucha por mantener la cabeza fuera del agua. La balsa se le ha escapado bajo de ella. Las olas la arrastran. Val echa a nadar, tratando de agarrar un trozo de goma rosa. Se hunde en el agua y no puede respirar. Golpea las paredes, intentando escapar, huir del agua que se la está tragando.

Las mantas están apiladas en el suelo. Va al baño y se echa agua en la cara, pero sigue pensando en la balsa. Recuerda el agua, sucia y turbulenta bajo la superficie, con unas corrientes laberínticas en las que se enredaba ella.

Val yace en el extremo de la cama, con una pierna colgando hacia el suelo. Cierra los ojos, pero el corazón sigue disparado. No puede quitarse la balsa de la cabeza. Siente cómo se hunde bajo el agua y cómo las olas la empujan hacia el fondo. Cuando abrió los ojos, June ya estaba muy lejos.

El reloj marca las dos y media de la madrugada. Val camina de puntillas hasta el pasillo y baja las escaleras de la misma forma. En el vestíbulo, se pone una sudadera y unas bambas.

Van Brunt está en silencio. Se cruza con algunos parroquianos del bar. No está despierta del todo ni ha olvidado el sueño. Los nervios de las manos le pican y su respiración es acelerada e irregular. Cuando llega a la esquina con Visitation, hace un alto y echa un vistazo al Dockyard. Las ventanas están empañadas y los rótulos de neón arrojan un resplandor borroso sobre la calle. Desde donde se encuentra, el local parece un antro de mala muerte, oscuro y temible tras las ventanas cubiertas de vapor.

Se abre la puerta y sale una figura. Da varios pasos de lo más inseguros y luego se deja caer sobre el buzón de la esquina, empotrándose en ese bulto redondeado cual cuerpo arrojado a la orilla. A la luz amarillenta de la farola, Val advierte que se trata de la coronilla de Jonathan. Lo contempla un instante, confiando en que recupere el equilibrio y se meta en su edificio, pero no se mueve, ni siquiera cuando dos habituales del bar le dan sendos golpecitos en el hombro de camino a casa.

—Cabronazo —le dice uno de ellos—. Eres un triste cabronazo.

Val no sabe qué hacer. No quiere que la camarera pelirroja la vea con Jonathan y tampoco quiere que los amigos de su padre la pillen fuera a esas horas. Jonathan gruñe y se incorpora. Da varios pasos atrás y luego se desploma en el banco que hay delante del bar.

Val cruza corriendo la calle.

—¿Señor Sprouse? ¿Señor Sprouse? —Y lo zarandea un poco.—

¿Jonathan?

Este asiente con la cabeza. Tiene los ojos como dos rajitas del tamaño de ranuras para monedas.

—Valerie —dice—. Valerie. —Parece que tenga la boca llena de guijarros. Extiende una mano y trata de palmearle la mejilla.— Eres muy guapa y no tienes ni idea. Tan guapa…. —dice, dejando caer la mano hacia la acera.

—Jonathan, no te puedes quedar dormido aquí. Tienes que subir a casa —le aconseja Val.

—No puedo. He perdido las llaves.

Val observa que tiene las llaves agarradas en la palma de la mano.

—No, Jonathan, las tienes aquí. Levántate, por favor. —Val le coge las llaves y se las agita en las narices, como si tentara a un perro con un juguete.

—Mis llaves. Las has encontrado. Eres un ángel.

—Mira, Jonathan —le dice Val—, voy a abrirte el portal y, luego, tú me sigues, ¿vale?

Val necesita unos minutos para dar con la llave del portal. En el pasillo, encuentra un trozo de ladrillo que se utiliza para dejar la puerta entornada. Vuelve junto a Jonathan, se agacha y trata de arrancarlo del banco.

—Levántate, Jonathan, hazlo por mí. Por favor. —Y mira hacia el bar, esperando que nadie se fije en lo que está ocurriendo en la calle.

—Por ti, Valerie, lo que haga falta.

Jonathan logra ponerse de pie. Val le agarra un brazo y se lo pasa por el hombro.

— Vale, tú solo sígueme.

Cruzan la calle tambaleándose. Val oscila de un pie a otro, dirigiéndose hacia la puerta de Jonathan y emprendiendo luego la subida de las escaleras. Le quita el chaquetón y el jersey y aparta las

mantas de la cama antes de que él se desplome. Luego le desabrocha los zapatos y se los quita junto a los calcetines. Lo cubre con sábanas y mantas.

—¿Necesitas algo?

—Agua

Val encuentra un vaso, lo lava y lo llena de agua. Cuando regresa junto al lecho, Jonathan se está peleando con un frasco de Tylenol PM. Val le saca dos pastillas y le levanta la cabeza para que pueda beber.

Se sienta al borde de la cama. El despertador le informa de que acaban de dar las tres. Un autobús nocturno aparece por la parada de enfrente. El apartamento se mueve al mismo ritmo que el de su motor. Llegan voces del bar de abajo. La música country se cuela por las tablas del suelo. Alguien se carga un vaso. Jonathan cambia de posición. Se le cae una mano que luego se agarra a las mantas. Val entrelaza sus dedos con los del profesor y ve cómo el reloj se encamina hacia las cuatro.

Le empiezan a pesar los ojos. Se inclina sobre Jonathan y le retira la segunda almohada de debajo de la cabeza. La arroja a los pies de la cama. A continuación, se mete entre las sábanas, estirando los pies hacia el cabezal. Se hace un ovillo en el hueco que dejan las rodillas de Jonathan y, atrapada entre su cuerpo y la pared, se queda dormida.

Val despierta en la misma posición. Al principio, no quiere molestar a Jonathan, que ronca suavemente en el cabezal de la cama. Cierra los ojos e intenta seguir durmiendo.

Ha dormido sin soñar y sin temor a la pesadilla que la hizo huir de su propia habitación. Se ha sentido anclada por la proximidad de Jonathan, por la regularidad de su respiración y el sonar de su sueño.

Al cabo de veinte minutos, Val es consciente de lo inútil que será intentar dormir. Tiene las piernas agarrotadas y le duele la espalda. Teme que cuando Jonathan descubra su presencia se enfade y se muestre furioso por las libertades que se ha tomado. «Pegó sus labios a los míos», se dice. «Me persiguió calle abajo.»

El reloj le informa de que ha pasado media hora desde que se despertó. Van Brunt sigue en silencio. El sol es solo una promesa. Sabe que debería volver a casa antes de que despierten sus padres, colarse en su habitación y hacer como que no se ha movido de allí en toda la noche, pero el único movimiento que ha hecho Jonathan ha sido para acercarse más a ella. Aunque esté dormido, eso significa algo.

Val cada vez está más agarrotada. Extiende las piernas de una en una. A continuación, con la mayor discreción posible, sale de la cama. En cuanto sus pies rozan el suelo, Jonathan se desplaza en busca del sitio que acaba de quedar libre. Abre los ojos de golpe y pone cara de asombro. «¿Dónde estás…?», pregunta. Y luego se da la vuelta y ve a Val. Ella le contempla mientras él la enfoca, con los ojos estrechándose y agrandándose en busca de una explicación o de un recuerdo.

Se apoya en un codo:

—¿Valerie? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No te acuerdas de que no podías llegar a casa? ¿No te acuerdas de que estabas en un banco, delante del bar?

—Dios bendito. Joder —dice Jonathan, desplomándose en el colchón y tapándose la cabeza con la almohada—. ¿He hecho...? ¿Hemos hecho…?

—No, señor Sprouse.

—Por el amor de Dios, no me llames señor Sprouse, joder. —Tiene la voz apagada por la almohada y Val no sabe si está enfadado o no.

—Lo siento, Jonathan.

—No estoy cabreado contigo, Val. Es solo que... esto es una mierda.

—No pasa nada, Jonathan. No ocurrió nada. Solo te ayudé a subir las escaleras. Eso es todo.

—Pero has dormido aquí, en mi cama.—Y arroja la almohada hacia la ventana.— Podría perder mi empleo. Y, aún peor: tu padre me matará.

—Nadie nos vio.

—¿En este barrio? Seguro que sí.

—Lo siento —dice Val—. Debería haberme ido, pero estaba preocupada. Estabas hecho un asco. No me pareció bien dejarte solo. ¿Debería haberlo hecho? ¿Y si te llega a pasar algo, como que te asfixias o te desmayas y te haces daño?

—Joder. —Jonathan se clava los puños en los ojos.— Eso habría sido lo mejor.

Val le coge el vaso de agua y se va al fregadero a rellenárselo. Encuentra un antiácido en el cuarto de baño:

—Mi hermana se lo toma cuando tiene resaca. Dice que es mejor que la aspirina.

Jonathan aparta las mantas y se sienta al borde de la cama. Acepta las pastillas y echa la cabeza hacia atrás.

—Una adolescente me da consejos para la resaca. Soy un auténtico desastre. Me voy a duchar. Huelo a muerto. Y me siento aún peor.

Val ve cómo la puerta del baño se cierra tras él. Se pone los zapatos y encuentra el abrigo.

Jonathan no le ha dicho que se quede, pero tampoco que se vaya, lo cual refuerza su optimismo, pero quizá lo más maduro que se puede hacer, lo que demostraría que es independiente, sería irse por decisión propia y sin que se lo pidan.

Se pone la sudadera y abre la puerta.

—¿Valerie? ¿Val? —Jonathan asoma la cabeza por el cuarto de

baño. Se oye al fondo el ruido del agua de la ducha.— Tengo que salir de este puto sitio.

—¿De tu apartamento?

—De Red Hook.

—¿Y por qué no lo haces? Eres mayor. Te puedes largar sin más. Yo estoy pillada con mis padres.

Jonathan desearía subirse de un salto a la furgoneta Mercedes hecha caldo de su madre que está aparcada a la vuelta de la esquina, en la calle Imlay, y llevarse a Val a la isla Fishers, donde el agua no está rodeada por los puertos industriales de Jersey y la torcida silueta de los rascacielos de Manhattan. Se derrumbaría en un sillón Adirondack y dejaría que la brisa marina le quitara la resaca de la cabeza. Le palpita el cerebro. Se le retuerce el estómago y ve la figura azulada de Eden perdida en la playa rocosa.

Jonathan se mete en la ducha:

—No te vas, ¿verdad? Me siento en deuda contigo. Por lo menos, déjame que te invite a una taza de café.

Sin quitarse la sudadera, Val espera ante la puerta hasta que Jonathan emerja del cuarto de baño. Va sin camisa y se ha enrollado una toalla a la cintura. Aunque esté flacucho, tiene más músculos de lo esperado. Luce en el pecho algunos pelos negros. Val lo ve dirigirse a la cocina y ponerse a rebuscar en las alacenas.

—Mierda. No hay café. No hay leche. No hay de nada.

—Da igual —le dice Val.

Jonathan se frota las sienes:

—No. No da igual. Nada de esto da igual. Eres demasiado joven para relacionarte con gente como yo, gente incapaz hasta de tener café instantáneo en casa.

—No soy tan joven.

—Mi vida de adulto no es ejemplar. —Y recorre el apartamento con el brazo.— Por favor, no tomes nada de esto como ejemplo.

Jonathan va hasta el armario. Se pone una camiseta y luego encuentra unos calzoncillos limpios y unos pantalones.

—¿Te importa? —pregunta.

Y Val se da la vuelta para que se pueda acabar de vestir.

—Es demasiado pronto para que cualquiera de mis amigos degenerados esté de pie, así que igual podría invitarte a un café fuera, ya que aquí no tengo. Asegurémonos de que no hay moros en la costa.

Se arrodillan sobre la cama y miran por la ventana. Fadi está plantado ante su colmado, hablando con el chaval negro que le dijo a Val que se mantuviese alejada de Cree. Esos dos no cuentan, piensa. Mira la hora: ni siquiera sus padres estarán levantados tan pronto.

El interior del Cruise Café está oculto por una película de vapor grasiento. Un par de adictos a la metadona están haciendo gestos y muecas en la parada del autobús.

—¿Vale? —pregunta Val.

—Yo diría que sí.

Ahora son cómplices: ir a por café es una aventura ilícita.

Bajan por la estrecha escalera. Al salir, la puerta del Dockyard se abre y aparece una pandilla de matados con la ropa de la víspera.

—Adentro —dice Jonathan.

Se pelea con la llave hasta abrir la puerta. Hay un momento de silencio antes de que a Val y Jonathan les dé un ataque de risa. Están a escasos centímetros el uno del otro. Val puede sentir la risa de Jonathan en su propio pecho. Se echa a reír más fuerte, doblándose hacia delante. Su cabeza choca con el pecho de él. Siente los labios de Jonathan en el pelo. Y, luego, la boca del profesor encuentra el camino hacia la suya.

El beso se desarrolla con lentitud, tomándose su tiempo, adoptando ritmo y profundidad a medida que las lenguas bailan y se retuercen.

Val no sabe muy bien si ha durado segundos o minutos.

Ya se han separado.

—Dios, cómo me duele la cabeza —dice Jonathan. Atisba el exterior a través del cristal esmerilado de la puerta—. Igual es mejor que vaya yo solo.

A solas en el piso, una oleada de vértigo azota a Val. Él no le ha dicho que se fuera. La ha besado. Ha confiado en ella. La ha dejado sola. Va a volver. Val apoya la cabeza sobre las rodillas. Nadie puede verla dando palmas y asestándole un puñetazo al aire estancado.

20

Cree empuja el carrito de la compra de metal rojo, hasta arriba de bolsas de ropa plegada, por la oscura escalera, mientras las ruedecitas de plástico van golpeándose al subir. Arrastra el carrito hasta su pasillo, mientras ajusta la carga con el brazo que le queda libre. Al llegar a la puerta de su apartamento, busca la llave. Antes de girarla en la cerradura, ya sabe que pasa algo.

Gloria, Celia, la abuela Lucy y Monique están reunidas en el salón. Las mujeres mayores están alineadas en el sofá, mientras Monique ocupa un sitio junto a ellas, sentada en el único sillón del cuarto.

Cree cierra la puerta. Las mujeres le recuerdan a las presentadoras de esos programas de media mañana que echan por la televisión: jóvenes, agresivas y divertidas, pero también viejas, sabias y maternales.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Las conoce lo bastante como para darse cuenta de que cada una de ellas está bajo la influencia de su propia clase de rabia. Monique está mohína y cabreada. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y el cuerpo en un ángulo que la aleja del grupo. La mitad inferior del rostro está tensa, como si estuviese mordiendo a conciencia una palabra que no se atreve a pronunciar. Celia bulle con la ira vehemente que aporta a sus discusiones con Ray. Es incapaz de quedarse quieta en el asiento. El rostro de Gloria denota decepción y una tristeza muy profunda. La abuela Lucy está alerta en su intensidad, con la furia aparentemente bajo control.

—Darnell Renton Davis —dice Celia, poniéndose de pie. Tiene las manos en las caderas, le brillan los ojos ambarinos y las mechas doradas del cabello parecen estar ardiendo.

—Celia —interviene Gloria, extendiendo la mano buena en busca del brazo de su hermana—, Celia, siéntate.

Celia se deja sentar de nuevo en el sofá.

—¿Qué pasa con Ren? —pregunta Cree.

—O sea, que lo conoces, ¿no? —le dice Celia—. Admites que lo conoces.

—Quedamos de vez en cuando. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre?

Las mujeres se miran unas a otras. Celia arquea las cejas y asiente mirando a Gloria. Gloria abre la boca. Le tiemblan los labios, pero no le salen las palabras. Cierra la boca y lo vuelve a intentar.

—Cariño —dice Gloria—, Darnell Renton Davies es el chaval que mató a Marcus.

Cree toma conciencia de cada detalle de aquella estancia: las tazas de té sobre la mesa de centro, el mando de la televisión olvidado en el alféizar de la ventana, una toalla que cuelga de la puerta de su dormitorio.

—¿Cómo? No, Renton es majo —dice—. Somos, ya sabéis… Es mi… Somos amigos y eso.

—Seáis lo que seáis —replica Gloria—, Renton lo mató.

—Sí —afirma Celia—. Lo mató él.

La abuela Lucy saca el péndulo, lo ve balancearse y no dice nada.

—No —dice Cree—. Os equivocáis. Estáis todas equivocadas. Es un chaval extraño, pero no un asesino. No.

—Por aquel entonces no era mucho mayor que tú —explica Lucy—. También era un crío.

—Yo lo vi entre rejas cuando trabajaba en el ala de delincuentes juveniles. Lo vi. Y sé lo que me digo —dice Celia—. Era ese chico. Así de fácil.

A Cree le pican los nervios de la mano. Le aprieta el pecho y se le corta la respiración:

—Nunca me dijisteis su nombre.

—Tenías doce años —contesta Gloria—. ¿Qué más te daba a ti su nombre?

—¿Cuánto tiempo lleva rondándote? —pregunta Celia, pasando la vista de Cree a Monique—. ¿O a los dos, mejor dicho?

—¿Y Mo qué pinta en esto? —inquiere Cree.

—Nada —responde Monique, apartándose un poco más del círculo para quedarse mirando por la ventana.

—Los chicos como él no cambian —dice Celia—. Lo compruebo a diario. En cuanto los sueltas, vuelven a hacer lo que solían hacer. A robar un coche, a pillar un arma. Matar a alguien no es gran cosa para ellos.

—¿Qué piensas hacer? —plantea la abuela Lucy. Dobla los bracitos sobre el pecho y se queda mirando fijamente a Cree hasta que este aparta los ojos.

—¿Hacer? —pregunta Celia, levantándose del sofá y mirándolos a todos a la vez—. Lo que va a hacer es mantenerse a una buena distancia de ese chico y mañana mismo hablaré con su agente de la condicional para informarle de que el tal Renton ha estado acosando a nuestra familia. —Se desploma nuevamente en el sofá y fija la mirada en Cree.

—Nadie está acosando a nadie —asegura Monique.

Gloria se ajusta el jersey al cuerpo.

— Si Marcus levantara la cabeza —dice, mirando a Monique.

—Pues no la ha levantado —replica esta— ni la levantará. —Y se pone de pie, sale pitando hacia el baño y se encierra en él dando un portazo.

—No empieces con Marcus, Gloria —dice Lucy—. Esto es un tema para los vivos, no para los muertos. Cree planea algo con el tal Renton. Solo hay que averiguar de qué se trata.

—Cree no tiene planes con él —afirma Celia—. Ninguno.

—¿Crees que Marcus tendría algo que decir al respecto? —pregunta Gloria, hundiéndose un poco más en el sofá, refugiándose en sí misma.

—Bueno, si así fuera, no te lo diría a ti —responde la abuela Lucy. Se sienta más recta, rechazando con su compostura la actitud de sus hijas.

—Esto no va sobre Marcus —dice Celia—. Esto afecta a Cree. Tienes que decirnos qué has estado haciendo con ese muchacho. ¿En qué te ha metido?

—En nada.

—¿Y esa nada tiene algo que ver con la ronda de reconocimiento de la que te saqué? —le pregunta Celia.

—No.

—Es un pandillero, cariño. ¿No te acuerdas de cómo murió tu padre? —le dice Celia.

—Claro que sí. —Cree contempla a esas mujeres, preguntándose qué querrán que diga. ¿Debería disculparse por su estupidez, alegar ignorancia, jurar venganza? ¿Debería salir en defensa de Ren?

Y todas ellas están a la espera. Cree tiene ganas de dar una patada a algo, bien fuerte. Quiere cargarse la mesa de centro, desperdigar el té que haya traído la abuela Lucy por las paredes y las alfombras, manchar toda la estancia con ese brebaje de palos, hierbajos y moho.

Quiere arrancar las cortinas, romper la televisión. Y quiere maldecir a su padre por haber tenido la ocurrencia de morirse para luego volver a robarle al único amigo que tiene.

—A la mierda —dice—. A la mierda con todo. —Y desaparece en el pasillo antes de que las mujeres puedan verlo llorar.

Por una vez, agradece la penumbra del pasillo, las oscuras escaleras, las farolas rotas del patio y las de la calle Lorraine. Agradece que los vecinos de los bloques pasen olímpicamente del sufrimiento ajeno para centrarse en el suyo propio.

Mierda. Siempre había sabido que algo pasaba con Ren, pero no podía imaginar de qué se trataba, porque, ahora se da cuenta —

demasiado tarde, claro, hay que joderse— de que no sabe nada de ese chaval. No sabe nada de sus padres, de su pasado. No sabe de dónde viene ni por qué. Nunca ha visto dónde vive y no tiene ni idea de cómo se gana la vida. Lo único que sabía de Ren era que se había tirado una temporada en prisión, pero, en Red Hook, eso no le sorprende a nadie.

No se había preguntado por qué el chico había aparecido un buen día, por qué sabía tanto sobre él, por qué parecía preocuparse tanto por un desconocido como él. Ren había invadido sus escondites, pintando la firma de Hecho Polvo por todos esos rinconcitos de Red Hook que Cree había hecho suyos. Había reclutado también a aquellos gamberretes de mierda para que cuidaran del monumento en recuerdo de Marcus, pero lo peor de todo era que había arreglado la barca. La había pulido y limpiado, colonizando así el lugar en el que Cree se sentía más cerca de su padre. A Ren no le bastaba con haberle jodido ya la vida hace años, también tenía que jodérsela ahora. Pues de eso se trataba: de una jodienda mental absoluta. O compadecía a Cree o deseaba atormentarlo. Y Cree había estado demasiado ciego —o halagado por la atención que recibía— como para darse cuenta.

Cree está bastante seguro de que es el único chaval de las Casas que nunca se ha metido en una pelea de patio de colegio. Cuando mataron a su padre, los demás chavales lo dejaron en paz. Los profesores toleraron que se dedicara a mirar por la ventana al fondo del aula. Los matones no querían que los pillaran metiéndose con él. Durante años, un manto de invencibilidad (¿o era de invisibilidad?) parecía colgarle de los hombros. Podía pasar por los peores rincones de los bloques, cruzándose con todo tipo de grupos, bandas o pandillas, sin que nadie le dijera nada más ofensivo que «¿Cómo lo llevas, chaval?».

Pero ahora Cree se siente preparado para lo que haga falta. Está

preparado para el combate que no lo dejaron librar. La furia y la rabia se le están concentrando en las manos, convirtiéndolas en puños, obligándolo a golpearse los muslos al andar.

La muerte de Marcus se había convertido en un símbolo de la violencia absurda de Red Hook. Abordarla directamente —hablar con Cree, consolar a Gloria, sonreírle a Celia sin ironía— era reconocer lo jodido que era ese sitio, lo bajo que habían caído. Durante años, Gloria había aliviado el dolor de Cree con su creencia en el fantasma de Marcus, consiguiendo que el muchacho se sintiera más decepcionado que enfadado, pero ahora su ira tiene un rostro.

Cree llega al solar donde está varada la barca. Ve a Ren agachado junto a la popa, manipulando algo del motor. Está concentrado en su tarea, consagrado a la tuerca o el tornillo que requieren en ese momento su atención. Cree se acerca todo lo silencioso que puede. Y luego pronuncia el nombre de Ren. Este se pone de pie y Cree le atiza un puñetazo en la mandíbula. Uno en el mentón, otro en el ojo derecho. Ren se tambalea hacia atrás. Cree le suelta otro golpe, esta vez en el estómago. Agarra de los hombros a Ren y siente que no opone resistencia, que no piensa impedir el siguiente leñazo. Tampoco el siguiente ni el siguiente del siguiente.

Cree lo deja estar. No hay satisfacción alguna en una pelea sin contrincante. Ren intenta recuperar el resuello.

—Pasé siete años en el correccional —dice—. Sé encajar los golpes. Así que adelante. No pienso pelear contigo.

Cree está jadeando. Le duelen los puños:

—Tú mataste a mi padre.

Ren se deja caer al suelo y se apoya en la barca:

—Sí, yo maté a tu padre.

—¿Me has mentido todo este tiempo haciendo como que éramos amigos? —se queja Cree.

—No —le asegura Ren—. Nunca te he mentido, pero no te he

contado la historia completa. ¿Tú crees que me habrías dirigido la palabra si te llego a contar la verdad?

—¿Y a ti que más te daba si yo te hablaba o no? Debería ser la última persona con quien quisieras hablar.

Ren se limpia la sangre del labio con el puño de la sudadera:

—No, tú eres la única persona con la que quiero hablar.

—Eso es una mierda —le suelta Cree—. Estás como una puta cabra.

—¿Y tú qué sabes? —le dice Ren—. No sabes nada de mí. No sabes cómo funciono.

—Y me da lo mismo —asegura Cree—. Lo único que necesito saber es que te cargaste a mi padre. —Se da la vuelta y empieza a alejarse de aquel solar.

—¿Qué haces? —le dice Ren—. ¿Eso es todo? ¿Te largas? ¿Ni siquiera quieres escuchar mi versión?

Cree deja de andar y patea el suelo:

—Mierda.

Ren no espera a que Cree se dé la vuelta para empezar con su historia.

—Es una historia muy jodida —dice—. Lo primero que recuerdo tras haber soltado la pistola es ver a un crío pequeño cruzando el patio. Un niño, debía de tener un par de años menos que yo. No os conocía ni a ti ni a tu padre, pero sabía que la había cagado. Ya parecías perdido antes incluso de ver caer a tu padre.

Cree lloraba cuando llegó al patio. La muerte de Marcus no había sido la fuente de desgracias de aquel día, pero se convirtió inmediatamente en ello, haciendo que el infortunio anterior deviniera irrelevante.

La cosa había empezado cuando Rita Marino decidió robarle un cigarrillo a su madre. Ya se había hecho con dos botellas de vino y andaba buscando un nuevo entretenimiento. Se había tirado una

hora preguntándose dónde se fumaría el pitillo 120. Acabó decidiéndose por el baño de arriba de su casa. Había una ventanilla que daba a la azotea, muy práctica para expulsar el humo. Se llevó a Cree y cerró la puerta con el pestillo.

A Rita, el humo la hizo toser. Dijo que se le iba la cabeza. Cree intentó tranquilizarla, pero ya era demasiado tarde. El señor Marino estaba aporreando la puerta. Los Marino no les dejaban jugar con la puerta cerrada, pero allí estaban ellos, aislados en un cuarto de baño cerrado que apestaba a humo. El señor Marino arrastró a Cree escaleras abajo. Lo echó de casa a patadas, pero luego se lo pensó mejor y lo agarró del cuello. Lo mantuvo sujeto bien fuerte y lo puso de vuelta y media hasta que la gente se asomó a la ventana a ver qué pasaba.

—No podía borrar el recuerdo de tu rostro —dice Ren—. Pensé en ayudarte cuando me soltaran. Quería echarte una mano. No me equivoqué al pensar que necesitabas tener a alguien de tu lado.

—Que te den por culo —le suelta Cree.

—Ahí está lo jodido. Podría haber sido cualquiera que se hubiese metido en líos como los míos. Podrías haber sido tú.

—No. Yo no.

—¿Por qué? ¿Por qué tenías un montón de amigos con los que crecer? ¿Por qué eras un tío muy popular? Yo no tuve esa impresión —dice Ren—. Lo único que necesitas es que los tíos adecuados te presten atención. Que te llamen cuando cruzas los patios, que te dejen sentarte en sus bancos y relajarte en su esquina. ¿Nunca quisiste formar parte de algo? ¿Nunca quisiste estar en una pandilla?

—A los doce años, no.

—Y una mierda. Joder, tío, yo ni siquiera supe que me estaban reclutando hasta que fue demasiado tarde. La atención era adictiva. De repente, todos esos tíos mayores, esos tíos tan guays, querían relacionarse conmigo. Yo sospechaba que se estaban metiendo en

algún asunto serio, pero eso era mejor que quedarse solo en casa con una televisión hecha polvo. Me acostumbré a su estilo de vida. —Ren encuentra un cigarrillo arrugado en el bolsillo de la sudadera. — Un día estábamos relajándonos en un apartamento del segundo piso de una de las torres. Un tío de mi pandilla tenía una pistola. Siempre había alguien que tenía una, pero esa vez me dejaron empuñarla. Me sentí un tío de lo más sofisticado. Al parecer, había otra banda en un apartamento situado al otro lado del patio a la que mis colegas querían asustar. Los colegas me dijeron que me convertiría en un tío de ley, un pandillero de verdad, si enviaba una advertencia a sus rivales. Ni me lo pensé. Y saqué la pistola por la ventana.

Cree se mete un nudillo en la boca y lo muerde, esperando que el dolor contenga las lágrimas.

—¿Te acuerdas de con qué frecuencia se oían disparos por aquel entonces? —pregunta Ren—. No significaban nada. Yo los oía a todas horas. Los disparos formaban parte de la vida diaria, pero nunca vi caer a nadie. Supuse que solo me sumaría al ruido ambiental, al ambiente reinante. Tardamos unos segundos en deducir que los gritos del exterior significaban que alguien había sido alcanzado. Los colegas me dijeron que esperase en el apartamento y allí seguí esperando cuando apareció la poli. Vi desarrollarse todo el asunto como si no tuviese nada que ver conmigo. Como si lo estuviera viendo por la televisión. Tuve suerte de que me juzgasen como menor, pues, en caso contrario, aún estaría dentro. —Ren arranca del suelo algo de hierba seca y la esparce lo más lejos que puede.

—Tuviste suerte, ¿eh? —dice Cree—. ¿Y yo?

—Lo siento —contesta Ren—. Lo siento mucho.

—Como si eso significara algo.

—Mis padres no me visitaban más de un par de veces al año.

Luego se mudaron al norte del estado, a Troy. No me enteré hasta que me devolvieron una carta. Ni siquiera saben que ya he salido.

—¿Y se supone que debo sentirme mal porque tu familia no está unida?

—Ahora estoy tratando de explicarte algo —dice Ren—. Soy un desastre. No tengo a nadie de mi lado. Y la culpa es mía. Pero ¿qué me dices de ti?

—¿De mí? —se rebota Cree— ¿Y a ti qué te importa?

—Dispones de todo un barrio lleno de gente, pero estás solo por decisión propia. Eso es lo que no acabo de entender.

—No sé a qué juegas, pero es mejor que no pienses en mí ni lo más mínimo.

—Lástima —dice Ren—. Para mí es una costumbre. En el correccional solía pensar mucho en ti. Te seguía viendo como aquel chavalín que cruzaba el patio. Cuando hacía buen tiempo, me preguntaba qué habría sido de ti, porque, hicieras lo que hicieses, sería mejor que la nada a la que me dedicaba yo.

—Pues si hacía buen tiempo, debería haber estado en la barca con mi padre. Algo que, gracias a ti, nunca pudo ser —afirma Cree.

—Cuando salí, solo quería ver qué pinta tenías. Eso era todo. Quería cerciorarme de que estabas bien, de que no te metías en líos. Por aquí, tus probabilidades de tener problemas son del cincuenta por cien. Te seguía por donde ibas y así descubrí todos tus escondites. Y un día pensé: este chaval está buscando una vía de escape, un alivio, quiere vivir una aventura, pero tiene demasiado miedo a abandonar Red Hook. Y eso es culpa mía. Sin tu padre, estás como congelado. Atrapado en ese patio por culpa de lo que yo hice. Sueñas con salir de aquí, pero el miedo te paraliza.

—Que te den —le suelta Cree—. Tú no sabes nada de mí. —Pero sabe que no es así.

—¿Ah, no? No me digas que no has querido sacar esa barca al

agua y visitar todos esos sitios a los que tu padre prometió llevarte —dice Ren—. La barca está lista. Me tiré muchos años en el taller como mecánico y la he arreglado.

—¿Y ahora qué? ¿Pensaste que saltaría a bordo contigo de inmediato? ¿Qué navegaríamos hacia el atardecer? ¿Ese era tu plan? ¿Y cuándo pensabas contarme lo que habías hecho?

—Cuando te hubiese compensado de la mejor manera posible.

—Tienes que estar loco para creer en algo así —sentencia Cree.

—No —dice Ren—. Tú eres el loco que piensa pasarse la vida en este barrio. Los fantasmas no existen. Los muertos no vuelven. Tú haces como que te lo crees para no tener que seguir adelante.

—¿Y tú qué sabes de fantasmas?

—¿Quieres saber cómo son? Pues intenta vivir en un dormitorio lleno de asesinos adolescentes. Verás fantasmas enloquecidos por todas partes. En la cara de chavales de doce años que no pueden olvidar a quién mataron. Que ven a sus muertos en cualquier rincón. Los verás en el puto espejo cuando solo quieras comprobar que sigues respirando. No hubo una sola puta noche allí dentro en la que no me despertara alguien atormentado por la persona que se había cargado. Los fantasmas no son los muertos. Son aquellos que los muertos han dejado atrás. Quédate aquí el tiempo suficiente y te convertirás en uno de ellos, en otro espectro que atormenta el Hook.

—No hay nada malo en Red Hook.

—Pero hay algo malo en estar tan asustado que no ves más allá de tus narices —le dice Ren—. Te vi observando a esas chicas de la balsa. Te vi mirándolas.

—¿Que tú qué? —Cree estaba seguro de haber estado a solas en el muelle, pero recuerda esa sombra que desapareció en la noche y lo obligó a volver a la orilla.

—Las seguiste a lo largo del muelle. Yo seguía todos tus pasos. Estaba tan cerca de ti que habría podido tocarte. Estabas demasiado

hipnotizado como para darte cuenta. Estabas tan celoso de su aventura que querías un trozo de ella para ti mismo. Las seguiste hasta el agua. Te echaste a nadar.

Cree niega con la cabeza, pero recuerda aquel escalofrío tan raro en la espalda, la inquietante sensación de que Marcus andaba por allí cerca, vigilando.

—Y nadaste —insiste Ren—, pero no pudiste alcanzarlas. La corriente era demasiado fuerte. ¿Te crees que yo soy el único que te vio nadar? ¿Durante cuánto tiempo crees que vas a poder mantenerlo en secreto? Red Hook aparenta estar abandonado, pero tiene ojos.

—Sí, claro, los tuyos —le dice Cree.

—Deberías dar gracias de que te vigilara, de que distraiga a la poli de haber estado en el agua la noche en que la chica se ahogó.

—¿Se ahogó? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Ya te lo he dicho. Estaba mirando. Vi volcar la balsa mientras tú nadabas. Y luego te vi pasarlas canutas para volver a la orilla.

—¿Viste lo que ocurrió? —Y habría bastado una palabra de Ren para alejar las sospechas de Cree, para quitarle a los putos polis de encima.— ¿Y no dijiste nada?

—Como ya te he contado, vi volcar la balsa —dice Ren—. Y te vi a ti en el agua con las chicas. ¿Tú sabes cuántos chavales inocentes estaban conmigo en el correccional? ¿Sabes cuántos eran solo culpables de estar en el lugar equivocado a la hora que no tocaba? Tú solo eres culpable de tu propia estupidez. Echar a nadar detrás de un par de chicas blancas era algo que no podía acabar bien. Algún día, tu amiga Val recordará que intentaste alcanzarla. ¿Y qué le dirás entonces?

—No lo sé —reconoce Cree.

—Me necesitas —le dice Ren—. Sé que no tuviste nada que ver con lo de la balsa, pero los polis no ven la hora de meter entre rejas a un

chaval negro por semejante delito. Y aunque no hubiera delito alguno. No te quitarán la vista de encima. Tienes que pensar en eso si aspiras a sobrevivir.

—Pienso sobrevivir. Estoy sobreviviendo.

—Estás poniendo un pie delante del otro. Eso no es vivir.

—¿Y tú qué sabes de lo que es la vida? Te has pasado casi toda la tuya encerrado.

—Exactamente. Igual que tú. No digo que vayas a pasar la vida en la cárcel, pero sí en algo parecido. —Ren se pone de pie.

—Ni te acerques a mi barca —le dice Cree—. Y no te acerques a mí. No pienso ir a ninguna parte contigo. Ni ahora ni nunca. Mantente alejado de mí. Mantente alejado de mi madre. No te acerques por ningún sitio en el que creas que puedo estar. Si ves mi sombra, echa a correr. —Cree respira hondo. Le aprieta el pecho. Le pican los ojos y la nariz.— Si te vuelvo a ver, le contaré a todo el mundo lo que eres y lo que hiciste. El mayor error de tu vida, después de matar a mi padre, fue volver a Red Hook.

Abandona el solar a la carrera. Lo jodido, lo más jodido de todo, es que durante esas últimas semanas con Ren, en la barca o donde fuese, Cree se había sentido muy cerca de Marcus. O sea, que igual Ren está en lo cierto. Igual los muertos se enganchan a quienes terminaron con ellos.

Cree deambula por el barrio. No encuentra consuelo en sus escondites. La renovación del bar abandonado ya casi ha terminado. Un rótulo en la ventana avisa de una fiesta de inauguración. Se retira hacia las Casas. Mientras cruza el parque Coffey, ve a su tío Des dormitando en un banco. Junto a él está el borrachuzo que lo señaló en la rueda de reconocimiento. Está bebiendo vino de una botella metida en una bolsa de papel marrón. Des levanta la cabeza al ver pasar a Cree:

—Acretius —dice.

Cree se detiene:

—Des, pregúntale a tu colega por qué me ha estado vendiendo a la policía. Ese mierdecilla codicioso.

—Dame un dólar y se lo pregunto —le propone Des. Tiene la voz quebrada y rasposa.

—Pues se lo preguntaré yo mismo —dice Cree.

Se acerca al banco, imponiéndose sobre el borrachuzo, que trata de menguar dentro del abrigo asqueroso que lleva.

—Eh. —Cree le quita la botella de la mano y la arroja a un cubo de basura. El ruido del cristal al romperse le hace dar un respingo al beodo.

—Esteban —informa Des—. Se llama Esteban.

—Me importa un rábano cómo se llame —replica Cree.

—Perdóname —le dice el borrachuzo en español, agarrándole la mano—. Perdóname. No eras tú. No eras tú.

—Dice que no eras tú —traduce Des—. ¿Y ese dólar?

—A la mierda tú y tu dólar.

Cree se queda mirando fijamente a Des a la cara, buscando, como siempre hace, algún resto de Marcus en la piel marchita y los ojos nublados de su tío, pero ahí no hay nada.

Las luces del salón están apagadas. El apartamento está en silencio. Cree deja las llaves sobre la mesa de la cocina y las oye deslizarse por la formica.

—¿Acretius?

Cree pega un respingo al oír la voz de su abuela:

—Enciende la luz, Acretius.

Cree enciende la lámpara de la cocina. La abuela Lucy está sentada en un extremo del sofá, con las manos unidas en el regazo. Hay una maleta pequeña junto a la ventana.

—¿Dónde está Celia? —pregunta Cree.

—La he enviado a casa. En esta familia, todo el mundo huye de algo. Y ya estoy harta. Siéntate. —Y da unos golpecitos en el asiento de al lado del sofá.

Cree saca una silla. La abuela Lucy balancea el péndulo:

—No pienses ni por un momento que no sé las ganas que tienes de hablar con el espíritu de Marcus, pero déjame que te diga una cosa: un espíritu no es algo que puedas ver u oír. Un espíritu es algo que se siente. Una idea. Y no puedes ir a buscarlo. Viene a ti.

—A mí no —dice Cree.

—¿Estás seguro? —Lucy dobla los brazos a la altura del pecho y mira fijamente la televisión en silencio.— ¿Estás seguro? —repite—. Tienes menos seso de lo que pensaba. Puedes apagar la luz.

Cree se queda un instante de pie en la oscuridad, consciente de la irritación de su abuela. Oye su afilada respiración.

—Buenas noches, abuela —le dice mientras se dirige a su cuarto.

—¿Has pensado alguna vez por qué se te ha acercado ese chico? ¿No lo piensas nunca?

—Hasta que he tenido que hacerlo, no —responde Cree.

—Pues, bueno —dice Lucy—, si pensaras igual que yo, tal vez alumbrarías la idea de que ese muchacho es el medio que utiliza Marcus para hablar contigo, pero a esa conclusión debes llegar tú mismo.

Cree se queda un instante plantado ante la puerta de su dormitorio, pero Lucy ya ha dicho todo lo que tenía que decir.

Por la mañana, al levantarse, ve que Lucy le ha preparado un baño a Gloria y ha hecho café y tostadas. Las dos mujeres están hojeando un catálogo de inciensos y aceites esenciales y ni se fijan en que Cree sale por la puerta.

Baja corriendo las escaleras, atraviesa el patio a toda prisa y acelera al llegar a la calle Lorraine. Llega hasta el solar. La barca ha de-saparecido.

21

Cuando el taxi ha recorrido la mitad del puente de Brooklyn, Jonathan aprieta los ojos para ver los números del taxímetro, tratando de distinguirlos de los de la radio y de los brillantes dígitos del reloj, que andan todos subiendo y bajando y fundiéndose en un rayo de LCD. Los ojos le dan vueltas en las cuencas. Le tiemblan los nervios ópticos. Intenta concentrarse en un número, pero este salta de un lado a otro hasta desaparecer por completo.

La radio está sintonizada en la emisora KTU. La música de baile inunda el vehículo. La cabeza, que le rebota contra el asiento trasero, le pesa y le parece de terciopelo. Cierra los ojos y siente como si el interior de los párpados fuera de satén. Se le está fundiendo el estómago. Una de sus manos le cuelga por la ventanilla abierta del taxi. El aire entre los dedos parece mentolado.

Dawn está a su lado. Gira la cabeza para verla, pero no puede concentrarse lo suficiente como para percatarse de la mala pinta que tiene. La siente vibrar junto a él, con la cabeza cayéndole sobre el hombro mientras ella le acaricia la rodilla con la mano. Jonathan teme que si deja de sobarlo, se desmaye.

Lo de las drogas había sido idea de Dawn: un éxtasis por cabeza para celebrar una noche triunfal en la que habían enardecido a la turba con un programa a base de «Canciones de Guerra Patrióticas». Dawn llevaba puesto un vestido de lentejuelas rojo, blanco y azul hasta el suelo, con una banda que ponía «Miss Estados Unidos». Y había escogido una peluca rubia que apuntaba a las estrellas. Con una diadema encima, además.

Hacía una semana, un tipo que aseguraba ser un cazador de talentos de una compañía de cruceros les dio su tarjeta. Para agradecérselo, Dawn casi le metió la lengua hasta la campanilla. Esta noche, el cazatalentos volvía a estar entre el público. Le dijo a

Dawn que le encantaba su número.

— ¡A por la fama internacional! — le dijo a Jonathan mientras le pellizcaba el culo.

—Toma, claro, ya me veo surcando los mares —repuso este—. Cuando ese barco zarpe, solo se te llevará a ti.

—No seas cenizo. Vamos a celebrarlo. —Dawn sacó una cajita de pastillas del canalillo que se formaba entre sus tetas falsas.— Una pastillita no hace nada —dijo, introduciéndosela entre los labios a Jonathan antes del último pase.

Y ahora Jonathan está en el taxi con Dawn. Respira hondo y tarda un buen rato en llenarse los pulmones. Se incorpora en el asiento y le suplica al reloj que hay en lo alto del edificio Watchtower que se esté quieto un puto segundo a ver si puede deducir si es demasiado tarde o demasiado pronto. Los cables de suspensión del puente se desploman y se separan.

El taxista les está chillando por encima de la música:

—¿Adónde coño dijisteis que ibais?

Jonathan se apoya en la barrera que separa los asientos delanteros de detrás. Planta la barbilla en la dura taquilla de metal:

—Coja la vía rápida —dice—. Hacia Staten Island.

Se pasan la salida y tienen que dar media vuelta bajo las sucias entrañas de la autopista. Avanzan entre los bloques hasta llegar a Van Brunt.

—Tu sí que sabes tratar a una dama —dice Dawn, saliendo del taxi.

Jonathan ve que Dawn lleva vaqueros, una chaqueta de piel, una camiseta de chica y las plataformas blancas. Se le ha torcido la peluca y le cae sobre los hombros.

Jonathan no espera las vueltas y da un portazo, sin ofrecerse a indicarle cómo volver a la ciudad.

Dawn se había tomado el éxtasis para celebrar, pero Jonathan tenía otros motivos. Sabía que la droga le levantaría el ánimo. Y pasó

mucho de las inevitables consecuencias: el malsano domingo de reproches que le esperaba.

Cuando besó a Val en el oscuro portal, junto a la puerta de la calle, supo que estaba cometiendo un error. Fue consciente del alivio que recorría el cuerpo de la chica. Así que la besó porque creía que eso era lo que ella quería. Por lo menos, así empezó todo.

Había sido agradable, la boca de Val en la suya, la rápida excitación del aliento de la muchacha cediendo el paso al plácido curso de sus lenguas mientras el beso encontraba su propio ritmo. No había nada del sabor a humo que se obtenía al besar la boca envejecida en barril de Lil, ese agrio regusto a whisky y cerveza. No había desesperación ni exigencia algunas en los sencillos movimientos de los labios de Val. Con Val, Jonathan se daba cuenta de lo mucho que echaba de menos que alguien lo besara por ser quien era y no solo por ser el último hombre que quedaba de pie al final de otra larga noche.

Eso era algo que se había saltado en el instituto. Había preferido liarse con chicas malas, las únicas con el valor necesario para abrirse camino en los tugurios apestosos de la Segunda Avenida, aquellas chicas para las que los besos solo eran la puerta de acceso a placeres más profundos y que se abandonaban con rapidez.

Jonathan había dejado que el beso se prolongara mucho. Tiró más de Val, como si quisiera sacarle a ese momento todo su jugo, porque sabía que, en cuanto la soltara, se precipitaría el final.

Cuando Jonathan volvió del colmado, Val se puso cómoda en el sofá. No había manera de evitar la mirada expectante en el rostro de la muchacha, diciéndole claramente que quería más, pero no volvió a besarla.

Durante todo el día, se consoló diciéndose que podría haber sido todo mucho peor. En su profundo estupor de borracho, podría habérsele echado encima para sobarla. Podría haber hecho lo

previsible con total inconsciencia, recuperando la cordura cuando ya fuese demasiado tarde. No podía soportar ese pensamiento. Y de ahí el éxtasis.

Jonathan y Dawn están temblando de frío en Van Brunt. Jonathan se toma un momento para recuperarse. El vibrante neón del Dockyard se queda quieto. Siente la calle sólida bajo los pies.

—Por Dios bendito —dice Dawn—. Este aire fresco me va a quitar el colocón. Esta chica se va para adentro. —Y se encamina hacia la puerta.

En el interior, la noche es aún más profunda. No hay nadie atendiendo la barra. Solo hay unos cuantos bebedores en torno a una mesa dispuesta junto a la ventana; uno de ellos se ha desplomado y tiene la cabeza entre un montón de botellas vacías, otros dos hablan entre ellos sobre su espalda redondeada. Jonathan está demasiado ido como para reconocerlos.

—¿Qué tiene que hacer aquí una chica para que le sirvan un trago? —pregunta Dawn.

—No se trata de qué, sino de a quién—le dice Jonathan, quien se hace a un lado antes de que Dawn le pellizque el trasero.

Evidentemente, Dan el Sucio está allí. Su cara de muñeco está distorsionada por una sonrisa lela que se ensancha al ver a Dawn, quien se ha quitado la chaquetilla de piel, dejando al descubierto una minúscula camiseta que termina a escasos centímetros del ombligo.

—No sabía que te gustaran las tías con rabo, Maestro. —Dan el Sucio suelta su risita.

Aunque el Sucio intenta aferrarse a la juventud luciendo ropa de *skater*, Jonathan ya sabe la pinta que tendrá cuando sea viejo: la pinta propia de un borracho hecho polvo con una tripa fofa a causa de la priva.

Pese a lo jodido que está, Jonathan sabe que lo mejor es dejar al

Sucio que largue hasta que se quede sin combustible. El motivo por el que al Sucio no lo echan con tanta frecuencia como a Jonathan es que se trata del único camello que se queda hasta tarde, consume más de lo que vende y acaba hasta regalándolo.

Jonathan le da un golpecito en el hombro a Lil:

—¿Hay barra libre esta noche?

Lil luce en el rostro el brillo de última hora hecho de sudor y alcohol. Tiene los ojos achinados.

—No hay nada malo en experimentar, Maestro —dice Lil—. Está bien que salgas con alguien lo suficientemente fuerte como para para que te lleve a casa en brazos. —Y le lanza a Dawn una mirada a media asta.— Yo lo tuve primero, ¿sabes?

—Solo quiero una copa —aclara Jonathan.

—Sírvete tú mismo —le dice Lil.

Jonathan pasa al otro lado de la barra.

—Qué sitio tan elegante —comenta Dawn—. ¿Y por qué nunca me habías traído?

—Temí que no te gustaran mis amigos —responde Jonathan.

—¿Son amigos tuyos? —Dawn arquea una ceja pintada y luego se traga su copa como un marinero.— Pues eso es lo más triste que he oído jamás. —Besa a Jonathan en la frente.— Voy a empolvarme la nariz.

Jonathan la ve dirigirse a la parte de atrás de la barra. Menea las caderas como si quisiera convertir el Dockyard en su pasarela personal. Dan el Sucio la silba al pasar. Ella se detiene y se vuelve para mirarlo.

—¿Ah, sí? —le pregunta.

—Pues sí —responde el Sucio. Pero no las tiene todas consigo. Dan el Sucio es alto, pero, con los tacones, Dawn mide más que él.

Dawn coge al Sucio por los hombros como si se dispusiera a besarlo. Y luego le pega un empujón.

—Con esos labios, ni hablar, guapo.

Con el subidón, Jonathan ha bajado la guardia. No se percata de que tiene a Paulie Marino allí delante. Paulie se ve obligado a golpear la mesa para llamar su atención.

—Puto pervertido de mierda —dice.

Jonathan ensancha los ojos para ver si consigue que su visión deje de temblar.

—Pervertido asqueroso.

Jonathan intenta mantener el equilibrio, pero resbala y vuelve a caerse en el banco. A Paulie le palpitan los músculos del cuello. El grupo que está al fondo del bar desvía su atención hacia Jonathan.

—No he podido ver a mi hija en todo el día y luego me entero por tu novia la drogada de que mi niña te llevó a casa anoche.

A Jonathan le da vueltas la cabeza a tal velocidad que no sabe cómo mirar mal a Lil.

—No lo entiendes —dice. Mira hacia Lil y su parroquia, pero nadie se mueve.

—¿Qué coño le has hecho a mi niña? —La voz de Paulie se impone a la apacible música country de Lil.— Dímelo. —Y se le acerca un poco más.

Las cosas que se perdonan en el Dockyard —las meteduras de pata de última hora, los tíos que se liga Lil cuando sus novias se han ido a casa, las parejas que han sido descubiertas desnudas en el almacén, las cogorzas de dos días que han acabado con más de un matrimonio, la gente que ha vomitado, que se ha meado encima, que se ha insinuado a agentes de policía, la gente que ha robado y destruido— son disculpadas en cuanto sale el sol, pero el error de Jonathan no es una de esas cosas.

La parroquia de Lil observa con displicente fascinación, inmóvil y encantada, ansiosa por ver qué pasa y tener una historia que explicar la próxima noche.

—¿Lil? —dice Jonathan, confiando en que se interponga, en que retrase lo inevitable y preserve la canalla vida nocturna, pero Lil no se mueve.

Jonathan no opone resistencia cuando recibe el primer puñetazo en el ojo derecho. El segundo le hace sangrar la nariz. El tercero le parte el labio. El ojo ya se le ha cerrado. Se esfuerza por mantener el otro abierto y así es como ve aparecer a Dawn y atizarle a Paulie en la mandíbula.

Paulie se revuelve.

—No irás a pegarle a una chica, ¿verdad? —le dice Dawn. Se agacha junto a Jonathan. Lleva la peluca bien puesta. Y el maquillaje arreglado: los labios bien perfilados, las mejillas mates. Le limpia la sangre de la nariz—. Oh, cariño, ¿pero qué has hecho?

Jonathan trata de hablar, pero la boca magullada y sanguinolenta no se lo permite.

Dawn lo ayuda a levantarse.

— Si nos disculpa —dice, pasando junto a Paulie. Se da la vuelta y señala con sus brillantes uñas rojas a Lil y a Dan el Sucio—: Sois ideales para hacérselo pasar bien a una chica.

A Jonathan le palpita la cara. El ojo hinchado tiene su propio pulso. Al hablar, el labio partido parece que le vaya a explotar. Dawn se queda dos días con él. Se pone su ropa. Exceptuando sus cejas cuidadosamente perfiladas, con los tejanos negros y las camisetas de Jonathan, es simplemente Don de Nueva Jersey, un tío delgado y bien musculado con una piel reluciente. Don sabe cómo cuidar de los heridos con bolsas de hielo, compresas calientes, té y verduras al vapor del chino a prueba de balas, pero esas atenciones apenas aplacan los dolores y las molestias de Jonathan.

Finalmente, Dawn debe regresar a la ciudad. Tiene una reunión con el cazatalentos de los cruceros. Disimula muy bien la pena que le

causa que Jonathan no pueda acompañarla.

—Fliparán contigo sola —le dice este—. ¿Cuántas veces te he dicho que no me necesitas para nada?

Cuando Dawn se va, Jonathan pone la radio para que le haga compañía. Suena en un bucle constante un anuncio publicitario que compuso hace un año para un concesionario de coches de segunda mano. Su alegría artificial le sirve de revulsivo. Ojalá pudiera beber menos y dormir más, pero lo que hace es precisamente lo contrario.

Hacia el martes por la mañana, la zona en torno al ojo parece el interior de un pastel de ciruela: círculos concéntricos de color púrpura, rosa y amarillo. El labio sigue roto y rasgado. Se da una larga ducha y se afeita cuidadosamente. Se pone sus prendas más limpias. Pese a su aspecto castigado, está decidido a ir a trabajar.

Fadi se percata de sus moratones, pero no dice nada. No le cobra el café. Cuando Jonathan sale del colmado, Valerie está plantada ante la parada del autobús. Él levanta la mano para taparse el ojo hinchado. La chica lleva mocasines con calcetines rosas hasta la rodilla, toda una infracción del código vestimentario de St. Bernardette. Sostiene en las manos un libro de texto abierto. Levanta dos veces la vista de la página para clavarla en el apartamento de Jonathan, quien resiste la necesidad de llamarla. Valerie mira calle abajo, a ver si viene el autobús. Luego cierra el libro, se lo guarda en la mochila y echa a andar hacia el instituto. Pese a lo mucho que le gustaría atraparla, Jonathan no puede arriesgarse a ser visto con ella en Red Hook.

Mientras miraba a Val, un adolescente negro ha bajado por Visitation y se ha detenido frente al mural del barco para cruceros que alguien pintó en una de las persianas de Fadi. Deambula ante la pintura y acaba cruzando la mirada con Jonathan, que necesita unos instantes para situarlo. Es el chico con el que Val se lanzó a la bahía el día de la vigilia de June.

—¿Cómo va eso?

Jonathan asiente. Si esta es la primera persona a la que Val besó, él es la segunda. Hasta él debe reconocer que no es precisamente un paso en la buena dirección.

—¿Estás bien? —le pregunta el muchacho.

Jonathan recuerda cómo se quedó plantado en el muelle, viendo cómo vestía a Val. Se siente como un adúltero, como un ladrón. Junto a ese chaval se siente deforme.

El chico se encoge de hombros y se frota la cabeza calva:

—Pues nada, tío, que tengas un buen día.

El 61 aparece en la parada. Jonathan se apresura hacia la puerta abierta.

Cada vez que el autobús da un tumbo, a Jonathan le palpita el ojo. Se agarra la barbilla con la mano para reducir el impacto. Cuando el autobús cruza de Red Hook a Carroll Gardens, Jonathan atisba a Val, que balancea los brazos al andar. Tiene el mentón hacia arriba y los ojos clavados en algo que hay en el cielo. Ya fue suficiente con salvarla la primera vez. Cuando volvió a encontrarla en el agua, debería haberla dejado en paz. No lo necesitaba. Era exactamente al revés.

Espera a que las escaleras se vacíen de alumnos antes de entrar en St. Bernardette. Cogerá las escaleras traseras para llegar a su aula y se refugiará tras el piano. No encenderá las luces y les pasará a las chicas otra ópera filmada. Suena la segunda campana. Puede oír cómo se tranquiliza el vestíbulo mientras suenan los últimos pasos de los alumnos que se apresuran para llegar a clase.

Está a solas en el vestíbulo cuando la secretaria de la escuela asoma la cabeza por la puerta que conduce a la capilla y a las oficinas de administración:

—La hermana Margaret quiere verlo, señor Sprouse.

Puede que Valerie mirara hacia su ventana esta mañana para

advertirle aquello, como si así pudiera ahorrarle lo que se le viene encima. Jonathan accede al ala de administración. Las puertas batientes se cierran tras él, aislándolo del resto del colegio.

La hermana Margaret está sentada a su mesa, vigilada por un ventanal esmerilado de la Bendita Virgen María. Jonathan y ella no han tenido mucho trato desde que lo contrataron hace dos años. Hay una carpetilla marrón abierta sobre el escritorio. La monja no levanta la vista cuando entra el profesor.

—Tome asiento, señor Sprouse.

La toca le deja el rostro en penumbra.

—Le voy a hacer una pregunta de lo más sencilla y espero una respuesta igualmente sencilla.

Jonathan echa un vistazo circular al despacho. Inhala el aroma del papel viejo, de la madera antigua y de las virutas de sacapuntas. Ese es el último colegio en el que va a trabajar.

—Señor Sprouse, ¿les dijo usted a dos de sus alumnas que se callaran la boca?

—¿Cómo dice?

—¿Usó usted un lenguaje inapropiado al dirigirse a la clase?

Jonathan se echa a reír:

—Hermana Margaret, creo que lo que realmente les dije fue que se callaran la puta boca.

La hermana Margaret levanta la vista del expediente y se fija en la cara de Jonathan por primera vez:

—Puede que enseñe música, señor Sprouse. Puede que se considere un bohemio, pero eso no le da derecho a hablar como un pagano. Hasta un profesor de música debe seguir nuestras reglas.

—No soy profesor de música —le dice Jonathan—. Y, en caso de serlo, sería espantoso. Mis alumnas no prestan la menor atención a lo que digo y a mí me da lo mismo. ¿Acaso les gusta la música? Ni hablar. Desde que empezó el curso, solo una estudiante ha

contribuido a mi clase de una manera que pueda considerarse constructiva. ¿Y sabe usted lo que dijo? Dijo que la música era guay. Qué pensamiento tan profundo, ¿verdad?

La hermana Margaret cierra el expediente y se aclara la voz.

—Hago como que mis alumnas necesitan aprender y que yo necesito enseñar. Todo es una farsa. Les estoy haciendo perder el tiempo y ellas me lo hacen perder a mí. Incluso le estoy haciendo perder el tiempo a esta institución. Todo el asunto ha sido un puto experimento sobre cómo perder el tiempo de la manera más absoluta posible. —La monja retrocede ante la palabrota como si la acabasen de escupir.— ¿Usted sabe por qué doy clases de música? Porque carezco de la energía necesaria para interpretar o componer.

—¿Ha terminado?

—¿Que si he terminado? Por supuesto que he terminado. He terminado para siempre. Esta tarde, deje usted en silencio a mis alumnas. Sacarán mayor provecho.

Jonathan se pone de pie. La hermana Margaret se alisa la parte delantera del hábito con ambas manos. Lleva a cabo con la boca pequeños movimientos, intentando dar con las palabras adecuadas o reprimir las inadecuadas.

—No se moleste —le dice Jonathan, haciéndole un gesto con la mano para que no se levante—. Dimito.

El vestíbulo está vacío. Sale pitando hacia la puerta. Anna DeSimone está saliendo de un Lincoln. Le asoma de la blusa un sujetador de encaje negro.

—Caramba, señor Sprouse —le dice—. Parece que ha tenido un fin de semana de lo más movido. —Y asciende los escalones hasta quedarse a unos centímetros de Jonathan.— ¿Riña de enamorados o pelea de bar?

—Anna —le dice Jonathan—, tienes diecisiete años. Actúa en consecuencia.

Esa noche, Jonathan se tumba en el sofá para intentar escuchar el disco de *Mame* de Eden. Suena el timbre durante la obertura. Al inicio del segundo tema, un guijarro golpea la ventana. Jonathan no muestra el menor interés por averiguar quién pretende verlo.

Apaga el tocadiscos y las luces. Se queda tumbado en la oscuridad, con las orejas que se van acostumbrando al ruido del vecindario mientras los ojos se ajustan al resplandor amarillento de la farola sobre el techo.

La pantalla del móvil se enciende y aparece el nombre de Dawn.

Descuelga, pero no dice nada.

—Sé que estás ahí, ricura —le dice Dawn—. ¿No piensas saludar?

—Hola —dice Jonathan.

—Felicítame. —Sin duda alguna, Dawn inicia una larga noche.

—Enhorabuena.

—Nos vamos a las Bahamas. Nos vamos a Jamaica.

Jonathan carece de la energía necesaria para soportar la exuberante histeria de Dawn:

—¿Has ganado un concurso?

—Jo-na-than. —Dawn pronuncia cada sílaba como si le hablara a un niño pequeño.— El crucero, ricura. Lo hemos conseguido. Estoy en mi momento Carmen Miranda.

El corazón de Jonathan ejerce de contrapeso del entusiasmo de Dawn:

—Estupendo, Dawn.

Hasta la puta *drag queen* ve cómo su vida mejora.

—No pareces muy emocionado —le dice.

—Vas a triunfar a lo grande.

—¿Y tú?

Suena un gruñido de hierro oxidado procedente de la salida de incendios, seguido de un fuerte golpe. Una sombra se desliza por la mesa.

—Tengo que dejarte. —Jonathan cuelga el teléfono.

Se pone de rodillas y se arrastra por el suelo hacia la puerta, pensando en esconderse en la escalera del edificio. Antes de abrirla, mira hacia la ventana y ve una mano presionando el cristal. Se pone de pie y corre hacia la ventana.

—¡Val! ¿Qué estás haciendo?

—Ya he llamado al timbre.

El soplo de aire fresco que sigue a Val hasta el interior del apartamento hace toser a Jonathan y cierra rápido la ventana. Puede ver cómo tiembla Val, pero se resiste a la necesidad de tocarla.

—¿Te ha visto alguien?

—Sabía que estarías en casa. ¿Qué haces a oscuras? —Busca la lámpara que hay junto a la mesa, pero Jonathan le aparta la mano. — ¡Joder!

—No puedes estar aquí.

—Tuvimos a una sustituta en Historia de la Música. Nos hizo escuchar unas cosas llamadas madrigales.

—No deberías estar aquí.

—Eso dice mi padre.

—Y yo.

Val atraviesa el salón y se sienta en el sofá:

—No me puedo creer que te zurrara. Menudo capullo.

—Yo habría hecho lo mismo.

Jonathan comprueba que la persiana de la ventana que hay junto a la cama esté bien cerrada. Luego enciende una lamparita que hay junto a la televisión. Val lleva un chaquetón rosa. Y tiene la piel sonrosada por el frío. Apenas aparenta los dieciséis.

—Caramba —le dice a su profesor—. Menudo careto.

—Ese es el menor de mis problemas.

—¿Cuándo piensa volver a clase, señor Sprouse?

—No voy a volver.

—¿Por mi padre?

—No, por mí.

Sentada en el sofá, Val juguetea con una caja vacía de pizza:

—Pero si no has hecho nada.

Jonathan se sienta en la cama. Luego se lo piensa mejor y se levanta.

—Valerie, francamente…

—Vamos a ver, no nos acostamos ni nada. No es para tanto.

—Lo importante no es lo que no hicimos. A nadie le importa lo que no ocurrió.

—Les diré que fue culpa mía. Que fui yo la que te besó. La que se metió en tu cama.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Lo que la gente piense de mí da lo mismo, pero tú estás empezando.

Val se arrebuja en el chaquetón y se hunde más en el sofá:

—¿Y por qué habría de importarme lo que la gente piense de mí?

Jonathan se siente exhausto. Le gustaría desmoronarse en la cama y cerrar los ojos:

—Es todo más complicado. Déjame ser el malo. Deja que la gente piense que me aproveché de ti. Te compadecerán un rato y luego las cosas volverán a la normalidad.

—Nunca nada volverá a la normalidad.

—Tienes que irte.

—¿Adónde? ¿A casa? ¿Con un padre que zurra a mis amigos?

—Tu padre te quiere —le dice Jonathan.

—¿Y tú qué sabes? ¿Qué sabes tú de cómo me va la vida?

Val empieza a subir la voz.

—Vale, no sé nada, pero no te puedes quedar aquí.

—Ya sé lo que me vas a decir. Me vas a decir que soy demasiado joven. Que esto es inapropiado. Que debería acostarme con chicos de mi edad. Me vas a decir que eres un profesor. Como si eso te hiciera viejo y sabio. —Se seca los ojos con el puño del chaquetón.— ¿Pero sabes qué? Tú no sabes todo. Te equivocaste. Todos se equivocaron.

—Acerca de…

—La culpa de que June desapareciese es mía.

Jonathan niega con la cabeza.

—Es verdad. —Val adopta un tono triunfal.— Sí.

—No —le dice Jonathan.

—¿No me crees? —Val cruza los brazos sobre el pecho.— June me dijo que me seguía portando como una cría y que lo de la balsa era una estupidez. Me dijo que nunca tendría novio porque era demasiado rara. Ella quería volver a la orilla y dar una vuelta, pero yo no se lo permití. Todo el mundo cree que lo que ocurrió fue un accidente, pero no lo fue. —Se queda mirando a Jonathan, sosteniéndole la mirada, retándolo a apartar la vista.— Yo la empujé.

De repente, Jonathan ya no piensa en Val y June, sino en Eden, atravesando el aire, volando hacia atrás de la barca al agua. Él no la empujó, pero la dejó tirada. Su sentimiento de culpa no hace distinciones.

Casi nunca piensa en lo que llevó al momento en que su madre subió a bordo. Solo recuerda lo que vino a continuación: el horrible ruido del embarcadero al quebrarse, la caída del barril y luego el espantoso silencio que siguió cuando el motor se paró y la lancha empezó a hundirse. De noche, antes de que la priva le permita dormir, sigue intentando imaginar lo que podría haber ocurrido si se llega a lanzar al agua para recorrerla con aterrorizadas brazadas. ¿Podría haber alcanzado a Eden? ¿Conseguiría perdonarse si lo hubiera intentado?

—La empujé y se cayó de la balsa. Le dije que volviera a casa nadando, si eso era lo que quería. Ella era mi única amiga y yo la empujé. Y por un instante me sentí de maravilla. —A Val le empiezan a temblar los hombros y un fuerte gemido se traga sus palabras.— Solo quería que tragara agua. Era muy mandona conmigo. Se creía que a mí me daba igual. —Y se las traga con ganas.— Pero me molestaba.

—Pero si un poco más y tú misma te mueres… No podrías haber sabido lo que le iba a pasar a June.

Jonathan se acerca a Val, dispuesto a rodearla con sus brazos, a acabar con sus gimoteos, pero se detiene a tiempo. Está plantado en mitad de la habitación, con los brazos colgándole a los lados.

—Pero yo la empujé. —Val se seca la nariz con la manga.— June era una zorra. Ya no quería salir conmigo. Se avergonzaba de mí. Pero ella no tenía a nadie más que a mí. Y ahora yo tampoco tengo a nadie.

Jonathan se sienta en el sofá, lo suficientemente cerca de Val como para intentar tranquilizarla, pero no tanto como para tocarla.

—No sabía lo que pasaría cuando la empujé de la balsa. Intenté agarrarla, pero la balsa volcó. No tenía ni idea de lo fuerte que era la corriente. Me tiró hacia abajo y no pude llegar hasta June. Lo intenté. De verdad que lo intenté, pero no pude. No podía ni dar con ella en el agua. —A Val le caen las lágrimas a chorro por las mejillas, mojándole los labios y cayéndole de la barbilla.— La echo de menos a diario. Cada minuto de todos los días, aunque sé que es culpa mía que haya desaparecido. Y no le puedo contar a nadie lo que le hice a mi mejor amiga porque entonces sabrían que no éramos amigas y no me dejarían ni echarla de menos, porque echarla de menos es lo único que me queda de ella.

—Lo siento —dice Jonathan. Se pregunta si alguna de sus compañeras de clase la habrá compadecido en algún momento por

su pérdida en vez de cotillear al respecto.

—Nunca podré explicarle a nadie lo ocurrido. Yo la maté. Todo es culpa mía.

—Tienes que dejar de decir eso o acabará siendo cierto —le dice Jonathan.

Mira a Val, que se hunde en el sofá, apartándose de él, refugiándose en su propia pena. Así es como empieza esa culpa que te aprieta como un torno, que te engancha y te pellizca con más fuerza cada año, que pasa de ser recuerdo a ser realidad, una costumbre de lo más persistente, que se hace fuerte y resuena a lo largo de todo el día. La culpa que va carcomiendo, que te arrebata la mitad de tu personalidad y te lleva a buscar la compañía de otra gente rota.

Parte de él nunca salió del embarcadero de la isla Fishers y sigue allí, con una copa en la mano, viendo a Eden tambalearse en la lancha, viendo cómo la misma se subleva y lanza por los aires a su madre, que se hunde en el agua negra como la tinta. Y parte de él sigue observándose desde la distancia, lo ve mirando a Eden, lo ve quedarse en tierra firme, lo ve sin hacer nada.

—Tienes que perdonarte a ti misma —dice Jonathan—. Aquello fue un accidente.

—Maté a mi mejor amiga —dice Val. Se dobla sobre sí misma, enterrando el rostro en el regazo. Jonathan se acerca y le acaricia la espalda, pero enseguida aparta la mano.

—Ahora ni siquiera me tocas. Eres igual de malo que los demás.

—No soy la persona adecuada. Creo que deberías hablarlo con tus padres.

—No —dice Val—. No puedes enviarme a casa. Tú eres el único que me entiende. Solo te tengo a ti. Tú has estado vigilándome, en el muelle, en el instituto, desde la puta calle, mirando mi ventana. Tú me comprendes. Tienes que hacerlo. Porque no lo hará nadie

más. —La chica tiene los ojos arrasados por las lágrimas.— Porque tú sabes lo que hice y me perdonarás porque tú hiciste lo mismo. —Las palabras de la muchacha se ahogan entre sus lágrimas. La voz le sale ronca y quebrada.— Tú y yo… somos iguales.

—No —la contradice Jonathan—. No nos parecemos en nada. —Val lo mira fijamente. Tiene la boca ligeramente abierta. Le tiembla el labio inferior.— Más te vale no parecerte en nada a mí.

—Pero me parezco a ti —dice Val—. Mucho. —Y se lleva las manos a la cabeza.— Soy como tú.

Jonathan cierra los ojos y se frota los párpados. Ahora se pone en marcha el ventilador: las posibilidades saltan como una colilla por la ventanilla de un coche. Este es el momento en que Val abandona su fresco y juvenil caparazón y se suma por accidente a las filas de los incompletos o los dañados, gente como Lil y como él. En cuanto Val se confunda con uno de ellos, ya será demasiado tarde.

—Lo que le pasó a June no fue culpa tuya —insiste.

Jonathan da con una servilleta de papel del chino a prueba de balas y se la pasa a Val. Ella la tira lo más lejos que puede. Jonathan quiere abrazarla hasta que deje de temblar. Quiere que se desahogue llorando. Quiere ser quien le devuelva la paz. En vez de eso, va hacia la ventana y atisba el exterior por una lama de la persiana.

—No hagas eso —le dice Val—. No lo hagas, joder. Deja ya la paranoia de que alguien nos está vigilando. —Corre hacia la ventana y sube la persiana con furia. Se pelea con el cierre y la abre para asomar la cabeza a la calle.— Eh —grita—. Estoy aquí arriba con Jonathan Sprouse. A solas. Aquí arriba…

Jonathan la aparta de la ventana. Ella se suelta y se da la vuelta para mirarlo a la cara.

—Quítame las manos de encima —le dice—. Me estás haciendo daño. Déjame en paz. Yo no te importo.

Jonathan le suelta el brazo y se aleja de la ventana. No quiere que la discusión llegue hasta la calle. Ella intenta volver a la ventana, pero Jonathan se le adelanta y la cierra con tal fuerza que aparece en el cristal una finísima grieta. Mira hacia abajo. Mike el Motero y Steve el Nuevo están fumando delante del bar, mirando hacia arriba, hacia su apartamento.

—Nos vas a meter a los dos en un buen lío si no te calmas —dice Jonathan.

—¿Lío? ¿En qué lío me podría meter yo? Me he cargado a una persona. Mi vida se ha terminado.

—Ni siquiera ha comenzado. —El ojo hinchado de Jonathan le empieza a palpitar. Las cosas que quiere decirle a Val se mezclan con las que no debería decirle y, al final, solo consigue que no le salga ni una palabra de la boca.

Val deja de llorar. Se limpia la cara con la manga. Tiene los ojos rojos e hinchados y las mejillas manchadas, pero, cuando habla, la voz suena calmada:

—Sí que ha empezado, Jonathan. Y tú no puedes decirme lo que tengo que hacer porque pasas de mí.

Su repentina compostura lo sorprende. Val se abrocha el chaquetón y se dirige hacia la puerta.

Jonathan se acerca a la ventana y ve a Val saliendo de su edificio. La tranquilidad de su voz lo ha aterrado. Quisiera ir tras ella, pero hay demasiados rostros hostiles fuera del bar. Esperará y luego romperá la promesa que se ha hecho a sí mismo y hará guardia frente a la habitación de Val una noche más.

Encuentra una botella a la que le quedan dos dedos de whisky. Se los bebe y se fuma sus últimos cuatro cigarrillos uno detrás de otro, encendiendo el nuevo con la colilla del viejo.

—Bonita cara. —Lil ha salido del bar a fumar.— Eres de lo que no

hay, Maestro. ¿Qué le has hecho esta vez?

—No sé de qué me hablas.

—De la hija del bombero Paulie. Apareció por el bar hecha un basilisco. ¿Le has roto el corazón?

—¿Y le serviste? ¿Serviste a una cría de dieciséis años?

—¿Piensas denunciarme? Consiguió que el Sucio la invitara a un trago. Yo ni me di cuenta.

—Por el amor de Dios, Lil. ¿El puto Dan el Sucio?

—¿Y qué? —Lil se sacude unos restos de ceniza de sus mitones.— Se cabreó de lo lindo cuando eché a la cría.

—¿Dónde está?

Lil aplasta la colilla con las botas de vaquero:

—Se largó.

—¿Cuándo?

—Justo después de que echara a la chica.

—¿Juntos?

—Maestro, lo que ocurra fuera del bar no es asunto mío.

Jonathan debe dominar las ganas de abofetearla. Se pone a andar en círculos, pasando la vista de Lil al punto en que Van Brunt abre paso al agua.

—Pasa para dentro, Maestro. Deja en paz a la cría. ¿Ya no te acuerdas de cuando tenías dieciséis años? —le dice Lil—. Y aún seguimos vivos después de todas las burradas que hicimos.

«Todas las burradas que hicimos.»

—A los dieciséis yo estaba en Juilliard.

—¿Ah, sí? —le dice Lil—. ¿Y luego qué pasó?

«Luego lo eché todo a perder poco a poco», se dice Jonathan. Tan poco a poco que no supo lo que le estaba pasando hasta que fue demasiado tarde.

—Elegí mal —dice Jonathan.

—¿Y quién no lo hace? —pregunta Lil—. Asúmelo.

—Yo lo asumo, pero ella no debería hacerlo. Nadie debería elegir nuestra manera de vivir.

—Que te den, Jonathan.

—¿El Sucio todavía duerme en Conover?

—Déjalo, Maestro.

—¿Y que se convierta en alguien como nosotros? Eres un puto ejemplo para todos nosotros, Lil.

Jonathan echa a andar a buen paso Van Brunt abajo.

Dan el Sucio vive en una casa de un dormitorio medio derruida que forma parte de una hilera incongruente de casuchas ocultas en una calle pequeña y oscura. Un lado de esa calle lo ocupa un solar en el que hay un satélite gigante. Una verja de alambre de más de quince metros rodea el terreno.

En algún momento, aquella hilera de casas pudo parecer encantadora: habitáculos de clase obrera para gente del mar. Pero ahora los patios están llenos de porquerías desechadas: juguetes infantiles, esqueletos de bicicleta, piezas de coche oxidadas. En la mayoría de las casas, los tablones laterales se están soltando y dejan al descubierto las láminas transpirables Tyvek y la fibra de vidrio.

A Jonathan le da vergüenza haber estado ya en esa casa. En numerosas ocasiones, se unió a la caravana de criaturas de la noche en el salón del Sucio, todos tirados en el sofá manchado y rajado, aguantándole el rollo al Sucio a cambio de que les pasara lo que aquella noche necesitasen.

Desde la calle, Jonathan puede ver el resplandor azulado de la enorme pantalla plana del Sucio. Como casi todos los camellos, el Sucio vive en la inmundicia, pero dispone de los últimos juguetitos: televisores, equipos de música, numerosas consolas para videojuegos.

Jonathan aporrea la puerta, que se abre sola. Accede al estrecho

salón, iluminado únicamente por la guía de canales de la televisión. El pegajoso olor de la hierba impregna el aire.

—¿Sucio? —le llama Jonathan—. Sucio.

Se cuela el humo bajo una puerta cerrada en la parte de atrás del salón. Alguien tira de la cadena del váter y el Sucio aparece en el salón fumándose un cigarrillo mentolado. No lleva camisa. Tiene el pecho apergaminado y caído, como el de un orangután hembra.

—Vaya, vaya, vaya —dice—. Voy a tener que instalar mejores medidas de seguridad.

—¿Dónde está? —le pregunta Jonathan.

—No sé por quién me preguntas.

—¡Por Valerie! —le grita Jonathan.

—¿Por qué no nos sentamos un momento? —dice Dan el Sucio, tratando de llevar a Jonathan al sofá.

Jonathan se lo quita de encima.

—Cálmate, Maestro. La cría está echando una siestecita. Se le fue la mano con la hierba del abuelito. Y hablando del asunto… —Y le ofrece un canuto al visitante.

Jonathan abre la puerta del dormitorio del Sucio. Val está incorporada en la cama, apoyada en el cabezal. Con las rodillas contra el pecho. Temblando.

—Has dicho que estaba durmiendo —le dice Jonathan al Sucio.

—Eso creía yo. Le di unas pastillas para que se calmara, pero aquí, tu niña, es de ideas fijas. Y sus deseos son órdenes para mí. —Y el Sucio abre los brazos como si fuese un presentador de la televisión.

—Val —dice Jonathan, sentándose en la cama.

—Voy a vomitar —dice ella.

Jonathan le aparta la manta. Val está en bragas. Se vuelve hacia el Sucio:

—Puto enfermo…

—Estas te llevan al trullo: no son lo mío —asegura el Sucio.

—Y una mierda. —Jonathan le coge la barbilla a Val.— ¿Te ha tocado?

—No mucho —responde la chica—. Solo un poco.

—Intuyo que has vuelto a triunfar, Maestro —le dice el Sucio—. Puede que el bombero Paulie te dé otra bienvenida de héroe.

Jonathan le abre el puño a Val, le quita las dos pastillas azules que tiene agarradas y se las arroja al Sucio.

—¿Qué va a ser de mí? —dice Val.

—Vas a recordar quién eras cuando echaste la balsa al agua. Vas a empezar a ser nuevamente esa persona.

Val pasa los brazos en torno al cuello de Jonathan. Hunde la cabeza en su pecho. Él la deja descansar un momento.

—Qué monos —comenta el Sucio, dándole una calada al porro.

Jonathan se libera de los brazos de Val. Encuentra sus pantalones. Las bambas están debajo de la cama. Les suelta los cordones y le mete en ellas los pies; luego, le baja las piernas al suelo. Se arrodilla ante ella y le ata las zapatillas. Le pone bien los calcetines para que no se le arruguen en los tobillos. El chaquetón está en una silla. Jonathan le pasa los brazos por las mangas, luego se lo abrocha y le levanta el cuello. Se pone el brazo de Val en la cintura y pasa el suyo por sus hombros. La agarra fuerte mientras salen al exterior.

Se advierte una discreta alteración sonora, algo que hace ruido por la ribera, cuya energía se encuentra atrapada tras los almacenes que hay a lo largo de la bahía. Jonathan sostiene a Val y la va guiando mientras pisan los adoquines. Una sirena para la niebla ahueca Red Hook, agitando los edificios esqueléticos, rebotando en los sólidos muros de ladrillo. Envuelve la fuerza y la fragilidad del vecindario: esa costa que se desmorona, pero resiste al mismo tiempo.

Salen a Visitation y miran hacia el agua. Las luces de varios remolcadores cortan la oscuridad. Las barcas pequeñas cobran forma: hay cuatro desperdigadas en torno a una masa negra.

Jonathan puede sentir cómo se deja arrastrar el *Queen Mary* sin poner el menor entusiasmo. Está pasando justo por delante de la terminal; los niveles más bajos, cientos de puntos de luz, son visibles por encima de los remolcadores. El resto del barco se pierde entre la niebla y la oscuridad.

Val levanta la cabeza del hombro de Jonathan.

—Birnam Wood —dice, y deja caer la cabeza—. Lo estudiamos en Literatura Inglesa.

La sirena resuena de nuevo mientras el crucero empieza a entrar en la terminal: esa masa enorme y rígida encuentra su lugar en el muelle. Domina las estrechas callejuelas de la costa, es más alto que la más alta de las Casas, compone un rascacielos irreal que eclipsa los rascacielos más lejanos. Se apaga el motor y la noche queda en silencio. Los remolcadores no están atados. Se alejan de allí, despidiéndose del hogar bajo la niebla, dejando atrás aquel sólido buque.

Jonathan y Val se mantienen en las sombras mientras se acercan a Van Brunt. Antes de llegar al Dockyard, Jonathan dice:

—Esta es mi salida.

Y Val asiente.

—¿Te apañas desde aquí?

—Sí. —La voz de la chica es pequeñita. Mira hacia atrás para ver el ominoso barco en la distancia. Una luz se enciende y se apaga en una de las portillas.— ¿Qué te crees que ve? —pregunta.

—Ni idea. —Jonathan le da un beso en la frente.— Iré justo detrás de ti. Vigilaré que llegues bien a casa.

Val cruza Visitation y luego Van Brunt. Jonathan espera a que pase por el griego. Luego continúa. Se planta bajo el toldo de Fadi, frente al mural que muestra el barco que acaba de entrar en el puerto, y la ve ir dando tumbos calle arriba. El chaquetón rosa de Val se va alejando, perdiéndose entre la oscuridad de Visitation. Jonathan da

unos pasos más manzana abajo, refugiándose bajo los árboles. Val sube los peldaños de su casa. Se abre la puerta principal. Suena un portazo tras ella. Jonathan duda unos instantes, preguntándose si ella le echará un vistazo desde detrás de la cortina, pero antes de que Val pueda llegar a su habitación, Jonathan se da la vuelta. Quizá mañana Val lo busque, pero él ya se habrá ido. Y ya no podrá confundirlo con una opción viable.

Jonathan camina hasta la calle Imlay, donde tiene aparcada la castigada furgoneta Mercedes de su madre. El motor vuelve a la vida y el trasto arranca, dando saltos sobre el empedrado. Sube por Visitation y luego pilla Van Brunt.

Desde el aparcamiento de un área de descanso de la 95, llama al guardés de la isla Fishers. Por primera vez en ocho años, deja sonar el teléfono sin colgar. La voz que aparece en la línea no le resulta familiar. Jonathan se siente tentado de disculparse por marcar un número equivocado, pero entonces se escucha a sí mismo diciendo su nombre, explicando quién es. A cambio, solo recibe silencio.

—Da igual —dice Jonathan.

—Un momento, le pasaré a su padre.

Jonathan ve cómo las luces rojas del tráfico en dirección norte se alejan de él.

La voz de su padre, que ya no es tan férrea y segura como antaño, se quiebra al pronunciar el nombre de Jonathan.

—Voy a ir a la isla —dice este—, si no te importa.

La única respuesta que recibe es el crujido típico de una mala conexión.

Jonathan respira hondo. Podría dar media vuelta, integrarse en el escaso tráfico que va hacia el sur y dirigirse a la ciudad, pero no se le ocurre adónde podría ir, ni en qué nueva desventura embarcarse.

—Papá —dice—. Necesito ir a casa.

—Te enviaré la lancha —le dice su padre.

Jonathan deja el coche en el aparcamiento que hay junto al muelle de New London y espera la llegada del guardés de su padre en la nueva lancha Chris-Craft. Mientras avanzan hacia la isla Fishers, Jonathan intenta localizar el punto exacto del agua en que se ahogó Eden. A medio camino, le dice al conductor que apague el motor. Flotan en silencio.

En la distancia, Jonathan puede distinguir la lámpara en la punta del embarcadero reconstruido: una presencia firme ante el balanceo de la lancha. Detrás está la enorme sombra de su sólida casa de piedra. Una figura se acerca al agua, una silueta recortada sobre un jardín iluminado. Si Jonathan saltara, necesitaría algo más de diez minutos para llegar a la orilla.

Para cuando hubiese llegado hasta Eden, ya habría sido demasiado tarde. Debió de haberlo visto claro entonces. El paso del tiempo hizo posible creer que podría haberla salvado: aferrarse a ello lo convenció de que su muerte era algo que podría acabar deshaciendo. Cierra los ojos, la ve arrancar la lancha del muelle, saltando por al aire y cayendo en el agua, demasiado lejos como para poder salvarla.

Le dice al conductor que ponga el motor en marcha. Se deslizan hacia la costa y Jonathan se despide de su madre. Echarla de menos no implica que no pueda perdonarse a sí mismo. Espera que Val llegue a la misma conclusión, pero no puede ser él quien se la facilite.

Son casi las tres de la madrugada cuando Jonathan se desploma en el sillón Adirondack que hay en el porche con vistas al agua. Espera que salga el sol, deseoso de verlo crecer detrás de la casa y electrizar la bahía. Las aves nocturnas que ha dejado atrás también trasnocharán, pero correrán las cortinas de las ventanas del

Dockyard para impedir el paso del sol cuando salga.

22

El día que amarre el *Queen Mary* será el último en que Fadi publique su boletín. Había querido que su gacetilla uniese a la comunidad, pero lo único que ha hecho es fracturar su visión del vecindario. Le ha hecho consciente de las ofensas absurdas, de las discusiones mezquinas, de los odios irracionales. Ahora ya no puede evitar poner cara a las quejas que recibe, deducir cuál de sus clientes detesta al vecino por escuchar música con la ventana abierta, quién quiere impedir que abra el Local Harvest, quién cree que los perros deberían ser expulsados del parque Coffey, quién exige que el Dockyard cierre. Los agravios son constantes y autogeneradores: cada queja genera nuevas quejas y venganzas.

A lo largo de la última semana, el tono de lo que le enviaban ha evolucionado de la preocupación cívica a la venganza personal:

«¿Te has enterado de lo de la *drag queen* y el bombero? Nunca adivinarías quién fue a parar al suelo.»

«¿Qué clase de negro que se respete se rebaja a pasear el perro de una blanca? No te degrades.»

«No sabía que "Me and My Girl" trataba sobre la violación.»

Fadi había oído los chismorreos sobre Jonathan y Valerie, pero se los quitaba de encima junto al resto de los infundios que se oyen en su tienda todos los días. Quisiera decir a sus clientes que vio el rostro apesadumbrado de Jonathan cuando metió a Val en el colmado, así como el pánico indefenso que le había entrado últimamente hacia la chica. Fadi es incapaz de pensar que pudiera hacerle ningún daño, pero mantiene la boca cerrada. No puede evitar pensar que igual el griego tenía razón. Él había intentado ofrecer a la gente un sitio en el que hablar de la desaparición de June, pero lo único que ha conseguido es abrir viejas heridas y crear nuevas. Ahora solo desea acallar las voces de la queja y volver a

hacer como que sus clientes, tras marcharse con sus bocadillos o sus cervezas, están en paz entre sí. Desde su puesto tras el mostrador, confía en seguir viendo Red Hook como un vecindario al límite, en vez de como una comunidad que lucha consigo misma.

El crucero será un nuevo capítulo. Llamará la atención de la ciudad. Permitirá a los vecinos mostrar su barrio al mundo.

A las siete de la mañana en que el *Queen Mary* atraca por primera vez en la Terminal de cruceros de Red Hook, Fadi sale de su colmado y mira a un lado y a otro de Van Brunt. Los restos de una niebla otoñal flotan sobre el vecindario, silenciando los lentos sonidos de un domingo que apenas ha empezado.

Ha pasado la noche en la tienda, preparándose para esta llegada: el desquiciado aluvión de pasajeros y de quienes han venido a recibirlos. A eso de las dos de la madrugada, echó a andar Visitation abajo y vio cuatro remolcadores guiando al sólido buque hasta el puerto, pero la noche cargaba con una niebla densa que se enganchaba a la silueta del *Queen Mary,* disolviendo sus extremos, transformando el barco en un vaporoso fantasma. El buque devoraba la línea de la costa, dejando fuera Nueva Jersey y la punta de Manhattan. Qué pena colarse en Nueva York de noche, se decía Fadi, dormir durante tan magnífica llegada, con el océano cediendo su lugar al río y este a la brillante ciudad.

De vuelta en la tienda, no conseguía dormirse. Puso el canal que da noticias las veinticuatro horas del día y vio a una alegre reportera entrevistando a algunos parroquianos del Dockyard que se habían reunido en la terminal. Iban bien cocidos. No decían más que tonterías. La reportera intentaba sacar algo de su ebriedad, pero se le notaba la tensión bajo la sonrisa.

Fadi deja puesto el canal de noticias toda la mañana. A las siete, aparecen las empresas locales de alimentación llegando a la terminal, preparando un festival de «Lo Mejor de Brooklyn»: el

famoso pastel de queso, los famosos perritos calientes, la cerveza artesana. El presidente de la comunidad llegará a las diez para recibir a los pasajeros.

En Van Brunt, el único cambio se aprecia en los grupitos de polis situados en cada esquina, con los brazos cruzados sobre el pecho, charlando, relajándose mientras el día empieza a manifestarse. En el extremo de la calle, donde Red Hook da paso a Carroll Gardens, Fadi puede oír el lejano barullo del tráfico, un nuevo ruido de taxis y autobuses haciéndose un sitio mientras se acercan a la terminal.

Fadi confiaba en que Ren le vigilaría la tienda mientras él se acercaba a la terminal, pero hace tiempo que no ve al chaval. La última vez que Ren pasó por el colmado fue para darle los retoques definitivos al mural. Durante esa visita, Ren llenó dos enormes bolsas con comestibles. Se había llevado más de lo habitual: más pastas y más latas de comida. Fadi no le había dicho nada, se había limitado a dejar que llenara sus bolsas y a cobrarle menos de lo que sumaba la cuenta.

Tras cargar las bolsas, Fadi lo acompañó a la calle. Lo vio dirigirse hacia el agua, no hacia los bloques. A media manzana, Ren miró hacia atrás.

—Te debo una —le dijo moviendo las bolsas—. ¿Crees que no lo sé?

Aquello no parecía una despedida.

Cada vez que se abre la puerta, Fadi espera ver aparecer a Ren. Por las noches, se oculta tras el mostrador porque no quiere ver a Christos y al borrachuzo cenando juntos. El alcohólico parece notar que no hay moros en la costa. En vez de rondar por la puerta, atisbando el interior para cerciorarse de que Ren no está, vuelve a eternizarse ante las neveras, manoseando las botellas grandes de cerveza hasta que Fadi le da algo gratis.

Fadi ha atraído algunos clientes nuevos: recién llegados con pinta

de artistas y chavales de las Casas que se paran a comentar el mural del barco y a preguntar quién lo ha pintado. Fadi hizo unos folletos que anunciaban «The Daily Visitation» en papel satinado y a todo color: por un lado venía la dirección y, por el otro, una fotografía del mural de Ren. Piensa repartirlos por la terminal para atraer así a posibles clientes y hacer que las imágenes del trabajo de Ren crucen el océano.

Hacia las ocho, el sol ya ha empezado a quemar la niebla, restaurando los claros extremos del barrio. Un bonito día para aterrizar en Brooklyn, cree Fadi: claro y fresco, con un marcado tono otoñal. Su prima, Heba, está sentada al mostrador, zampando pastel de café y viendo un programa de debate. Heba no muestra el menor interés por el barco.

Fadi saca el tablón de la New York Lotto en el que a veces apunta el bote acumulado, se agacha y escribe: «Bienvenidos a Brooklyn. Café gratis». Cuelga una cajita en el tablón y la llena de folletos, luego se lleva el tablón Visitation abajo, hasta la terminal, y dibuja una flecha que apunta calle arriba, hacia su tienda. Le ata tres globos al tablón —rojo, blanco y azul— que hacen juego con los que tiene en el toldo de su negocio.

Vuelve a la tienda y vacía una caja de dónuts en una bandeja de aluminio y les clava palillos con la bandera estadounidense. Coloca la bandeja en el mostrador, junto a un montón de tacitas de café. Uno de los recién llegados de última hora de la noche —ropa arrugada y ojos legañosos, dando un paseo con el perro— asoma la cabeza por el colmado. «¿Café gratis? ¿Helado?»

Fadi se obliga a sonreír:

—Solo caliente. Para el barco.

Luego, tras dejar a Heba en la caja, Fadi vuelve a salir a Visitation, y por allí se topa con corredores y vecinos madrugadores que han ido a ver el espectáculo y están dispuestos a sacar partido del gentío

que se dirige a Van Brunt. Al pasar ante el Dockyard, Fadi oye una canción triste que se cuela por el astillado umbral, tras la persiana a medio bajar. Mira la hora y confía en que sea la limpiadora quien ronde por ahí tan pronto.

Cuando Fadi se acerca al *Queen Mary,* se pierde toda perspectiva. Se pierden Nueva York y Nueva Jersey. Solo quedan el barco y el cielo. El sólido casco y la imponente proa bloquean todo aquello que está al final de la calle, así como la luz que rebota en el agua y la promesa lejana de los rascacielos.

Pese al aire fresco, el barco da una sensación de claustrofobia al barrio. Este era un lugar de espacio y agua, pero, ahora, entre las Casas al fondo y el barco ahí delante, Fadi se siente atrapado. Creyó que el barco expandiría su mundo e inundaría aquel sitio de actividad, pero, de momento, se limita a estarse ahí quieto y tapar la vista.

Durante la última hora, la terminal ha cobrado vida. Una hilera de limusinas, taxis y buses turísticos se extiende desde el barco hacia la autovía. Los urbanistas han concebido todo aquello para que los coches entren y salgan del barrio sin atravesarlo, deslizándose desde la autovía hasta una callecita vigilada por la policía, evitando Van Brunt, evitando Red Hook.

Fadi observa los taxis que se acercan al barco para sacar a los pasajeros del barrio sin más dilación. Los autobuses recogen a montones de personas del buque, sin que sus pies lleguen a tocar prácticamente Brooklyn. Ninguno de los pasajeros que llega se fija en su anuncio. Nadie se hace con un folletito.

Fadi deja su pizarra, confiando en que atraiga a los polis, ya que no atrae a los pasajeros. Dos chavales han estado golpeando sus globos hasta que uno ha estallado y ahora está desinflado y marchito. Vuelve a la tienda para esperar algo que no está muy seguro de que llegue a producirse: esos primeros pasajeros que decidan dar un

paseo desde el barco, prescindiendo de taxis y limusinas.

El negocio va mejor que cualquier otro domingo porque la gente hace un alto de camino hacia el barco. Hacia la hora de la comida, las cosas han empezado a enfriarse. A primera hora de la tarde, Fadi envía a Heba a casa con un bocadillo. Se planta ante su tienda, mirando el barco al final de Visitation, para luego observar el extremo de Van Brunt, por la ribera, para ver si se acerca Ren. No puede creer que el chico pase del barco.

Christos sale del restaurante y echa un vistazo al toldo de su Cruise Café. —Nos cae un supermercado. Nos cae un barco. Pero a nosotros no nos cae nada.

Hacia el atardecer, el único negocio de Van Brunt que se beneficia de la llegada del crucero es el chino a prueba de balas que está a dos puertas del griego. Una hilera de empleados del barco, filipinos y tailandeses, se extiende desde la ventana grasienta y rayada del interior de la tienda hasta la entrada del griego.

En cosa de un mes, los visitantes de Red Hook irán menguando. Los corredores dominicales elegirán otras batallas que no sean la que libran contra el viento amargo procedente de la bahía. Nadie responderá a los anuncios de «Se alquila» del tablón de Fadi. En unas pocas semanas, cuando haga más frío, el ambiente del vecindario mutará de un sitio de luz y espacio a un barrio en el que el eco se cruza con las sombras. Y las luces navideñas que nunca se caen estarán a punto de reaparecer.

El primer ciclo de las noticias nocturnas está volviendo a emitir lo del festival «Lo Mejor de Brooklyn» en la terminal de cruceros cuando un chaval negro con sudadera de capucha entra en el colmado.

— Bienvenido de nuevo —dice Fadi antes de darse cuenta de que se confunde.

El chico se baja la capucha, dejando al descubierto un cráneo

afeitado y reluciente y una cara redonda y agradable:

—¿Me conoces?

—No —responde Fadi, concentrándose en la sección de noticias locales de *The Times*—. Solo intentaba ser amable.

El chico asiente. Se detiene ante el tablón de noticias de Fadi para leer los anuncios. Se mete las manos en el bolsillo frontal de la sudadera. De vez en cuando, le echa un vistazo a Fadi.

—¿Estás buscando algo? —le pregunta este.

—Estoy buscando a alguien. ¿Este negocio es tuyo?

—Así es.

—Creo que un amigo mío trabaja aquí. Se llama Ren. Renton Davis. El mural de ahí afuera es suyo. ¿Está por aquí?

—Hace un tiempo que no lo veo. —Fadi cierra el periódico y se sirve una taza de café.— ¿Eres el chico que está buscando?

—¿Buscando?

—Para darle los comestibles. Siempre estaba guardando bolsas para alguien.

El chaval mira a Fadi:

—Le enviaba cosas a mi madre cuando se puso enferma, si te refieres a eso.

—¿Cómo te llamas?

—Cree. ¿Sabes dónde está?

—No. Ni siquiera sé dónde vive.

—En Bones Manor. —Cree pilla un boletín del mostrador, le da la vuelta y se queda mirando la imagen de June.— June Giatto. Parece haber pasado hace un siglo.

—El tío que rescató a su amiga Valerie la trajo aquí. La tendió justo donde estás tú. Creí que estaba muerta. Es una buena chica.

—Ya lo sé —dice Cree—. Es guay. —Se balancea de un pie a otro.— Yo estaba en el muelle aquella noche. —Se muerde el labio y aparta la vista.— Era impresionante: esas dos chicas flotando a la luz de la

luna… ¿Sabes qué es lo que suelo ver por la noche en el agua?

Fadi niega con la cabeza.

—Locuras, pero esas chicas eran algo insólito. Eran posibles.

—¿Y no le has contado a nadie que estabas allí?

—Solo a Ren, pero él ya lo sabía porque también estaba allí. —Al salir, Cree se hace con un boletín, lo dobla y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

Él también estaba allí. Esas palabras mantienen despierto a Fadi toda la noche. Le bullen en la cabeza durante el trayecto en autobús desde el metro. Lo distraen a la hora de prestar atención al saltador de la fachada de la fábrica.

Ren nunca mencionó que estuviese cerca del agua la noche en que June desapareció, pero sí estaba convencido de que nunca la encontrarían. Le quitó a Fadi las ganas de buscarla. Fadi sabe que es muy improbable —Ren debe estar a kilómetros de distancia de Red Hook—, pero quiere saber qué vio el muchacho en el agua aquella noche. Quiere saber por qué nunca se tomó la molestia de contarle que había visto a las chicas.

El barrio, nada más despertarse, es todo ruidos. Se levantan las primeras persianas metálicas. Las furgonetas de reparto más madrugadoras van dando saltos por el asfalto deteriorado. Fadi deja atrás su tienda. Cuando llega al agua, a la zona en que pondrán el Local Harvest, da media vuelta. Encuentra un callejón de adoquines con una parada de autobús clausurada. Hay un hombre dentro, ovillado en el banco, tratando de mantenerse caliente en su chaquetón negro y fofo. Da un respingo al ver a Fadi.

—Discúlpeme —le dice este—. ¿Podría decirme dónde está Bones Manor?

—Un dólar —responde el hombre. Su rostro parece de carbón consumido.

Fadi le pasa un billete de cinco.

El tipo menea la cabeza, luego tose y escupe:

—Por ahí delante hay un agujero en la verja, entre los muros de hierro, pero allí no te quieren.

Las pisadas de Fadi resuenan como disparos. Camina en paralelo a la verja de hierro corrugado, buscando el hueco. No tarda mucho en detectar una esquina que se dobla hacia dentro. Se acerca y escucha los susurros y roces que proceden del interior.

Fadi da la vuelta a la manzana. Cada vez que pasa ante el agujero de la verja, se apresura. No se atreve a mirar hasta que el primer atisbo de sol ilumina el cielo por encima de las Casas.

Una masa de agua estancada, más grande que un charco y más pequeña que un lago, se extiende ante él. A su alrededor hay una especie de poblado hecho de habitáculos improvisados: contenedores usados como casas, tejados hechos de árboles y de arpillera, una ciudad fantasma entregada a los fantasmas.

Camina cuidadosamente junto al agua y sube a una plataforma de cemento que le permite observar el terreno. El agua susurra al pasar. Los juncos hablan a su espalda.

En la zona más alejada del Manor, alguien está haciendo fuego. Dos figuras se acurrucan junto a la angosta llama y sus delgadas sombras se extienden a través del agua. El Manor tiene el mismo aspecto hambriento y maldito que tenía Ren cuando apareció por vez primera en la tienda de Fadi. Fadi se lo imagina allí, en ese mundo que parece estar a medio camino entre el de los vivos y el de los muertos.

En un rincón al fondo del solar, Fadi casi tropieza con el borrachuzo bajito. Está arrebujado en su abrigo. Fadi le toca con el pie. El tipo se mueve y reniega en español.

—Esteban —le dice Fadi.

Y el borrachuzo abre los ojos. Su rostro cincelado parece un hueso

de melocotón.

—Estoy buscando a Ren.

El hombre niega con la cabeza.

—Ren. Renton. Ya sabes de quién te hablo.

—No lo sé —dice el borracho en español.

—Sí —insiste Fadi—. Sí que sabes quién es. Trabaja para mí. Vive aquí.

—Ya no —dice el borrachuzo. Cierra los ojos. Fadi vuelve a agitarlo.

—¿Dónde vive?

—Se ha ido —responde el borracho, antes de mover la mano como si quisiera quitárselo de encima.

—¿Adónde?

—No lo sé. —El borrachuzo se echa el abrigo por encima de la cabeza, aislándose así de Fadi.

Fadi se queda allí un instante, preguntándose si vale la pena sacar a aquel hombre de su sopor, levantarlo y zarandearlo hasta que le diga lo que quiere saber.

De repente, el borrachuzo se incorpora.

—La recompensa —dice—. Tú vienes por la recompensa.

—No —le dice Fadi—. Solo estoy buscando a mi amigo.

—No es un amigo. Es el diablo.

Fadi apenas lo entiende. Sus ojos están clavados en el colchón en el que dormía Esteban: una balsa hinchable de color rosa. Agarra al borrachuzo de un brazo y lo arranca de la cama. Luego se hace con la balsa.

—¿Dónde la encontraste?

El borrachuzo niega con la cabeza.

—¿Dónde? —repite Fadi. Su voz rebota en los muros de metal. Siente cómo se mueve el Manor mientras aparecen ojos tras cortinas hechas polvo.

—Ren-ton —dice el borrachuzo. Y señala con la mano hacia dos

contenedores de mercancías situados uno junto a otro.

Fadi le suelta el brazo. El hombrecillo se tambalea hacia atrás.

Un montón de escombros —esquirlas de cemento y fragmentos de piedra— bloquea el camino de Fadi hacia los contenedores. Supera ese bulto y llega al lugar que le ha indicado el borrachuzo. La puerta situada en el extremo de uno de los contenedores está abierta. El otro está cerrado a cal y canto.

Fadi se cuela por la abertura y luego abre más la puerta, dejando entrar un leve rectángulo de luz. El contenedor está limpio. Un montón de sábanas ocupa un rincón. Las paredes están cubiertas por murales del estilo de Ren. Hay una estantería baja hecha de ladrillos y tablas que recorre una pared y sobre la que descansan varios aerosoles. Fadi coge uno y lo agita, obteniendo ese crujido que le resulta tan familiar. Luego le quita la tapa, aprieta el botón y lanza una nube de pintura al aire. Ha llegado demasiado tarde. Ren ya se ha ido.

Fadi sale del contenedor y cierra la puerta. El borrachín lo está observando desde el otro lado del montón de escombros. Fadi se aleja de allí.

A la entrada del Manor, se detiene y echa la vista atrás. El sol ha salido entre la línea serrada de las Casas, iluminando la turbia charca y el deprimente paisaje de cemento. Ha sacado los contenedores de mercancías de la oscuridad, destacando sus colores apagados: rojo, azul o naranja metálico.

El contenedor cerrado situado junto al antiguo escondite de Ren no muestra esos tonos industriales. A diferencia de los demás, destaca en el siniestro paisaje del Manor por su vibrante paleta de azules profundos y verdes cenagosos.

Fadi reconoce de inmediato el paisaje marino descrito en el metal arrugado como la bahía que hay más allá del muelle Valentino. Ve la distante silueta de los rascacielos de Manhattan, atisba la joroba de

la isla Governors, se vislumbra Staten Island. Mientras finaliza su trayecto hacia lo alto de los bloques que hay enfrente del Manor, el sol aterriza en medio del contenedor, iluminando unos restos redondos de luz de luna. En el centro de ese fulgor opalescente hay una balsa rosa con dos figuras silueteadas contra el reflejo de la luna llena.

Fadi no necesita abrir la puerta del contenedor sellado para saber que ahí es donde Ren escondió a June para proteger a Cree de un delito que no había cometido. Este es el lugar que Ren había sugerido con sus hipótesis e insinuaciones. Esta es la tumba secreta que nadie, a excepción del borrachuzo, podría jamás sospechar. Allí es donde yace la recompensa.

23

Solo necesita unos cuantos días más. Eso es todo. Cuando estaba encerrado, lo único que había era tiempo, días idénticos que se repetían incesantemente, aportando cada uno de ellos la oportunidad de enmendar los errores del día anterior. Mejorar. Culturizarse. Expiar. Pero aquí fuera, a Ren se le desliza el tiempo entre los dedos. No puede ralentizarlo, no puede rebobinar. No puede deshacer lo hecho.

Se engañó para creer que se ganaría a Cree, que conseguiría enrolarlo para sus aventuras sin tener que explicarse. Sin sincerarse con él. Pero la buena funcionaria de prisiones, la que alegraba la vida a los guardias con solo pasar ante ellos, lo había calado. Se había puesto a gritar de lo lindo, como si hubiera visto a un fantasma.

¿Cómo es que esas chicas de Red Hook no sabían evitar los problemas, primero aquellas dos blancas, luego Monique? Ren había estado siguiendo a Cree la noche que Val y June se echaron al agua en la balsa. Su plan consistía en pillar a Cree en el muelle, iniciar una conversación y dar con una manera de colarse en su vida, pero entonces el chico se puso a seguir a las muchachas de la balsa, controlándolas de muelle en muelle.

Ren se había mantenido cerca de él, tan cerca que casi se cruzan en el parque que hay delante del muelle Valentino. Ren apenas tuvo tiempo de esconderse tras un murete antes de que Cree pasara a su lado, se arrojara al agua y empezara a nadar tras las chicas.

Ren corrió hacia el muelle. La corriente era fuerte. Cree luchaba por llegar hasta Val y June. Ren podía ver que el chaval tendría que dar media vuelta antes de poder llegar a la balsa. Al cabo de cinco minutos, Cree se rindió y dejó que las olas lo devolvieran a la orilla.

Cree nadaba de regreso a la costa cuando la balsa volcó. Ren pudo

ver a una de las chicas agarrándose al plástico. La otra se estaba ahogando. Mientras Cree llegaba a la playa, Ren empezó a bajar del muelle, dispuesto a aparecer ante el muchacho, tirar de él y dirigirse hacia la balsa, pero el agua oscura con sus corrientes ocultas lo asustó. Si Cree no podía imponerse a la corriente, él no tendría la menor oportunidad de lograrlo. No había aprendido a nadar cuando lo encerraron. Era incapaz de dar más de unas pocas brazadas sin que le entrara pánico. Val y June ya habían sido separadas por la corriente. Y ellos nunca llegarían a la balsa a tiempo.

Antes de que Cree pudiera verlo, Ren saltó a un lado del muelle y se estrelló contra las afiladas rocas y la arena. Estudió atentamente la bahía. La balsa flotaba vacía en dirección a la isla Governors. Empezó a recorrer la orilla, tratando de mantenerse a la altura de la balsa, confiando en que las chicas fuesen arrastradas en la misma dirección.

Solo apartó la vista del agua en una ocasión, para comprobar si Cree lo había descubierto, pero lo único que vio fue la silueta del muchacho dirigiéndose desde el muelle al parque.

Tras avanzar más por la orilla, Ren captó una sombra blanca, de una palidez notable a la luz de la luna. Val nadaba hacia un promontorio rocoso, avanzando con poca energía. Un remolcador circulaba demasiado cerca de la costa, generando unas olas que alteraban el agua y la enviaban a golpear la orilla. Antes de que Ren pudiese alcanzar a Val, una de esas olas la levantó y la arrojó contra las rocas situadas al pie del aparcamiento. La marea la sacaba del agua y otra ola la volvía a meter. Val se perdió de vista. Cuando salió de nuevo a la superficie, ya no nadaba, sino que se limitaba a flotar, dejando que el agua se encargase de ella.

A Ren ya no le quedó más remedio que echarse al agua. Lo aterrorizaba internarse demasiado, así que avanzó sacando pecho, hasta que dejó de hacer pie. Movió las piernas para mantenerse a

flote. Notó cómo lo agarraba la corriente. Tragó agua por la nariz y se le fue garganta abajo. A continuación, una ola lo devoró, arrojando el cuerpo de Val sobre el suyo.

Le pasó un brazo por la cintura y se puso a arrastrarla hacia la orilla. A la chica le caía sangre por el cuello, procedente de algún corte hecho bajo el pelo. Ren prestó atención a su respiración. La acabó escuchando, débil pero constante. Cogió a Val y se la llevó hacia una zona más elevada. Buscó algún sitio en que dejarla mientras buscaba a su amiga. Fue dando tumbos sobre las rocas en dirección a la playita. La apoyó contra un pilón de los que sostenían el muelle, confiando en que estuviera bien a su regreso.

Una vez más, optó por seguir la balsa. Pasó frente al promontorio rocoso, la terminal de cruceros y la de contenedores. A un kilómetro de la costa, en la frontera entre Red Hook y Carroll Gardens, detectó la balsa rosa, varada en un montón de pilones oxidados en desuso. Algo más adelante, atisbó el cuerpo de la otra chica, flotando boca abajo. Ren le dio la vuelta, la abofeteó unas cuantas veces y le practicó la respiración boca a boca. Muerta. Liberó la balsa de los pilones y colocó a June encima. Volvió a entrar en el agua y la llevó de regreso al muelle Valentino.

Ren era un don nadie, un espectro sin nombre. Podía desaparecer de Red Hook y nadie sabría ni que había vuelto alguna vez. Podía dejar que fuese otro quien descubriera a Val y olvidarse del asunto, pero lo de Cree era distinto.

El chaval se consideraba un maestro de detectives, que entraba y salía de sus escondites sin que nadie lo viera, creía que nadie lo veía deambular por la zona portuaria. El chaval creía que disponía de todo Red Hook para él solo, pero Ren sabía que la realidad era otra. Alguien podría haber visto a Cree junto al agua esa noche, observando a las chicas de la balsa. Alguien podría haberlo visto intentando nadar hacia ellas. Ren ya había oído en la cárcel las

suficientes historias como para saber cómo funcionaban las cosas. Era muy posible que Cree acabase cumpliendo condena por algo con lo que no tenía nada que ver. La vida se detendría para él y, si llegaba a salir, se habría perdido todo por haber intentado apuntarse estúpidamente a una aventura insensata. Por eso Ren escondió a June en el único lugar en el que sabía que nadie la buscaría. Sin cuerpo no hay crimen. Así de fácil.

Transportó a la chica hasta Bones Manor por callejones que esperaba encontrar abandonados. La única persona con la que se cruzó fue el borrachuzo adicto al crack, pero confió en que el hombrecillo estuviese demasiado cocido como para fijarse en su cargamento. Tras encerrar a June en el contenedor hermético que había junto al suyo, cerrando bien la puerta para que nadie pudiese acceder a él, regresó a la orilla, donde se quedó junto a Val hasta que el sol empezó a asomar por detrás de las Casas. No tardarían mucho en aparecer por el muelle los corredores y los vecinos que paseaban al perro, entonces Val estaría a salvo.

Volviendo del muelle, casi se da de bruces con un blanco vestido con ropa arrugada que iba en dirección al agua. El tío atravesaba el parque tras pegarse un madrugón o llevar toda la noche de pie e iba dejando a su paso un aroma a tabaco y priva. Se había levantado niebla, cubriendo el río, ocultando los puentes lejanos y los demás barrios. Hasta Nueva Jersey había desaparecido. El blanco se quedó mirando el agua como si esperase que le dijera algo.

En el extremo del parque, Ren se agachó tras unos deshilachados matojos. Observó al blanco del muelle, deseando que mirara hacia abajo y viese a Val. Apareció el ferri de Staten Island. Un ruido procedente de los pilones llamó la atención del blanco. Miró.

Ren había planeado mantener un perfil bajo a su regreso a Red Hook, ocultándose en los extremos y no entrando jamás en las Casas, pero no podía evitar acompañar a Monique hasta su

domicilio. Había en ella algo perdido, pero aventurero, como si se apartara a propósito del sendero marcado para encontrar un camino mejor. Ren deseaba mantenerla a salvo, pero también quería seguirla hasta donde se encaminara. Cuando la funcionaria de prisiones se puso a chillar, supo que no pasarían ni un par de horas hasta que Cree fuera a por él. Se llevó la bronca, explicó su historia y supo que Cree se alejaría de él.

Cuando Ernesto y sus choricillos le fueron a ver esa misma noche, les dijo que tenía un último trabajo. Y que tenían que ayudarlo a echar la barca al agua. Con o sin Cree, le había llegado la hora de marcharse.

Ren había pintado las huidas con las que sabía que Cree soñaba: piezas electrizantes con las que esperaba convencer al chaval para irse. Había querido mostrar a Cree, a Fadi y a todos los demás aquello que tenían: ampliarlo, llamar la atención sobre lo cotidiano. Lástima que se empeñaran en lamentar lo que les faltaba, las aventuras inalcanzables, los clientes que no aparecían, la gente a la que despedían. Ren aspiraba a liberarlos, pero los muy tontos insistían en no moverse de su sitio.

Después de que Cree le haya echado la bronca, Ren pasa la noche sin dormir esperando que vuelva y puedan llevar a cabo la aventura planeada. Sentado en la cubierta de la barca, contemplando la costa, desea ver aparecer a Cree, pero, a la mañana siguiente, el chaval no se ha presentado. Ren se prepara para irse. El cielo no tarda nada en pasar del negro al gris. Cree no aparecerá. Es hora de ponerse en marcha.

La barquita se muestra sorprendentemente potente y boga bajo la dirección poco ducha de Ren. Tuerce a derecha e izquierda en busca del equilibrio sobre el agua. Teme la velocidad. Avanza poco a poco hasta el Atracadero Erie.

Cree no necesitó decirle a Ren que un capitán siempre vuelve a su

barco. Ren sabe que Marcus va con él en la barca. Joder, Marcus ha estado con él desde que asomó la pistola por la ventana de aquel apartamento de la segunda planta de una de las Casas. El hombre había saltado del suelo para volar hacia el corazón de Ren, instalándose en su cerebro, infectando todas sus ideas, todos sus sueños. Era el fantasma que Ren veía en su reflejo, la sombra que proyectaba en la acera. Mientras guía la barca lejos de la costa, Ren confía en que Marcus se sienta orgulloso de él.

Al principio, el movimiento del agua lo inquieta. Aprieta el timón, meneándose y hundiéndose con las olas, pero no tarda mucho en relajarse y se atreve a acelerar. Y, de repente, comprende que la barca es más poderosa que las olitas y la corriente.

El sol está saliendo sobre Brooklyn y la bahía parece arder: a Ren le habría gustado pintarla en el metro o en una valla publicitaria, pero, en vez de pintarla, forma parte de ella, se interna en ella: todos los colores de sus aerosoles cobran vida. Mientras pasa por debajo del Verrazano, saliendo del barrio, siente que Marcus se ha puesto al timón y lo guía hacia aguas más profundas, donde espera que Cree se decida a encontrarlo.

June cruza del Manor al muelle lenta pero decidida. Atraviesa un mundo que ha adquirido la espesura del barro. Obedeciendo a la fuerza de la costumbre, extiende el brazo para tocar a la gente, pero no encuentra nada. Absorbe el viento, la hierba, los bancos y las banderas en sus mástiles. Distancias que antes recorría en minutos le cuestan ahora horas. No percibe el contacto del sol ni los sonidos del viento otoñal. Su mundo ha sido desposeído del color y del sonido.

No siempre fue así. Al principio, se había aferrado a la vida. Durante el primer mes transcurrido tras ahogarse en la oscura y gélida bahía, había intentado pegarse a los demás, mantenerse

cerca de donde pasaban las cosas, con la esperanza de ser traída de vuelta. Se había sentido atraída por el brillante mundo en torno a las Casas: la música de la iglesia, las fiestas del parque Coffey. Aparecía por las cenas al aire libre, por si había un sitio para ella entre las parrillas que refulgían de humo y calor. Se preguntaba si podría volver a la vida del mismo modo en que alguien abría una bolsa de patatas fritas o apretaba el frasco del kétchup. June hacía guardia con la persistencia del humo que salía de las brasas. Intentaba echar una mano, pero resultaba tan ineficaz como el aire.

Se relacionaba con chicas que la ignoraban cuando estaba viva. Se demoraba en el local donde vendían pizzas, charlando y coqueteando despreocupadamente con aquellos chicos tan guapos a los que le daba vergüenza acercarse en vida. Se tumbaba junto a la piscina, sin que le molestara el calor del sol, tratando de recordar la música que salía de los aparatos de música. Desde el muelle, miraba fijamente hacia Manhattan, soñando aún con visitarlo por su cuenta, imaginando que algún día recorrería el agua flotando y volaría sobre las calles, pues sería capaz de más cosas muerta que viva.

Las cosas empezaban a desvanecerse. La música fue lo primero que desapareció. Y después el sonido de las voces. La charla no tardó mucho en convertirse en pura mímica. La memoria de June fue perdiendo la forma como si fuese una nube. Se convirtió en cronista imperfecta del pasado, catalogando los días de su vida con un detallismo obsesivo. Hacía listas de regalos de cumpleaños, de comidas familiares, de sus zapatos favoritos, de lo que llevaba en el bolso. Estaba convirtiendo su vida en una letanía de posesiones y acontecimientos, sustituyendo los recuerdos por los objetos que los representaban. El día que se largó de clase y caminó hasta Bay Ridge: «puente, viento, rocas, autopista». Su último cumpleaños: «*cannoli*, dormir en casa ajena, música de baile». Muy pronto las palabras perdieron su significado y olvidó la importancia que en

tiempos le dio a «lápiz de labios» y «perfume».

June sabía que Val aparecía con ofrendas: revistas para adolescentes, joyas, lazos, cosas que cree que ella echa de menos. Cuando Val se iba, June clavaba los dedos en el mundo real, ese viejo lugar hecho de peso y sustancia, dejando a un lado esas baratijas, esos objetos que a duras penas reconocía y era incapaz de recordar.

Finalmente, June dejó de trabajarse el regreso al otro lado. Se olvidó de las ofrendas de Val. Durante el día, se refugiaba en su interior, alejándose de todo lo que había hecho su vida estimulante y espectacular. Dejó de deambular por Red Hook. Se olvidó de la resonancia de las cosas, del atractivo de la pizza, del ritmo de la música, de la satisfacción de estirarse sobre una toalla junto a la piscina, pero hoy algo se rompe en la fortaleza de silencio que la envuelve. Y se siente atraída hacia el muelle.

Después de clase, Val se tumba en la cama. Ha pasado una semana desde que Jonathan la salvó por segunda vez. Aunque sabe que se ha ido, no deja de plantar la mirada en su apartamento cuando pasa frente a su edificio de camino a casa.

Esa tarde, uno de los inspectores que la visitó en el hospital la dejó fuera del asunto. Val lo observó frotarse el grueso cogote mientras le contaba que el cuerpo de June había sido descubierto en un contenedor de mercancías sellado. La mano del inspector seguía trabajándose la piel reseca mientras le explicaba que, pese a las condiciones del cadáver, el examinador médico no encontraba señales de nada turbio. June se ahogó y alguien la escondió. Los locos creen a menudo que están llevando a cabo el trabajo de Dios al enterrar un cuerpo, le comentó. No es extraño que cierta gente disimule crímenes que no ha cometido.

Val mira fijamente al techo, intentando no pensar en June

pudriéndose en un rincón olvidado del vecindario. ¿Cuándo dejó de ser June para convertirse en el cuerpo de June, en un cadáver?

—Valerie. ¡Eh, Valerie!

Val descorre las cortinas. Monique está plantada al otro lado de la calle, cerca de donde el señor Sprouse solía observar su ventana.

—Eh, Valerie, ¿puedes bajar un minuto?

—¿Por qué no subes tú?

—Quiero enseñarte una cosa. No me dejes aquí tirada.

Val se pone los zapatos y se encuentra con Monique en la acera.

—¿Aún tienes en el sótano aquellos disfraces? —le pregunta Monique.

—¿Te acuerdas de eso?

—Me acuerdo de bastantes cosas —dice Monique, dirigiéndose hacia Van Brunt—. También de todos aquellos juegos que te inventabas.

—Eso eran cosas de críos.

—Era una droga —afirma Monique.

Val la mira atentamente a la cara para ver si se está quedando con ella.

—Te lo juro —dice Monique—. Te inventabas unos juegos de lo más divertidos.

—¿Adónde vamos? –pregunta Val.

—Al muelle Valentino. —Monique la coge de la muñeca.— Mira, tú me pediste una vez que hiciese algo, ¿recuerdas? Querías que cantara para June.

—Pero tú no quisiste.

—Porque estaba celosa de vosotras y vuestra balsa, pero me quedé clavada a aquel maldito banco como si fuese capaz de transportarme. —Monique empieza a dirigirla hacia el agua.— Si te cuento una cosa, ¿prometes no hacer preguntas? Voy a cantar para June y ella me va a escuchar. Sé que me va a escuchar.

Las chicas llegan al muelle Valentino. Val no mira hacia el destrozado monumento en recuerdo de June. Se niega a echarle un vistazo a la playa rocosa en la que Jonathan la encontró inconsciente. Trata de ignorar el punto exacto del muelle en el que dejó que el profesor de música la abrazara mientras ella lloraba en bragas. No localiza el lugar de la bahía en que la mano de June se alejó de la suya. El agua es más oscura ahora que hace más frío. Val se sienta en un banco al final del muelle. Monique se queda de cara ante el puerto de Jersey. Pone las manos en la barandilla y se perfila sobre el agua como el mascarón de proa de un barco.

Val reconoce la canción de la iglesia. Es imposible que Monique supiera que era una de las favoritas de June. «La oración cambia las cosas.» Cuando Monique llega a lo de «He estado en el mar tormentoso y embravecido», la voz se le hace más profunda. Repite la frase. Su voz sube y baja con las olas. Se interna en la bahía y luego se estrella contra la orilla. «He estado en el tormentoso y embravecido mar, oh, Señor.»

Val escucha el himno de Monique e intenta creer que June está por allí cerca. Cuando acaba de cantar, Monique se sienta al lado de Val y ambas contemplan el sólido crucero que está saliendo de la terminal en la que lleva amarrado toda la semana.

—Canta otra —dice Val.

Monique se levanta y vuelve a la barandilla.

Val sabe que June está escuchando.

Desde que Fadi encontró a June y recibió la recompensa de la señora Giatto, su colmado ha recuperado la popularidad. Recorta los artículos sobre el descubrimiento, pero solo porque incluyen fotografías de los murales de Ren: el del contenedor de mercancías y el de su tienda. Las ha guardado para mostrárselas a Ren, en caso de que el muchacho reaparezca, pero los días van pasando y

empieza a perder la esperanza de que eso llegue a ocurrir.

Fadi ha dejado de soñar con las mejoras para su tienda. Con el mural de Ren ya es suficiente. Una tarde, detecta al chavalín que Ren convirtió en su chico de los recados. El muchacho le da la dirección en la que ha estado entregando los comestibles que Ren guardaba. Fadi cobra el cheque de la recompensa y lo mete en un sobre cargado de billetes que se guarda en la cintura del pantalón.

Cree abre la puerta. Hay dos mujeres sentadas a la mesa de la cocina. La más bajita, que luce unas largas trenzas grises, está frotando un aceite por las palmas de las manos de su compañera.

—El tío del colmado —dice Cree al cabo de un segundo.

—Fadi. Me llamo Fadi.

Las dos mujeres levantan la vista de la mesa.

Fadi se saca el sobre del cinturón. Se lo pasa a la otra mano, le da unos golpecitos y se lo entrega a Cree.

—De parte de Ren —dice.

Cree se hace con el sobre:

—¿Sabes dónde está?

Fadi niega con la cabeza:

—¿No piensas abrirlo?

La mujer de las trenzas grises deja caer de la mano un objeto pequeño y brillante que está atado a una cadena. Da un giro.

—Quiere que te pongas en marcha —dice, y luego levanta los ojos —. Era un buen chico.

Cree pasea la mirada de la vieja al sobre. Pasa el pulgar bajo el sello. Se le ensanchan los ojos al ver lo que hay dentro.

—Caramba. —Le devuelve el sobre a Fadi.— No puedo. Tú eres quien encontró a June, ¿verdad?

Fadi niega con la cabeza:

—Solo oficialmente. Quien de verdad la encontró fue Ren.

—Pues entonces el dinero le pertenece a él.

—No —dice Fadi—. Te pertenece a ti.

—¿Piensas invertirlo en algo útil? —pregunta la mujer mayor—. ¿O vas a hacer como tu madre y te vas a pasar el día tocándote las narices y aferrándote a algo que ya no está aquí?

La otra mujer libera sus manos del agarre de la vieja.

— Lo usará para ir a la universidad. —Habla con lentitud, pero de manera muy convencida.— Es un regalo de Marcus. Volvió a este mundo para ofrecerle este milagro a Cree.

—Ni Marcus ni milagro, mamá —dice Cree—. Esto es cosa de Ren.

Con cierta dificultad, la madre de Cree se abraza a sí misma:

—El dinero de la recompensa por esa chica muerta no lo redime de haber matado a tu padre.

—Nadie intenta redimirse de nada —afirma Cree—. Simplemente, alguien trata de ser amigo mío. —Se vuelve hacia Fadi.— Gracias. —Y le ofrece su mano.— Y dáselas a Ren si vuelves a verlo.

Cuando Fadi cruza de regreso a la ribera, suena la sirena por la partida del *Queen Mary.* Aunque el crucero no trajo mucho negocio ni cambios reales, Fadi quiere despedirlo. Jonathan ha conseguido un empleo a bordo. «Canciones de Broadway y música festiva», le dijo cuando visitó la tienda por última vez para decirle adiós. Fadi sabe que no volverá.

Baja hacia el muelle Valentino, que está abarrotado de gente que se despide del barco. La sirena para la niebla suena tres veces más y luego el *Queen Mary* empieza a alejarse del muelle, guiado por cuatro remolcadores.

Fadi llega hasta la punta del muelle, tratando de ver si Jonathan está en la cubierta superior, como así le dijo. Hay dos chicas al final del muelle: Valerie y Monique, la muchacha de las Casas que compró chicle en su tienda el mismo día en que June se ahogó. Val se ha sentado en un banco. Monique está de pie ante la barandilla, asomándose sobre el agua y cantando un himno de góspel. Val la

escucha con los ojos cerrados.

Fadi toma asiento en un banco cercano y contempla el *Queen Mary.* Le llega la canción de Monique: una historia de esperanza y oración y mares tempestuosos. Imagina que su voz llega a oídos de Jonathan para bendecir su viaje.

El *Queen Mary* se va alejando, dejando al descubierto el extremo de Manhattan que había ocultado. Vuelve a aparecer la línea de la costa de Red Hook. Se van marchando los últimos taxis y autobuses que han traído a la gente.

En vez de volver a la tienda al llegar a Van Brunt, Fadi cruza la calle y se mete en el Dockyard.

Está empezando la hora feliz. Ocupa un asiento en la barra. Mantiene la cabeza baja para evitar que los demás parroquianos se pongan en evidencia al saludarlo sin recordar su nombre.

El barman luce una barba a lo Abraham Lincoln. Fuma American Spirit y toma el café solo. Dos veces a la semana, se compra una cajita de pastillas de menta.

—El héroe, ¿verdad? —dice, colocando un posavasos delante de Fadi.

—¿Perdone?

—Usted es el héroe, ¿no? El que encontró el cadáver de la chica. Al primer trago invita la casa.

Algunos clientes miran en su dirección y levantan sus copas.

Las paredes del Dockyard están cubiertas de recuerdos de un Red Hook distinto. Fotografías de capitanes de barco, muelles en plena actividad, enormes barcos arrastrados hacia viejos almacenes, remolcadores y barcas de pesca que llevan mucho tiempo desguazados. Esas imágenes se mezclaban con extrañas porquerías que los recién llegados parecían adorar: taxidermias rotas, luces navideñas, deshechos náuticos. En esas paredes, lo viejo convive con lo nuevo y el Red Hook real con el imaginario.

—Hola, héroe. —Alguien le da una palmada en la espalda a Fadi. Se trata de la camarera pelirroja, de la mujer a la que ve a menudo volviendo sola a casa cuando él está abriendo y cuyo eco de los pasos le da la bienvenida al trabajo.— Empezaba a preguntarme si algún día llegarías a unirte a nosotros —le dice, colándose al otro lado de la barra.

La pelirroja le sirve otra cerveza. De la misma marca que él vende a mitad de precio, aunque allí sabe mejor. Mira hacia atrás, hacia el resplandor de su tienda en la acera de enfrente.

El Héroe. Maestro. Hecho Polvo. «Dejamos que la gente nos invente como más le plazca, pero la verdad nos la guardamos para nosotros», piensa. Fadi paladea su cerveza y piensa en Jonathan en el barco, desapareciendo bajo el Verrazano. Ya no contará con el músico para transformar el barrio en una de sus canciones. Tendrá que hacerlo él mismo, prestando atención a la melodía del ruido local, a los sonidos altos y bajos, también al silencio. La música que sale del bar, de los coches que pasan, de las ventanas abiertas. El triste gemido de los cables telefónicos de Van Brunt. Las voces a su espalda y las de más allá de la ventana del Dockyard uniéndose en un concierto, encontrando su propia armonía para levantar ese lugar y sacarlo adelante.

SUMARIO

Portadilla
Dedicatoria
Mapa

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

Créditos
Colofón

© Ivy Pochoda, 2013

© Traducción: Ramón de España Renedo

© Malpaso Ediciones, S. L. U.

Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo

08010 Barcelona

www.malpasoed.com

Título original: *Visitation Street*

ISBN DIGITAL: 978-84-17081-14-0

Depósito legal: B-8349-2017

Primera edición: junio de 2017

Diseño de interiores: Sergi Gòdia
Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

• ALIOS • VIDI •
• VENTOS • ALIASQVE •
• PROCELLAS •

El vendido

Paul Beatty



El vendido

Beatty, Paul

9788417081119

368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La novela sobre los conflictos raciales más entrañable y desternillante jamás escrita logró el Man Booker Prize de 2016.

Después de que su padre sea asesinado por la policía, nuestro protagonista, un agricultor urbano y fumador habitual de marihuana, se embarca en un controvertido experimento social: reintroducir la esclavitud en una comunidad afroamericana de la California contemporánea. Por si esto fuera poco, decide también abrazar la causa de reubicar en el mapa a Dickens, su ciudad natal, un villorrio de mala muerte del que no se conserva rastro alguno

en ningún mapa de la región y cuyos habitantes ni siquiera son dignos de figurar en el listín telefónico, pues así lo ha decidido el mercado de la especulación inmobiliaria. Con todo, no le falta tiempo para hacer de la segregación racial para con los blancos un arma de motivación, inspiración y superación para la comunidad afroamericana del lugar y de sus vecinos mexicanos, a quienes les une un profundo desprecio por un enemigo común virtual del que ya no tienen noticias.

Sobre tan disfuncional y variopinta estampa arranca esta desternillante novela que hizo las delicias del jurado del Man Booker Prize. Una escandalosa tragicomedia que explora el legado de la esclavitud y las desigualdades económicas y raciales de la América actual.

Man Booker Prize 2016

«El lector tiene la constante sensación de estar traspasando las fronteras de lo posible y lo permisible. La poesía de sus frases resuena con un

vigor que nace de un riguroso auto escrutinio.»
The Guardian

«Una novela de nuestro tiempo, de un ingenio salvaje que recuerda a las novelas de Jonathan Swift o Mark Twain.»
Amanda Foreman, columnista en The Wall Street Journal y The Sunday Times

«La novela sobre las razas más perversa publicada en la América de Obama.»
The Daily Beast

Cómpralo y empieza a leer

El protegido

Pablo Aranda



El protegido

Aranda, Pablo

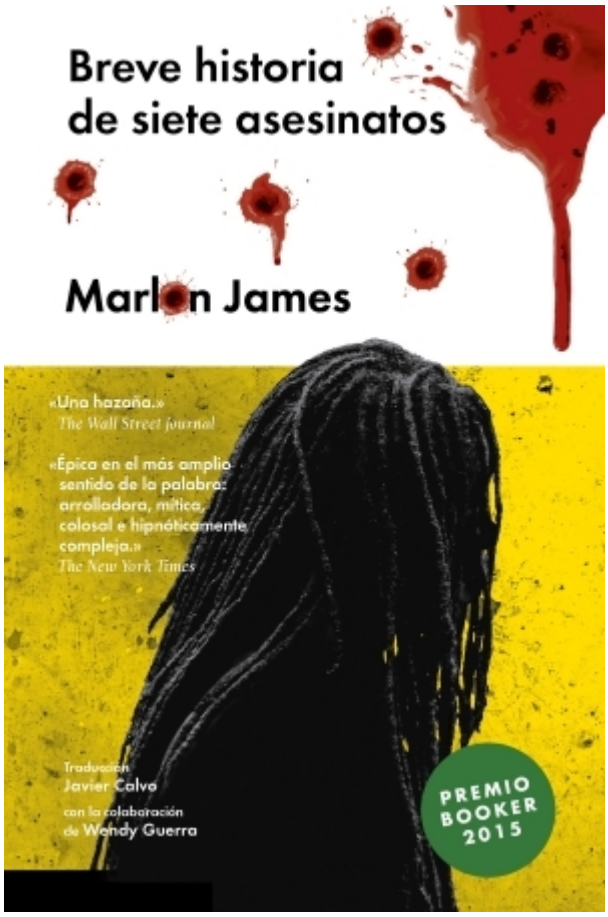
9788415996972

226 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Jaime es un tipo que se resigna a una vida relativamente anodina. Trabaja en una asesoría fiscal, acaba de separarse, practica una obstinada paternidad con el hijo de otro hombre y tiene una nueva relación condenada al fracaso. Pero ese mundo más o menos previsible se desmorona un día cuando lo turbio y salvaje irrumpe en su vida. Empujado por su sentido del deber, mata a dos individuos (o quizá no) para evitar que lo arrastre la corriente de los acontecimientos. Vivirá el pánico de sentirse perseguido y comprobará que cuenta con recursos hasta entonces impensables. También que la mujer de sus sueños puede ser el amor de su vida.

Cómpralo y empieza a leer


Breve historia
de siete asesinatos
Marlon James
«Una hazaña.»
The Wall Street Journal
«Épica en el más amplio
sentido de la palabra:
arrolladora, mítica,
colosal e hipnóticamente
compleja.»
The New York Times
Traducción
Javier Calvo
con la colaboración
de Wendy Guerra
PREMIO
BOOKER
2015

Breve historia de siete asesinatos

James, Marlon

9788416420957

800 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Construida sobre los testimonios ficticios de quienes participaron en aquellos acontecimientos (sicarios, mafiosos, políticos o espías; víctimas y verdugos; simples espectadores e, incluso, algún fantasma), "Breve historia de siete asesinatos" nos lleva al corazón de las tinieblas jamaicanas recorriendo tres décadas turbulentas e infinidad de episodios estremecedores (no exentos, pese a todo, de un elemento cómico). Manejada con increíble pericia, la estructura coral permite a Marlon James plasmar los hechos desde múltiples perspectivas y texturas verbales. Ese aspecto esencial del relato, la volcánica trama del habla, era un auténtico desafío literario

que los escritores Javier Calvo y Wendy Guerra han logrado superar de forma brillante en su espléndida traducción.

Cómpralo y empieza a leer

Mundo cruel

Luis Negrón



Mundo cruel

Negrón, Luis

9788416665235

112 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un chiquillo muestra el camino que conduce al Altísimo por la senda de la desviación, el dueño de un perro difunto necesita a un taxidermista que lo inmortalice, dos comadres dictan sentencia sobre las impudicias del prójimo, un mariquita chismoso despelleja a un mariquita indeciso, un buscón arduamente casado se topa con el crimen y cae en él, un hombre abraza a su amado moribundo, dos figurines contemplan el fin de su propio exquisitez: no pueden soportar la indiferencia. La crueldad del mundo es un gozoso dolor que Luis Negrón plasma en todos los registros del alma y del habla.

"Un humor a veces grueso, a veces malvado, a veces disparatado, a veces conmovedor, a veces desgarrado; pero humor, siempre humor, mucho humor", afirma Ignacio Echevarría en el prólogo.

Cómpralo y empieza a leer

Matar a otro perro

Marek Hłasko



Matar a otro perro

Hlasko, Marek

9788416665228

200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Híbrido de novela negra, sátira y fábula existencial, "Matar a otro perro" es la crónica de una estafa perpetrada por dos timadores polacos emigrados a Israel cuya especialidad es desplumar a turistas adineradas. Los pocos días que dedican a planear y ejecutar uno de sus golpes, condensados en una vertiginosa sucesión de diálogos, le bastan a Marek Hłasko para articular un relato magistral y perfilar a dos personajes memorables: Jakub, galán en horas bajas con un pasado traumático y más escrúpulos de los aconsejables; y Robert, el cerebro de la farsa, teórico teatral de café y gran enamorado de Shakespeare, para quien, además de sacar un buen

mordisco, lo fundamental es ofrecer una representación digna de su "público femenino".

Cómpralo y empieza a leer